



El Beneficio  
de la

*Duda*

FLOR M. URDANETA

# El Beneficio de la Duda

Flor M. Urdaneta

© 2020 **El Beneficio de la Duda** Flor M. Urdaneta

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o impreso sin el permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción, los personajes y nombres son fruto de la imaginación del autor.

Diseño de portada: Flor M. Urdaneta

Página oficial: <https://www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts>

Registro 2001262938658

Dedicada a la pequeña persona  
que crecía en mí cuando todo inició.  
Te amo, Eli.

## Capítulo 1

Los minutos no parecían pasar lo suficientemente rápido mientras aguardaba ansiosa por los resultados que podían cambiar mi vida para siempre. Me había levantado a primera hora de la mañana y, tras leer las instrucciones, me hice cinco pruebas caseras de embarazo. Alineé cada en el suelo y esperé sentada sobre la tapa del wáter, mordiéndome nerviosamente la uña del dedo pulgar, un mal hábito que jamás pude superar a pesar de haber intentado todo para hacerlo.

Tras los cinco minutos más largos de mi vida, cerré los ojos y suspiré antes de atreverme a mirar los *test* en el suelo, a mis pies. ¡Había llegado el momento de la verdad!

—¡Oh, Dios mío! —pronuncié cubriéndome la boca con una mano cuando descubrí que cada prueba había arrojado el mismo resultado: positivo. ¡Estaba embarazada! Lágrimas de alegría acudieron a mis ojos y se derramaron en mis mejillas, mojándolas a raudales. Estaba muy contenta, en mi interior crecía un pedacito de mí y de un donante desconocido que había hecho real mi sueño de convertirme en madre. Siempre quise tener un hijo y quería hacerlo cuando aún fuera joven. Acaba de cumplir treinta y seis años, era una mujer independiente, estable económicamente y con la madurez suficiente para criar un hijo sola. Era el momento justo para intentarlo, mi único impedimento era que estaba soltera.

Estuve durante años en una relación que nunca llegó a ser seria. Compartíamos la cama, pero nunca fue estable o trascendental como para pensar en tener un hijo con él. Entonces, si quería quedar embarazada, tenía dos opciones: concepción asistida o adopción. Claire decía que había una tercera: enrollarme con alguien y dejar que la naturaleza siguiera su curso. Pero no, los romances de una noche no eran lo mío. ¿Y si me contagiaban una enfermedad? ¡Era demasiado riesgoso! Además, no podía acostarme con un tipo al azar solo porque quería tener un bebé, lo mejor era recurrir a la inseminación artificial, de ese modo, no correría ningún peligro. Lo hablé con mi ginecóloga y me envió a hacer una ecografía y algunos análisis de sangre para constatar que gozara de perfecta salud. Unos días más tarde, volví al consultorio y la doctora Miller confirmó que podía optar por la inseminación. Mi prima Nicole me apoyó completamente, dijo que ser madre es lo más hermoso que puede suceder en la vida de una mujer. Pero mi mejor amiga, Claire, juró que había perdido la cabeza por completo, decía que era muy joven y que podía esperar. Pero yo no quería esperar más. El siguiente paso, fue escoger un donante de entre miles de candidatos, entre ellos, un neurocirujano de ojos cafés y cabello oscuro, alto, atlético, que gozaba de buena salud y de otras muchas cualidades que lo convirtieron en mi elegido.

—Hola, pequeñín, soy tu mami. Estoy muy feliz de llevarte en mi vientre —murmuré tocándome el vientre, con una sonrisa en la cara.

Emocionada, tomé una fotografía de los *test* con mi celular y la envié al grupo de *WhatsApp* que tenía con las chicas. Esperé ansiosa por alguna reacción de su parte, pero ninguna había leído el mensaje. ¡Eran las seis de la mañana, debían estar dormidas! Tendría que esperar por Nicole, pero a Claire la tenía una planta debajo de mí.

Salí de mi apartamento llevando conmigo mi teléfono y las llaves. Cerré la puerta y corrí por el pasillo en dirección a las escaleras, descalza, usando un pijama rosa de *short* y camiseta de tirantes. Bajé un piso y me detuve delante de la puerta del apartamento 51. Toqué el timbre con insistencia esperando que Claire me abriera. Volví a tocar cuando pasaron los minutos y ella no aparecía. Debía estar dormida también y Claire tenía el sueño bastante pesado.

Estaba dando media vuelta para regresar cuando escuché un sonido tras la puerta.

—¡Qué mierda! —gritó embravecida una adormilada Claire, abriendo la puerta de un tirón. Su cabello rojizo lucía enredado y tenía el maquillaje corrido. Traía puesta una camiseta de tirantes blanca y bragas a juego, nada más. Claire era delgada y no muy alta, con unos preciosos ojos verdes y una piel tan blanca como la porcelana—. Dios, Laurel. ¿Qué es lo que pasa contigo? ¿Por qué tocas así? —reclamó con el ceño fruncido.

—Positivo —dije con una sonrisa de oreja a oreja —que seguro espantaba— y le mostré la fotografía en el teléfono.

—¡Joder! —masculló con los ojos absortos como si le hubiera dicho que me diagnosticaron una enfermedad terminal—. ¿Felicidades? —dijo después, encogiéndose de hombros y tratando de sonreír, pero no le salió.

—Olvidalo. —Le espeté y di media vuelta para irme. Sabía que ella no estaba de acuerdo con que me hiciera la inseminación, pero esperaba al menos que se alegrara por mí.

—No puedes esperar que reaccione de otra forma estando medio ebria y medio dormida. —Se excusó cuando comenzaba a alejarme.

—Tranquila, vuelve a la cama con tu amante de turno —contesté con desdén, pero me arrepentí en el mismo momento que salió de mi boca. Estaba siendo una completa perra.

—¡Jódete! —gritó, cerrando la puerta con un sonoro golpe antes de que pudiera disculparme con ella. No tenía derecho a juzgarla de esa manera. Algo irónico, ¿no? Me molesté con Claire porque no me apoyó con el embarazo y ella se molestó conmigo porque desaprobaba su vida libertina. Tal parece que todos tenemos algo que decir cuando se trata de los demás, pero nuestra opinión es muy diferente cuando somos nosotros quienes actuamos de tal manera. Fui Claire alguna vez, antes de conocer a Barry. Era mucho más joven que ella, claro, pero cometí los mismos errores. No estaba libre de pecado como para arrojarle piedras.

Decidí regresar para pedirle disculpas.

No había llegado a tocar el timbre cuando la puerta se abrió y Claire salió al pasillo. Nos miramos en silencio un instante y luego pronunciamos «lo siento» a la vez. Sonreí, Claire también, y supimos que estaríamos bien. Éramos amigas, como hermanas, y nuestras diferencias no podían separarnos. Nos enojábamos, peleábamos, pero nunca dejaríamos de ser las mejores amigas.

—¿Estás segura? —preguntó nerviosa, pasando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—Estas dicen que sí, son confiables...

—¡Dios! ¡En verdad estás embarazada! No puedo creerlo. ¡Vas a ser mamá! ¡Voy a ser tía! Espero que sea varón, porque no soy un buen ejemplo de lo que una mujer debe ser. Aunque no importa, te tendrá a ti, y tú la vas a criar bien. Serás una mamá genial, Laurel. En serio —dijo muy convencida, pero yo tenía mis dudas. Ser madre no era cualquier cosa. No se trataba solo de llevar un hijo en el vientre y traerlo al mundo, sino también de educarlo, de guiarlo por el camino correcto, de darle amor, atención y de corregirlo cuando fuera preciso.

—Tengo miedo —admití sintiéndome culpable. Había tomado la decisión de tener un hijo, se suponía que estaba preparada para convertirme en madre. ¿Por qué tenía tanto miedo?

—Es lógico, si hasta yo estoy cagada y no soy la que tiene un bebé dentro. —Se estremeció

con la idea—. Pero me tienes a mí y a Nicole, no estarás sola en esto, lo sabes.

—Gracias, Claire. Significa mucho para mí contar con tu apoyo.

—Siempre —dijo sonriendo—. Entra, te haré el desayuno.

—¿No tienes compañía?

—No, él debió irse cuando me dormí. —Trató de ocultar su decepción, pero la conocía muy bien como para no notar lo.

—¿Kevin? —pregunté con sospecha. Él era el único capaz de afectarla de esa manera.

—No sé de quién hablas —fingió demencia e hizo un ademán para que la siguiera.

Fruncí los labios y me obligué a mantener la boca cerrada. Tenía mucho para decir, pero sabía que ella no necesita escucharlo, ya lo habíamos hablado en repetidas ocasiones y siempre caía en el mismo círculo vicioso con su ex, un piloto tan guapo como imbécil, por no decir lo peor. Mantuvo una relación durante tres años con él, sin saber que estaba comprometido con otra mujer. Claire rompió con él en cuanto lo supo, no sin antes hacérselo saber a su prometida, que también lo dejó. Pero Kevin no había dejado de buscarla y ella seguía le permitía entrar en su cama cada vez que volvía. Seguía completamente enamorada de ese idiota. Se acostaba con otros tipos solo para herirlo. *Ojo por ojo*, decía. El problema era que, en el proceso, ella también resultaba lastimada. Era una relación insana que esperaba llegara a su final, por el bien de mi amiga.

Claire me preparó un delicioso *omelette*, lo sirvió con pan tostado y jugo de arándanos. Para entonces, ya había amanecido. Comimos en el desayunador mientras hablábamos de todo lo que iba a necesitar para la llegada del bebé. Nicole me llamó un poco después de haber terminado de comer. Gritó eufórica en cuanto contesté con un simple hola. Mi tímpano casi estalló, lo juro. Hasta Claire la escuchó y no tenía el altavoz activado. Su felicitación no se hizo esperar y tampoco las preguntas, me hizo tantas que no sabía cuál responder primero. Contesté las que pude. Veinte minutos después, Nicole se despidió de mí y prometió visitarme pronto. Vivía en Oak Park con su esposo y su pequeño hijo de tres años, Matheo, una preciosidad de ojos ámbar, cabello rubio cenizo, mejillas rosadas y regordetas y una carita de ángel. Era idéntico a su mamá. ¡Cuánto lo amaba!

Esa misma mañana, le escribí a la doctora Miller y le di la buena noticia. Ella se alegró muchísimo, sabía cuánto quería tener un bebé. Acordamos vernos en dos semanas para mi consulta de control, donde me haría la primera ecografía. También pidió que le llevara una prueba de embarazo en sangre para la cita. Me la hice y el resultado volvió a dar positivo. No había duda, estaba embarazada. No tenía ningún síntoma, solo la ausencia de menstruación, mi cuerpo no mostraba cambio alguno por el momento, pero dentro de mí estaba formándose una nueva vida.

Las siguientes semanas, pensé que iba a enloquecer. Quería que el tiempo pasara rápido para ver a mi bebé. Y cuando finalmente llegó el día, cuando pude ver en el monitor que ciertamente dentro de mí se estaba gestando el milagro de la vida, lloré de emoción. Tenía cinco semanas de embarazo ese día, todo lo que pude diferenciar fue un punto blanco sin forma dentro de lo que Anna describió como saco gestacional, pero sentía que mi corazón iba a estallar de alegría. Fue... maravilloso. Claire y Nicole me acompañaron, estaban tan emocionadas como yo y lloraron conmigo. Hasta entonces, había sido el momento más feliz de mi vida, porque sabía que vendrán muchos más.

## Capítulo 2

Desperté con náuseas otra vez y sin ningún ánimo de ir al bufete, pero igual me levanté, tomé una ducha y saqué del clóset una falda negra de tubo, una camisa roja de botones, manga larga, un cinturón *Hermes* y mis *stiletos* negros favoritos. Tomé del cajón un conjunto de sostén y pantis de encaje rojo. Me vestí, peiné y maquillé como parte de mi rutina diaria para salir a trabajar. Fui a la cocina y tomé zumo de naranja, lo único que me provocaba porque las náuseas me habían quitado el apetito.

Volví a mi habitación y alcancé mi teléfono móvil —lo había dejado sobre la cama antes de ir al baño— y vi que tenía dos llamadas sin contestar de la clínica de fertilización. Me pareció extraño que estuvieran intentando contactarme y les devolví la llamada mientras iba por mi bolso.

—Clínica de Fertilidad Eva, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —dijeron al responder.

—Buenos días, soy Laurel Moore, tengo algunas llamadas sin contestar de parte de ustedes, son de hace unos minutos.

—Oh, sí, claro, señorita Moore. Necesitamos que se acerque a la clínica para hablar con usted de un asunto importante.

—¿De qué se trata? —pregunté con el ceño fruncido. Apenas hacía unos días estuve con Anna en mi consulta de control y ella no mencionó ningún asunto importante. Ese día realizó una ecografía especial donde comprobó que mi bebé estaba creciendo sano, sin ninguna anomalía ni complicación. Estaba completamente formado. Pude ver sus manitos, sus brazos, sus pies, su rostro, el latido de su corazón y cómo se movía, aunque aún no había podido sentirlo, pero Anna aseguraba que pronto sucedería. Estaba emocionada porque llegara ese día.

—Lo siento, pero es un tema delicado que no podemos tratar por este medio. ¿Puede venir hoy a las nueve de la mañana? —preguntó con cautela, temerosa. Me paralicé en medio del pasillo, sintiendo mi corazón palpitando con fuerza. Ya había salido de mi apartamento para entonces—. ¿Señorita Moore?

—Sí, ahí estaré —respondí secamente y finalicé la llamada, retomando mi camino hacia al ascensor. Iría en ese mismo momento clínica para salir de dudas. Le avisé a mi secretaria que llegaría más tarde el trabajo y me dirigí a la clínica.

A las ocho y veinticinco de la mañana, estaba deteniendo el auto frente a la Clínica Eva, sintiéndome enojada. Detestaba los imprevistos, era irritablemente perfeccionista y controladora, mi día a día estaba planificado con fecha, hora y lugar en mi agenda personal. Incluso, mis tiempos de ocio, que eran muy pocos. Jenny, mi secretaria, manejaba mi agenda laboral y, a esa hora, debía estar en mi oficina trabajando en el caso de un nuevo cliente, Nicholas Anderson, quien fue sentenciado injustamente a tres años de prisión por homicidio doloso, del que había cumplido doce meses. Mi plan era solicitar la libertad condicional, apelando a su buen comportamiento en prisión. Anderson nunca debió ir a prisión, pero el abogado asignado por el Estado le aconsejó que se declarara culpable y aceptara la oferta de la fiscalía.



Mis tacones resoban contra el piso de granito pulido mientras me acercaba al mostrador de la clínica, llamando la atención de Amy, la recepcionista, quien, al verme, palideció.

—Buenos días, señorita Moore. Puede tomar asiento en la sala de espera, por favor. En breve la atenderán —habló rápido y nerviosamente, lo que me dio a entender que ella estaba al tanto de porqué estaba allí.

—¿Quién? —cuestioné con voz aguda y gesto severo. Me disgustaba sobremanera que ella tuviera información de lo que sucedía y yo no.

—No estoy autorizada para decirlo, señorita Moore, lo siento mucho —manifestó con discreción. Tenía la verdad en la punta de la lengua, lo sabía, y no me sería difícil hacerla hablar, pero no quería meterla en aprietos. Ella siempre había sido amable conmigo.

—Diles entonces que no me hagan esperar mucho, tengo que trabajar —advertí y me dirigí a la sala de espera, que se encontraba extrañamente desértica. No era normal que fuera la única en el lugar. Por lo general, la sala siempre estaba atestada de mujeres, tanto solas como acompañadas, y también de algunos hombres, que presumía eran donantes.

Tomé asiento en una de las tantas sillas libres y, un par de minutos después, escuché una voz masculina proveniente de la recepción, pero no alcancé a apreciar lo que decía, aunque no era de mi interés, todo lo que quería era reunirme con quien fuera que iba a atenderme y saber, de una vez, cuál era el bendito asunto que me llevó ahí. Tenía cosas que hacer, no podía malgastar mi tiempo en nada.

No pasó mucho antes de que el dueño de la voz caminara hasta la sala de espera y apareciera en mi campo de visión. Era un hombre alto, delgado, de tez clara y cabello castaño oscuro, con presencia de algunas canas. Vestía un traje negro a la medida sobre una camisa blanca, corbata azul y zapatos negros pulidos. Venía distraído con su teléfono móvil, lo que me impidió detallarle el rostro. Aunque, a simple vista, se me hizo conocido, algo que no sabría hasta verlo bien. Aparté la mirada antes de que notara que lo estaba observando y simulé buscar algo dentro de mi bolso.

—¿Laurel Moore? —preguntó el hombre en cuestión, reconociéndome, y se detuvo delante de mí. Alcé mi rostro hacia él y descubrí con asombro que se trataba del Juez Pierce. Él llevó un caso penal que defendí, el cual concluyó en la declaración de inocencia de mi cliente, fue ahí donde me conoció, pero no creí que memorizara mi nombre, mucho menos que me reconociera. Antes de ser juez, fue abogado en la firma que ayudó a fundar, Pierce, Wagner & Asociados. Ganó muchos casos que generaron ganancias millonarias y, después de doce años, dejó la firma para ser juez penalista, conservando la reputación intachable que lo precedía, en cuanto a la ley ser refería; porque, según las malas lenguas, Pierce era un donjuán, decían que se había llevado a la cama a un gran número de mujeres, se rumoreaba también que estaba muy bien dotado y que era un “dios del sexo”. Eso no tenía modo de saberlo ni me interesaba averiguarlo tampoco.

—Señor Juez —saludé con un asentimiento y me puse en pie, dejando mi bolso sobre el asiento. Su metro noventa y tanto de altura me hacía sentir diminuta, aunque de pie aún me sobrepasaba por más de veinte centímetros. No voy a negar que, cuando lo vi en persona por primera vez, me pareció un hombre muy atractivo, y seguía pensando igual. Era guapísimo, con unos ojos preciosos y una mirada profunda y misteriosa.

—Un placer verte de nuevo, Laurel. —Se acercó un poco más, inclinándose hacia mí para darme un beso rápido en la mejilla, como si fuéramos íntimos. *¿A qué ha venido eso? Me ha dejado boquiabierto* —no literalmente, era demasiado orgullosa para dejarlo saber que me había afectado, pero no me lo esperaba—. El hombre es un descarado, pero olía divino, a aire fresco, masculinidad y seducción. Su perfume debía ser costosísimo, como su traje y el precioso *Rolex*

que le adornaba la muñeca. De no saber que amasó una gran fortuna antes de ser Juez, habría pensado que es corrupto—. Soy Mark, por cierto, lo de juez dejémoslo para los juzgados —añadió sonriendo. Y, juro por Dios, tenía la sonrisa más encantadora del mundo. Él lo sabía, la utilizaba como un arma de persuasión, una infalible, porque si antes pensaba que era atractivo, ahora lo daba por hecho.

—Prefiero seguir llamándolo señor Juez —contradije seria, fingiendo indiferencia. No quería enviarle ninguna señal errada. Que le quedara muy clarito que a mí no me iba a conquistar con su carisma y seducción, si era lo que pretendía, porque no estaba interesada en absoluto. ¿Me atraía? Sí, no era ciega, el tipo era guapo, lo reconocía, pero eso no cambiaba el hecho de que no quería relacionarme con él más allá de los juzgados.

—¿Y también me impedirás tutearte? —preguntó riéndose, el muy imbécil.

*¿Quién se cree que es?*

—Va a ser que sí, no le di permiso para hablarme de esa manera y tampoco para acercarse a mí con tanta confianza. No soy como las mujeres que acostumbre a seducir. —Le espeté sin moderación. Su actitud arrogante me sacó de mis casillas. Primero se acercó y me besó y, después, se burló de mí.

—¿Y cómo son las mujeres que acostumbro a seducir? —preguntó petulante, con una ceja enarcada.

*Fáciles, tontas, necesitadas...*, pude decirle, pero no iba a caer en su jueguito. Mejor aún, no iba a seguir hablando con él. Me giré, alcancé mi bolso y caminé en dirección opuesta, situándome en el último asiento de la fila. Estaba malhumorada, ansiosa y, para colmo, por las prisas, no tuve tiempo de obtener mi dosis de café. No era una persona completa si no tomaba café, aunque tuve que reducir los dos vasos que consumía al día por una taza, considerando lo que leí en internet a cerca del consumo de café en el embarazo.

—Es una pena que me tenga en tal mal concepto, señorita Moore —dijo Pierce, caminando hacia mí. Lo vi con el rabillo del ojo. Tenía un andar seguro y presumido, como si se creyera el dueño del mundo. Aborrecía a los de su clase, así de... egocéntricos—. Merezco al menos que me conceda El Beneficio de la Duda ¿no cree? ¿O debo recordarle que todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario? —agregó, ocupando un asiento a mi lado.

Contuve las ganas de reírme en su rostro ante su descaro. Claro que era culpable, su fama lo antecedía, también su comportamiento. Se acercó a mí con segundas intenciones, no era tonta. Ningún hombre me iba a venir con cuentos a esas altura de mi vida.

Le di la espalda y fingí que no lo había escuchado, era buena pretendiendo; en el mundo del derecho, había que saber actuar o te comían viva, más siendo mujer.

—Nos veremos pronto —murmuró sonriéndome y se levantó de la silla, alejándose. *¡Engreído!* Lo observé hasta que desapareció en el umbral, preguntándome, ¿qué hacía un Juez tan conocido como él en una clínica de fertilización?

—Señorita Moore, venga conmigo, por favor —dijo Amy, asomándose a la sala de espera desde el pasillo.

Me levanté del asiento y caminé hacia ella con paso firme. Amy se puso en movimiento en cuanto me aproximé a su posición y me indicó que la siguiera. Cruzamos el vestíbulo y tomamos el ascensor hasta la cuarta planta, donde se hallaban las oficinas. Los consultorios ocupaban la planta baja; las salas de procedimiento, el primer piso; y los laboratorios de preservación de muestra la planta dos y tres. Era un edificio pequeño, con paredes de mármol y pisos de granito pulido, lámparas finas, y grandes ventanales de suelo a techo en la fachada. Era una de las clínicas

de fertilización más costosas de Chicago.

Amy fue la primera en salir del ascensor cuando llegamos a destino y se adelantó hasta la segunda puerta a la izquierda. La abrió, se asomó y dijo algo que no logré escuchar. Cuando la alcancé, me invitó a pasar, esbozando una sonrisa nerviosa. Le sonreí cortésmente e ingresé a una sala de conferencia, en lugar de una oficina, como había asumido. La doctora Anna Miller ocupaba un asiento central detrás de una gran mesa ovalada de madera, que contaba con diez puestos. A su derecha, estaba un hombre trajeado que tenía toda la pinta de abogado.

—Buenos días, señorita Moore. Mi nombre es Alexander Bell, soy el representante legal de la Clínica de Fertilización Eva y estaré presidiendo esta reunión. Le agradecería que tome asiento, por favor.

—Y yo le agradecería que sea directo conmigo y me diga de inmediato de qué se trata todo esto —dije con voz de hierro al momento que ocupaba una silla delante del hombre. No quería acercarme, pero, considerando que la reunión implicaba la presencia de un representante legal, lo mejor era que estuviera sentada cuando me dieran lo que asumí serían malas noticias.

La doctora Anna me miró a los ojos y me ofreció una disculpa mediante un gesto. Tal parecía que le habían impedido comunicarse conmigo.

—Antes que nada, quiero dejar en claro que, tanto la doctora Anna Miller como mis representados, están eximidos de culpa —comenzó diciendo el señor Bell. Tragué saliva y luché con la urgencia de exigirle que terminara de hablar de una maldita vez. Cada segundo que transcurría sin tener certeza de nada, incrementaba mi nivel de ansiedad—. Por un error originado en el laboratorio de conservación, los espermatozoides inseminados en su cavidad uterina no resultaron ser el del donante anónimo que había seleccionado previamente, sino de uno de nuestros clientes, quien no es donante.

—¡Dios mío! ¿Un error!? ¿Cómo pasó esto? —expresé indignada y me levanté de la silla con tanto ímpetu que la hice caer contra el suelo. Sentía mi corazón palpitando en mi garganta y un zumbido fuerte resonando en mis oídos—. Quiero que me den una explicación clara de lo que sucedió, lo exijo. —El abogado miró a Anna y ella asintió.

—Como le decía, fue un error, pero no uno fortuito, fue provocado por una asistente de laboratorio, Lily Williams. Ella admitió haber cambiado la muestra del donante anónimo por las de alguien más. Ha estado haciendo esto desde hace un tiempo, fue descubierta por otra empleada de la clínica cuando encontró una agenda donde Lily explicaba su frustración de no haber conocido nunca a su padre. Ella escribió: “Todo niño debe saber su origen, de dónde proviene, y haré que sea una realidad”. En la agenda, había una lista detallada de nombres, incluyendo teléfonos y dirección, de los clientes que resultaron afectados por su imprudencia, entre ellos, el suyo.

—¡Oh, Jesús! Confíe en ti cuando me dijiste que esta era la mejor clínica de fertilidad de la ciudad, una de las más seguras y confiables, y resulta que tenían dentro del laboratorio a una loca jugando con futuro de las personas, con mi futuro —dije mirando a Anna, incrédula, llena de incertidumbre. Nunca pensé que algo así podía pasarme.

—Lo siento tanto, Laurel. No tenía ninguna idea de lo que ella hacía, nadie lo sabía —aseguró Anna pareciendo sincera, pero no me bastaba con un *lo siento*, lo que esa mujer hizo era irreparable.

—Y si Lily Williams es la responsable de esto, ¿por qué no está aquí ahora? Entiendo que esta reunión busca eximir a Anna y a la clínica de culpa ¿no es así?

—No es necesario, tenemos su confesión firmada y grabada, también pruebas que confirman lo

que dijo. Se revisaron las grabaciones de laboratorio en las fechas que ella manipuló las muestras y se evidenció que decía la verdad. Además, en este momento, se encuentra recluida en un centro de salud mental, donde ha estado siete días, cuando atentó con su vida. Estamos esperando que su médico tratante la evalúe para determinar si sufre de algún trastorno que la exonere de ir a prisión.

—Y si ese es el caso, entonces la clínica deberá responsabilizarse por haber contratado a una persona inestable en un puesto tan importante —establecí tajante—. Quiero que me envíen copias de las supuestas pruebas, no puedo fiarme de su palabra, como usted entenderá.

—Por supuesto, se las haremos llegar lo más pronto posible —afirmó el abogado—, pero hay algo más que debo decirle antes de que se marche. —Hizo una pausa breve y luego comunicó con gesto serio—: Ya que material reproductivo no provino de un donante anónimo, el sujeto propietario del semen implantado en usted tiene derechos filiales sobre el niño.

—¿¡Qué!? ¡No! —grité fuera de mí—. Mi bebé es mío y de nadie más. Yo solicité expresamente un donante anónimo, no un padre con derechos para exigir.

—Pero lo tiene —dijo detrás de mí una voz que reconocí enseguida, era inconfundible—, usted está esperando a mi hijo.

## Capítulo 3

*¿Su hijo? ¿Eso quiere decir que...? ¡Dios mío! ¡Mark Pierce es el cliente que mencionó el abogado! ¡Usaron su semen en mí y yo... yo espero un hijo suyo!*

—Esto no... Él no va a... —balbuceé sin poder completar la frase. Me sentí mareada, todo daba vueltas a mi alrededor y mi respiración comenzó a verse comprometida, apenas podía respirar, estaba teniendo un ataque de pánico, no me había sucedido en años. Mi cuerpo sucumbió a temblores involuntarios, menoscabando mi fuerza, e intenté llegar hasta la mesa, pero solo logré tambalearme de un lado al otro.

—Te tengo —susurró Mark, sujetándome de la cintura.

—Suélteme —impuse altanera, empleando la poca reserva de energía que me restaba. No quería que me socorriera de ninguna manera, no tenía tal derecho.

—No seas terca, Laurel. Evito que te hagas daño —reprochó cargándome en sus brazos. Pero no fui capaz de protestar ni de luchar, me había quedado sin fuerzas. Me pesaba el cuerpo, también los párpados, y comencé a caer en un estado de letanía que me hizo vagar entre la conciencia y la inconciencia—. Laurel ¿me escuchas? —La voz de Mark se oía como un murmullo lejano, mas sabía que seguía en sus brazos—. ¡Joder! ¡Anna, haz algo! ¡Ayúdala! —Le gritó a la doctora, usando su nombre de pila como si la conociera. *¿Es así? ¿Por eso supo antes que yo lo que había pasado?*, me pregunté, en tanto luchaba en vano por abrir los ojos.

—No puedo examinarla aquí, Mark, tenemos que llevarla a mi consultorio. —Le contestó nerviosa, tuteándolo también.

*¡Se conocen, ya no que queda duda!*

Él se puso en marcha enseguida y escuché el *ding* del ascensor cuando las puertas se abrieron, aunque lo percibí como un eco, porque cada segundo que transcurría, me alejaba más de la lucidez.

—¿Ves lo que provocaste? Siempre eres tan intransigente. Te pedí que no intervinieras y te apareces aquí...

—No es momento para sermones, solo... céntrate en ella ¿sí? Asegúrate de que esté bien y... —Es lo último que alcancé a comprender, las voces se fueron transformando en susurros ininteligibles hasta que dejé de escuchar algo en absoluto.

\*\*\*

Recobré la conciencia con una sensación de cansancio y aturdimiento. Los párpados me pesaban y me costaba abrir los ojos. *¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó?* Cuestioné mientras seguía intentando que mis párpados se movieran. No lo lograba. Cuanto más intentaba, más difícil era. Escuché voces a mi alrededor, pero no distinguí las palabras. También percibí un sonido molesto, un pitido constante y repetitivo.

—¿Por qué no ha despertado? —preguntó un hombre con un tono de preocupación, lo escuché

claramente. Tomó mi mano entre la suya y me acarició el dorso con el dedo pulgar con un gesto cariñoso.

*¿Quién es?*

—No lo sé, Mark. Sus signos vitales son estables, debería estar volviendo en sí en cualquier momento —contestó una mujer con voz dulce.

*¿Mark? ¿Quién es Mark?*

Hice memoria durante unos minutos y me sobresalté cuando los recuerdos llegaron a mi mente a mansalva.

—No me toque —exigí con un grito ahogado y abrí los ojos de súbito, deslizando mi mano fuera de la suya.

—Ve afuera, Mark —instó la doctora Miller con impaciencia, situándose a mi derecha.

—No hasta saber si se encuentra bien —interpuso Pierce con obstinación.

—No es su problema como esté. ¡Váyase! No lo quiero cerca de mí. —Le grité embravecida—. Y a usted tampoco —sentencié mirando a la doctora Miller—. ¡Salgan los dos, déjenme sola!

—Me iré ¿está bien? —dijo Pierce con mesura. Lo miré con desdén—, pero permite que Anna te examine, por favor.

—¿Anna? ¿Mark? ¿Ustedes se conocen? —pregunté con el ceño fruncido, tratando de incorporarme de la cama, pero mi estado de salud me lo impidió. Aún me sentía mareada y débil. Pierce le dio una rápida mirada a la doctora, tragó saliva y luego reveló que eran hermanos—. ¡Oh, Jesús! —expresé indignada, entre tanto, un pensamiento se tejió rápidamente en mi cabeza—. ¿Ustedes planearon esto?

—No —respondieron a la vez.

—Pero tú le dijiste a él lo que pasó, violentaste la privacidad médico/paciente al hacerlo y eso incurre en un delito grave —bramé alterada.

—No, ella no cometió ningún delito. Puedo explicarte lo que pasó —intervino Pierce, defendiéndola.

—¡No me interesa lo que tenga para decirme! ¡Quiero que se aleje de mí! —Mi pulso se aceleró a consecuencia de los feroces palpitos de mi corazón y se me dificultaba respirar. Hiperventilaba.

—Laurel, tienes que calmarte ¿sí? Intenta respirar. Inhala, exhala —pidió Miller mientras me tomaba el brazo y lo extendía hacia ella. Tenía una jeringa en la mano.

—¡No! ¿Qué piensa hacer? ¡Suélteme! —grité, intentando zafar mi brazo de su agarre.

—Anna, déjala. —Le instó su hermano alzando la voz.

—Tengo que hacerlo, es lo mejor para ella y para el bebé —murmuró antes de inyectar el contenido de la jeringa en mi brazo.

—No me... no me lo vas a quitar —balbuceé antes de perder la conciencia.

Cuando volví a despertar, no supe cuánto tiempo después, me vi sola en una habitación. Me incorporé de la cama y ponderé mi estado de salud actual. Me sentía bien, el mareo ya se había desvanecido y contaba con la fuerza suficiente para irme. Me desconecté del monitor de signos vitales y me bajé de la cama en busca de mis zapatos, quería salir de ese lugar lo más pronto posible. Los hallé en el cajón inferior de una mesita, donde también estaba mi bolso.

Me estaba calzando los pies cuando abrieron la puerta. Miré por encima de hombro, con el corazón desbocado, y vi a Pierce de pie en el umbral. Se había quitado la chaqueta y la corbata, solo llevaba la camisa. Tenía el cabello desordenado y el rostro desencajado.

—No deberías estar levantada —dijo aproximándose hacia mí.

—Ni un paso más —le advertí señalándolo con el dedo—. No crea ni por un momento que soy una mujer frágil. Lo que vio, solo fue un momento de debilidad, pero ya me recuperé y no volverá a suceder. —Ya tenía los zapatos puestos para cuando terminé la frase—. Y sepa que lo que usted y su hermana hicieron conmigo no va a quedar impune.

—Anna no hizo nada, ella no es responsable por...

—¡Me sedó sin mi consentimiento! —señalé interrumpiéndolo.

—Ya veo —murmuró con un asentimiento—. Ella me explicó que tenías mucho estrés y que eso ponía en riesgo a nuestro... —Hizo una pausa y se aclaró la garganta de forma audible—, que en tu estado, era perjudicial.

—Aléjese de mí, le prohíbo que me dirija la palabra. De ahora en adelante, cualquier comunicación que quiera tener conmigo, será a través de mi abogado —sentencié con total seguridad. Defendería con garras y dientes mis derechos, no permitiría que ni él —con todo el poder que le confería su investidura— ni nadie, los cercenara. Tuve un momento de debilidad, solo eso, pero no volvería a pasar.

—No es necesario que involucremos a terceros en algo que podemos arreglar entre los dos —convino dando un paso hacia mí. Sus ojos color avellana me mostraba un sinfín de emociones que, a simple vista, no pude comprender, no lo conocía como para hacerlo—. Vamos a tener un bebé, Laurel. Ese pequeño ser que se está formando en tu vientre es nuestro hijo. ¿Podemos hacer esto juntos, sin peleas, sin involucrar a la ley? —preguntó mirándome con esperanza.

Se me hizo un nudo en la garganta y otro en el estómago. ¡Dijo nuestro hijo! Era más de lo que estaba preparada para afrontar en ese momento. Hasta hacía unas horas, creía que era solo mío, que no tendría que compartirlo, y después... todo era tan confuso y abrumador.

—Piénsalo. —Introdujo su mano derecha en el bolsillo de su pantalón, sacó una tarjeta y me la tendió—. Aquí está mi número, llámame cuando tomes una decisión.

—No debería tener que tomar una —siseé entre dientes y pasé por su lado, dejándolo con la mano extendida.

—Cúdate, Laurel, llevas a nuestro hijo contigo —dijo cuando estaba por salir.

—Mi hijo —repliqué y cerré la puerta con un azote. Era increíble lo rápido que ese hombre me alteraba.

Sin esperar ni un segundo, me dirigí a toda prisa hacia la salida del infierno, porque eso era lo que me habían hecho pasar ese día, un maldito infierno.

*“La mejor clínica de fertilización de Chicago” ¡Ja! ¿Cómo será la peor entonces?*

—¡Laurel, espera! —gritó Anna detrás de mí, pero en lugar de detenerme, caminé más rápido—. Mark es un buen hombre, dale una oportunidad —dijo, abogando a favor de su hermano. No esperaba menos. ¿Pero cómo creía que podía confiar en su palabra después de lo que me hizo?

Cuando llegué a la salida, un hombre uniformado me saludó con un ademán y me abrió la puerta. Le di las gracias y abandoné la sucursal del infierno en la tierra, sin mirar atrás. Me subí a mi vehículo, lo encendí y me fui. Pero el auto se apagó repentinamente cuando varias calles después. Intenté encenderlo una y otra vez hasta que finalmente acepté que se había averiado.

Busqué mi teléfono en mi bolso y no me sorprendió tener más de veinte llamadas sin contestar, un montón mensajes de texto y más de cien notificaciones de *WhatsApp*. Eran casi las seis, había estado desaparecida durante más de diez horas, algo que rara vez —por no decir nunca— hacía. La única con la que me comuniqué fue con mi secretaria y solo le escribí que llegaría tarde. Ignoré todas las notificaciones y marqué el número de servicio de asistencia vial, no tenía ninguna noción de mecánica y no había nadie a quien pudiera llamar para que me auxiliara. La operadora había

comenzado a enumerar opciones cuando escuché dos golpes en el cristal de mi puerta. Miré a un lado y me sorprendió ver Mark Pierce junto a la ventanilla. ¿Me estaba siguiendo? Fue lo primero que se vino a la mente. No estaba en una vía principal como para que me viera.

—Laurel ¿está todo bien? —preguntó en tono preocupado.

No le respondí nada, estaba ocupada escuchando las opciones de la operadora.

estaba desabotonándose la camisa.

*¿Qué es lo que está haciendo? ¿Se está desvistiendo en plena vía pública! ¿Ha perdido el juicio?* Pensé cuando comenzó a quitarse la camisa delante de mis narices. Debajo, llevaba una camiseta blanca sin mangas que me dejó apreciar sus brazos delgados, pero con músculos definidos; sus hombros anchos y las ondulaciones que marcaban sus pectorales. Jamás hubiera pensando que se veía así, Pierce debía tener unos... cuarenta y tantos, con un cuerpo de mucho menos.

—Abre el capó —ordenó con una sonrisa ladina dibujada en el rostro.

*¿Será que se dio cuenta de que lo veía? Seguro sí, el vidrio delantero no es tan oscuro como los laterales. Y yo que no hice ningún esfuerzo por disimular lo bien que me la estaba pasando inspeccionando su anatomía.*

*¡Jesús! ¡Me muero de la vergüenza! Ahora él va a pensar que me gusta, aunque me gusta, tendría que ser ciega para que no fuera así. Además de atractivo, está para bañarlo en miel y lamerlo lentamente, o mejor en helado con sirope de fresas y...*

*¡Y nada! Él no puede atraerme de esa forma, lo detesto.*

—No. —Le espeté y negué con la cabeza, no lo necesitaba. Volví a marcar el número de ayuda vial, porque había perdido la llamada por andar distraída con *el Juez sin juicio*, y escuché atenta las opciones mientras Pierce me miraba con cara de pocos amigos, parecía disgustado, algo que me importaba muy poco.



## Capítulo 4

—Dios, mujer, eres terca como el infierno —gritó, caminando de regreso a mi puerta, e intentó abrirla, pero la bloqueé en cuanto me subí—. ¿Estás enojada conmigo? Bien, lo entiendo, pero no seas insensata. Va a anochecer en cualquier momento y no veré una mierda. —Se pasó una mano por el pelo y suspiró exasperado—. Abre el jodido capó y déjame ver qué está mal con el auto —demandó obstinado, pero no iba a ceder, no quería. Aunque me hacía falta salir a tomar aire fresco, estaba sudando y empezaba a sentirme un poco claustrofóbica.

Quería gritarle que se fuera a la mierda, pero en ese momento contestó el operador de ayuda vial y elegí hablar con él, no pensaba perder la llama de nuevo. Le expliqué mi situación, respondí las preguntas que me hizo y murmuré un sí cuando mencionó que me pondría un momento en espera para verificar la información. Pierce seguía al pie del cañón, al lado de mi puerta, murmurando palabras que no lograba escuchar, y noté que se le endurecía el entrecejo. Cada vez se veía más furioso. Decidí ignorarlo.

No pasó mucho antes de que el operador volviera a hablarme, me preguntó mi ubicación, se la di, y fue cuando aseguró que en menos de quince minutos llegaría el mecánico que me asignaron. Le di las gracias por su amable atención y terminé la llamada. Para entonces, Pierce ya no estaba junto a la ventanilla. No sabía a dónde había ido, porque dejé de mirarlo mientras hablaba. Miré atrás y sentí alivio cuando lo vi apoyado contra su vehículo. Bien dije que no necesitaba su ayuda, pero no quería quedarme sola en ese sitio porque, como él dijo, pronto iba a anochecer y no había nadie cerca.

Agudizando la mirada, noté que estaba usando su teléfono móvil y que sonreía muy animado. ¿A qué se debía su cambio de humor, si hasta hacía un momento, estaba enojadísimo? O mejor dicho, ¿a quién se debía? ¿Una mujer, quizás?

*Seguro sí, los hombres son tan básicos...*

Me enderecé en el asiento cuando lo vi acercándose y fingí hablar por teléfono también.

—Bájate del auto, tengo que irme y no voy a dejarte aquí sola —dijo alzando la voz.

Hice como si no lo hubiera escuchado y me dediqué a leer los mensajes que recibí mientras me tuvieron sedada. Había unos cuantos de Nicole, un montón de Claire y otro puñado más de Jenny. Le escribí a Nicole y a Claire diciéndoles estaba bien, que luego les hablaba. A Jenny decidí llamarla cuando me encontrara en casa.

Entre tanto, Mark seguía tratando de persuadirme para que me fuera con él y yo lo seguía ignorando. Pero, de un momento al otro, mi estómago se sacudió y sentí arcadas. Intenté controlar las náuseas unos minutos, pero no podía, iba a vomitar. Abrí la puerta y abandoné el auto a toda prisa, sin prestarle atención a las palabras que pronunciaba Mark cuando me vio salir, no podía aunque hubiera querido, me sentía enferma. El aire frío me golpeó el rostro sudado y alivió un poco mi malestar, pero no por completo. Terminé vomitando en una jardinera junto al auto, vaciando el contenido mi estómago con fuertes arcadas. Mark se apresuró hasta mí y me sostuvo

por la cintura.

Me limpié los labios con la manga de la blusa cuando todo terminó y le siseé a Pierce que me soltara.

—No, me gusta sostenerte —dijo el muy imbécil y me sujetó con más fuerza—. Además, no voy a dejar que vuelvas a encerrarte en el auto.

—Pensé que había dicho que tenía que irse —repliqué, e intenté zafarme de su fuerte sujeción.

—Sí, tengo que irme, pero no lo haré sin ti. ¿Qué tipo de padre sería si dejo sola a la madre de mi hijo en...?

—¡Mi hijo! —espeté y le di un pisotón en el pie con la punta de mi tacón que lo hizo maldecir, pero no me soltó—. Libéreme ahora o comenzaré a gritar por ayuda.

—Eres fuerte, Laurel Moore, y bastante obstinada. Lo que no sabes es que yo también lo soy. Si digo que no me iré sin ti, es porque no lo haré —estableció decidido y me alzó en vilo en sus brazos sin ninguna dificultad. ¡Ya lo había tomado por costumbre!

—¿A dónde cree que me lleva? —chillé malhumorada y luché por escaparme de sus brazos, otro intento fallido—. ¡Auxilio! Alguien ayúdeme, por favor. ¡Intentan secuestrarme! —grité desahogada cuando vi que se dirigía a su vehículo—. ¡Es un salvaje! ¿Cómo pudo llegar a ser juez?

—Siendo un buen abogado —contestó orgulloso—. Y no soy un salvaje, tú eres tozuda y malcriada y me obligas a actuar así.

—¿Yo lo obligo? —protesté indignada—. Patrañas. Usted está disfrutando de esto, no crea que soy tonta.

—Sé que no lo eres, Laurel, lo supe desde que te vi entrar a mi tribunal.

*¿Recuerda ese día? Pensé que no, que solo conocía mi nombre por el asunto de la clínica. Mentiría si dijera que no me emociona saber que me notó antes de saber que llevo en mi vientre a "su hijo".*

—¿Y qué va a hacer ahora?, ¿piensa atarme al asiento? Porque no pienso ir con usted a ningún lado —sentencié cuando se paró frente a la puerta de copiloto de su auto.

—¿Por qué no? —replicó con una mirada triste, pero a mí no me compraba con su papel de mártir, no iba a disuadirme para que me subiera con él voluntariamente.

—Porque no quiero. Además, no voy a dejar mi auto a la intemperie.

—Alguien vendrá por él, eso no es problema. —Me miró los labios y se mojó los suyos con la punta de la lengua, lenta y seductoramente.

¿Estaba pensando en besarme?

*Dios, que no lo haga, porque además de que vomité minutos antes y debo tener la boca apesosa, no creo que pueda resistirme a un beso. Han pasado dos años desde la última vez que me dieron uno, el mismo tiempo desde que tuve intimidación... Y, bueno, una tiene necesidades que un aparato a pilas no puede suplir. Nada se compara a sentir suaves labios besando y caricias tibias sobre la piel.*

—Eres hermosa —susurró, con sus enigmáticos ojos enganchados a los míos. Ya no veía tristeza en sus pupilas, sino algo distinto que no pude descifrar.

—¿Le dice lo mismo a todas? —expulsé las palabras sin siquiera pensar. Por mi tono, cualquiera diría que estaba celosa. Y no era así, Pierce y yo no éramos nada, apenas nos conocíamos.

—¿Todas? —Sonríe—. ¿Qué tipo de hombre piensas que soy?

—No lo sé ni me importa. —Le clavé las uñas en los antebrazos y me removí entre sus brazos

hasta que logré que los aflojara lo suficiente para librarme de él. O quizás me dejó ir en un acto de sensatez—. ¡Váyase a donde tenga que irse y déjeme a mí en paz! —Le grité y di media vuelta para irme a mi auto. En ese momento, vi la camioneta de ayuda vial aparcando frente a mi auto y liberé un suspiro.

Me apresuré hacia la camioneta, con el obstinado de Pierce siguiéndome los pasos muy de cerca. Parecía mi sombra.

*¿Qué tengo que decirle para que me deje en paz?*

El mecánico se bajó del vehículo y me saludó con un apretón de mano cuando llegué a su encuentro, se presentó como Greg Stewart. Le dije mi nombre devolviéndole el saludo. Greg era alto, delgado, con unos impresionantes ojos celestes, cabello largo —castaño claro, atado en una coleta de caballo baja— y una barba espesa que le cubría la mandíbula. Vestía un overol azul oscuro y botas de seguridad.

Giré los ojos cuando Pierce le extendió la mano y se presentó, diciendo: «Mark Pierce, Juez de la Corte de Circuito Criminal».

*¿Era eso necesario?*

—Un gusto, señor Juez —dijo Greg aclarándose la garganta mientras le estrechaba la mano.

—Ya puede irse, señor Juez —dijo con tono altanero—. Greg va a reparar mi auto ¿cierto? —pregunté con una sonrisa falsa.

—Eso espero, señorita Moore —respondió él serio y distante. El “gran juez” lo había intimidado. Caminó hacia la camioneta, abrió la puerta trasera y sacó una caja de herramientas mediana.

—¿A él sí lo tuteas? —reprochó Mark hablándome al oído, bajito, para que Greg no pudiera escucharlo.

—Él me cae bien —respondí también en voz baja y me abracé para entrar un poco en calor, estaba comenzando a hacer mucho frío y no traía mi abrigo.

Mi sombra gruñó.

—Me informaron que el auto no enciende ¿es correcto? —preguntó el mecánico cuando estuvo de regreso.

—Sí, lo intenté varias veces y nada. Le mostraré lo que...

—Lo haré yo —intervino Pierce y se apresuró a mi auto antes de que pudiera reaccionar.

*¿Pero quién se ha creído?*

Greg lo siguió y yo no me quedé atrás, no iba a permitir que tomara el mando de la situación.

—¿Qué cree que hace? —chillé desconcertada cuando llegué a la puerta del piloto y vi a Pierce con mi teléfono pegado en su oreja—. ¡Deme eso! —exigí con un grito de horror.

Greg carraspeó y miró hacia otro lado, incómodo con la situación. ¡Qué vergüenza!

—Aquí tienes —dijo Mark con el ceño fruncido.

—Bájese de mi auto y váyase —demandé obstinada. Ya me tenía hasta la coronilla.

—Ven aquí, muchacho. —Le dijo al mecánico, ignorándome como si le hubiera hablado a una estatua.

—No te muevas —ordené a Greg. Él me miró con el entrecejo arrugado y luego miró a Mark, de nuevo a mí. Al final, fue hasta Mark. Juez le ganó a propietaria de vehículo.

Contuve las ganas de gritar y miré la escena con los brazos cruzados. Mark intentó encender el vehículo, hizo un sonido extraño y después nada sucedía, como todas las veces que yo lo intenté. Greg le dijo que pensaba que se trataba de la cadena del tiempo o algo así. No tenía idea de qué era eso, pero esperaba que se arreglara con un ajuste.

Mi teléfono comenzó a timbrar en mi mano y recordé que Mark estuvo hablando con alguien, no miré con quién. En la pantalla, aparecía el nombre de Christian Emerson, mi colega en el bufete. ¿Sería con él con quien hablaba?

Contesté la llamada y me aparté un poco para nadie escuchara lo que iba a hablar con Emerson. Él siseó un hola y dijo en tono cortante que necesitaba todos los archivos del caso Wonder. Le pregunté por qué, ese era mi caso, no suyo.

—Wright me puso a cargo, el caso Wonder ya no es asunto tuyo —espetó de mal humor.

—¡Eso lo veremos! —refuté y colgué la llamada, hecha una furia.

*Me ausento un día y Emerson intenta quedarse con mis clientes. Es un imbécil.*

## Capítulo 5

—Nos vamos —dijo Pierce, cubriéndome la espalda con un abrigo grueso, mi abrigo.

—¿¡Qué!? ¿Por qué?

—Deben llevar el auto al taller, Greg pidió una grúa y tú te vienes conmigo —impuso como si tuviera potestad sobre mí.

—¿En serio? —Liberé una carcajada burlona y caminé hacia Greg, quien estaba guardando su caja de herramientas en el cajón de la camioneta—. ¿Con qué te amenazó el “honorable juez” para que enviaras mi auto al taller? —pregunté desdeñosa.

El mecánico se volteó hacia mí, pero antes que pudiera decir algo, Mark llegó a escena. Siempre tan oportuno...

—Deja a Greg fuera de esto, él solo está haciendo su trabajo —incredó, su voz transmitía enojo.

—No estoy tan segura —rechisté, empleando un tono similar al suyo. Él no podía enojarse más que yo—. ¿Cuánto tiempo estará mi auto en el taller?

—Hasta el mediodía de mañana, la cadena del tiempo se averió y hay que cambiarla. Si pudiera lo haría aquí, pero las condiciones no son las mejores. Aunque si duda de mí, puede llamar a alguien de su confianza para que revise su auto, no tengo ningún problema —dijo serio. Lo había ofendido.

—Lo siento, no debí acusarte de ese modo. Lo que sucede es que el sujeto que ves a mi lado no es digno de mi confianza y noté que te intimidó desde el principio, soy abogada, puedo leer las reacciones de las personas, y pensé que él te estaba coaccionado de alguna manera. ¿Lo hizo? Porque puedo defenderte de...

—No haría tal cosa, Laurel. ¿Por qué me juzgas tan duramente? —apeló Mark indignado.

—¿Porque no confío en usted ni me interesa hacerlo! —contesté exasperada, toda esa situación me superaba. Había pasado por mucho estrés y él no hacía más que empeorarlo todo.

Mark apretó la mandíbula y asintió dos veces antes de desviar su mirada hacia Greg.

—Tengo que irme ahora. ¿Cuento con que el auto de la señorita Moore estará listo mañana?

—Sí, eso es seguro, señor Juez —dijo con respeto, solo le faltó inclinarse delante de él como si fuera de la realeza.

—Mark, para los amigos. —Le extendió la mano y Greg no dudó en estrechársela.

Bufé girando los ojos.

—Voy por mi camisa y luego nos vamos. —Se refirió a mí sin mirarme y caminó hacia el árbol donde la tenía colgada, cerca de donde vomité. Lo recordé y se me puso el rostro colorado.

—Tengo sus datos, la llamaré cuando el auto esté listo —informó, atrayendo mi atención a él. Tenía la mirada clavada en Mark, en parte me sentía mal por ser tan dura con él y en parte creía que era lo que se merecía por no dejar de molestarme.

—Sí, muchas gracias, y disculpa que te involucrara en mis problemas con el señor Pierce —murmuré avergonzada. Nunca me había pasado algo así.

—No se preocupe, he visto cosas peores —dijo con una risita.

—Vamos —espetó Pierce con voz de mando cuando pasó por mi lado, sosteniendo en una de sus manos mi bolso. ¿En qué momento lo había tomado? Debió ser cuando hablaba con Emerson.

—Deme mi bolso —exigí caminando detrás de él, pero a duras penas podía seguirle el ritmo. Él caminaba rápido, tenía piernas largas y no lleva tacones, como yo.

—No.

—¿¡No!?

—Te lo daré cuando llegemos a tu residencia.

—¿¡Ah, sí!? ¿Lo tendrá de rehén para que me vaya con usted?

—Sí —contestó muy tranquilo.

—¿Cuántos agravios va a cometer este día en contra de mi persona? —Le recriminé, haciendo hincapié en la palabra “agravios”, pero él ni se inmutó. Abrió el maletero de su lujoso BMW color plata y arrojó mi precioso bolso *Louis Vuitton* dentro. ¡Iba a matarlo!—. Es usted una bestia. ¿Sabe cuánto vale ese bolso? —Le reñí con aspereza. El hombre sacaba lo peor de mí.

—Sube al auto —ordenó abriendo la puerta del pasajero, sin mostrar ningún interés en mi reclamo.

—No quiero, deme mi bolso y márchese, puedo llegar a mi casa por mis propios medios —insistí, esperando que fuera sensato y me concediera mi deseo.

—No comprendo porqué me desprecias tanto. Entiendo que no confíes en mí, pero no soy un desconocido. Es más seguro que permitas que te lleve yo a que esperes aquí sola por un *Uber* o alguien que pudiera venir a recogerte —dijo comedido y tuve que estar de acuerdo con él. Quedarme sola en ese lugar no era seguro, así que acepté irme con él, tragándome mi orgullo. Mark cerró la puerta al subirme y luego ocupó su puesto tras el volante, poniendo enseguida el auto en marcha. Me recosté contra el asiento de cuero y suspiré sintiendo alivio de poder ir finalmente a casa. No veía la hora de llegar, tomar un baño y meterme a la cama.

—¿Siempre eres así de amargada o es solo conmigo? —Se burló mientras conducía. Decidí ignorar su pregunta y, en cambio, planteé una propia.

—¿Tiene idea de adónde tiene que ir? —No me había preguntado mi dirección ¿cómo pretendía llevarme a casa?

—Sé donde vives.

—¿¡Cómo dice!?

—Qué sé donde vives, recurrí a un investigador privado en cuanto supe que, posiblemente, estabas esperando a mi primer hijo.

—¡Esto es inaudito! No solo se entera antes que yo del fiasco que cometieron en esa clínica, seguramente, por boca de su hermana, sino que tiene el atrevimiento de investigarme. ¡Que descaro el suyo! —Mi indignación era evidente. Lo que hizo era una absoluta violación a mi privacidad.

—Anna no tuvo nada que ver, me enteré de otra manera —refutó a la defensiva. Se escuchaba molesto, era un hermano protector, por lo visto.

—¿Cómo? Dígame, si tanto quiere eximir a su hermana de la culpa. —No había que ser muy inteligente para entender que Anna le dijo lo que sucedió y que él la estaba protegiendo para que yo no tomara represalias en su contra. También estaba segura de que si el “error” lo hubieran cometido con un don nadie, y no con él, yo ni me habría enterado.

—No puedo decírtelo, pero te aseguro que Anna nada tuvo que ver. Ella se encuentra completamente mortificada por lo que ha pasado, más tratándose de ti, que te tiene afecto. Me lo

dijo cuando la enfrenté y no tuvo más remedio que admitir que era verdad.

—¿Afecto? Si me tuviera afecto me habría puesto en sobre aviso en lugar de participar en esa horrible emboscada que me hicieron. —Volví a sentir la rabia y la humillación que pasé en esa sala, cuando me dieron la noticia más inesperada de mi vida.

—Tienes razón, no debías enterarte de ese modo. Quería decírtelo yo cuando te vi en la sala de espera, pero pensé que no me creerías —explicó con discreción y me vi asintiendo. Era verdad, no le habría creído, habría pensado que quería tomarme el pelo. Si soy honesta, seguía teniendo mis dudas. ¿Y si me estaban engañando?

—Está tomando la dirección opuesta. —Le hice saber al darme cuenta que iba hacia el Norte en lugar de ir a Sur.

—No, voy a donde quiero. Haremos antes una parada, dos, en realidad —respondió con singular arrogancia y encendió el reproductor de música a todo volumen, silenciando cualquier reclamo que le pudiera hacer. Un movimiento inteligente, grosero, pero inteligente.

*Bien, la ves cuando te quedas dormido,  
(Well, you see it when you fall asleep)  
Pero nunca la tocas y nunca se queda  
(but never to touch and never to keep)  
porque la quisiste demasiado  
(cos you loved her too much)  
y te zambulliste demasiado profundo  
(and you dived too deep)<sup>lll</sup>*

Eso decía la letra de la canción. Era la primera vez que la escuchaba, como también a ese cantante y, aunque quería saber su nombre, decidí investigarlo por mis propios medios. Tenía una voz hermosa y una forma muy sentida de cantar.

En breve, Mark detuvo el auto junto a la ventanilla de autoservicio de una tienda de comestibles, bajó el vidrio y silenció la música para hacer el pedido.

—Lléveme a casa, ahora mismo. Es lo que habíamos acordado, demuéstreme que es un hombre de honor y de palabra —exigí colerizada y el muy cínico se rio. Qué tonta de mí al pensar que por ser juez sería usted honorable —repliqué girando los ojos al momento que la cajera del autoservicio lo saludaba para atenderlo. En ese mismo instante, mi teléfono comenzó a timbrar con la tonadilla que elegí para Claire y decidí contestar, necesitaba una distracción.

—Hola.

—¿Hola? —cuestionó con un chillido aturdidor—. ¿Dónde has estado metida todo el día?

—No creerás cuando te lo diga.

—Pruébame.

—No, hablaremos cuando llegue a casa.

—Pero Lauuuuu, yo quiero saber —insistió con voz infantil.

—Sé que sí, pero no es un buen momento.

—No demores mucho, yo también tengo algo que contarte. —Por el tono de su voz, parecía que estaba sonriendo.

—Si dependiera de mí... —musité resentida.

—¿Qué? —replicó Claire sin entender de lo que hablaba.

—Nada, nos vemos pronto. —Terminé la llamada al mismo tiempo que el *Juez sin Juicio*

movió el auto hasta un puesto en el estacionamiento. Se giró hacia mí y me pasó una botella con agua, mentas y una barra de chocolate blanco. ¿Cómo sabía que era mi favorito? Lo miré recelosa y ponderé preguntarle qué tanto me investigó, porque no creía que fuera casualidad. Pero antes de que pudiera plantearle cualquier cosa, se volvió hacia el volante, reanudó la música y puso el auto en marcha, esperaba, que de camino a mi casa.

Abrí la botella y me bebí casi todo el contenido en tres sorbos. Después, me llevé una menta a la boca para deshacerme del mal sabor que me quedó después de las arcadas. El chocolate lo guardé después, cuando estuviera sola para disfrutarlo a gusto. El *Señor Juez* se acababa de ganar varios puntos conmigo por su consideración, aunque quizás los perdería pronto, el hombre era experto en incordiar-me.

Cuando la canción terminó, apagó el reproductor y dijo algo que me dejó boquiabierto, hasta pensé que escuché mal.

—¿Qué ha dicho?

—Que te quites la blusa.

—¿Se ha vuelto loco? —grité desconcertada.

—Llevas una camiseta debajo, no estarías desnuda —replicó con sorna, el muy descarado.

—¿Y por qué tendría que quitármela? —rebatí, más enojada que antes.

—Porque la ensuciaste.

—¿Y eso qué? Ya me la cambiaré cuando llegue a mi casa, porque es ahí a donde vamos ¿cierto? —No dijo nada—. ¡Respóndame!

—Sí..., después de cenar —contestó temeroso, sabía lo que se le venía encima.

—¡Esto es el colmo! Aparte de chantajearme, me engaña. ¿Y así pretende ganarse mi confianza? —Perdió los puntos que había ganado más rápido de lo que imaginé—. Lléveme a casa de una maldita vez si no quiere que lo acuse de secuestro y chantaje.

—No maldigas —dijo serio—. Y te llevaré a casa después de cenar, necesitas una buena comida y sé dónde conseguirla.

—¡No quiero ir a ningún lado con usted! ¿No lo entiende? ¡Lo desprecio!

—¿Por qué? No me conoces, todo lo que has hecho es juzgarme basándote en lo que te han dicho de mí, sin pruebas, sin permitir que me defiendan —enunció empecinado—. Tú no eres la única víctima, Laurel, los dos lo somos. Yo tampoco pedí que usaran mi esperma en ti, pero pasó, vamos a tener un hijo, te guste o no.

Era cierto, pero él había tenido tiempo de asimilarlo, yo no. Recién me daban la noticia. Ya había dicho que soy meticulosa, que odiaba los imprevistos, y ese fue el imprevisto más grande de mi vida, necesitaba tiempo y espacio para pensar y él no me lo estaba dando; al contrario, parecía que está haciendo todo lo posible por mantenerme a su lado.

—Entonces... ¿Aceptas mi invitación a cenar? —preguntó con un suspiro cansado.

—¿Qué otra opción tengo? Soy su rehén —respondí desdeñosa.



## Capítulo 6

Mientras Mark conducía hacia un destino que no reveló, por más que insistí en saber, me quité la blusa y me peiné el cabello con los dedos, deseando tener acceso a mi bolso para maquillarme también. Me miré en la cámara frontal de mi móvil y chasquéé los dientes cuando vi mi aspecto desaliñado, nunca me dejaba ver sin maquillaje.

—Necesito mi bolso urgente. Y no, no es un intento desesperado por deshacerme de usted. ¡Me veo horrorosa y necesito mi maquillaje! —No me bajaría del auto a menos que estuviera medianamente presentable.

—Pero si te ves preciosa. —Aduló, mirándome por el espejo retrovisor, y se me subieron los colores al rostro. No recordaba quién fue el último hombre que me llamó preciosa, aunque, con toda certeza, no fue mi ex. Barry no me hacía esos tipos de halagos, su forma de romanticismo implicaba frases como: «amo tu jodido trasero», «tus tetas son magníficas», «estuve duro todo el día pensando en ti», cosas que solo decía en pleno acto sexual—. Me gustas, Laurel. Me gustaste desde que te vi entrando en mi sala aquella tarde. No solo porque eres hermosa y *sexy*, también por todas las cualidades que he podido apreciar en ti —dijo muy convincente y me dejó sin habla, algo que no era fácil lograr conmigo. Claire decía que era tan afilada como una cuchilla.

*¡Mierda, Claire! Tengo que avisarle que todavía no iré a casa.*

Le escribí un mensaje diciéndole que demoraría un poco más, dejando en el aire las palabras dichas por Mark.

«Ven ahora», respondió Claire con serie emoticones llorosos y triste.

Cuando nuestras miradas se cruzaron en el espejo retrovisor de nuevo, se me aceleró el corazón de forma irregular, también sentí un cosquillo en el vientre. Ni en mis días de adolescente sentí algo así. ¿Qué me pasaba? Aparté la mirada y noté que Mark tomaba la intercesión que conducía a una zona residencial. No sabía que había restaurantes en esa dirección ¿o acaso nuestro destino era otro?

—Estamos por llegar y tengo una confesión que hacer —pronunció con voz ronca y contrariada—. Mi madre sufre de Alzheimer y hoy está lúcida, algo que no había sucedido desde hace dos meses. Estuve hablando con ella y me dijo que había preparado lasaña, que me esperaba para cenar.

—Oh, no. No me diga que está llevándome con su madre —pregunté exaltada. Él asintió tragando saliva—. ¡Jesús! ¿Pero cómo se le ocurre hacerme esto?

—Le hablé de ti, le dije que tendríamos un hijo y ella se emocionó mucho, siempre quiso un nieto y yo no pude negarme cuando me pidió conocerte —reveló, para mi completo asombro.

—¡Me ha engañado una vez más! Es un mentiroso y un manipulador. Ahora estoy más que convencida que lo de mi auto no requería un taller. ¡Me siento burlada! Había aceptado de buena fe cenar con usted ¿para qué? Para descubrir que todo lo que hace es engañarme.

—Entiendo que estés enojada, pero la enfermedad de mi madre no tiene cura y pocas veces nos

recuerda. Es algo que quizás no vuelva a suceder y quería que te conociera estando consciente.

—Puedo comprenderlo. ¿Por qué no me lo dijo, en lugar de tomarme como rehén para que viniera con usted? —reproché enojadísima. Su falta de honestidad era una burla a mi inteligencia.

—Porque pensé que no aceptarías —contestó deteniendo el auto frente al garaje de una vivienda.

—Haré esto por su madre, pero a cambio quiero que renuncie a sus “derechos paternos” sobre mi hijo. Si no lo hace en las próximas 24 horas, iniciaré una demanda en contra de su hermana y de la clínica, y hasta de usted, si logro demostrar que el “error” fue premeditado, ya que ha dejado en evidencia que me ha investigado. —Dicho eso, desbloqué la puerta del auto y me bajé rápido, no soportaba seguir encerrada en un espacio tan reducido con el farsante de Mark Pierce. El título de juez le había quedado gigantesco.

Afuera hacía un frío tremendo que me hizo titiritar. La camiseta de tirantes que usaba no me cubría lo suficiente. Debí ponerme el abrigo, pero no pensé en nada, solo salí del auto como si estuviera incendiándose.

—Abrígate, hace frío —dijo Pierce saliendo del auto con mi abrigo en su mano izquierda y su saco en la derecha.

—¡Qué considerado! —mascullé, quitándole el abrigo de las manos con un tirón fuerte, y me lo puse.

—Y ya te dije que ni yo ni Anna tuvimos nada que ver con lo que pasó —excusó mientras se ponía el saco.

—¡No le creo! —grité enfrentándolo—. No creeré en nada de lo que usted diga —reafirmé cruzándome de brazos.

Él estaba por decir algo, pero, en ese momento, abrió la puerta de la vivienda una mujer mayor que exclamó con alegría «¡Mark, cariño, has llegado!» y se apresuró hasta él, abrazándolo con fervor. Vestía un abrigo grueso rosa, pantalón blanco y zapatos cerrados. Tenía el cabello corto, completamente blanco por las canas; su rostro estaba lleno de arrugas y usaba gafas. Debía rondar los setenta años.

—Hola, mamá —susurró él, devolviéndole el abrazo con ternura. Emoción destelló en sus ojos, se le anegaron de lágrimas y, cuando parpadeó, una le surcó la mejilla.

Aparté la mirada con un nudo en la garganta, echaba de menos a mi madre, la perdí muy pequeña.

—Tú debes ser Laurel —dijo la mujer cuando se despegó de Mark. Se acercó y me envolvió entre sus brazos con afecto, como si me conociera de toda la vida—. Felicidades, cielo. Estoy tan feliz con la noticia. ¡Mi primer nieto! —celebró soltándome—. Mi Marcus habría estado de lo más contento, siempre quiso conocer un nietecito de Anna y uno de Mark —mencionó triste, lo que me hizo saber que su marido había fallecido. Mark le puso la mano en el hombro y le dio un leve apretón, también había tristeza en su rostro.

—Mejor entremos a casa, aquí afuera está helando —sonrió, pero el gesto no llegó a sus ojos.

—Ve, mamá. En un momento te alcanzamos. —Le dio un beso en el tope de la cabeza y ella le dijo que no demorara mucho, que la cena estaba casi lista. Mark prometió que solo serían unos minutos. Ella asintió. Mientras se alejaba, aprecié brevemente el exterior de su vivienda. Era una casa amplia, de dos pisos, pintada de amarillo claro en las paredes y blanco en los pilares y barandas del pórtico.

—Gracias por hacer esto —pronunció Mark, atrayendo mi atención hacia él—, significa mucho para mi madre, también para mí —dijo mirándola hasta que entró. Cuando trasladó sus ojos a mí,

dio dos pasos al frente y alzó su mano a mi rostro con la intención de tocarme, pero retrocedí, impidiéndolo.

—Y es por ella que lo hago, porque usted no merece ninguna consideración. —Le espeté. Me había conmovido antes, pero eso no significaba que lo perdonaba—. Terminemos con este teatro de una vez, no soporto estar cerca de usted —dije exasperada, pero, por la forma que me tomó por la cintura y me acercó a él, pareció que había entendido lo contrario. Su rostro estaba tan próximo al mío que podía sentir su aliento calentándome los labios. ¿¡Iba a besarme!?

El corazón se me aceleró y respiraba de manera irregular. Mentiría si dijera que su cercanía me fue indiferente. No iba a engañarme negándolo. El hombre me gustaba, sin importar sus mentiras y sus ardidés. Quería ese beso tanto como quería darle una sonora bofetada por su atrevimiento. Así de dispersas eran mis emociones.

—Tú también eres una mentirosa —susurró Mark cerca de mis labios—, dices que me desprecias, que no me soportas, pero estás deseando que te bese. —Me rozó la comisura de los labios suavemente y me pegó un poco más a él, empujando su virilidad contra mi vientre bajo.

Calor se propagó en la zona sur de mi anatomía. Había pasado mucho, mucho tiempo, desde la última vez que estuve tan cerca de un hombre y era difícil no sentir deseo cuando uno tan guapo, que olía divino, me tenía tan cerca de él. Pero no permitiría que mis instintos me dominaran, tenía que detenerlo antes que fuera tarde.

—Suélteme —musité con voz trémula. Y me removí entre sus brazos, propiciando la fricción accidental de mi pelvis contra su hombría.

Un gruñido ronco brotó de su garganta.

—Lo haré solo porque mi madre nos espera —murmuró con voz gutural y desplazó lentamente sus manos por mi cintura hasta liberarme por completo, ajustando sin disimulo su pantalón, para que no fuera tan notable el bulto entre sus piernas—. Ella no sabe de la inseminación, no lo entendería, le dije que somos pareja. ¿Puedes actuar como si lo fuéramos? —preguntó con gesto adusto.

—Haré el intento, aunque no soy experta como usted, que es un mentiroso de oficio —encaré, girando los ojos, y me adelanté a él para entrar a casa de su madre.

—No puedes hablarme de usted delante de ella —señaló siguiéndome los pasos.

—Sé eso —espeté irritada.

—Y voy a tocarte algunas veces, porque soy un novio muy atento y cariñoso.

*¿Novio ha dicho? ¡Ja! Ya quisiera él.*

—Ni lo sueñes —repliqué cuando estaba por llegar a las escaleras de la entrada, momento en el que la puerta se abrió mostrando en el umbral a la hermana de Mark.

—Oh, vamos. ¿Esto es una broma? —No solo tenía que fingir que era la novia de Mark frente a su madre, también debía soportar la presencia de Anna.

## Capítulo 7

—Estoy tan sorprendida como tú. Mark no me puso al tanto de que estaba viniendo contigo. —  
Lo miró con los ojos entornados.

—No quiero estar aquí, no voy a hacer esto. —Di media vuelta, dispuesta a marcharme, pero Mark me mostró una mirada entristecida y me pidió con un ruego que, por favor, me quedara por su madre, que se le rompería el corazón si me marchaba.

—No debió hablarle de mí en primer lugar —protesté chasqueando la lengua—. Debería sentir vergüenza, utilizar a su madre enferma para manipularme...

—¡Ella tiene razón, Mark! ¿En qué estabas pensando? —Le reprochó su hermana, no supe si por simpatía o porque en verdad estaba molesta.

—Fue imprudente, sí, pero ya está hecho y no puedo cambiarlo —admitió con un resoplido—. ¿Vas a quedarte? —preguntó después de una pausa.

—No porque quiera —contesté mientras planeaba mi pronta huida, no permanecería en ese lugar mucho tiempo.

—Tú primero —invitó, extendiendo la mano al frente. Anna se adelantó a nosotros y dejó la puerta abierta. Subí los escalones que me restaban para llegar al pórtico y me planté en la entrada, dubitativa. Temía lo que sucedería puertas adentro.

—Lo siento, no volveré a ponerte en una situación similar —murmuró detrás de mí, cerca, tan cerca que su aliento chocó contra mi nuca y provocó que se me crispara la piel. Su voz grave, vibrante y varonil me excitaba de una manera que ningún hombre había logrado.

*Tienen que ser las hormonas, yo no soy así.*

—Créame, no le daré oportunidad de hacerlo de nuevo —establecí tajante, forjándome de valor para decirlo sin que mi voz delatara mis verdaderas emociones, y me aventuré a entrar a la vivienda de su madre. Escuché a Mark quejarse porque seguía hablándole de usted y lo ignoré, ingresando al amplio y elegante vestíbulo de pisos de madera y techos abovedados; una elegante lámpara de araña colgaba en el centro, cortinas de raso color crema cubrían las ventanas y, al fondo, se ubicaba una chimenea encendida sobre la que colgaba una pintura familiar del clan Pierce. El retrato debía tener al menos quince años, Mark se veía más joven y delgado entonces, se parecía más a su padre ahora.

—Permíteme tu abrigo —pidió con voz solemne una vez que cerró la puerta detrás de nosotros. Me lo quitó y él lo guardó dentro de un armario ubicado a su derecha—. ¿Lista? —preguntó cuando se situó a mi lado.

—No —suspiré fuerte—, pero quiero acabar con esto pronto.

—Lo siento, sé que no actué de...

—Deje de disculparse —lo interrumpí—, no va a lograr que lo perdone, por más que insista.

—Bien, el comedor se encuentra por aquí. —Se puso en movimiento, caminando delante de mí hacia una puerta ubicada a la derecha, y noté que se había quitado el saco.

Lo seguí, mis tacones repicaban contra el piso de madera con cada paso que daba, en tanto, mi corazón marcaba su propio ritmo, un *bum bum bum* que se hacía más constante a medida que avanzaba, no sabía por qué, ya había conocido a su madre, no tenía que estar tan nerviosa.

Mark me esperaba en el umbral de la puerta y pasamos juntos a un bonito y muy iluminado comedor. La mesa contaba con espacio para ocho personas, Anna ocupaba uno y, a su lado, se encontraba su esposo. Lo reconocí por la fotografía que ella tenía en su consultorio. Era rubio, de ojos claros, una espesa barba le cubría la mandíbula y su brazo derecho estaba tatuado desde la muñeca hasta más allá del dobladillo de la manga de su camiseta negra. Estaba afanado tecleando algo en la pantalla de su teléfono móvil, pero hizo una pausa para comprobarnos y saludar. A Mark con un «Hola, viejo», que Mark correspondió con un simple «Hola, Austin».

—Austin Miller. Enhorabuena por la cría —dijo presentándose. Y terminé ruborizándome. Estaba tan apenada que quería dar media vuelta y marcharme.

—Oh, ya están aquí —dijo la madre de Mark, ingresando al comedor desde una puerta lateral de vaivén. Me estaba preguntando dónde se encontraba—. Cariño, ¿por qué no has invitado a tu novia a sentarse?, ¿dónde están tus modales? —Le reclamó a su hijo, negando con la cabeza.

—Vamos entrando apenas, mamá —respondió sonriendo—. Y Laurel quiere ir antes al tocador. —Yo no dije nada, pero la verdad sí quería ir al baño un momento, deseaba asearme las manos y refrescarme un poco el rostro, me sentía desarreglada y sucia. ¡Culpa de Mark, que me arrastró a una cena familiar bajo pretextos!

—Oh, ve, cariño. Mi casa es tu casa —expresó con una sonrisa amable.

—Gracias, señora Pierce —dije apenada, me sentía incómoda. Jamás pensé que conocería al “progenitor” de mi hijo, mucho menos, a su familia, luciendo como un desastre.

—Nada de señora, soy Abby para ti. Somos familia ahora —atribuyó, ampliando más la sonrisa, una sonrisa que le colmaba los ojos cafés de felicidad.

*¡Familia ha dicho!*

*¿En qué lío estoy metida? No, mejor dicho, ¿en qué lío me ha metido el “Honorable Juez”! ¿Acaso no sabe que las mentiras tienen patas cortas?*

—Sí, umm, gracias, se... Abby —balbuceé nerviosa. Pretender no se me daba fácil como a Mark, que en vez de juez, debía ser actor, el muy condenado.

Hablando del hombre en cuestión... El muy cínico colocó una mano en mi espalda, la desplazó lentamente por mi columna y la estableció en mi coxis, el calor de su palma traspasando la tela de mi top y propagándose sin permiso al resto de mi cuerpo.

—Te guiaré hasta el baño, amor. —Su forma cariñosa de decirme “amor” se escuchó tan sincera que me hizo olvidar por un segundo que solo nos habíamos visto dos veces y que la probabilidad de que estuviera enamorado de mí era de cero sobre cien. Aunque una vez leí que solo hacían falta 8.2 segundos para saber que alguien te gusta o te atrae físicamente y que, incluso, puedes enamorarte en ese mismo margen de tiempo. Amor a primera vista, le llaman.

—Por aquí —murmuró Mark y, sin quitarme la mano de la espalda, me condujo hasta el fondo del comedor, a la izquierda, donde había otra puerta de vaivén que él sostuvo para que yo pasara—. Final del pasillo, puerta derecha —indicó con aire ausente tras quedar al otro lado de la puerta.

—Gracias, *amor* —enuncié con una sonrisa irónica y lo dejé atrás. Escuché que se rio y sentí su mirada pegada a mi espalda mientras me alejaba de él, o tal vez me estaba viendo el trasero...

Antes de entrar al baño, miré atrás y vi a Mark recostado contra la pared, con los brazos cruzados, también los pies, a nivel de sus tobillos. Parecía cansado. Debía estarlo, había sido un

día eterno... y estaba lejos de terminar. Aparté mi vista de él cuando consideré incorrecto estar espíandolo e ingresé al baño, que era tan bonito y lujoso como el resto de la casa. Pasé el seguro y llamé a Claire mientras me acercaba al lavabo. Alcé las cejas al ver mi aspecto en el espejo y maldije en mi interior a Mark por hacerme ir a conocer a su madre en tales fachas. Una falda como la que usaba no iba con ese top de tirantes, me veía... vulgar. Mi línea de pensamiento fue interrumpida por una voz chirriante, la de Claire.

—Dime que ya estás llegando. —Deseé decirle que sí, pero la realidad era muy distinta. Le pedí que me llamara en treinta minutos y que me siguiera la corriente, porque necesitaba una buena excusa para irme. Ella me hizo miles de preguntas, pero no tenía tiempo de contestar ninguna.

—Te enviaré la dirección en la que me encuentro, ven a buscarme y te contaré todo en el camino. No toques el claxon, yo saldré unos minutos después de tu llamada ¿sí?

—Ahí estaré —dijo de malas pulgas, estaba molesta porque no tenía idea de lo que pasaba, pero si empezaba a hablar, no saldría nunca del baño.

—Gracias, te lo recompensaré, lo prometo.

—Claro que lo harás. —Terminó la llamada y le envié por *WhatsApp* mi localización. Le tomaría unos veinte minutos llegar, esperaba que para entonces ya hubiéramos cenado y que, como Mark aseguró, la comida fuera una delicia, porque tenía muchísima hambre.

Me aseé las manos con agua y jabón y decidí no refrescarme el rostro, aún conservaba un poco de color en los párpados y la máscara de pestañas estaba intacta, era a prueba de agua. Mis mejillas lucían pálidas y mis labios en su rosado normal, no me veía espantosa, solo mal vestida.

—Amor mío... ¿qué te toma tanto tiempo?, ¿estás haciendo del dos? —preguntó Mark con una risilla.

—No seas ridículo —reñí, abriendo la puerta de un tirón. Él sonrió y, sin darme tiempo de reaccionar, me tomó por la cintura y me plantó un beso en la boca, uno rápido, un roce labio contra labios, pero beso al fin. Y robado, de paso.

—¡Abusador! —grité, sin importar que me escuchara su madre. Si tenía que enterarse de que su hijo era un mentiroso de oficio, que lo hiciera, no iba a soportar que me tomara a su gusto y me besara cuando le diera la gana, por muy inocente que fuera el beso. Ya había sido bastante permisiva con él, demasiado, diría yo.

—Me gustas más cada minuto, Laurel Moore —declaró con una mirada ardiente que me aceleró los latidos—. Y sé que yo también te gusto —añadió antes de desenvolver su brazo de mi cintura y alejarse de mí, sin más.

—Ególatra presumido —repliqué rabiosa, caminando detrás de él. Estaba al límite, cerca de desenmascararlo delante de su madre, aunque eso le iba a hacer más daño a ella que a él—. Idiota manipulador —mascullé cuando estaba a escasos pasos de alcanzarlo.

—Y, aun así, te gusto. —Volvió a afirmar con aires de suficiencia. Y como el cobarde que era, empujó la puerta enseguida y la mantuvo abierta para mí, de modo que no pudiera rebatir lo que había dicho porque su madre me escucharía.

*Mírenme, soy un adulto y me escudo detrás de las faldas de mami...*

Caminé delante de Mark con destino a la mesa, donde estaba su madre sentada en el puesto principal. Anna y su esposo ocupaban el mismo lugar, él concentrado en lo que fuera que estuviera haciendo con el teléfono y ella sosteniendo una copa de vino tinto en su mano. Quería tomarme una también, pero era obvio que no podía.

La señora Pierce me pidió que me sentara en el puesto a su lado, y accedí con la mejor sonrisa que pude fingir. No era que ella me molestara, era una mujer amable y atenta —además de ser

mayor, no le iba a hacer ningún desaire a alguien de su edad—, era por el individuo detrás de mí, ese que me sacaba de quicio con facilidad.

—Permitirme, cielo. —Se refería a que iba a apartarme la silla para que me sentara. Un “caballero” delante de testigos y un imbécil cuando estábamos solos.

—Gracias, Mark —dije secamente. No le diría amor, cielo o algún apelativo cariñoso.

—Espero que te guste la lasaña, es el plato favorito de mi Mark —dijo mirándolo con amor.

—Sí, me encanta la comida italiana.

—Oh, qué bueno que no eres como Deborah, ella era una estirada, contaba las calorías y no consumía carbohidratos. Era una flacucha mezquina. No era la mujer que quería para mi hijo, pero él estaba tan enamorado que...

—¿Y dónde está esa lasaña? —preguntó Mark interrumpiendo a su madre antes de que pudiera decir más. Lucía pálido y hasta un poco sudoroso.

Había hallado el *Talón de Aquiles*<sup>[2]</sup> de Mark Pierce.

## Capítulo 8

No había dejado de plantearme un montón de preguntas desde que la señora Pierce mencionó a la tal *Deborah*. ¿Qué tan seria fue su relación con Mark?, ¿cómo era? ¿por qué se separaron?, ¿existía alguna probabilidad de que regresaran? Esa última interrogante me generó una angustia que no fui capaz de explicar, si ellos regresaban, a mí no debía importar. ¡Pero sí me importaba! Y me molestaba que fuera así, me enojaba estar celosa de alguien que jamás había visto, por alguien que apenas conocía. ¡No tenía sentido!

—Mi Mark me dijo que eres abogada de una firma muy reconocida —comentó la señora Pierce, logrando que centrara mi atención en ella, algo que me vino de maravilla, necesitaba despejar mi mente de los pensamientos que comenzaban a ponerme histérica.

—Sí, trabajo en Wright, Hall & Asociados como socia *senior* y me especializo en casos penales —respondí con orgullo, porque fue algo que logré por mí misma, con esfuerzo y dedicación.

—Mi Mark tenía una firma de abogados antes de ser Juez, pero seguro sabes todos los detalles, llevan un tiempo juntos, ¿no?

—Sí, claro, mamá. Laurel sabe todo de mí —afirmó, con su cara muy lavada.

*¡Mentiroso!*

—A ver, ¿y dónde se conocieron? Quiero escuchar toda la historia —pidió emocionada, mirándome a mí. ¡A mí! Pero no iba a seguir mintiéndole, no quería... Si iba a abrir la boca, era para decir la verdad. Mark pareció intuir mis pensamientos, porque respondió antes de que yo dijera algo.

—Fue hace cuatro meses, en un juicio, ella defendía a un acusado de homicidio culposo, que resultó inocente. —Esa parte era verdad—. Desde que la vi entrar en la sala, obtuvo mi atención, su presencia dominaba todo, tanto, que no podía dejar de mirarla, es preciosa —afirmó mirándome a los ojos con fervor, lo que, inequívocamente, hizo que mi corazón se acelerara. Él provocaba que mi estado de ánimo cambiara con frecuencia, iba a perder la cordura antes de que la cena concluyera, estaba segura. Además, que me estuviera mirando como si fuera la mujer más bella del planeta, me afectaba mucho más—. Me dije que, cuando el juicio terminara, la invitaría a salir, y obtuve sus datos por medio de un amigo en común. —¿Un amigo en común? ¿Quién?—. La llamé una vez y no supe qué decir, entonces corté. Me intimidaba como ninguna mujer lo hizo jamás. —Volvió a mirarme y tragué saliva. Algo me decía que no estaba mintiendo—. La llamé de nuevo una semana después y todo lo que obtuve fue el buzón de voz, cada día, durante quince días. Nunca dejé un mensaje. —¿Quince días? Ese fue el tiempo que duró mi viaje a Londres con Claire. ¡En serio me llamó! Si antes sentía el corazón acelerado, ahora creo que va a desertar de mi pecho. Desconocía este trozo de información y estoy muy interesada por seguir escuchando—. Pero no sabía que un par de días después, el destino la pondría justo delante de mi camino. Coincidimos en la entrada del Palacio de Justicia, ella venía distraída leyendo un



documento y tropezó conmigo. Se disculpó, pero no me reconoció en un primer momento. Y cuando lo hizo, volvió a disculparse con un distante “Lo siento, *señor Juez*”. Nunca me había molestado ser Juez hasta entonces, porque no quería que creara una brecha entre los dos. —Eso nunca pasó—. Le dije que, fuera de los juzgados, podía llamarme Mark, pero no accedió, ya la línea había sido dibujada.

En ese momento, una mujer de cabello oscuro y tez canela entró al comedor con una refractaria de vidrio en sus manos. Vestía un uniforme rosa claro y un delantal blanco amarrado a su cintura.

—Gracias, Martha, yo me encargo desde aquí —le habló la señora Pierce. Se levantó de la mesa y recibió en sus manos el recipiente con comida. Mark le dijo que le permitiera ayudarla, pero se negó, replicando que no hacía falta, que ella podía. Él asintió, pero la miraba atento, parecía que en cualquier momento iba a saltar del asiento para arrebatarse la refractaria—. Sigue contando mientras sirvo. —Lo instó su madre. Y yo casi grité sí, sigue, sigue, porque me intrigaba saber qué más iba a decir.

—Bueno, para hacer la historia corta... Decidí llamarla de nuevo y me dije que si no respondía, buscaría otra manera de llegar a ella, pero respondió y, luego de decirle quien era, le pedí una cita. Dijo no. Siempre no, durante una semana completa. El día ocho, obtuve un sí, la llevé a cenar la noche siguiente a *Quartino Ristorante*, conversamos unas horas y luego fuimos su piso, bebimos vino, hablamos un poco más y bueno... sucedió lo que sucede entre personas que se gustan.

—Puedes llamarlo sexo, Mark. Estuve casada con tu padre más de cuarenta años y la comida no fue lo único caliente que tuvo de mí.

*¡Oh, mi Dios! ¡No puedo creer que ella haya dicho eso!*

—¡Mamá! —gruñó escandalizado y su cara pasó de un tono tostado a color escarlata.

*Pero miren pues, al Honorable Juez le incomoda saber que su madre tenía sexo con su padre, y no le apena decir que nos acostamos la primera noche que “salimos” ¡Qué hipócrita! Y engreído, además.*

*No soy ese tipo de chica, Mark Pierce.*

—Ay, hijo, pero si el sexo es lo más natural en una relación. ¿O cómo piensas que los concebí a ustedes?, ¿por obra y gracia del Espíritu Santo? —Soltó una risita. Mark negó con la cabeza y suspiró fuertemente—. Espero te guste, linda. —Me dijo cuando me sirvió una gran porción de lasaña dentro de un plato de porcelana, que ya estaba dispuesto delante de mí sobre la mesa.

—Seguro sí, huele divino —contesté sonriéndole, y no mentía. Mi estómago gruñó en cuanto percibí el delicioso olor de la comida. Moría por hincarle el diente, jamás en la vida había tenido tanta hambre.

—Es la mejor cosa que probarás jamás —aseveró Mark sin poder ocultar la sonrisa, era un hijo orgulloso, amaba mucho a su madre. Eso hablaba muy bien del tipo de hombre que era, aunque a veces se comportara como un imbécil. Quizás su actitud tenía mucho que ver con lo que pasó con Deborah, a algunos hombres se les endurece el corazón cuando atraviesan un rompimiento doloroso. ¿Sería su caso?

—No es para tanto, cariño —replicó su madre mientras colocaba dos porciones de lasaña en su plato. La tensión que había antes entre ellos se había desvanecido.

—Mark no exagera, suegra, su lasaña es una de las razones por la que me casé con Anna.

—Tonto —dijo su esposa, enfurruñada, y le golpeó la nuca con la mano. Él se rio por lo bajo y le susurró al oído algo que la hizo sonreír. Anna giró el rostro hacia él y le acarició la mejilla antes de darle un beso.

Aparté la mirada, apenada.

En eso, Martha entró al comedor con una botella de *Merlot* en la mano. No me di cuenta en qué momento salió. Se acercó a mí, tomó mi copa y, antes de que pudiera rellenarla, la señora Pierce le dijo que yo no bebería. Hice morritos para mis adentros, me moría por una copa de vino.

Martha se disculpó y me preguntó qué quería tomar. Ofreció zumo de naranja, té helado y gaseosa y elegí el zumo.

—Enseguida se lo traigo, señorita —dijo con un asentimiento reverencial.

—Muchas gracias, Martha. Y dime Laurel, por favor.

—Para servirle, señorita Laurel. —Volvió a asentir y se fue por la puerta de vaivén tan rápido que la palabra *gracias* no llegó a salir de mi boca. Para cuando Martha volvió con mi bebida, la madre de Mark había servido todos los platos y estaba de regreso en su puesto.

—Mark, cariño, dale las gracias al Señor por los alimentos. —Extendió una mano hacia mí y otra hacia Anna. Su hija se la tomó enseguida y yo la imité, entendiendo que eran el tipo de familia que agradecía antes de cenar. Austin también le tomó la mano a su esposa, renunciando sorpresivamente a su teléfono. Pensaba que en cualquier momento iba a ser abducido por el dichoso aparato.

Me estremecí cuando la mano cálida y suave de Mark alcanzó la mía y las elevó unidas sobre la mesa antes de comenzar a dar gracias por los alimentos, con los ojos cerrados. Mientras lo hacía, movía su dedo pulgar lentamente sobre mi piel con roces suaves que se proyectaron directamente entre mis muslos en forma de pequeños espasmos. Era una sensación placentera y embriagadora... aunque también indecente, tomando en consideración dónde estaba.

Me obligué a juntar las piernas para reprimir el escozor, pero el deseo ya se había establecido en la parte sur de mi vientre. También había mojado mis bragas. Eso era algo que jamás me había pasado, ni con Barry ni con mis parejas anteriores. Ellos debían trabajar un poco para que entrara en calor, pero Mark no. Él me hablaba, me miraba o me tocaba de forma sugerente y mi cuerpo se descontrolaba.

Mark concluyó la oración con un amén que todos, menos yo, repitieron a coro. No podía pronunciar ninguna palabra. Vacilante, abrí los ojos y enfoqué mi vista en el vaso de cristal que tenía delante, me sentía muy avergonzada e incómoda para hacer contacto visual con alguien. Sentía rubor hasta en las orejas, esperaba que nadie lo notara, especialmente, Mark.

Mi mano derecha quedó libre en los segundos siguientes, pero la izquierda seguía firmemente agarrada a la de Mark, quien mantenía sobre ella la caricia que me había estado volviendo loca. Nadie sospecharía que algo tan “inocente” como el roce de dedos sobre piel, podía provocar divinas y pecaminosas sensaciones en un punto muy distinto al que tocaba.

—Te ves hermosa sonrojada. —Me susurró en voz baja y ronca antes de soltar mi mano con extrema lentitud, paseando sus dedos por el interior de mi muñeca hasta romper el contacto.

*¡Imbécil arrogante! Me estuvo provocando intencionalmente para probar su punto.*

*Jodidos hombres y su ego masculino.*

*Pero él no tiene idea de quién es Laurel Moore, no sabe lo que se le viene encima.*

—Joder, mierda, esto está de pelos, suegra —proclamó Austin cuando le dio el primer bocado a su lasaña.

—¿Qué pelos? —dijo ella con los ojos bien abiertos.

—Mami, lo que Tim quiere decir es que está muy bueno —explicó su hija con una disculpa en su mirada. Ella y su esposo eran un par bastante impar. Anna, delicada, sofisticada y con un vocabulario decente. Austin, ordinario y de mal hablar. Eran la imagen gráfica de “los opuestos se

atraen”.

—Ummm, está tan bueno —pronunció Mark a mi lado con un gemido gutural que me resultó erótico. No me critiquen, seguía bajo los efectos de su incitación—. Prueba, amor. —Me dijo, mirándome por encima del hombro. Lo hizo con tanta naturalidad que se me saltó un latido del corazón.

*¿Qué me estás haciendo, Mark Pierce?*

Sin decir nada, alcancé el tenedor y el cuchillo y trocé un poco de lasaña, llevándolo enseguida a mi boca. Cuando mis papilas gustativas distinguieron cada sabor, fue mi turno de emitir un *ummm* de complacencia. Mark y Austin estaban en lo cierto, sabía delicioso, tanto que no me resistí a llevar una nueva porción a mi boca, y otra, y otra, hasta que no me quedaba nada en el plato.

—¡Vaya que sí te gustó, cielo! —dijo Mark entusiasmado—. ¿Quieres más?

Lo miré con el ceño fruncido.

—No, gracias, Mark.

—¿Seguro? Aún queda suficiente, cariño —preguntó la señora Pierce con dulzura.

—Me encantó su lasaña, pero no me cabe otro bocado, en serio. —La miré, asegurándome de mostrarle un gesto amable y una sonrisa, ella no tenía que pagar los platos rotos de su hijo.

—Te pondré un poco en un contenedor para que lleves a casa, puedes calentarlo luego y comer más cuando gustes —propuso con una sonrisa amable.

—Eso suena bien, muchas gracias —acepté sonriéndole también y recité un enorme «gracias a Dios» en mi mente cuando el tono de la llamada de Claire se reprodujo en mi teléfono—. Disculpen, tengo que responder esto, es mi padre. —Me levanté de la silla y me alejé un poco, no quería que Mark escuchara mi conversación con Claire, aunque me aseguré de que pudiera escucharme a mí—. ¡Dios mío, Louisa! ¿Dónde está?

—*Louisa, ¿eh?* —Claire se rio—. *Ya estoy esperándote fuera. ¿Quién vive aquí?* —preguntó, pero seguí en mi papel de hija sufrida.

—Iré para allá ahora. —Hice una pausa para simular que escuchaba y luego dije con urgencia —: Sí... en... quince minutos llego al hospital. —Y terminé la llamada sabiendo que todos oyeron claramente lo que yo respondía.

—¿Qué sucede, Laurel? —inquirió Mark detrás de mí, colocando sus manos en mis hombros y masajéandolos suavemente. Se sentía bien, tan bien que quería ronronear como gatita y recargarme en su pecho. En cambio, suspiré y me giré hacia él con un gesto de dolor.

—Es mi padre, sufrió un infarto y lo están llevando a urgencias, necesito ir con él ahora.

—Dios, lo siento tanto, Laurel —expresó Mark con aparente tristeza, podía estar fingiendo, era un gran actor—. Le diré a mamá que nos vamos, solo dame un minuto ¿sí?

Asentí y lo vi caminar rápido hacia la puerta de vaivén que conducía a la cocina. Anna me miró inquisitiva y separó los labios para decir algo, pero no llegó a hacerlo porque Mark estaba de regreso al comedor, detrás salió Abby.

—Oh, cariño, Mark me dijo lo de tu padre, estaré orando por él —dijo la señora Pierce, preocupada, y se acercó a mí para darme un abrazo, que recibí con buen agrado. Se me estrujó el corazón y sentí los ojos aguados, fue el abrazo más dulce, cálido y reconfortante que me habían dado en mucho tiempo, solo mi madre me abrazaba de ese modo.

—Gracias, Abby. —La voz me salió ronca, y no fue fingida, estaba realmente emocionada. No sabía cuánto añoraba un abrazo así hasta que Abby me lo dio.

—Espero que vuelvas pronto, me gustaría compartir más con la madre de mi futuro nietecito o

nietecita —dijo al separarse de mí, sus ojos destellaban de emoción y su sonrisa fácil apareció en sus labios. Era una abuela orgullosa, ¡la abuela de mi hijo! Pude imaginarla con mi bebé en los brazos, sonriéndole, hablándole en susurros, dándole amor... ¿Cómo la privaba de algo así?

—Lo haré —prometí, aunque quizás después ella no recordara quién era yo.

—Conduce con cuidado, hijo.

—Sí, mamá. —Mark la abrazó fuerte y le dio un beso en la mejilla—. Te amo mucho, vieja.

—Y yo a ti, mi amor. —Miré la escena con un nudo en la garganta y el corazón latiéndome frenético en el pecho. Esperaba tener un amor inquebrantable, puro y leal con mi bebé. Nunca estuve más segura de cuánto quería ser madre hasta ese momento. Y era algo extraño, porque había visto a Nicole con Matheo cientos de veces y nunca sentí algo tan poderoso como lo que estaba experimentando en ese instante. La diferencia fue que antes no estaba embarazada, antes solo era una posibilidad, y en ese momento era un hecho.

—Me encantó la cena, Abby. Fue un placer para mí poder conocerla.

—Tutéame, cariño, que con canas y todo, aún estoy en la flor de la vida. Hasta tengo un par de pretendientes. —Me guiñó un ojo y sonrió con picardía.

Mark bufó y giró los ojos, la idea de su madre teniendo “pretendientes” no le gustaba ni un poco. Era uno de esos hijos celosos y retrógrados que ven a su madre como santa, pura y casta.

—Lo siento, pero tengo que marcharme ahora. Ya tendremos oportunidad de hablar de esos pretendientes —dije cuando mi teléfono comenzó a sonar. Era Claire, se suponía que saldría rápido.

—Ve, cariño —expresó comprensiva y me dio un abrazo rápido.

Anna me dijo adiós desde la mesa y le contesté con la misma palabra. Su esposo ya no estaba en el comedor.

Caminé junto a Mark hasta la puerta, buscó su saco y mi abrigo en el armario y salimos al pórtico una vez que cada uno está abrigado. No había puesto un pie en el primer escalón cuando Mark se percató del auto de Claire, era demasiado notable para que no lo hiciera, se trataba de un *Mercedes-Benz SLC*, rojo, descapotable. Un “regalito” de cumpleaños de parte de su hermano Caleb, un empresario exitoso que supo sacar a flote la empresa que dejó su padre al fallecer y que consentía a su hermana en todos sus caprichos. Ella soñaba con que Caleb y yo saliéramos, pero además de que no me atraía de esa forma, no quería que una relación fallida con él estropeará nuestra amistad.

—¿Qué hace ese auto ahí? —masculló Mark, enojado, porque le bloqueaba la salida.

—Viene por mí —contesté altiva. Mi amiga no pudo ser más oportuna, detenerse detrás de su *BWM* me daba la oportunidad de irme sin que él pudiera seguirnos.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Por qué? —interrogó taciturno, se veía realmente molesto.

—No es su problema. —Le espeté. La escena de antes me conmovió, pero no me borró la memoria, seguía disgustada con él por mentirme, por hacer que yo también mintiera y por llevarme a casa de su madre bajo engaño.

—Todo lo que tenga que ver contigo es mi problema —aseveró mostrándose más exacerbado—. ¿Y cómo es que hay alguien esperándote? No han pasado ni cinco minutos desde que te llamaron —cuestionó con un gesto fulminante.

—No pienso darle ninguna explicación —siseé—. Deme mi bolso para poder marcharme.

—No, solo saldrás de aquí conmigo —expresó tajante—. Y deja de hablarme de usted, joder. —Se pasó una mano por el cabello y expulsó una ráfaga de su aliento, que fue visible por las bajas temperaturas.

—No podía esperar más de un mentiroso como usted —suscité entre dientes y emprendí camino hacia el auto de Claire. Buscaría la manera de recuperar mi bolso, así tuviera que recurrir a la ley.

## Capítulo 9

—Laurel, espera —instó Mark detrás de mí. Lo ignoré y caminé más rápido—. Laurel, por favor. No tienes que irte con alguien más, yo puedo llevarte al hospital. —Lo escuché más cerca, estaba pronto a alcanzarme, pero logré subirme al auto antes de que pudiera hacerlo. Pasé el seguro del auto y me abroché el cinturón mientras le pedía a Claire que arrancara.

—Ahora —exigí cuando no lo hizo, lo que le dio tiempo a Mark de tocar la ventanilla y pedirme una vez más que no me fuera.

—Voy, voy —dijo Claire llevando la mano a la palanca de cambios—. En serio me tienes que contar todo, Laurel. TODO —estableció una vez que se puso en marcha.

—Lo sé —susurré con un suspiro.

Finalmente, había logrado deshacerme de Mark Pierce, pero lejos de sentirme aliviada, tenía un gran nudo en el pecho que me robaba el aliento. ¿Qué era lo que pasaba conmigo?

Pocos segundos después de mi huida, mi teléfono móvil comenzó a timbrar con un número desconocido, Mark, seguramente. El hombre había demostrado una y otra vez que no tenía ningún respeto por la privacidad, debió recurrir a su hermanita para obtener mi número. Desvié la llamada y apagué el teléfono, sabía que no dejaría de llamarme hasta que contestara, y no tenía ánimos de discutir con él, ni siquiera de hablar con Claire, todo lo que quería era darme una ducha tibia y dormir, al día siguiente, tenía que ir a la oficina y enfrentar a Emerson.

Inhalé profundamente y espiré con lentitud cuando Claire preguntó quién era el hombre que me seguía y por qué huía de él.

—Él es... el padre de mi hijo —respondí titubeante, en voz baja, casi sin querer decirlo, porque sabía que en cuanto desvelara ese pedazo de información, las preguntas no pararían. Y no me equivoqué. Claire planteó un sinfín de interrogantes, no sin antes gritar: «¡Qué mierda!», junto con un frenazo fuerte que por poco le hizo perder el control del auto. Le reñí por su imprudencia y ella replicó que no podía decir algo así sin esperar una reacción de su parte. Le concedí eso, la noticia era de lo más impactante, yo seguía impactada, pese a que habían transcurrido varias horas desde que lo supe.

Claire retomó el camino mientras le relataba todo, de principio a fin, sintiendo la opresión en mi pecho crecer con cada palabra que salía de mi boca. Compartir eso con ella lo hizo más real. Mi amiga, por su parte, expresó asombro, enojo e incredulidad en un inicio, pero luego se mostró muy entusiasta con la idea de Mark y yo juntos criando un bebé. Claire era una romántica empedernida, pensaba que el Universo había conspirado para unirnos, pero yo era escéptica, yo no creía ni en el destino ni en nada que se le pareciera.

—Lauu, no quiero asustarte, pero ese auto nos ha estado siguiendo. ¿Crees que sea él? —Miré atrás para comprobarlo, pero no pude identificar si era su auto o no.

—No lo sé, pero trata de perderlo —dije nerviosa. No estaba lista para una nueva confrontación con él.

—Mierda, mierda, no lograré pasar antes de que el semáforo cambie —advirtió Claire con un chasquido de lengua.

—¡Acelera!

—No puedo, Lau, suspenderían mi licencia si lo hago, ya estoy advertida.

—Bueno, intenta perderlo cuando pases el semáforo, por favor.

—Carajo, va a detenerse justo de tu lado —masculló mirando por el espejo retrovisor. Y fue lo que sucedió segundos después.

—Es él —murmuré con un jadeo cuando lo vi a mi derecha, había bajado la ventanilla y hacía señas con la mano. Verlo me causó tal conmoción que escuchaba los enérgicos palpitos de mi corazón en mis oídos.

Bajé el vidrio de la ventanilla para darle una advertencia a Mark.

—Deje de seguirme o tendré que informarle a las autoridades.

—Bájate de ese jodido auto y ven conmigo ahora. —Exigió como si tuviera tal derecho. Era un energúmeno.

—¡Váyase a la mierda! —Le grité y cerré la ventanilla sin darle oportunidad a decirme nada más.

—Es guapísimo, Lau. Aunque tiene un carácter de mierda.

—Sí, ese es Mark Pierce: guapo, exasperante, mentiroso, manipulador... Ahhh, me saca de mis casillas. ¿Por qué no me deja en paz? —reproché como si fuera a él a quien le hablaba—. Ese hombre es un embaucador, sospecho que planeó todo esto, que hizo que me embarazaran de él.

—¡No! ¿En serio crees que lo hizo?

—Tengo mis dudas, pero cada vez me convengo más de que fue así. Él tenía mis datos, me estuvo llamando, quería que saliéramos... Y luego, *bum*, embarazada de él. ¿Tú no sospecharías?

—Eso creo —murmuró asintiendo—. Y lo siento, Lau, pero no creo que pueda deshacerme de él. —Mark no nos había perdido la pista, seguía detrás de nosotras y solo restaban unos pocos kilómetros para llegar a casa.

—No te disculpes, sé que lo intentaste.

—¿Qué hago?

—Detén el auto cuando tengas oportunidad, voy a terminar con esto de una maldita vez.

—Bien. —Claire condujo un par de calles más y detuvo el auto en *Buddy's Parking*. Mark estacionó el suyo al lado y se bajó de su vehículo antes de que yo pudiera hacer lo mismo. Se veía cabreadísimo. Abrí la puerta y salí del *Mercedes* de Claire, irradiando frialdad, aunque en mi interior un fuego me consumía, el fuego que me transmitía su mirada.

—Eres un peligro para mi corazón, Laurel Moore —murmuró entrecortado y se acercó despacio hacia mí. No me moví, no lo hice porque no podía, porque no quería—. No sabes, no tienes idea de lo que me estás causando, mujer. —Me acarició el contorno del rostro y delineó mis labios con su dedo pulgar—. Estos labios serán míos, tú serás mía...

—Engreído —siseé intentando en vano ser indiferente, cuando la verdad, estaba sedienta de un beso suyo, uno real.

—¿Tu padre? —preguntó inquisitivo.

*Me descubrió, sabe que mentí.*

Negué con la cabeza, no era capaz de emitir sonido. Y si lo hacía, estaba segura de que sería un jadeo. Apenas Mark me tocó, calor se estableció entre mis muslos, una llama que se incrementó cuando llevó su mano a mi cintura y me atrajo hacia él.

—Me engañaste —susurró contra mis labios, cerca, tan jodidamente cerca—, pero tu cuerpo

no es capaz de mentirme, amor. Me deseas, quieres que te bese, quieres que te toque, que me apropie de cada centímetro de tu piel. —Me lo dijo al oído, con voz gutural, provocando escalofríos en mi piel.

—No.

—¿No? —Se rio bajo—. Si fueras otra mujer, no estaríamos hablándolo, pero no eres cualquiera, Laurel, eres especial, eres la madre de mi hijo...

—Mío —siseé.

—Nuestro —replicó con una mirada profunda y determinante—. Te dejaré ir esta vez, pero no pienso renunciar a ti ni a nuestro hijo.

—¿Me dejará ir? —Fue mi turno de reír—. Yo no necesito su permiso para hacer nada, entiéndalo de una jodida vez, usted a mí no me interesa en lo más mínimo, al contrario, lo repu... —No fui capaz de terminar la frase, sus labios capturaron los míos y me besó con tanta pasión que no pude hacer más que corresponderle. Su lengua conquistó el interior de mi boca, rozaba mi lengua, la devoraba con movimientos hambrientos, y sus manos se aferraron a mi cintura con el poderío de quien se sabe victorioso. ¡Él había ganado! ¡Yo me había dejado vencer! Me fui entregando y él supo apreciarlo mediante besos más profundos, caricias consistentes y el delicioso roce de su ajustado bulto contra mi pelvis, una fricción constante, rítmica, colmada de pecaminoso placer. Mis manos iniciaron una travesía desde su abdomen hasta sus bien formados pectorales, que se sentían sólidos y cálidos bajo mi tacto.

—Sabía que mentías —murmuró con petulancia, y estaba a punto de reñirle por ser tan presuntuoso, pero él me acalló con un beso suave, comedido y cariñoso—. Me encantas, me fascinas, me enloqueces, Laurel Moore —susurró en mi oído. Inhaló profundo y liberó lentamente su aliento tibio sobre mi piel mientras posaba su mano izquierda en mi vientre. Mi pelvis se contrajo—. Él es un milagro, nuestro milagro, y quiero esto, lo quiero contigo, Laurel.

—¿Qué está diciendo? —Lo miré con sospecha, lo que acababa de decir sonó a propuesta ¿o fueron ideas mías?

—Que quiero que formemos una familia —expresó de manera categórica, mirándome a través de grandes y brillantes ojos canela.

—¡Oh, mi Dios! ¡Estaba en lo cierto! —grité empujándolo—. ¡Planeaste esto con tu hermana! —Retrocedí, alejándome de él hasta chocar contra el auto de Claire.

—No, Laurel. No lo sabía, lo juro por Dios. No sabía nada —aseguró acercándose, pero no fui capaz de creerle.

—Déjala, imbécil —gritó Claire en mi defensa. Él se detuvo y la miró serio—. Sube al auto, Lau.

—Tienes que creerme, Laurel, yo no tuve nada que ver con lo que pasó —insistió exaltado y dio un par de pasos más en mi dirección, pero Claire se interpuso en el medio y le advirtió que si no se alejaba, llamaría a la policía. Tenía el teléfono en la mano.

—No es necesario —dijo con una mirada tan triste que llegó a conmoverme. ¿Estaba cometiendo un error con él? Lo observé mientras se acercaba a su auto, abrió el maletero y sacó mi bolso—. Voy a demostrar que soy inocente —prometió seguro y dejó mi bolso en el suelo—. Nos veremos pronto —murmuró serio, se subió a su auto, lo encendió y se fue.

Alcé mi precioso *Louis Vuitton* del suelo y lo colgué en mi hombro.

—Dios, ese beso fue... parecía sexo con ropa. Fue de lo más caliente, Lau. Y vi que lo disfrutaste de principio a fin, no trates de negarlo.

—Fue un desliz, nada más, algo que no volverá a suceder —dije decidida y me subí al auto



antes de que Claire añadiera algo más. Pero ¿a quién quería engañar? Dejaría que pasara, si él se acercaba, si él intentaba besarme de nuevo, no lo iba a rechazar, porque ese beso fue... el mejor beso que me habían dado en la vida—. Ni una palabra más de él por esta noche, por favor — advertí a mi amiga cuando subió al auto. Necesitaba un descanso de Mark Pierce, al menos de hablar con alguien de él, porque aún conservaba su olor en mi ropa, aún sentía sus labios rozando los míos, sus manos aferradas a mi cintura y su miembro fuerte y sólido sobre mi pelvis. Él me había marcado y borrar su huella no iba a ser nada fácil.

## Capítulo 10

Después de darme una larga ducha con agua tibia, caí rendida en mi cama. El cansancio me venció fácilmente, no podía más con el cansancio físico y emocional. Contaba con dormir hasta las seis, cuando alarma del reloj sonaría, pero me desperté una hora antes con un fuerte dolor estomacal que me obligó a correr al baño para vomitar. Mi retoño comenzaba a hacer de las suyas. Adiós esperanzas... contaba con ser como esas mujeres a las que el embarazo no les producía síntomas, que pasaba tan desapercibido que ni siquiera lo notaban. En serio existen. Vi varios episodios de *No sabía que estaba embarazada* y un montón de mujeres ni se enteraban que llevaban un bebé dentro hasta el momento del nacimiento.

Terrorífico, ¿verdad?

Imaginan algo así, tener a tu hijo en un sanitario o despertar con un dolor insoportable que piensas es apendicitis, o algo así, y descubrir que era un bebé, que te lo pongan en los brazos sin haber elegido un nombre, sin haber comprado nada, ni ropa ni una cunita ni mantas... Nada. Uh, y además, sin control prenatal.

—Estás ahí, bebé —susurré tocándome el vientre—. Esta es tu manera de decirme que ahí estás —dije sonriendo y me saltaron un par de lágrimas a los ojos. Me emocionaba como jamás hubiera imaginado saber que dentro de mí una pequeña vida comenzaba a tomar forma. Un milagro. «*Nuestro milagro*», dijo Mark esa noche.

¿*Qué voy a hacer con Mark? ¿Qué hago?*, me pregunté sintiendo una fuerte opresión en el pecho. Quería un bebé, lo iba a tener sola, pero Mark Pierce me cambió los planes y ahora tenía que decidir si seguiría adelante sola o si aceptaba que juntos criáramos a ese pequeño y maravilloso ser que crecía en mi interior. Incertidumbre y zozobra se instalaron en mi corazón ante la difícil decisión que debía tomar, y fueron mi compañía mientras me alistaba para ir al trabajo. Imaginé los dos panoramas: Mark conmigo en cada ecografía, Mark a mi lado cuando me sintiera mal, Mark sujetándome la mano en el momento que él o ella naciera, Mark cargando en brazos a mi bebé; y el otro, yo sola en cada ecografía, yo sola sintiéndome enferma, yo sola cuando mi bebé llegara al mundo... Y a partir de ahí, nunca más estaría sola, porque tendría a mi bebé conmigo. Pero después, qué. Y cuando me preguntara quién era su papá, ¿qué iba a decirle?

*Dios. Todo era más fácil cuando se trataba de un donante sin rostro, cuando solo éramos mi bebé y yo.*

—Ya basta, no más Mark. Necesito centrarme en el trabajo, tengo que hacerlo. —Me dije y me apresuré en terminar de vestirme para luego maquillarme rápido, quería llegar a la oficina antes de Emerson y convencer al señor Wright de recuperar a mi cliente.

Quince minutos después, estaba en la cocina comiendo un panecillo y tomando zumo de naranja, no tenía apetito, pero debía alimentarme bien. En cuanto terminé de comer, fui por mi teléfono en la mesita de noche —donde lo puse a cargar antes de acostarme, con la batería casi muerta— y lo encendí. Verifiqué los mensajes y vi que tenía un *email* de la clínica de fertilización y

lo abrí de inmediato. Me informaban que habían enviado un sobre a mi dirección de domicilio. El sobre contenía todas las pruebas que demostraban la implicación de Lily Williams en el intercambio del material reproductivo, lo que causó el error al momento de realizarme el procedimiento. Debía estar ya en mi casillero de correspondencia, lo habían enviado la mañana que me reuní con ellos.

Bajé hasta la planta baja, verifiqué mi correspondencia y encontré el sobre que mencionaron. Nerviosa, subí a mi apartamento y lo abrí. Dentro, había algunos documentos y un dispositivo de almacenamiento. Fui por mi *laptop* y conecté el dispositivo para ver que tenía guardado. Se trataba del video de seguridad donde aparecía una mujer joven, de unos veintidós años, manipulando los tubos con las muestras. Se veía claramente cuando cambiaba una de las etiquetas de un tubo y escribía algo en ellas. Me sentí horrorizada. ¿Cuántas vidas cambió esa mujer al cometer tal crimen? Estaba tan consternada que no pude ver los documentos anexos hasta más tarde, cuando tuve el valor de continuar. Incluía copias del diario de Lily, donde llevaba un registro de los cambios que había realizado. También una carta donde confesaba el delito, diciendo que no estaba arrepentida, que lo había hecho por el bien de los futuros bebés. El diagnóstico de Williams fue Trastorno Depresivo Mayor con Ideación. Suicida. Estaría varios meses siendo tratada y, más adelante, sería evaluada nuevamente para determinar si podía ser juzgada por sus delitos o si sería eximida de responsabilidad a causa de su enfermedad mental. Pero nada de lo que enviaron probaba que Mark Pierce era el padre de mi hijo, no iba a saberlo hasta que el bebé naciera.

Casualmente, mi teléfono móvil comenzó a timbrar y no me sorprendió ver en la pantalla el mismo número desconocido de la noche anterior. Era él.

Desvié la llamada y me dispuse a bloquear su número, no necesitaba que me arruinara este día también, pero antes de que pudiera hacerlo, entró un mensaje de texto que me enojó más aún.

«Buenos días, amor. ¿Necesitas que te lleve al trabajo?»

*¡Mierda!*

*Había olvidado que no tengo mi auto. Mejor dicho, que él hizo que me quedara sin auto.*

Estaba tentada a responderle con algo insultante, pero no iba a concederle ni un segundo de atención. Decidí ignorarlo. Guardé el teléfono una vez más en el bolso y salí del apartamento con destino al piso inferior. Le pediría prestado el auto a Claire, no tenía tiempo de esperar un *Uber*.

—¿Tú otra vez? Voy a demandarte por alterar mi sueño —rechistó Claire cuando abrió la puerta, somnolienta y a medio vestir. Ni siquiera se había preocupado por comprobar quién era antes de abrir, a ella no le importaba que alguien la viera usando solo una camiseta de tiras y bragas. Me disculpé con mi amiga por molestarla y ella replicó que jamás podría perdonarme. Bromeaba, lo sabía. En breve, le expliqué que necesitaba su auto y ella no dudó en darme las llaves, pero advirtió que iba a dormir hasta la tarde, que no la llamara hasta después de las cinco, a menos que fuera una urgencia. Eso no era una broma.

Me despedí de ella con un «te quiero» y caminé por el pasillo hasta el área de ascensores. Presioné el botón de llamado y aguardé sin mucha paciencia por su llegada. Eran las seis y treinta, me tomaría veinte minutos llegar a la oficina, si el tráfico no estaba pesado.

Un par de minutos después, el ascensor abrió sus puertas en el piso ocho, me subí en él, agradecida de que estuviera vacío, y pulsé el botón de sótano. Entre piso y piso, se subieron cuatro personas más, tres hombres y una mujer, no conocía a ninguno, pero a todos les di los buenos días. Tenía modales.

Una vez en el sótano, ubiqué el auto de Claire en su puesto y me subí en él. Lo encendí y, a los

pocos segundos, se reprodujo *A Toast and a Spirit de Vacation Manor*, una de las bandas favoritas de Claire. Tenían buenas canciones, pero prefería otro estilo de música.

Llegué al edificio donde se ubicaba Wright, Hall & Asociados, a diez para las siete, estacioné el auto y caminé hasta el *lobby*, donde tomé el ascensor hasta el piso siete, el bufete ocupaba toda la planta. Carol me recibió con una sonrisa cuando me vio llegar, ella era la recepcionista principal, una mujer jovial y cariñosa que rondaba los cincuenta y tantos años, aunque parecía de mucho menos. Siempre sonreía y se reía, dándole animosidad a la firma. La saludé cordialmente y seguí mi camino, traspasando las puertas acristaladas que separaban el *lobby* de las oficinas. Jenny, mi secretaria, estaba sentada detrás de su escritorio junto a la puerta de mi oficina organizando unas carpetas. Alzó la vista en cuanto se percató de mi presencia.

—Buenos días, señorita Moore. El señor Emerson solicitó una reunión urgente con usted y la espera en su oficina —anunció con una disculpa en su voz. Sabía que detestaba a ese hombre con el alma, la mayoría de las mujeres de la firma lo despreciaba, era arrogante y altivo, no tenía compasión con nadie, todo lo que le importaba era ganar.

—Gracias, Jenny. —Me dirigí a mi oficina y me ubiqué en mi sillón reclinable, detrás de mi moderno escritorio de madera color *wengué*. Mi *notebook* ocupaba el centro del escritorio y, a su lado, estaba el vaso térmico de *Starbucks* que contenía mi café de todas las mañanas, uno que no podría consumir por su alta dosis de cafeína, pero que no había mencionado a Jenny que dejara de comprar para mí, quería mantener mi embarazo como un secreto mientras pudiera. Saqué mi teléfono de mi bolso y luego fui a la oficina de Emerson a ver qué era eso tan importante que debía hablar conmigo.

—Ahí estás. Solo quería decirte en persona que tengo ahora el caso Wonder. Yo haré que salga de prisión en unos días, a diferencia de ti, soy un abogado competente —dijo enaltecido, pero no iba a dejar que me amedrentara, recuperaría a mi cliente a como diera lugar.

—Eres tan patético que no puedes conseguir tus propios clientes —dije burlona y abandoné oficina, sin darle lugar a más de sus comentarios.

Cuando regresé a mi oficina, vi un ramo de peonías blancas sobre mi escritorio con una nota que decía: «¿Un beso? Un truco encantado para dejar de hablar cuando las palabras se tornan superfluas<sup>[3]</sup>», firmado con las iniciales M.P.

Un momento después, recibí un *email* desde la cuenta [markpierce.1@gmail.com](mailto:markpierce.1@gmail.com) que tenía como asunto «Por favor, léelo».

«Laurel, no he dejado de pensar en ti, en tu piel suave, en tus labios cálidos, en tu olor frutal, en tu pequeña cintura entre mis manos, en tus ojos ámbar mirándome, en tu suave y aterciopelada voz. Me has hechizado, me has condenado, me has lastimado, también. ¿Cometí errores? Sí. ¿Mentí? Sí. Pero no te engaño cuando te digo que no tuve nada que ver con lo que sucedió en el laboratorio. Sé que no me crees, que mi palabra vale lo mismo que un centavo para ti, pero hallaré la forma de que confíes en mí, demostraré que no miento».

Leí el mensaje de Mark tres veces, sintiendo algo parecido a lo que todos llaman mariposas en el estómago. Tonto para alguien de mi edad ¿cierto? No debía estar experimentando emociones que debía vivir en la adolescencia ¿o sí? Porque me estaba pasando ahora, me estaba sucediendo por primera vez a mis treinta y seis años a causa del infame Juez Mark Pierce, el hombre que tenía la misma capacidad de sacarme de mis casillas que de excitarme; un hombre atractivo, poderoso, seguro de sí mismo, romántico y apasionado. Ignoren todo eso ¿pueden? Yo lo intentaba, de verdad, pero había algo más fuerte que mi determinación que me impedía hacerlo, no sabía qué y

tenía mucho miedo de averiguarlo. Y ese miedo fue el que me condujo a responderle el *email*.

«Buenas tardes, señor Pierce. Antes que nada, permítame recordarle que ese beso fue un error, que algo así no puede volver a pasar, y le pido que por favor sea un caballero y no vuelva a recordar que cometí tal desliz. En segundo lugar, le exijo que no me escriba de nuevo, no quiero tener nada que ver con usted, y si vuelve a escribirme, llamarme o enviarme algún mensaje, lo denunciaré por acoso y pediré una orden de alejamiento. No hay manera que pueda demostrar que mi hijo es suyo sin una prueba de ADN, lo que no se puede determinar hasta que él nazca, o mediante una prueba prenatal que no correré el riesgo de realizar, así que, hasta que mi hijo no haya nacido y no pueda corroborar que ciertamente usted sea su padre, no hay nada que tengamos que hablar. No insista, por favor. Quédese al margen y sea paciente. Le prometo que, en cuanto nazca, lo llamaré para realizar la prueba de ADN. Si resulta que usted es su padre, permitiré que forme parte de su vida».

Pasaron cuatro semanas desde que respondí aquel *email*. No recibí ninguna respuesta, pero entendí que lo había leído cuando no tuve más llamadas suyas. Mark Pierce era un hombre sensato, después de todo.

## Capítulo 11

Había descargado una aplicación en el teléfono que me notificaba semana a semana cómo debía ser el desarrollo del bebé y los cambios que sufriría mi cuerpo a través del embarazo. Ese día estaba cumpliendo doce semanas. Según la aplicación, mi bebé era del tamaño de una ciruela. Medía 6,5 centímetros y pesaba 18 gramos. Su cara ya estaba prácticamente formada y su apariencia era casi la de un bebé. Y su cuerpecito comenzaba a cubrirse de un vello muy fino que se llama lanugo. Me emocionaba cada vez que leía sus pequeños avances.

Las náuseas matutinas seguían acompañándome, esperaba que pronto pasaran, odiaba sentirme mal y tener que aparentar que estaba bien. Nadie en la firma sabía de mi embarazo y pensaba seguir manteniendo el secreto mientras pudiera. Ya había concertado una cita con una nueva obstetra, no había modo de que siguiera asistiendo a consulta con Anna Miller. Su nombre era Gabrielle Silverstone, investigué mucho antes de elegirla, esperaba que fuera una buena doctora y pudiera controlar todo mi embarazo con ella. Ya lo decidiría cuando la viera esa tarde.

—El señor Wright la solicita en su oficina —anunció Jenny mediante el comunicador.

—Gracias, Jenny. Iré en un momento. —Me levanté del asiento y fui a la oficina del señor Wright, él tomaba las decisiones importantes de la firma sin tener que consultar con los socios.

Su secretaria me avisó que podía pasar y lo saludé al entrar. Él me devolvió el saludo, aunque sin mirarme, tenía la vista clavada en la pantalla de su ordenador.

—Toma asiento, en un minuto te atiendo —enunció con amabilidad. El señor Wright era un hombre educado, generoso e intachable. Rondaba los sesenta y tantos años y tenía una amplia experiencia como abogado, especializado en justicia criminal. Lo admiraba y había aprendido mucho de él. Era robusto, alto y de abundante cabello negro grisáceo, por la presencia de las canas. Su característica más peculiar era su bigote estilo inglés, con ornamentación lateral en las puntas. Me causaba mucha gracia.

Ocupé una de las cómodas y elegantes sillas auxiliares que recientemente habían colocado en cada oficina del bufete, tenía asientos acolchados, forrados en vinilo, y reposabrazos.

—Hay un caso importante en el que te necesito, es de uno de mis clientes, Steven Marshall. Su audiencia de finanzas será mañana en la ciudad de Bloomington. ¿Puedes viajar para atender la audiencia por mí? Tengo un compromiso familiar al que no puedo faltar, tendrías que salir esta noche. —preguntó el señor Wright mirándome atento.

—Sí, puedo hacerlo, señor —acepté sin miramientos. El señor Wright me había presentado la oportunidad de demostrarle mi valía.

—No dudes en consultarme cualquier duda, Marshall es un cliente importante y un amigo cercano.

—Lo haré, señor.

—Te enviaré con Marie los boletos de avión, cuando los tengas, puedes irte a casa para prepararte para el viaje.

—Gracias por la oportunidad, señor. No lo defraudaré.

Salí de la oficina y me fui a la mía. Pasó media hora y Marie me trajo los boletos, el vuelo saldría en la noche, a las nueve. Recogí mis pertenencias y le comuniqué a Jenny que estaría fuera de la ciudad por unos días, que podía tomar esos días libres. Ella me deseó buen viaje, le di las gracias y luego me fui.

La cita con la doctora Silverstone era a las cinco de la tarde, faltaban tres horas hasta entonces, y decidí ir a casa a empacar. Me cambié la ropa por un vestido y dediqué hora y media en guardar la ropa que llevaría al viaje. A las cuatro treinta, viajaba en mi auto hacia la clínica en la que me atendería la especialista. Llegué con tiempo de sobra. Me acerqué a la secretaria y le pagué la consulta, mis datos ya estaban registrados en el sistema y también mi cita con la doctora.

Esperaba mi turno en la sala de espera cuando apareció Claire. Pensé que no vendría. Acordamos reunirnos en el consultorio a las cinco y, milagrosamente, llegó puntual. Había varias mujeres esperando. Unas, con notables vientres que hacían ver que estaban embarazadas. Otras, como yo, que no se les notaba si lo estaban. Le conté a Claire de mi viaje y dijo que esperaba que no tardara mucho, que se aburriría sin mí. Un minuto después, estábamos entrando al consultorio. La doctora nos recibió con una sonrisa y se presentó con nosotras. Le dije mi nombre, Claire el suyo, y nos sentamos en las sillas gemelas ubicadas frente a su escritorio.

—Estás en tu semana doce —dijo mirando la pantalla de su *notebook*. Había dado toda la información cuando llamé para pedir la cita. Toda, menos la parte de que implantaron en mí útero el semen de un Juez y no la de un donante anónimo.

—Sí.

—Te hiciste una inseminación con Anna Miller. ¿Puedo saber por qué decidiste cambiar de médico?

—Por motivos personales —respondí tragando saliva. Me fue difícil no pensar en Mark cuando la doctora nombró a su hermana.

—Entiendo. ¿Tienes la primera ecografía que te hiciste?

—Sí, aquí la tengo. También los resultados de los análisis. —Tenía todo en una carpeta, ordenado por fecha. Los puse en el escritorio y ella los alcanzó. Vio la ecografía y los análisis y escribió en su *laptop*.

—Perfecto. La enfermera tomará tu peso y presión arterial, después te recuestas en la camilla para hacerte la ecografía. —Asentí y me puse en pie. La enfermera me indicó que me subiera en la balanza y determinó mi peso. Cincuenta siete kilos. Después, midió mi presión y la escribió en un papel. Era normal. Pasé a la sala de examinación y me recosté en la camilla, como indicó la enfermera. Claire entró después con la doctora—. Muy bien. Súbete el vestido, te haré una ecografía abdominal. —Me subí el vestido y, después de escribir mis datos en la pantalla, esparció gel en mi vientre bajo. Estaba nerviosa, en esa ecografía, iba a ver a mi bebé más formado que en la primera—. Aquí está tu bebé —dijo mirando la pantalla.

—Oh, por Dios. Veo sus brazos. ¡Y sus piernas! Y mira, abre la boca. Es sorprendente, Lau. No puedo creerlo.

—Lo sé, lo sé —dije sonriendo. Tenía lágrimas en los ojos y el corazón acelerado. Estaba feliz de ver a mi bebé, adoraba esos instantes. Y cuando escuché los latidos de su corazón, comencé a llorar de dicha y emoción. Claire también estaba llorando, fue un momento inolvidable. Ella había grabado todo para enviárselo a Nicole luego.

—Todo va muy bien, Laurel. Tienes un bebé muy sano y fuerte. Su crecimiento es acorde a las semanas de gestación. —Sentí alivio al escucharle decir que mi bebé crecía con normalidad. A

veces me ponía muy ansiosa pensando en todo lo que podía salir mal—. Aquí tienes las imágenes que capturé.

Morí de amor cuando vi a mi bebé en dos fotografías. En una, se veía su cuerpecito completo, estaba sentado. En la otra, en contorno de su cara, donde se distinguían sus ojos, su nariz y su boca. Amaba tanto a mi pequeño.

Me limpié el gel del abdomen y recompuse mi vestido, en tanto la doctora Silverstone escribía el informe de la ecografía. Después, me dio las recetas de los medicamentos que debía tomar y con las indicaciones. Debajo, escribió su número de teléfono y me dijo que podía llamarla o escribirle si tenía dudas.

—Gracias, doctora Silverstone. Volveré para mi próxima consulta.

—Muy bien. Puedes llamarme Gabrielle, si gustas. —Me sonrió y le regresé el gesto—. Nos veremos en un mes. Dile a la secretaria que te programe la cita.

—Sí, eso haré.

Al salir del consultorio, fui a cenar con Claire en *Small Cheval* y nos comimos una jugosa hamburguesa, acompañada con papas fritas y una malteada de chocolate. Ya era una costumbre pedir lo mismo cuando íbamos.

Más tarde esa noche, estaba en el aeropuerto esperando para tomar el avión que me llevaría a Bloomington. Claire me llevó y me acompañó hasta que fue momento de abordar. Nos despedimos con un abrazo y me subí al avión, tras pasar por el área de chequeo.

El vuelo fue tranquilo y rápido. En media hora, ya había llegado a mi destino. Un auto esperaba por mí en el aeropuerto y me llevó hasta *Spring Hill Suites*. Me registré y obtuve mi llave. El botones se hizo cargo de mi maleta y me guio hasta la habitación. Le di una propina y cerré la puerta cuando se marchó. Corrí al baño y oriné. Tenía ganas desde que me subí al auto. Me descalcé los pies y me senté en la cama. Había una caja en el centro del colchón que contenía el expediente del cliente. Antes de comenzar a leerlo, le escribí a Claire diciéndole que había llegado y ella respondió un minuto después con un *emoji* del dedo arriba. Después escribió algo que me descolocó.

**«Me encontré a Mark en el ascensor de nuestro edificio, vino a verte. Le dije que habías salido de viaje».**

«*Pensé que había sido clara con él*». Respondí fingiendo que estaba enojada. Pero la verdad era que no lo estaba, había estado esperando que apareciera en algún momento.

**«No seas mala, Lau. Creo que en verdad le interesas. ¡Trajo flores!»**

«Por alguna razón, eso causó que mi corazón latiera rápido».

«¿Ya se fue?»

**«Sí, hace un momento. Me preguntó cuándo volvías, le dije que no sabía».**

«¿Qué más dijo?»

**«Nada. Solo se despidió y se fue».**

«Está bien. Espero que no regrese».

**«¿Estás segura de que es lo que quieres?»**

«Sí».

Mi respuesta fue automática, pero no estaba segura de si mantenerlo alejado de mí era la mejor decisión. Muchas veces, más de las que habría querido, pensaba en cómo sería todo con Mark en la foto.

Claire no volvió a escribirme esa noche. Ojalá no me hubiera dicho nada, Mark fue una distracción para mí desde entonces. No había podido olvidar sus besos, era difícil borrar un



momento tan ardiente. Pero debía concentrarme, estaba en Bloomington por un caso importante.

Abrí la caja y comencé a leer el expediente.

Steven Marshall, treinta años, CEO de *Marshall Enterprise*. En su declaración, dijo que la llanta de su vehículo se había averiado. Estaba cambiándola al momento que un *Honda* gris se detuvo detrás de su vehículo, de donde se bajó un hombre vestido de negro; se acercó a él ofreciéndole ayuda y, de un momento al otro, sacó un arma de debajo de su chaqueta y le disparó a su esposa por encima de su posición, asesinándola. No hubo testigos y, la cámara más cercana, no captó imágenes de la escena del crimen. Marshall tenía rastros de pólvora en las manos y la fiscalía basó su acusación en ello, aunque el arma nunca apareció. La teoría que manejaban era que limpió el arma y la escondió para hacer pasar el asesinato como un robo. Plantearon como móvil la existencia de una amante, que quería muerta a su esposa para poder casarse de nuevo y mantener la custodia de su hijo de seis años. Hubo testigos de una discusión entre ellos una semana antes del homicidio.

Habiendo leído todo, me cambié la ropa por un pijama y me preparé para dormir. Me costó un poco conciliar el sueño, no porque me preocupara el caso, sino por la repentina aparición de Mark Pierce en el edificio donde vivía. Que estuviera de regreso significaba problemas.

Temprano en la mañana, asistí a la audiencia de Marshall y logré que le dieran la libertad bajo fianza, en espera del juicio. El fiscal fue bastante severo, pero el Juez dictaminó a su favor. Marshall era un hombre respetado en la comunidad, con fuertes lazos con la ciudad, y no había riesgo de que intentara escapar. Le comuniqué las noticias al señor Wright y aproveché la ocasión para pedirle me diera unos días antes de volver a Chicago, alegando que tenía asuntos personales por resolver. Él aceptó que me quedara tres días, pero no más de eso, porque me necesitaba en la firma. La verdad, temía enfrentarme a Mark, solo estaba alargando lo inevitable.

El jueves, finalmente regresé a Chicago, en el primer vuelo. Llegué directo a la oficina, donde me recibió Jenny con mucho entusiasmo. Ella amaba trabajar y mi ausencia la había mantenido fuera de juego.

Apenas habían pasado diez minutos de haber llegado cuando Jenny se comunicó conmigo, informándome que me Will Black me solicitaba. No conocía a ninguna persona con ese nombre, no figuraba en la lista de clientes.

—¿Transfiero la llamada?

—Sí, por favor. —No tenía idea quién era, pero ya lo averiguaría.

—Señor Black —murmuré cuando Jenny me transfirió la llamada.

—Hola, amor. Al fin has regresado. —Era Mark. Su voz era inconfundible y sentí un raro aleteo en el estómago—. No cuelgues, por favor —dijo sabiendo mis intenciones. Era lo que estaba a punto de hacer.

—¿Qué quiere?

—Que me concedas El Beneficio de la Duda. Merezco al menos eso después de aquella noche.

—Le dije que lo olvidara —reproché, sintiendo un revuelo en mi interior. Traté de hundir el recuerdo de aquel beso en lo más profundo de mi memoria, pero me resultaba imposible.

—No puedo, Laurel. Cada segundo quedó grabado en mi mente y no hay nada más que desee ahora que tenerte frente a mí y...

—No lo diga —lo detuve, con el corazón agitado y la mente perturbada. No quería que dijera lo que estaba pensando. No podía oírlo—. Lo voy a pensar, me comunicaré con usted cuando lo decida. —Establecí tajante y terminé la llamada sin permitirle decir nada más. Me sentía abrumada y no podía pensar con claridad con él hablándome.

No me había recuperado de mi conversación con Mark cuando Jenny volvió a comunicarse conmigo. Pensé que era él de nuevo, pero me estaba llamando para decirme que el señor Wright me solicitaba en la oficina.

—Voy enseguida —respondí con seriedad. Necesitaba un minuto para calmarme, Mark me había dejado alterada. Respiré hondo y espiré, diciéndome que estaba en el trabajo, que debía ser profesional y dejar a un lado mi vida personal. Cuando creí estar lista, salí de la oficina y fui a la de mi jefe. Su secretaria me hizo pasar y en breve estuve de pie, delante de él.

—Seré breve —señaló para que entendiera que no debía sentarme—. Marshall solicitó que tú seas su abogada en el juicio. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, si usted está de acuerdo.

—Sí, por supuesto. Es lo que el cliente quiere. ¿Entiendes que tendrás que ir de nuevo a Bloomington?

— Sí, no tengo ningún problema.

—Bien. Pediré que te den acceso a todo el expediente. Joel está investigando el caso, le comunicaré que eres la abogada a cargo ahora. La audiencia de presentación formal de cargos será en una semana. Debes volver a Bloomington en unos días.

—Sí, señor Wright. Gracias por la oportunidad. —Él asintió una vez y dio por concluida nuestra conversación. Salí de su oficina con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Que el cliente pidiera por mí era un gran incentivo, significaba que hice bien mi trabajo.

\*\*\*

Los siguientes días, traté de mantener mi mente centrada en mi trabajo, pero siempre me llegaba a memoria Mark y ese bendito beso. Siempre que pensaba en él, se me saltaba el corazón y perdía el aliento. Lo odiaba, odiaba no tener control de mi cuerpo y que él tuviera ese efecto en mí. ¿Qué iba a hacer con Mark? Me había pedido que le diera El Beneficio de la Duda, y tenía pruebas de que lo que pasó no pudo ser por causa suya, que la responsable era esa pobre chica enferma. Entonces ¿merecía una oportunidad? Tal vez, pero la idea de permitirle acercarse me aterraba. Me volvía vulnerable ante él y no me gustaba sentirme de ese modo.

Volé a Bloomington el jueves en la mañana, la audiencia del señor Marshall tendría lugar el viernes a las once. Me reuní con él esa misma tarde en su residencia y acordamos que se declararía inocente. Mi intuición me decía que no era culpable, pero debíamos tener pruebas que lo exoneraran de los cargos, lo que yo pensara no tenía ningún peso.

Al salir de su casa, fui al centro comercial y pasé un buen tiempo mirando ropita de bebé. Llamé a Claire y Nicole por videollamada de *WhatsApp* y entre las tres escogimos varios conjuntitos de recién nacido, en tonos neutrales, porque aún era pronto para saber su sexo. Claire apostaba que era niña. Nicole decía que era un niño. Y yo no hacía suposiciones. Lo querría de cualquier modo.

Después de asistir a la audiencia de presentación formal de cargos, donde el cliente se declaró culpable, como habíamos acordado, volé de regreso a Chicago. Tendría que volver en para la primera audiencia preparatoria al juicio, que aún no tenía fecha.

Llegué a casa en la noche, me duché y preparé un *sándwich* de pavo para cenar. Estaba terminando de comer cuando Claire me llamó.

—Laurel... E... Estoy en el *Hospital Comunitario de Roseland*, me... me asaltaron. ¿Puedes venir? —murmuró llorosa y se me saltó el corazón.

—Dios mío, Claire. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —pregunté sorprendida. No esperaba ni en mil años que me llamaba para decirme que había sido asaltada.

—Sí, algo golpeada, pero bien. —Su voz era frágil, nerviosa, y supe que debía ir rápido con ella. Me necesitaba.

—Gracias a Dios. Llegaré lo más pronto que pueda —prometí apresurándome a mi habitación para cambiarme la ropa.

—Conduce con cuidado, Lau.

—Lo haré.

Me cambié rápido el pijama por un par de *jeans* y una camiseta de la *Universidad de Chicago*, me puse zapatos deportivos y salí de mi apartamento. Bajé al sótano y fui hasta mi auto. Lo tuve de vuelta tres días después de haber sido remolcado y llevado a un taller. No había fallado de nuevo desde entonces.

Conduje durante más de media hora hasta llegar al Hospital de *Roseland*. No sabía qué hacía Claire en esa área de la ciudad, lo más probable era que había ido ahí por Kevin. Siempre era por él.

Entré por la puerta de urgencias y pregunté por Claire a la primera enfermera que vi, diciendo que era mi hermana. Estaba mal mentir, pero de otro modo no me hubieran dado ninguna información. La enfermera me dijo que Claire estaba dando su declaración a la policía, que cuando terminara, podía verla.

—Por favor, déjeme verla. Es mi hermana —rogué, sin darme cuenta que había alzado la voz. Entonces escuché a Claire llamándome y seguí el sonido de su voz.

Estaba en un cubículo, sentada en una camilla. Su rostro tenía varios moratones, su cabello desordenado y su labio inferior roto.

—¡Dios mío! ¿Quién te hizo eso? —expresé conmovida. No esperaba verla así, ella dijo «un poco golpeada», pero eso era más que un poco.

—Disculpe, señora, pero estoy tomando su declaración. Debe esperar fuera —indicó la oficial que estaba a su lado.

—Ella puede quedarse —murmuró Claire con un quejido.

—Bien —aceptó asintiendo—. Me decía que un hombre la atacó en el estacionamiento. ¿Lo conocía?

—No.

—¿Puede darme su descripción?

—No le vi el rostro porque llevaba un pasamontañas, pero era alto, delgado, vestía ropa deportiva y me amenazó con una navaja, dijo que si gritaba, me apuñalaría —relató conteniendo las lágrimas.

—¿Le dijo algo más?

—Dijo que... —Cerró los ojos y espiró fuerte—. Dijo que me metería la polla en el culo, que me daría placer como ningún hombre lo había hecho jamás y que le pediría más cuando terminara.

—Maldito bastardo —mascullé sintiendo ira.

—¿Qué pasó después?

—Él estaba sobre mí, me había tumbado en el suelo. Me golpeó en la boca cuando puse resistencia. Seguí luchando y me dio otro golpe, rasgó mi ropa después. Grité por ayuda y acercó su navaja a mi cuello. Creo... —respiró hondo y yo contuve las ganas de gritar. No soportaba saber que mi mejor amiga vivió algo así—. Creo que iba a cortarme cuando los faros de un auto nos alumbraron. Un hombre gritó que me dejara y él enseguida me soltó y corrió, no vi a dónde.

—¿Quién es el hombre que la trajo al hospital?

—No recuerdo su nombre, pero él me salvó en ese estacionamiento y me trajo aquí. —La oficial escribió algo en su libreta de notas y asintió.

—Es todo por ahora, señorita Harris.

—¿Él sigue aquí? —preguntó Claire con los ojos llorosos.

—Sí, fue puesto en custodia. Iré a tomar su declaración ahora para corroborar su versión.

—¡Dios! ¡Él no hizo nada! Solo me ayudó, déjelo ir, por favor —pidió sobresaltada.

—Lo siento, señorita, es el procedimiento. Pero si él corrobora su versión, no tendrá problemas —reafirmó seria.

—Lo entiendo, pero le digo que él no tiene nada que ver. —Claire se mostraba preocupada, y era entendible, acaba de pasar por un momento traumático y veía en ese hombre a un héroe. Y sí que lo fue, si no hubiera estado ahí, ella quizás habría sido asesinada. Solo de pensarlo se me llenaron los ojos de lágrimas. Estaba muy susceptible desde el embarazo.

—Esto es mi culpa, no debí ir a ese maldito lugar —murmuró Claire llorando apenas la oficial dejó el cubículo.

Me acerqué a ella y la envolví en un abrazo suave, temiendo lastimarla.

—¡Shh! Tranquila. Ya pasó, estoy aquí, estás a salvo. —Le susurré arrullándola como a una pequeña.

—Él nunca llegó, dijo que estaría ahí, pero no llegó. Siempre me hace lo mismo y yo de estúpida sigo esperándolo —dijo entre sollozos.

—¿Quién?

—El cretino de Kevin.

—Claire, por Dios. —Le reñí. Sabía que no necesita que la retara ese momento, pero ya estaba bueno de arriesgarse por un “hombre” que no la valoraba ni la respetaba.

—Lo sé, lo sé. Esta fue la última vez, lo prometo, Lau. Se acabó.

—Ya hablaremos luego de eso ¿sí? —Ella asintió un par de veces y se secó las lágrimas del rostro con un pañuelo que antes era blanco, pero que ahora estaba manchado de sangre, su sangre.

Un momento después, el médico que atendió a Claire volvió, le indicó analgésicos y antibióticos y le dijo que podía irse a casa. La ayudé a bajar de la camilla y salimos del cubículo. Claire estaba usando un uniforme de médico, porque su ropa había sido tomada como evidencia.

Al cruzar el vestíbulo, nos encontramos con el héroe de Claire. Un hombre muy guapo, de estatura promedio, musculoso, de ojos gris verdoso y cabello castaño oscuro ondulado. Vestía un *jeans* negro y una camiseta gris que estaba manchada de la sangre de Claire. Debía tener treinta años o un poco más. Estaba de pie en una esquina con los brazos cruzados y un gesto preocupado, que cambió al ver a mi amiga.

—¿Ya te vas?, ¿quiere decir que estás bien? Es que nadie me decía nada, estaba preocupado —dijo él acercándose a nosotras.

—Lo siento tanto. No tenías que quedarte —expresó Claire con una disculpa en su voz.

—No quería irme sin verte —replicó con una media sonrisa. Era muy considerado, y también amable, por lo que vi, aunque *las apariencias son engañosas*.

—Muchas gracias por lo que hiciste por mí... Ummm, disculpa, no me dijiste tu nombre.

—Jacob Mills.

—Muchas gracias, Jacob. Me salvaste hoy. —Hizo un esfuerzo por sonreírle, porque estaba dolorida. La golpearon fuerte, tenía el labio y el rostro inflamado.

—Hice lo que debía, no me agradezcas. Solo cuídate. —Había seriedad en su rostro y

preocupación en su mirada, cualquiera habría pensado que era valiosa para él.

—Lo sé —murmuró con la cabeza baja, estaba apenada.

—En esta tarjeta está mi número, llámame si quieres, me gustaría saber de ti. —Le tendió la tarjeta y Claire la tomó enseguida.

—Gracias de nuevo, Jacob —emitió casi sin aliento antes de dar media vuelta y caminar hacia la salida.

Antes de cruzar la puerta, le dio una última mirada a Jacob.

Viajamos a casa en silencio, y no porque no tuviera nada que decir. Después, cuando estuviera mejor, tendría que darme algunas explicaciones. Lo único que dijo durante el camino fue que debía volver por su auto. Le prometí que haría que alguien lo llevara al edificio. Ella asintió y cerró los ojos, quedándose dormida unos minutos después.

\*\*\*

—Puedo quedarme contigo esta noche —propuse cuando llegamos a su apartamento.

—No, estaré bien. Ve a casa, Lau. Y muchísimas gracias por estar para mí, te quiero ¿sabes eso? —Vi lágrimas en sus ojos, pero no las dejó escapar.

—Y yo a ti, Claire. —Le di un abrazo precavido, evitando lastimarla—. ¿Estás segura que no quieres que me quede?

—Sí, con todos los analgésicos que me dieron, voy a dormir como un lirón.

—Bueno, sabes que estoy a un piso de distancia.

—Lo sé. —Me despedí de ella, pero antes de salir, recordé que le había prometido que me encargaría de su auto y le pedí las llaves. Claire las buscó y me las dio. Dijo que me enviaría un mensaje con su ubicación. Después de eso, me fui a mi apartamento.

Mi teléfono residencial estaba timbrando cuando abrí la puerta. No sabía quién podía ser, no recibía muchas llamadas a ese número. ¿Era Mark? Se me formó un agujero en el estómago al pensar que podía ser él. ¿Qué hacía?, ¿contestaba o no?

Al final, contesté, tenía curiosidad.

—No cuélgues, por favor —dijo apenas respondí. Su tono era cauteloso y a la vez urgente—. Sé que dijiste que me llamarías, pero han pasado varios días y no puedo soportarlo más. Necesito saber de ti, asegurarme que estás bien.

—No tiene que preocuparse por mí —dije distante, elevando muros a mi alrededor para protegerme de él.

—Estás embarazada, Laurel. Llevas a mi hijo en tu vientre, ¿cómo puedes decir que no me preocupe? —contradijo desalentado—. Déjame demostrarte que no miento, que me importas. Solo te pido una oportunidad.

—Está bien, se la daré —accedí con reserva, esperando que no estuviera cometiendo un error al permitirle acercarse a mí.

—¿En serio? —dijo sorprendido—. No imaginas lo feliz que me has hecho, prometo que no te defraudaré. ¿Cuándo podemos reunirnos? Hay mucho que tenemos que hablar y quiero decírtelo en persona.

—Podría ser el sábado en la tarde, en algún café —propuse, tratando de sonar casual, sin dejarle saber cuánto me emocionaba la idea de verle de nuevo. ¡Hasta a mí me sorprendió la ilusión que me causó! ¿Acaso tenía quince años?

—¿El sábado? —Se escuchó decepcionado—. Esperaba que fuera antes, mañana, de ser posible. Deseo verte —dijo con voz vibrante, causándome un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo. ¿Qué me pasaba con ese hombre?, ¿por qué me resultaba tan irresistible?

—No puedo antes, lo siento —contesté, manteniendo una actitud impasible, con bastante esfuerzo.

—El sábado estará bien entonces. ¿Dónde nos vemos?

—En el *Café Molly's*, a las nueve de la mañana.

—Tenemos una cita entonces.

—No es una cita —bufé irritada—. Hasta el sábado, señor Pierce.

Lo escuché suspirar.

—¿Podrías dejar de hablarme de usted? No somos desconocidos.

—Para mí, aún lo somos. Que sepa quién es y que me llevara a conocer a su madre, no nos hace íntimos —enmarqué incisiva.

—¿Y el beso que compartimos? Y no digas que no te ha gustado porque sé que no fue así.

Sentí mi cara ruborizándose al recordar aquel momento, había quedado grabado en mi mente y en mi piel. Fue un beso apasionado y embriagador, pero también indebido y precipitado.

—Si así pretende ganarse mi confianza, mejor piense en otra estrategia, porque no soy como las demás mujeres que ha conquistado —establecí con rigor—. Que descanse, señor Pierce. — Finalicé diciendo antes de colgar el teléfono, sin darle oportunidad de añadir nada más. Mark me alteraba de maneras inimaginables, atravesaba con facilidad las altas y gruesas barreras que por años había construido a mi alrededor, y me hacía sentir vulnerable. No me gustaba esa sensación, me aterrorizaba.

## Capítulo 12

Estuve despierta hasta tarde esa noche, la conversación con Mark me había dejado pensativa y ansiosa. Me pregunté una y otra vez si estaba o no cometiendo un error al aceptar reunirme con él, pero al final me venció el sueño y me quedé dormida.

La alarma del reloj sonó a las seis de la mañana, deseé poder silenciarlo y seguir durmiendo, pero no podía faltar al trabajo, así que me levanté y, somnolienta, me dirigí al baño para tomar una ducha que me terminara de despertar. Quince minutos más tarde, estaba eligiendo un atuendo en mi vestidor. Me decidí por una falda de tubo larga, negra con marrón, una blusa blanca de mangas largas y zapatos negros. Saqué un juego de ropa interior blanca del cajón y desanudé mi toalla tipo albornoz para vestirme, momento en el que escuché el timbre de mi apartamento.

*Tal vez es Claire.*

Me anudé de nuevo el albornoz y fui hasta la entrada, abriendo la puerta sin mirar antes si era ella o no. Pero qué iba a pensar que se trataba de Mark y no de mi mejor amiga. ¡Quedé literalmente perpleja! Vestía de manera causal, una camiseta negra, *jeans* gastados y botas de montaña. Tenía el cabello revuelto y una barba incipiente le cubría el rostro. Se veía muy distinto al Mark que vi en la clínica, y mucho más alejado del Juez que conocí en la corte.

—¿Qué hace usted aquí? —cuestioné con brusquedad, en un intento de enmascarar la conmoción que su presencia me estaba causando.

—Tomando medidas extraordinarias —murmuró, paseando una mirada lasciva sobre mi cuerpo a medio vestir. Debió suponer que no llevaba nada debajo de la toalla, y así era, no me dio tiempo de ponerme la ropa interior. Esperaba que sus “medidas extraordinarias” no incluyeran atacarme a besos, porque si con tan solo mirarme, calor se propagó en partes sensibles de mi anatomía, no quería imaginarme lo que pasaría si me tocaba—. Sé que estás asustada, que mi aparición en tu vida ha conmocionado tu mundo, como tú has conmocionado el mío, pero solo te pido que me des una oportunidad, una real, de demostrarte que puedes confiar en mí. Para mí no eres otra de mis conquistas, eres la mujer con quien deseo compartir el resto de mis días —declaró solemne, mirándome a los ojos con tanta intensidad que se me erizó la piel, y luego siguió hablándome

—¿Cómo puede decirme algo así? Apenas nos conocemos —cuestioné indignada. Sentía que se burlaba de mí, que me creía idiota.

—Porque es lo que siento, Laurel, porque lo supe desde que te vi por primera vez, y lo confirmé cuando te tuve entre mis brazos, besándote. —Tragó saliva tras pronunciar la última palabra y, con una mirada ferviente, volvió a hablar—. Solo te pido que me permitas cortejarte, que me dejes demostrarte, con hechos y no con palabras, que lo que siento por ti es verdadero. —Hablabla con tanta emoción que por poco me convencía, pero yo era un hueso duro de roer, me había especializado en construir muros blindados que me protegieran de los charlatanes.

—Es muy halagador lo que dice, pero me sigue resultando inverosímil. Creo que solo está confundido, no puede sentir por mí más que atracción, o tal vez apego porque se ha convencido de

que llevo a su hijo, pero eso no significa que quiera unir su vida a la mía, al menos yo no lo siento así.

—No es una confusión, sé lo que siento. Es genuino, Laurel. No estaría aquí diciéndote esto si no estuviera seguro. A mi edad, no busco otra aventura, quiero algo perdurable, quiero una familia, un hogar, y quiero tenerla contigo —dijo categórico. Di un paso atrás, entornando los ojos, y negué repetidas veces con la cabeza—. No me rechaces, por favor. Sé que te gusto, tu cuerpo vibró debajo del mío, tus labios me correspondieron, tus manos me exploraron con interés... —describió, acercándose un paso, dos, mientras yo retrocedía—. Dejaré que lo pienses ¿sí? Te llamaré más tarde para saber si podemos reunirnos, como lo hablamos ayer —acordó con voz seductoramente ronca y una mirada que irradiaba fuego y deseo.

La siguiente vez que se acercó, no me moví. Me dio un beso casto en la mejilla y luego se marchó, dejándome con ganas de un beso distinto, uno similar al que nos dimos en aquel estacionamiento. No era tan fuerte como aparentaba, sentía deseo, anhelo y necesidad como cualquier mujer. Y con el tiempo de sequía que había pasado, podía hacerse realidad aquella historia que Mark inventó de “nuestra primera cita”.

Suspirando, cerré la puerta y volví al vestidor. Tomé la ropa interior y me la puse, con la mente sumergida en el recuerdo de Mark y el deseo palpitando en mi zona más sensible. Mark me atraía más de lo que quería admitir, me enloquecía y me alborotaba las hormonas con una facilidad pasmosa. No me había sucedido algo así con nadie nunca. ¿Por qué tenía esa influencia en mí? No podía comprenderlo.

Aquella inquietud estuvo en mis pensamientos mientras terminaba de arreglarme y persistió aún después de salir de mi apartamento y caminar hacia el de Claire. Quise comprobarla antes de marcharme al trabajo.

Abrí la puerta con una copia de la llave que ella me había dado para emergencias y entré a su habitación. La luz estaba apagada, pero las cortinas no estaban bien cerradas y entraba un poco de luz, lo que me permitió verla acostada en la cama. Me acerqué cautelosamente para no despertarla y sofoqué un grito cuando vi a Kevin a su lado. ¡No podía creerlo! Después de todo lo que pasó, lo dejó entrar de nuevo.

*¿A dónde carajo se fue eso de «esta fue la última vez» y «se acabó»?*

Estaba tan molesta.

Pensé que hablaba en serio, que el susto que pasó la había ayudado a abrir los ojos, pero no, seguía sin ver lo dañina y tóxica que era su relación con ese idiota. Me provocó despertarla y reprocharle por su mala cabeza, pero sabía que no iba a servir de nada.

Salí del apartamento de Claire sintiéndome decepcionada y triste, mi amiga se merecía amor y no ser usada como un objeto. ¿Cómo podía ayudarla? Ya había agotado casi todos los recursos, solo me faltaba hablar con su hermano Caleb, pero no quería defraudar su confianza.

Me subí al ascensor, agradeciendo que estuviera vacío, no tenía ánimos de saludar a nadie. Pero en el tercer piso, se subió un hombre de mediana edad, alto, robusto y con un inconfundible olor de tabaco impregnado en su traje. La pestilencia que traía encima me revolvió el estómago, el embarazo me hizo más sensible a los olores; cosas que antes no me molestaban, me producían náuseas, aunque el olor a cigarrillo siempre lo había detestado. Me obligué a respirar por la boca para calmar mi fatiga, lo menos que necesitaba era vomitar en un ascensor y provocar un desastre.

Para mi mala suerte, el hombre se bajó en el sótano, igual que yo. Me alejé de él lo más rápido que mis tacones me dejaron y llegué a mi auto, pudiendo al fin respirar con normalidad, al menos por unos segundos, porque al momento que vi a Mark a no más de tres metros de mí, sonriéndome,



perdí el aliento. —Creí que nunca vendrías, estaba por ir a buscarte —dijo sin borrar la sonrisa, que poseía una dosis igual de picardía y perspicacia.

—Para ser un Juez, tienes mucha inclinación al delito, ¿no? —Le recriminé de brazos cruzados, pero no estaba nada molesta por encontrármelo de nuevo, todo lo contrario.

—Nunca antes de ti —confesó y dio varios pasos en mi dirección. Se mojó los labios lentamente y observó los míos con apetito, sí, esa es la palabra apropiada para describir la manera en que los miró.

*¿Ahora sí va a besarme?, ¿por qué no antes?*

Cualquier duda que tuviera dejó de importar al segundo que llevó sus fuertes manos a mi cintura y me atrajo hacia él, besándome con una pasión tan férrea que mis piernas se tambalearon. Si no hubiera estado sujetándome, habría terminado derretida en el piso.

Dejé caer mi bolso al suelo y llevé mis manos a su pecho, sobre sus pectorales, acariciándolo con la misma vehemencia que su lengua entraba, salía, rozaba y lamía el interior de mi boca.

Entre besos y caricias, fuimos retrocediendo hasta que mi espalda impactó suavemente contra mi auto. Estaba atrapada entre un *Honda* y un magnífico ejemplar masculino con una habilidad magistral para dar besos. Si es que a eso se le podía seguir llamando beso. Creí, más bien, que Mark Pierce le estaba haciendo el amor a mi boca, lo que sin duda, puso en alerta otra área de mi cuerpo, que bien sabría apreciar una réplica exacta de cada movimiento.

Su cercanía, sus caricias y sus besos, cada vez más exigentes y profundos, eran como un combustible que fue avivando el fuego del deseo.

—Me enloqueces, Laurel. Pudiera besarte cada minuto de cada día —pronunció con voz trémula, paseando sus manos por mi espalda y rozando con su dedo pulgar el broche de mi sostén. ¿Estaba fantaseando con quitármelo? Seguro sí, el hombre estaba tan excitado como yo, podía sentirlo contra mi abdomen, sólido como roca, ardiente como el fuego...

—¿Por qué no lo hiciste antes? —pronuncié entre susurros débiles, vagando entre el éxtasis y la embriaguez.

—No era correcto, estabas en desventaja —dijo en tono bajo y vibrante, su mirada candente, sus dedos trazando círculos en mi espalda...

—No hubiera dejado que llegara muy lejos —repliqué determinante, pero a quién carajo quería engañar. Si él me hubiera besado así en mi apartamento, para entonces, habría tenido total certeza del tipo de amante que era Mark Pierce.

—¿Sí? —Sonrió de medio lado—. Mientes mal. —Me besó la comisura de los labios—. Va a pasar. —Un beso en la otra esquina de mi boca—. Te desnudaré. —Rozó su nariz sobre la mía, nuestros labios casi tocándose—. Te haré el amor, Laurel Moore. —Y con esa pretenciosa afirmación, volvió a apropiarse de mi boca de la forma que evocaba en mí lujuria y pensamientos obscenos que me invitaban a caer en la tentación.

De pronto, dejó de besarme, me soltó y se fue, dejándome deseosa.

*¿Qué está haciendo ese hombre conmigo?*

Lo miré mientras se alejaba, su andar era *sexy* y las vistas desde mi posición eran fenomenales, esos *jeans* le sentaban muy bien, exhibían perfectamente la curvatura de su trasero. Era una chica de traseros, no me apenaba decirlo, aunque sí me apenó que me Mark me pillara viéndolo. No contaba con que se volteara en ese momento.

Sus labios se curvaron en una sonrisa presuntuosa en reconocimiento.

Giré los ojos, había olvidado su lado engraido.

—Te llamaré más tarde —dijo guiñándome un ojo, para entonces, estaba cerca de su auto. ¡Su

auto!

—¿Cómo es que tu auto está aquí? —pregunté alzando la voz.

—Un amigo de un amigo vive en este edificio, me dio su llave de acceso.

Sonreí negando con la cabeza. Levanté mi bolso del suelo y busqué las llaves de mi auto. Cuando las hallé, lo desbloqueé y abrí la puerta.

Mark me observaba, podía sentirlo, pero me hice la tonta y fingí que no lo había notado. No quería incrementar su inflado ego. Me subí al auto, lo encendí y puse a funcionar el aire acondicionado enseguida. Mi temperatura corporal estaba elevada, el deseo corría por mis venas como lava caliente. Deseaba más besos, más caricias, más de él... Lo anhelaba tanto que me desconocía, no sabía quién era cuando se trataba de Mark. Se sesgaba la prudencia y la razón, me dominaban las emociones, gobernaban mi mente y mi cuerpo, me exigían que saliera del auto y que fuera por él, que no lo dejara ir.

Estaba segura de que lo ha había hecho a propósito, que besarme así y luego irse fue algún tipo de juego de seducción que estaba empleando conmigo, un juego infalible porque no lograba dejar de pensar en él y en ese bendito beso. Lo mantendría en mi mente durante todo el día. Ese era su plan, y tuve que concederle un mérito por su hazaña.

¿Siempre se tomaba tantas molestias para seducir a una mujer o conmigo era distinto?

Una creciente llama de celos onduló en mi pecho. Imaginarlo besando a otras, tocando a otras, me enfermaba. No quería sentirme así, me indignaba no poder controlar mis emociones cuando se trataba de Mark. Él me estaba cambiando de maneras que me sorprendían. Nunca fui celosa, jamás nadie significó tanto como para sentir celos, y me sucedía con Mark. ¿Era eso razonable? Absolutamente, no. No tenía ningún sentido.

Abrumada por mis pensamientos, me provocó devorarme una gran y grasienta hamburguesa con papás y gaseosa de *Small Cheval*. Pero a esa hora ese lugar está cerrado y me fui por lo seguro: *Molly's Café*. Cuando no me daba tiempo de comer en casa, hacía una parada rápida ahí. La propietaria, Molly, era una mujer mayor, muy dulce, que me tenía afecto y me trataba con mucho cariño.

Molly estaba detrás del mostrador colocando *cupcakes* en un exhibidor cuando entré, ella misma los hacía y eran divinos. Su cabello liso platinado estaba recogido en un moño alto, usaba un vestido de flores, muy colorido, y un delantal blanco, inmaculado, anudado a su cintura. Cuando alzó sus ojos claros hacia mí, me saludó con una sonrisa. Le sonreí de vuelta y le pregunté cómo estaba, ella dijo que como una uva fresca, haciéndome reír.

—¿Qué vas a pedir, mi niña?

—Se me antoja unos panecillos de canela y una malteada de chocolate y vainilla —respondí sentándome en un taburete. Molly encargó a su nieta Lexie la malteada y sacó dos panecillos del exhibidor, colocándolos en un plato.

—Tenías tiempo sin venir —dijo buscando conversación—. ¿Está todo bien? —preguntó interesada. Más de una vez, me había dado buenos consejos, aunque nunca en el ámbito amoroso.

—Conocí a alguien —murmuré—, y me gusta, me gusta mucho, pero tiene un pasado cuestionable que me hace dudar.

Molly asintió y se mantuvo en silencio durante un momento antes de hablar.

—Sabes, cariño, he escuchado de esos hombres durante toda mi vida, los he conocido también, y la mayoría de ellos tienen el mismo problema: no saben lo que quieren y pasan la vida entre una mujer y otra. Algunos corren con la suerte de hallar a la mujer que los complementa, otros, terminan solos porque nunca la encontraron. Lo que quiero decir, quizás tú seas la correcta para

él, pero no lo sabrá a menos que le des la oportunidad. Y tú tampoco podrás saber si él es para ti si no lo intentas ¿no crees?

—Puede ser —murmuré pensativa.

—No lo analices mucho, linda. Eres joven y puedes tomarte algunas libertades. Si no funciona, quizás te sientas decepcionada por un tiempo, pero nada que no se pueda superar. Y si funciona, entonces agradecerás no haberlo dejado pasar.

—Sí, tienes razón —asentí esbozando una sonrisa.

—¿Cuándo no ha sido así? —bromeó y, en ese momento, llegó Lexie con mi malteada—. Aquí tienes, mi niña, disfruta tu desayuno y vuelve aquí siempre que lo necesites, sea para comer o para hablar conmigo. —Colocó la malteada junto a mi plato—. Ahora te dejo, tengo más *cupcakes* para adornar en la cocina.

—Ve tranquila, Molly, y muchas gracias por la charla.

—Nada de gracias, sabes que yo encantada de hablar contigo. No tardes en regresar ¿sí?

—Lo prometo. —Las dos sonreímos y luego ella se fue a la cocina.

\*\*\*

Al llegar a la oficina, Jenny me dio los buenos días con una sonrisa destellante y me recordó que tenía una reunión en la sala de juntas, algo que había olvidado por completo. Dejé mis pertenencias en la oficina, me dirigí a la sala de juntas y me senté a un lado de Judith Clark, especialista en derecho empresarial. Judith era muy linda, tenía unos ojos verdes muy llamativos, que resaltaban en su piel porcelana; cabello ondulado color chocolate y un cuerpo delgado y menudo que no daba indicio de que tenía dos niños.

—Hola. —Me saludó en voz baja—. ¿Sabes de qué va la junta?

—Hola. No, ni idea —respondí en el mismo tono—. ¿Y cómo están tus niños? —Le pregunté, buscando conversación. Su esposo murió en Afganistán cuando ella esperaba a su segundo bebé. Fue un tiempo duro para Judith, pero siguió adelante por sus pequeños. Cuando tomé la decisión de hacerme la inseminación, pensé en ella y en cómo había salido adelante por sí misma, entonces me pensé que si ella pudo, también yo.

—Dios, están terribles. Lucy inició clase de *ballet* y se la pasa brincando por todos lados. Y Louis ha estado llorando los últimos días porque quiere un cachorrito. Me vuelven loca, pero no podría vivir sin ellos —dijo sonriendo—. Espero poder llevarlos de vacaciones en el verano, quieren ir a la playa.

—Seguro les encantará.

—Sí.

En ese momento, el señor Wright entró a la sala y todos guardamos silencio. Era el único de los socios directivos presentes en la junta, lo que implicaba que sería una reunión rápida. Se sentó en el puesto central de la mesa rectangular, con capacidad de quince plazas, y nos saludó dando los buenos días.

—Como todos saben, Wright, Hall & Asociados se ha convertido en una de las firmas más importantes de Illinois y hemos estado considerando abrir nuevas oficinas en otras ciudades del estado, iniciando en Springfield. Ya se ha estudiado el mercado y contamos con un buen número de clientes potenciales dispuestos a invertir en nosotros. Abrir una nueva oficina es un reto, como también una gran oportunidad de expansión, y me complace anunciar que contamos con el talento y la experiencia de Christian para impulsar este proyecto. —Todos aplaudieron la noticia y felicitaron a Christian, quien sonreía como el *Gato Risón*. Debía estar que no cabía en sí mismo,

ese nuevo puesto lo convertía en algo parecido a un socio directivo y él siempre se había sentido superior a los demás. Y yo encantada de que lo enviaran bien lejos de Chicago. No era la única en la sala que pensaba lo mismo—. Esta es la razón por la que los reuní aquí, espero que en el futuro pueda contar con el apoyo de más de ustedes cuando llegue el momento de abrir nuevas oficinas en otros puntos del país, porque estoy convencido de Wright, Hall & Asociados va a seguir creciendo. —Una nueva ronda de aplausos se escuchó en la sala y luego el señor Wright se levantó, dada por concluida la reunión.

—Es lo mejor que le ha pasado a la firma en mucho tiempo —murmuró Judith.

—Digno de una celebración. —Me burlé y las dos nos reímos en voz baja.

Salimos de la sala de juntas y nos despedimos en el pasillo.

Ella se fue a su oficina y yo a la mía.

Jenny estaba en su puesto, tras su escritorio, me vio y sonrió de una manera demasiado extraña hasta para ella. Entré a mi oficina y vi sobre mi escritorio un precioso ramo de camelias rojas, dentro de un jarrón de cristal, y todo cobró sentido. Ahora yo sonreía como ella lo hacía. Revisé las flores buscando la dedicatoria, pero cuando recibí un *WhatsApp* de Mark que decía: «Para que no me olvides», supe que no había ninguna.

Pensé en escribir una respuesta, pero no estaba segura de qué poner.

Escribí lo primero que llegó a mi mente y le di enviar. No se me ocurrió nada mejor.

«*Gracias, Mark. Están muy hermosas*».

Sentí mi corazón acelerándose cuando la palabra *escribiendo* apareció junto a su fotografía de perfil, en la que por cierto, se veía guapísimo.

«**No veo la hora de verte de nuevo, me hace falta otro beso... ».**

*A mí también me hace falta otro beso, y otro y otro...*

«**Entraré al tribunal, estaré pensando en ti**».

«No dejes que sea una distracción».

«**Pídeme algo más fácil**».

Envié un *emoji* pensativo.

«**Tengo que irme, te escribo tan pronto salga**», incluyó un *emoji* de beso y volví a sonreír.

Al terminar de hablar con Mark, me ocupé del auto de Claire. Ella me había enviado el mensaje con la dirección la noche anterior. Contraté un servicio de traslado de vehículos y quedaron en enviar a alguien a mi oficina por las llaves. Acordé que dejaran el auto frente al edificio donde vivíamos y que entregaran la llave a Alan Green, el empleado de seguridad que estaría en la entrada. Tras colgar, hablé con Alan y lo puse al tanto de todo. Le pedí que, por favor, se encargara de guardar el auto en el sótano cuando lo llevaran, petición que él aceptó de buena gana. Alan tenía años trabajando en el edificio, era un hombre de fiar.

Una hora después, recibí una llamada de uno de mis clientes, Evan Davis. Se escuchaba angustiado, dijo que su hijo Marcus —un estudiante universitario de veinte años— fue llevado a la estación de policía para ser interrogado por la muerte de su novia Emily Taylor, de dieciocho, quien fue hallada muerta hacía tres noches en su habitación del campus. En la escena, se encontraron metanfetaminas y Emily mostraba signos de sobredosis, lo que llevó a pensar que la joven se había suicidado, pero cuando el forense determinó que mantuvo relaciones sexuales poco antes de morir —algo que Marcus no dijo cuando habló con los oficiales la noche que encontraron a Emily—, él se convirtió en sospechoso.

Cuando terminé de hablar con el señor Davis, le informé a Jenny que estaría en la estación de policía atendiendo un caso, que se comunicara conmigo si necesitaba decirme algo importante. Y

le dejé las llaves del auto de Claire con la dirección de dónde debían recogerlo y dónde dejarlo, con instrucciones de entregárselo al empleado de la empresa de traslados.

El señor Davis se encontraba en la sala de espera cuando llegué a la estación y me puso al tanto de la situación. La policía ingresó en la mañana al dormitorio de Marcus en el campus con una orden de registro, incautaron su teléfono móvil y su *laptop* y lo trasladaron a la estación para tomar su declaración. Él estaba ahora en la sala de interrogatorios. Me acerqué a un oficial y le dije que representaba a Marcus Davis, solicitando me permitieran hablar en privado con mi cliente. El oficial asintió y me llevó con él, pero ya Marcus había terminado de declarar cuando entré a la sala. Me presenté con él y con los oficiales a cargo del interrogatorio y pregunté si le leyeron sus derechos al momento del arresto. Él respondió que sí y me dirigí a los oficiales para saber si tenían algún cargo en contra de mi cliente; uno de los dos oficiales respondió que no y entonces le dije a Marcus que podíamos irnos.

—Pero él sigue siendo sospechoso de la muerte de Emily Taylor, le recomendamos que no salga de la ciudad —advirtió el segundo oficial.

—No lo hará. Vamos, Marcus. —El chico me siguió y se reunió con su padre en la sala de espera. El señor Davis preguntó si podía irse y le contesté que sí, pero que su hijo seguía siendo sospechoso. Le recomendé que habláramos en mi oficina, necesitaba saber qué dijo Marcus en esa sala. Él accedió y quedamos en vernos en la firma en media hora.

Al llegar a las oficinas, Marcus relató todo lo que había declarado.

—Les dije que soy inocente, que yo no lastimé a Emily —murmuró entrecortado—. Ella no consumía drogas, ella nunca se hubiera... —Tragó saliva y más lágrimas acudieron a sus ojos—. No sé qué pasó, pero ella estaba bien cuando me fui de su habitación. —Me miraba a los ojos cuando me hablaba, no se ocultaba, lo que era un indicio de que decía la verdad.

—¿Por qué no dijiste que tuviste sexo con ella esa noche? —cuestioné inquisitiva.

—Estaba conmocionado, aún lo estoy, y no pensé que eso importara. Yo la amo... la amaba. Maldita sea. —Tiró de su cabello—. Yo no la asesiné. Emily fue lo mejor que me pasó en la vida, y ahora ella... —Negó con la cabeza y se cubrió el rostro con las manos—. Si me hubiera quedado, si no hubiera tenido que ir a estudiar, quizás estaría viva —murmuró derrotado.

—¿Estaba estresada por algo? ¿Notaste algo distinto en ella?

—Emily no se suicidó, ella amaba la vida, era feliz. Siempre sonreía, me hacía sonreír, ayudaba a todo el mundo. Emily tenía el corazón más dulce del universo. ¿Por qué lo iba a hacer? Estábamos bien, nos reímos, hicimos el amor... ¿y luego decidió terminar con su vida? Eso no tiene sentido —murmuró afectado, no creía que hubiera lastimado a Emily.

—Lo lamento mucho, Marcus. Sé que estás pasando por un momento difícil, pero necesito que me cuentes todo lo que hablaste con los oficiales.

—Solo les dije todo lo que sé. Estuve esa noche en su habitación, comimos *pizza*, hicimos el amor y nos despedimos una hora después. Me fui a estudiar en mi habitación, mi compañero Leo estaba ahí. Le envié un mensaje a Emily diciéndole que la amaba y ella respondió con un *emoji* de un beso. No supe más de ella hasta que... dos oficiales... tocaron a mi puerta más tarde —balbuceó contrariado.

—¿Sabes si alguien tenía alguna razón para lastimarla?

—No, ella era una chica dulce y amable con todo el mundo. Pero alguien lo hizo, de eso estoy seguro. Emily nunca se hubiera suicidado.

—Entiendo, hablaré con el investigador de la firma para que intente descubrir lo que pasó con Emily ¿sí? Pero necesito que me des toda la información que sepas de ella, qué lugares

frecuentaba, con quién se reunía, qué hizo los días antes de su muerte... Todo lo que recuerdes que pienses que sea importante, debes decírmelo.

—Está bien.

—No hables con nadie del caso, ni con la prensa ni con amigos, así creas que son de confianza. Y si la policía quiere hablar contigo de nuevo, pide que yo esté presente. No digas nada hasta que yo llegue contigo ¿de acuerdo?

—Sí.

—Aquí está mi número personal y el de la oficina, llámame cuando tengas la información que te pedí o si tienes alguna duda. —Le di una tarjeta con mis números y le pedí a Jenny que entrara a la oficina para tomar los datos de Marcus e incluirlos en la base de datos de clientes. Cuando llegó, me disculpé un momento y corrí al servicio, estuve aguantando las ganas de hacer pis desde hacía mucho tiempo.

Era casi mediodía cuando el señor Davis y su hijo se marcharon. Me comuniqué con Joel y, después de darle un resumen del caso, le pedí que investigara el presunto asesinato de Emily Taylor, contaba con que encontrara algo que exonerara a Marcus de una posible acusación de homicidio.

Le informé a Jenny que iría por algo de comer y fui a *Smoke BBQ*, un *restaurant* cercano que me encantaba, quedaba a solo unas cuerdas de la oficina y fui caminando. Pude pedir algo para comer en la oficina, pero tenía antojo de macarrones con queso y en *Smoke* servían uno de los mejores que había probado. El lugar era sencillo, un poco rústico, con paredes de ladrillos, mesas y sillas de madera. Me ubiqué en una mesa que se encontraba junto a la ventana y, en breve, un mesonero se me acercó y me entregó el menú, pero le dije sabía justo lo que quería y él asintió, sacando una libreta de anotaciones de su delantal.

Pedí un plato de *brisket*, macarrones con queso, ensalada César y, de bebida, vino de manzana. El mesonero se fue tras anotar el pedido.

Los de la empresa de traslado de vehículos se comunicaron conmigo en ese momento para decirme que habían dejado el auto de Claire frente al edificio donde vivíamos y que le entregaron la llave a Alan, como habíamos acordado. Le envié un mensaje a Claire informándole y, después, me entretuve viendo ropa y artículos para bebé en tiendas *online*. Planeaba ir pronto en persona para elegir a gusto, seguro Mark querría acompañarme.

Estuve tentada a escribirle, pero me contuve porque aún no sabía qué estaba pasando entre nosotros. Nos habíamos besado, me dijo que quería algo serio conmigo, pero no establecimos nada concreto. Su paternidad aún estaba en entredicho, no era seguro que el bebé que estaba formándose dentro de mí fuera suyo. Teníamos que hablar de ello cuando nos viéramos. Teníamos mucho de qué hablar, de hecho.

Pensaba en ello cuando el mesonero llegó con mi excesiva orden de comida. Viéndola delante de mí, pensé que no terminaría un plato completo, pero una vez que comencé a comer, no paré hasta que solo quedaban migas.

*¡Me pondré obesa si sigo comiendo así!*

Una vez pagué la factura, caminé de regreso al bufete escuchando desde mi *iPod Sledgehammer*, de Fifth Harmony, una canción que gritaba Mark por todos los costados, habla de la pasión que un hombre enciende en una mujer, como él lo hacía conmigo. Sus besos y caricias habían quedado grabadas en mí y no veía la hora de volver a sentirlas.

## Capítulo 13

Eran las dos de la tarde y Mark no me había escrito, asumí que seguía ocupado en el tribunal, esperaba que se comunicara pronto, porque estaba algo obsesionada con verificar mi teléfono una y otra vez por noticias suyas. Hasta había jugado con la idea de tomar la iniciativa y escribirle, pero no quería parecer desesperada, así que decidí guardar mi teléfono en un cajón y traté de pensar en otro cosa, cualquier asunto que me hiciera olvidar por un momento a Mark.

Hasta entonces, no había ningún avance en el caso Davis, la investigación estaba a cargo de Joel y, mientras no hallara nada que ayudara a probar la inocencia de nuestro cliente, no había mucho que pudiera hacer.

—Mark —susurré sintiendo un vuelco en mi pecho cuando escuché una notificación de *WhatsApp* en mi teléfono. Lo saqué del cajón y desbloqueé la pantalla rápido, pero era Claire dando señales de vida. Le escribí mientras subía en el ascensor y apenas respondió.

«Un poco dolorida, pero bien. Gracias por ocuparte de mi auto».

«**Fui a comprobarte esta mañana y lo vi.**»

«Lo siento». Adjuntó un *emoji* de un monito con los ojos tapados.

«**Yo también lo siento, pensé que lo de anoche te abriría los ojos, pero veo que no es así. Me preocupas, Claire, mucho.**»

«No lo hagas, estaré bien».

«**Sí, como siempre.**». Incluí un *emoji* con los ojos en blanco y bloqueé el teléfono, no a iba seguir perdiendo el tiempo con Claire.

Volví a enfocarme en mi agenda y, fecha tras fecha, estaba llena de aburrida monotonía: ir a la peluquería, hacer mercado, cita de depilación, día de limpieza general en mi apartamento, lavar mi auto, llevar mis abrigos a la lavandería, salir al cine con Claire, devolver algunos libros... Nada del otro mundo.

Cuando llegué a la fecha, sábado 22 de abril, donde puse “cita con Alessandro” suspiré audiblemente.

*Mi vida ha sido tan insípida que hasta mis momentos de placer están planificados.*

Para que entiendan, Alessandro no era un hombre, sino un consolador, un objeto de plástico con forma de pene que Claire me regaló en mi cumpleaños treinta cuatro. ¡Ni siquiera lo había elegido yo! ¡Qué deprimente!

Cerré la agenda y resoplé con fastidio. Estaba aburrida, quería ocupar mi mente con trabajo, pero ese era un día de esos que se hacían eternos. ¿No podía ser como otros, cuando no podía ni tomar un respiro?

Miré las flores que me envió Mark y saqué una del florero. Le di vueltas entre mis dedos y me escuché suspirar mientras pensaba en él, recordando cada uno de nuestros besos. Se me formaron nudos en el estómago y mis latidos se aceleraron.

¡Vaya que me tenía mal ese hombre! Solo lo estaba recordando y me encontraba totalmente a

sus pies.

Mark era un enigma que ya no intentaba descifrar, me atraía como nadie lo hizo alguna vez y eso me aterrizzaba. Temía caer profundo con él y perder una parte de mi corazón si un día todo terminaba, pero a la vez sentía un torrente de adrenalina que me impulsaba a saltar al vacío sin pensar en las consecuencias.

La decisión estaba tomada, iba a arriesgarme.

A las seis de la tarde, dejé las oficinas de la firma sin noticias de Mark, esperé todo el día que volviera a comunicarse y no lo hizo, lo que me había puesto de muy mal humor. Al llegar a mi residencia, dejé mi bolso sobre la mesa del recibidor y fui a la cocina, saqué una botella con agua del refrigerador y alcancé una manzana verde del frutero ubicado en el mesón. Le di una gran mordida de camino a mi habitación y mi quité los tacones sobre la alfombra felpuda que se encontraba delante de mi cama, suspirando por el alivio que sentí en mis pies por su suave textura. Me encantaba usar zapatos altos, pero llegaba a ser molesto estar en ellos todo el día. Terminé la manzana y fui al baño por una ducha rápida, quería ver a Claire y saber cómo se sentía, que estuviera disgustada con ella no significaba que no me preocupaba.

Elegí un vestido *vintage* floreado, junto con un conjunto de ropa interior blanco de *Victoria Secret's*. Me vestí y calcé mis pies con sandalias bajas, recogiendo mi cabello en una cola de caballo alta. Ya lista, salí de mi apartamento hacia el de Claire. Al llegar, toqué la puerta y esperé, pero no obtuve ninguna respuesta.

Regresé a mi apartamento y la llamé Claire varias veces sin ningún resultado.

*¿Dónde estás, Claire?*

Le escribí un mensaje pidiéndole que por favor se comunicara, que estaba preocupada por ella. Esperaba que estuviera bien, no deseaba que nada malo le sucediera, la quería como a una hermana, o de la forma que suponía querría a una hermana si la hubiera tenido. La próxima vez que la viera, hablaría con ella seriamente, no dejaría que siguiera desperdiciando su vida por culpa del idiota de Kevin, ella merecía a alguien que la amara y valorara como la grandiosa mujer que era.

Exhausta, me acosté en la cama y pronto me quedé dormida. El reloj marcaba las 10:30 para cuando desperté, mejor dicho, cuando alguien interrumpió mi sueño tocando insistentemente el timbre.

—Claire —pronuncié saltando de la cama y caminé rápidamente hacia la puerta. Después del susto que me dio la otra noche, estaba más preocupada por ella que nunca.

—Laurel, soy yo —dijo Mark y mi corazón se alteró enérgicamente.

*¡Mark está aquí!*

Peiné mi cabello y compuse mi ropa, preparándome para abrirle, requiriendo algunos segundos extras para preparar mi mejor cara de *póker*, él no tenía que saber lo ansiosa que había estado todo el día por causa suya ni lo mucho que quería verlo. Cuando me sentí lista, abrí la puerta y de inmediato tuve que luchar con la necesidad de lanzarme sobre él y besarlo como loca, fue una dura batalla la que tuve que enfrentar, el recuerdo de sus labios sobre los míos y sus manos sobre mi cuerpo, hacía estragos con mi fuerza de voluntad.

—Ahí estás, ya estaba pensando en derribar la puerta —dijo sonriéndome, gesto que no alcanzó sus ojos, parecían tristes y melancólicos.

—Debiste avisar que vendrías, es tarde.

—Lo sé, te dije que te llamaría, pero no logro encontrar mi teléfono. La última vez que lo tuve, hablaba con Anna, me llamó para decirme que mamá tuvo un accidente. Conduje al hospital y lo



perdí, no tengo idea de dónde lo dejé.

—¿Qué pasó? ¿Ella está bien? —pregunté preocupada, su madre había tenido un accidente y yo comportándome como una pequeña malcriada.

—Sí, sí, está bien. Se cayó en la ducha y se golpeó muy fuerte en la cabeza. La trasladaron en ambulancia al hospital, perdía mucha sangre y no recobraba la consciencia. Pensé lo peor, Laurel. Creí que ella... —Frunció los labios y negó con la cabeza—. Está bien ahora, solo requirió de algunas punzadas y de analgésicos. La dejaron en observación esta noche, Anna se quedará con ella y yo volveré temprano en la mañana.

—Gracias a Dios que solo fue un gran susto, Mark. Imagino lo duro que fue para ti y para Anna. —Mark asintió pensativo, la preocupación destellaba en sus ojos, también se veía cansado. Debí ir a casa en lugar de venir conmigo, pero agradecí que decidiera hacerlo—. ¿Has comido? Puedo preparar algo rápido, hago una buena pasta a la carbonara —ofrecí como un intento de disculpa por mi actitud de antes, cuando pensaba que me había ignorado a propósito todo el día.

—Eso suena bien —respondió con una sonrisa ladeada. Se acercó a mí, colocando sus manos a mi cintura, y me atrajo hacia él con un movimiento suave y preciso—, pero antes tengo algo que decirte. —Llevó sus labios sobre los míos y los acarició tiernamente, alternando entre el inferior y el superior un par de veces antes de besarme con frenesí y codicia, como lo hizo antes. Y yo, tan hambrienta de él como él de mí, le devoré la boca y llevé mis manos a sus pectorales, jugando con la idea de quitarle la camisa y palparlo piel con piel, deseando que él también me tocara libremente, sin la barrera de la tela. Lo deseaba, y sabía que él también a mí, lo sentía en cada beso, en cada caricia, en la firme erección envarada contra pelvis...

Alcancé el borde de su camiseta y, con su ayuda, me deshice de ella. Su piel se sentía cálida, suave y sólida a la vez. Fue mi deseo hecho realidad, ese que había estado en mi mente desde aquella vez en el estacionamiento de la clínica, cuando lo vi sin camisa. Y, déjenme decirles, que la realidad superó a la fantasía por mucho. Había olvidado lo que se sentía tocar a un hombre, desearlo y querer con tanta desesperación que tomara posesión de mi cuerpo hasta llevarme el éxtasis.

—¡Oh, Dios! Lo siento, no sabía... Lo siento —balbuceó Claire apareciendo de repente. ¡No me fijé que la puerta seguía abierta! Fue una suerte que nos pillara ella y no alguien más.

—Uhh, tengo que... Vuelvo enseguida —pronuncié nerviosa y salí tras Claire, quien se dio media vuelta tan pronto se dio cuenta de que no estaba sola. No me preocupaba lo que pudo ver, solo quería saber cómo estaba, trataba de hablar con ella cuando me quedé dormida—. Claire espera. —Le pedí cuando la alcancé, estaba a pocos pasos del ascensor.

Ella se detuvo y se me giró para verme con una ceja alzada.

—Mujer, qué haces aquí, vuelve con ese hombre y termina lo que interrumpí, pero asegúrate de cerrar la puerta antes. —Se rio.

—Claire, por Dios. ¿Dónde has estado? Fui a buscarte y no estabas, te llamé y no respondiste.

—Lo siento, salí a caminar y dejé el móvil. No quería preocuparte, estoy bien.

—Y yo siento haberme enojado contigo antes, sabes que te quiero y solo deseo lo mejor para ti.

—Lo sé, yo también te quiero. Te aseguro que estoy bien, ve con Mark *sexy* Pierce. —Movié las cejas y sonrió pícara.

—¡Ay, Claire! No cambias. —Negué con la cabeza—. ¿Seguro estás bien? —La escruté con la mirada buscando alguna señal de convalecencia o malestar, pero se veía en perfecto estado.

—Segurísima, Lau. Hablaremos después de mi desastrosa vida, lo tuyo es más urgente, tan

urgente que casi tienes sexo en el pasillo. —Se burló, disfrutando de lo lindo a mi costa.

—No estábamos en el pasillo —rechisté con voz aguda.

—Técnicamente...

—Lo que digas —espeté girando los ojos y comencé a caminar de regreso a mi apartamento.

—¡No olvides cerrar la puerta!

Le mostré el dedo medio y la escuché reírse ruidosamente.

*Ella siempre tan escandalosa.*

Al llegar a mi apartamento, entré y cerré la puerta detrás de mí. Busqué a Mark con la mirada y lo hallé recostado en el sofá con los ojos cerrados y los labios ligeramente separados. Sus manos estaban sobre su estómago, tenía las piernas extendidas y los pies cruzados, uno sobre el otro, a nivel de sus tobillos. Me acerqué a él lentamente y comprobé que, tal como sospeché, se había quedado dormido. Estaba tan cansado que no pudo esperarme.

*Es lo mejor, iba a cometer un gran error, sumida en el fulgor de la pasión. No pensaba con sensatez. Acostarme con Mark no es algo que deba pasar de este modo, mucho menos cuando apenas lo conozco.*

*¿Cómo pude dejar que esto llegara tan lejos?*

*¿Será producto de las hormonas o es que he perdido el juicio?*

*Además, teníamos que aclarar muchas cosas antes de dar un paso en otra dirección.*

## Capítulo 14

Mordiéndome la esquina del labio, miré a Mark durmiendo plácidamente en mi sofá, su respiración acompasada hacía subir y bajar su pecho, sus labios rosados dejaban escapar pequeñas ráfagas de aliento y su rostro se veía sereno. No podía dejar de mirarlo, Mark era dolorosamente atractivo, un deleite para la vista y un absoluto placer al tacto. Su tentadora piel color crema, con pequeños puntitos claros esparcidos en sus pectorales y abdomen, me invitaban a adorarla con besos, a deleitarme en cada surco y sinuosidad de su tórax.

*¡Madre mía! No será nada fácil mantener mis manos alejadas de él. Pero tengo que poder, tengo que ser fuerte y resistir la tentación hasta que esté segura de a dónde va todo esto.*

Él despertaba en mí sensaciones y emociones inigualables, me hacía perder el juicio con el menor esfuerzo. Solo nos besábamos y yo ya quería arrancarle toda la ropa.

Lo miré con embeleso un rato más y, con mucho pesar, fui a la cocina para preparar la pasta que le prometí, quería que estuviera lista para cuando despertara, si era que lo hacía. Llené una olla con agua y la puse hervir en la estufa, colocándole un poco de sal y aceite de oliva. Alcancé la pasta de la alacena y saqué del refrigerador el resto de los ingredientes para la salsa. Fue una suerte que tuviera provisiones. Lavé la cebolla y la corté en dados pequeños, seguido de los champiñones, que dispuse en láminas finas, y corté el tocino de la misma manera. Cuando el agua hirvió, eché la pasta y esperé hasta que estuviera *al dente*. Ya lista, la escurrí bien y la eché al sartén, previamente calentado, donde minutos antes puse a dorar la cebolla, junto con los champiñones y el tocino. Al final, agregué un poco de nata y dejé cocinar todo para que la salsa espesara un poco.

—Huele delicioso —murmuró Mark detrás de mí con voz ronca, sorprendiéndome. No lo escuché venir.

Volteé a mirarlo y casi hice un puchero al ver que se había puesto la camiseta.

—Hola, dormilón. ¿Descansaste?

—Sí, siento eso. El cansancio me venció, pero ya estoy como nuevo —dijo con un guiño sugerente.

Sentí un tirón en mi pelvis y calor fluyendo en mi piel, el fuego abrasador del deseo dominando mis terminaciones nerviosas. Estaba perdida, dudaba que pudiera rechazarlo si se acercaba a mí con el propósito de continuar lo que dejamos a medias.

Nerviosa, me giré hacia la estufa y apagué el fuego.

—¿Qué te gustaría beber? Tengo vino, té helado, gaseosa y agua con gas. —Le ofrecí, desviando la conversación hacia algo más seguro.

—Tomaría vino, pero no quiero hacerlo si tú no puedes —murmuró detrás de mí, cerca, tan cerca que sentí su aliento tibio en mi nuca, provocando que el calor de mi cuerpo se hiciera más intenso y que mi fuerza de voluntad decayera—. Eres preciosa, Laurel —pronunció con voz ronca y besó mi hombro derecho suavemente, al tiempo que desplazaba su mano por mi costado, hasta

mi cintura, pegándome a él. Escalofríos me recorrieron la piel y un delicioso espasmo se produjo en mi entrepierna cuando sentí su firme erección entre mis glúteos—. No sabes lo mucho que te he pensado, lo mucho que te deseo, mujer —dijo trasladando su mano libre a mi vientre, causando que mi femineidad palpitará deseosa. Quería que me tocara, que sus dedos se escurrieran entre mis pliegues húmedos, que no se detuviera hasta que me hiciera explotar de placer... Y como si me hubiera leído la mente, su mano vagó hasta el borde mi vestido y lo alzó, llevando sus dedos al vértice de mi pelvis.

—Joder, Laurel, estás tan mojada... —susurró con voz gruesa y me rozó los labios con el dedo pulgar, acariciándome el clítoris con un movimiento circular. Se sintió tan bien, tan tan bien, pero iba en contra de lo que me había propuesto.

—Mark, detente —pedí con voz ahogada—. No podemos... esto no... —balbuceé sin poder concluir la oración. Él apartó su mano y se separó de mí respirando forzosamente.

Tomó aire y espiré, requiriendo un momento para poner en orden mis ideas y mis emociones, y cuando finalmente creí estar calmada para hablar, me giré y lo enfrenté, hallando en su mirada preocupación y expectativa.

—Me gustas, Mark. Me gustas muchísimo, pero yo... uh... No quiero que llevemos las cosas más lejos por el momento. Necesitamos dar un paso atrás, conocernos, ir con calma y estar seguros de que esto más que deseo, más que necesidad... —hablé con nerviosismo, no era fácil decirle eso cuando mi ser pedía a gritos que me entregara a él.

—Esto no es un juego para mí, Laurel. Tú no eres una aventura más, jamás lo serías —afirmó seguro—. No estoy aquí porque quiera meterme en tu cama, estoy aquí porque me importas, porque quiero que seas permanente en mi vida...

—No puedes decir eso, es muy pronto para que lo hagas, Mark.

—No, no lo es, porque tú eres la mujer que siempre he estado esperando y no pienso alejarme de ti ahora que te encontré. —Se me acercó y me acunó el rostro con su mano, acariciándome—. Sé lo que siento, Laurel. Estoy seguro de que quiero estar contigo —expresó convencido, y quería creerle, pero seguía teniendo dudas.

—Este, yo... uh, la pasta está lista. ¿Quieres comer? —dije nerviosa y me aparté de él con la intención de ocuparme de la comida, pero Mark me sorprendió con un abrazo de espaldas y una promesa susurrada.

—Voy a demostrarte cuánto me importas, Laurel. Borrará todas tus dudas. —Me dio un beso breve en el costado de la cabeza, liberándome después, y enseguida extrañé la sensación de estar entre sus brazos. Me sorprendió lo rápido que me estaba apegando a él, a su toque, a su cercanía... Me asustaba, pero también me fascinaba—. El té estará bien —dijo después, y no logré entender sus palabras, me había dejado tan aturdida que apenas lograba estar de pie.

—¿Ah? —pregunté distraída, mirándolo por encima de mi hombro.

—Té helado con la cena.

—Umm... Toma vino si quieres, no voy a hacer un berrinche porque no pueda beber lo mismo.

—Me quedo con el té, quiero apoyarte durante la abstinencia.

—Es curioso que digas eso, porque muerdo por una buena copa de *Pinot*. Tomaba una cada noche, me ayudaba a relajarme.

—Conozco un método de relajación mucho más efectivo que el vino. Puedo enseñarte, soy un excelente maestro.

*Umm, ya lo imagino. Tuve una pequeña probada de su "método" hace unos minutos.*

—¿Quieres enseñarme? —Solté una carcajada. Jugaría con él—. Llegas tarde, maestro Pierce,

yo también conozco distintos métodos de relajación y, créame, quizás sea yo quien le enseñe a usted.

—En ese caso, estoy ansioso porque compartamos nuestros conocimientos. Tal vez aprendamos el uno del otro. —Lo dijo serio, mirándome con lujuria, y se me hizo fácil fantasear con la idea de los desnudos entregándonos a la pasión y al deseo que sentíamos.

*Si no lo hubiera detenido antes...*

Intentando alejar aquellos pensamientos de mi mente, me ocupé de servir una porción pasta en dos platos, uno para él y otro para mí.

—Espero te guste, no soy tan buena en la cocina como tu mamá. —Empujé el plato sobre la encimera sin hacer contacto visual con él. La imagen de Mark sobre mí, desnudo, persistía aún en mi mente, por mucho que intentara pensar en otra cosa, y temía que mis ojos me delatasen.

—Gracias, preciosa —pronunció en un tono dulce que hizo saltar mi corazón. Estaba encantada con su compañía, no había cocinado para dos en mucho tiempo, y mucho menos había compartido una cena con un hombre que realmente me interesara.

—No es nada.

—Para mí sí, solo obtengo comida casera cuando mamá recobra la lucidez y no es algo que suceda con frecuencia. —Percibí tanta nostalgia en su voz que me provocó abrazarlo, pero no me atreví a hacerlo, solo me limité a expresar un sincero *lo siento*. Sabía que era difícil para él ver a su madre consumida por el *Alzheimer*—. No lo dije para que te entristecieras, solo intento darte una idea de lo mucho que valoro que hicieras esto por mí.

—Uh, bueno, lo hice con mucho gusto. —Le mostré una sonrisa amable y luego fui al refrigerador por un par de botellas de *Lipton*. Alcancé dos vasos de vidrio en la alacena, les puse hielo, serví las bebidas y le di el suyo a Mark. Me giré para tomar mi plato y mi bebida y, al volverme, vi a Mark caminando hacia el comedor.

—Pensé que sería mejor comer aquí, pero puedo regresar si no quieres.

—No, está bien, no suelo usar mucho esa área. —*No tenía con quién*, pensé para mis adentros. Era bonito tener a alguien.

Me uní a él en la mesa, ubicada cerca de los grandes ventanales que daban a la avenida. Las cortinas estaban abiertas, de modo que podíamos ver el cielo nocturno y las pequeñas luces de los edificios cercanos centellando.

—Bien, es hora de ver qué tan buena cocinera eres. —Me guiñó un ojo de esa forma seductora tan suya y alcanzó el tenedor. Lo miré atenta mientras tomaba una pequeña cantidad y se la llevaba a la boca, saboreándola lentamente—. Umm, está realmente buena —dijo con un gesto de incredulidad.

—Oye, no parezcas tan sorprendido —bromeé alzando una ceja.

—Pues lo estoy, aparte de mi madre y mi hermana, nadie más había cocinado para mí. Suelo comer cualquier cosa que se pueda calentar en el microondas o pido *delivery*.

—Odio la comida de microondas. Cocinar no es tan difícil, deberías intentarlo alguna vez.

—Oh, lo hice, y tuve que usar el extintor de incendios.

—Dios mío. —Me reí imaginándolo—. Sabes, podría darte algunas clases de cocina.

—Me apunto. ¿Cuándo comenzamos? —Sonrió complacido, había abierto una puerta para que pasara más tiempo conmigo.

—Puede ser el sábado, si no tienes algo más que hacer. —*El día de mi cita con Alessandro*.

—El sábado es perfecto. —Sus ojos estaban en mí, me miraba de una forma tan intensa que mi corazón se descontroló. Estaba cayendo profundo por Mark y, siendo honesta, ya no quería hacer

nada para impedirlo—. Eres preciosa, Laurel. Llamaste mi atención desde la primera vez que te vi. Estar aquí sentado delante de ti, en tu casa, me parece una fantasía. —Extendió su brazo y tomó mi mano—. Pero eres real, no estoy soñando —susurró acariciando mi mano con sus dedos—. Háblame de ti, Laurel, quiero conocerte, quiero saber todo lo que para ti es importante. —Había emoción en sus ojos y, de alguna forma, me halagó. Nunca nadie había mostrado tanto interés en mí. Y aunque no creía que mi historia de vida fuera asombrosa ni interesante, me animé a darle un rápido resumen.

—Nací y creí en Kentucky. Mi madre falleció cuando cumplí siete y mi padre no es un tema para esta noche. —Mark asintió comprensivo—. Me mudé aquí cuando tenía dieciséis y entré a la Universidad de Chicago, donde conocí a Claire, la chica que viste huyendo antes. Ella es mi mejor amiga. Me gradué en leyes y luego hice una maestría en justicia penal. Inicié en Wright, Hall & Asociados como pasante y escalé hasta llegar a ser socia *senior*, con mucho esfuerzo y trabajo duro. Sabes lo difícil que es para una mujer destacar en este mundo.

—Sí, no es un camino fácil.

—Creo que eso cubre lo principal. ¿Qué más quieres saber?

Mark tragó saliva y, con cierta duda en su mirada, formuló una pregunta.

—¿Por qué optaste por la inseminación? —Alcé las cejas. Su pregunta era válida, sabía que en algún momento querría saber, pero me tomó desprevenida—. No tienes que decirme si no quieres —convino, interpretando mi expresión mejor de lo que hubiera imaginado.

—No es que no quiera, es que yo... no sé... —murmuré indecisa. Si se lo contaba, habría más preguntas incómodas que no estaba preparada para contestar.

—Está bien, cuéntame algo más, cualquier cosa que me ayude a conocerte.

—Ummm, pues... Soy odiosamente organizada, adoro el orden, si vieras mi armario lo entenderías fácilmente. ¿A ver, qué más...? —Me toqué la barbilla, pensativa—. Música... disfruto de distintos géneros. Puedo escuchar a Céline Dion y Adele, como también a Rihanna, Bruno Mars, Adam Levine o Ed Sheeran. Todo depende de mi ánimo. Amo los *filmes* clásicos. No me considero una cinéfila, pero sí veo muchas películas, casi siempre, aquí en casa. Prefiero la tranquilidad y privacidad de mi hogar que ir a una sala repleta con interrupciones y murmullos. —Mark asintió estando de acuerdo—. Cuéntame de ti ahora.

—No, sigue, sigue, quiero escuchar más. Ya hablaremos de mí después.

—Eso es trampa. —Me crucé de brazos—. Vamos, dame algo y seguiré hablando.

—Está bien. —Me mostró un guiño de lo más encantador y me derretí como la mantequilla sobre pan recién horneado—. Soy un fiel amante del *rock*, *heavy metal*, *pop-rock*, también me apasiona el *jazz* y el *soul*. Mi padre me enseñó a amar la música desde niño. —Noté nostalgia en su mirada, pero él no dejó que se asentara y siguió adelante—. Formé parte de una banda de *rock* a los dieciséis, era el guitarrista. Usaba el cabello largo, ropa raída y hasta me hice algunos tatuajes. —Sonrió recordándolo.

—¿Sí? No me lo creo. Mark Pierce, una estrella de *rock* —dije encantada, nadie sospecharía que el honorable Juez Pierce alguna vez fue el guitarrista de una banda de *rock*.

—Pude serlo, pero me fui antes de que la fama nos alcanzara. No era algo que quería hacer de forma permanente, mi sueño era ser abogado, así que dejé la banda y me dediqué a estudiar. Con el tiempo, la banda se disolvió y no supe más de los chicos —dijo con un dejo de tristeza.

—Bueno, estamos en la era de las redes sociales, podrías encontrarlos y revivir los viejos tiempos ¿no crees?

—Sí, podría hacer eso —sonrió—. Aún tengo mi guitarra, puedo darte un concierto privado

cualquier noche de estas.

*Yo encantada.*

Era obvio que quería verlo tocar, mi mente había estado imaginándolo sobre un escenario con la guitarra en la mano, luciendo como el sueño húmedo de un montón de chicas, yo incluida.

—Parece justo, yo te enseño a cocinar, tú me das conciertos gratis.

—Acepto —dijo con una de sus embriagadoras sonrisas. Juro que cada vez que sonreía, me robaba trocitos del corazón. Mientras siguiera pasando tiempo con él, terminaría amándolo—. Es un placer hacer tratos con usted, señorita Moore —habló con voz gutural y me miró con lascivia, causando que cada parte erógena de mi cuerpo se calentara.

Estaba arrepentida de haberlo detenido antes, hubiéramos estado en mi cama, desnudos, disfrutando el uno del otro, pero tuve que abrir mi boca y arruinar el momento.

—Igual para mí, señor Juez —pronuncié con la garganta seca y el pulso acelerado. Seguía pensando en nosotros y en lo que pudo estar pasando si no hubiera estado tan asustada como para dejar que Mark siguiera adelante. Pero él no parecía estar cerca de hacer ningún movimiento hacia mí, limitado por la línea que establecí antes, y debía ser yo quien la cruzara.

—Hablando de tratos..., hicimos uno hace un momento, es tu turno ahora.

—Una pregunta más y tomo mi turno, ¿sí? —Mark asintió con gesto pensativo, debía estarse preguntando qué quería saber.

—¿Aún conservas los tatuajes? —Tuve curiosidad desde el momento que lo mencionó, quería saber —y ver— en qué parte de su cuerpo se los hizo y cuál fue el motivo para hacérselos, esperaba que ninguno fuera por una mujer.

—Sí —respondió rápidamente—. Me hice el primero unos meses después de iniciar en la banda. Es este. —Se inclinó en el suelo, descubrió su tobillo y me mostró el tatuaje—. Es el apellido de mi padre en japonés.

—Qué dulce. —Sonreí, sabía lo importante que era la familia para él.

—El segundo fue este. —Se levantó del asiento y se quitó la camisa. ¡Oh, sí! Mi plan había funcionado, tenía la esperanza de que se animara a mostrármelo y que tuviera que desnudarse para tal fin. *¡Qué mente perversa la mía!* Mark no tenía un abdomen perfectamente cincelado, pero sí lo suficientemente marcado como para impresionar. —, Justo aquí —indicó de espaldas. El tatuaje se encontraba en su omóplato derecho, era una guitarra con notas musicales fluyendo de las cuerdas y el nombre de la banda escrito debajo: *Scorpions Black*.

—Me gusta —hablé con un hilo en mi voz, verlo desnudo de la cintura para arriba me había llevado a recordar cuando nos besábamos.

—Y este último, me lo hice cuando vencí el cáncer, es el símbolo vikingo de la fuerza —explicó girándose hacia mí y bajando un poco la pretina del jeans para que pudiera verlo, estaba justo en el hueso de su cadera, en el lado derecho—. Me recuerda que toda lucha requiere de valor y fortaleza, que el miedo es permitido, pero que rendirse no es una opción.

—Fuiste muy valiente —dije con admiración, el cáncer es una enfermedad difícil de superar en algunos casos, muchas personas no logran salvarse, pero Mark fue bendecido y sobrevivió.

—No me sentía valiente en aquel momento —murmuró tragando saliva.

—Para nadie es fácil enfrentar una enfermedad como esa, Mark, lo importante es que no te rendiste, luchaste y venciste esa horrible enfermedad.

—Sí —asintió frunciendo los labios.

—Tengo otra pregunta.

—Está bien.

—¿Qué pasó con Deborah? Vi que te pusiste nervioso cuando tu madre la mencionó.

—Sí, no me gusta hablar de ella. Pero es justo que te lo cuente. —Tragó saliva y luego *habló*. —. Cuando fui diagnosticado con cáncer, Deborah era mi pareja y el médico recomendó almacenar algunas muestras de mi semen, ya que el tratamiento de quimioterapia podía afectar mi capacidad de reproducción en el futuro. Decidí hacerlo, porque aunque todavía no teníamos planeado tener hijos, sí quería intentarlo más adelante. Inicié el tratamiento unos meses después. Deborah estuvo conmigo en las primeras semanas, cuando las quimioterapias iniciaron. Me apoyé en ella confiando en que tenía su amor, pero Deborah no me amaba, me dejó después de saber que la cirugía para extirpar el tumor podría afectar mi función sexual, algo que no pasó. La cirugía fue un éxito, al igual que el tratamiento. Estoy en remisión completa, pero al menos dos veces al año me hago pruebas y análisis para estar seguro. Más tarde, supe que ella estuvo engañándome con su instructor de yoga y eso terminó de romperme el corazón. Perder a Deborah fue un duro golpe para mi corazón, hasta pensé en rendirme y dejar que el cáncer me consumiera, pero el amor de mi madre y de Anna me hizo recapacitar y seguí luchando.

»Su traición endureció mi corazón, me hizo un hombre amargado, y recurrí de nuevo al sexo casual. Pero no era feliz, me sentía vacío y desmotivado. Iba al bar, bebía y volvía a casa, solo. No porque no hubiera ninguna mujer dispuesta a irse conmigo, sino porque ya no me interesaba invitar a nadie. Fue así hasta que te vi esa mañana entrando al tribunal. Me impactaste, Laurel, y no tienes idea de la conmoción que le causó a mi vida saber que dentro de ti se estaba formando un hijo mío, nuestro. El milagro que hoy nos ha unido de por vida. —Le brillaban los ojos, estaba emocionado con la idea de tener un hijo, pero debía decirle lo que pensaba antes de que sus ilusiones se hicieran más profundas.

—Mark... ¿No has considerado que el bebé no sea tuyo? No podemos estar seguros de que esa chica haya hecho lo que dijo, las pruebas que envió la clínica no prueban que tú seas el progenitor.

—Sí, lo he hecho, pero no hace falta que lleve mi ADN para que sea su padre. Será mío porque lo criaré yo —respondió con tanta certeza que no lo puse en duda.

Fue la cosa más dulce que pudo haber dicho. Juro que en ese momento me robó un gran trozo del corazón.

—Está bien. —La sonrisa no me cabía en la cara. Sentí que había dejado caer un gran peso al aclarar el asunto de la paternidad con él. También haber escuchado su historia con Deborah. Esa mujer no lo merecía.

Cuando terminamos de comer, Mark levantó la mesa y caminó con total confianza a la cocina. Lo seguí y me senté tras el mostrador mientras él se encargaba de lavar los platos y demás utensilios de cocina que utilicé para hacer la pasta. Me mordí el labio mirándolo, mis ojos fijos en trasero, fantaseando con la idea de apretarlo con mis manos, cuando él preguntó—. ¿Quieres niño o niña?

Me aclaré la garganta antes de responder, la fantasía se estaba haciendo muy vívida.

—No tengo preferencia, lo amaré sea niña o niño —contesté sin tener que pensarlo. Cuando decidí hacerme la inseminación, solo quería ser mamá, sin importar su género.

—Yo quiero ambos. Si es un niño, podemos intentar tener una niña más adelante. Anna dice que se puede planificar —explicó, como si fuera algo natural hablar de tener más hijos conmigo. ¡Quién iba a decirlo! Hacía varias semanas, fui a realizarme una inseminación decidida a tener y criar a mi hijo sola, sin saber que Mark se presentaría delante de mí y cambiaría mis planes de maneras que jamás sospeché—. ¿Y quieres saber el sexo antes del nacimiento? Porque sé que



muchas parejas deciden que sea sorpresa —preguntó mirándome por encima del hombro.

—Sí, me moriría de la ansiedad si tuviera que esperar hasta su nacimiento. ¿Cómo sabría qué ropa comprar y de qué manera decorar su habitación?

—Sí, es verdad. Anna me dijo que podríamos saberlo a partir de la semana dieciocho.

—Sí, eso leí —murmuré pensativa, era momento de decirle que había elegido a la suplente de Anna, aunque no tenía idea de cómo lo tomaría. Se trataba de su hermana, la quería, y era posible que no estuviera de acuerdo con mi decisión. Esperaba que nuestra conversación no terminara convirtiéndose en una gran discusión—. Mark... —Lo llamé y él me miró con una sonrisa juguetona en sus *sexys* labios. Recordé lo bien que se sentían sus labios sobre los míos y el deseo se apoderó de mis sentidos, nublando momentáneamente mi mente—. La doctora Silverstone está controlando mi embarazo. Mi primera consulta con ella fue hace varias semanas. Dijo que todo iba muy bien, tengo fotos del bebé y un video de la ecografía que luego te mostraré.

—Me alegra escuchar que todo va bien —sonrió sin que el gesto llegara a sus ojos—. ¿Podrías considerar controlar el embarazo con Anna? —Me miró expectante, y aunque deseaba decirle que sí, no era algo en lo que podía complacerlo. Anna me defraudó y ya no confiaba en ella. Parecía una cosa simple de decir, pero no lo era. Él la amaba, era su hermana, y para ningún hermano debía ser fácil escuchar lo que tenía para decirle.

—Que estemos juntos ahora no cambia lo que hizo Anna. Ya no confío en ella, no después de lo que pasó en aquella reunión. Si tan solo me hubiera citado a solas, todo sería diferente. —Fruncí los labios recordando ese momento. Nunca estuve tan asustada que entonces.

—Lo sé, hizo mal en no decírtelo, y está arrepentida de no haberlo hecho. Pero sabes que Anna no es una mala persona, solo actuó conforme le aconsejó el imbécil del abogado, quien solo quería proteger los intereses de la clínica, no los de ella —dijo con un rencor que no me era ajeno.

—No digo que Anna sea una mala persona, pero como te dije, ya no me fío de ella y necesito poder creer en la persona que me ayudará a traer al mundo a nuestro hijo —enfaticé notando el cambio instantáneo en la expresión de Mark.

—Está bien —aceptó con el ceño fruncido y se volvió al lavaplatos, dándome la espalda—, envíame la dirección y estaré ahí.

—Lamento que esto esté pasando, Mark, créeme —murmuré con un nudo anclado en mi garganta, apenas me salió la voz, estaba luchando fuerte por no llorar.

—No tienes que convencerme —suscitó con desánimo—, solo desearía que no tuvieras motivos para desconfiar de ella.

—Yo también —pronuncié con dificultad, perdiendo la batalla en contra de las lágrimas, estaban fluyendo como cascada en mi rostro.

—Joder, soy un completo idiota —rechistó Mark viniendo hacia mí y acunando mi rostro con cuidado, sus dedos secando mis lágrimas—. Por favor, deja de llorar.

—No... no puedo —balbuceé hipando. No quería llorar, odiaba llorar, pero no encontraba la forma de detenerme, y ni siquiera sabía por qué estaba llorando.

—Shhh, estaremos bien, lo vamos a solucionar —susurró abrazándome, sus manos acariciando suavemente mi espalda, el palpito fuerte de su corazón sintiéndose en mi pecho. No tenía idea de lo mucho que necesitaba de su cercanía hasta que me tuvo entre sus brazos. Era la primera vez que encontraba refugio bajo el cobijo de un hombre, nunca creí requerirlo, toda mi vida me había sentido lo suficientemente fuerte e independiente como para hacerlo sola, pero todo estaba cambiando, mi vida era muy distinta ahora—. Todo lo que quiero es ser parte de tu felicidad,

nunca causarte dolor ni tristeza.

—No lo hiciste —musité con la cara escondida en su pecho, apenada de llorar sobre él como una pequeña niña indefensa—, debo estar siendo dominada por las hormonas o algo así.

—Puede que las hormonas tengan algo que ver, pero mi actitud tampoco ayudó. —No tuvo problema en admitir su error y no se lo discutí—. Ven, déjame ver esos bonitos ojos tuyos —pidió con afecto. Saqué la cara de mi escondite y él me secó las lágrimas, mirándome con una disculpa en sus ojos—. Seré honesto, me duele lo que sientes por Anna, pero lo entiendo y estoy de acuerdo con que asistas con la doctora Silverstone.

—¿Lo haces? —inquirí con reserva, quizás solo lo dijo porque rompí a llorar. Para entonces, ya no estábamos abrazados.

—Sí, lo pensé mejor y creo que es lo más sensato, tomando en cuenta el vínculo familiar que tiene Anna con nuestro hijo —explicó, hallando una forma civilizada de justificar mi decisión, sin que implicara una acusación hacia su hermana.

—Bien, llamaré mañana para confirmar la cita, me muero de ganas de ver al bebé.

—Perfecto. —Me mostró una de sus embriagadoras sonrisas y volvió a acercarse, sujetando mis caderas y atrayéndome hacia él en un movimiento suave—. Sabes, hay otra pregunta que me gustaría hacerte —susurró en mi oído, su voz grave, cargada de erotismo—. Laurel, ¿acceptarías ser mi novia?

—Sí, sí quiero —acepté sin pensármelo mucho. Seguiría el consejo de Molly, me arriesgaría. Perdía más si no lo intentaba.

Mark me acarició el rostro y juntó nuestros labios en un beso cálido, amable, nada presuntuoso, nada provocativo, simplemente perfecto...

—Ahora estoy completo, tú y nuestro hijo son todo lo que alguna vez soñé. —Me abrazó y besó el costado de la cabeza, manteniéndome entre sus brazos por mucho tiempo, el suficiente como para asegurarse de que estaba sucediendo realmente. Y mientras él me sujetaba con tanto afecto, yo trataba de pensar en qué decirle que fuera igual de significativo, pero no encontré palabras, todo aquello era nuevo para mí, el romance, la dulzura... nunca tuve algo así con nadie. No dije nada, solo lo abracé y respiré el aroma que exudaba su cuerpo, grabando su olor y aquel momento en un lugar especial de mi corazón—. Me encantaría quedarme aquí contigo —explicó suspirando—, pero debo ir mañana temprano al hospital.

*No te vayas*, quise decirle, pero no era una invitación que debía hacer todavía, era consciente de ello, pero mi razón comenzó a perder el sentido cuando volvió a besarme con pasión, devorando mis labios como un delicioso postre que te detienes a saborear. Probó cada rincón de mi boca con apetito, como si fuera la cosa más dulce que hubiera degustado alguna vez. Y mientras me besaba con poderío y avidez, no dejaba de dilucidar el placer que me llevaría a sentir cuando su boca estuviera perdida entre mis piernas.

—Tengo que irme ahora —murmuró con voz ronca, terminando el beso tan repentinamente como lo inició. Y quise golpearlo. ¿Para qué besarme así y luego parar?, ¿era algún tipo de venganza cruel por haberlo detenido antes?—. No encontraría manera de apartarme de ti si no me detengo ahora —explicó como si hubiera escuchado mis pensamientos, dándome un último beso, esta vez en la mejilla. Me soltó lentamente, dejándome una inmensa sensación de pérdida cuando se alejó—. Ya te extraño —dijo junto a la puerta.

—Yo también —respondí con el pulso acelerado y unas ganas inmensas de aferrarme a él e impedir que se fuera. Esperaba que se quedara, pero mis ilusiones se disolvieron cuando la puerta se cerró tras prometer que volvería al día siguiente.



## Capítulo 15

—Dime que tuvieron sexo caliente todo ese tiempo —preguntó Claire con una sonrisa maliciosa mientras se paseaba por la sala mirando todo como si buscara algún indicio. Vino a mi apartamento cuando le escribí que ya Mark se había ido. Sus heridas ya habían comenzado a sanar y la inflamación en su cara era menor.

—No —giré los ojos.

—¿En serio? ¿Nada de nada? —Me miró con asombro y se dejó caer en el sillón—. Mierda. ¿Fue culpa mía?, ¿enfrié las cosas para ustedes cuando aparecí?

Me senté en el sofá, frente a ella, donde Mark se había quedado dormido. Su olor quedó impregnado en la tela y sentí electricidad entre mis piernas.

*Tan fácil, tan necesitada...*

—No. Bueno, puede que sí, pero evitaste que hiciera algo que aún no debía.

—¡Ahhh! Ahora lo entiendo todo. Tú lo echaste a perder. Te he dicho que no analices todas tus acciones, Lau. Él te gusta, tú le gustas, ¿qué tiene de malo hacer lo que les provoque? No es como si tuvieras que preocuparte por quedar embarazada —bromeó riéndose.

—Precisamente por eso no quiero apresurar las cosas. ¿Y que si me quiere solo por el bebé? Necesito saberlo antes de llevar las cosas más lejos. Mark no es cualquier hombre al azar, es el padre de mi hijo.

—¿En verdad piensas eso? Dios, Laurel. ¿No notaste cómo te mira? Ese hombre se muere por ti, sabes que soy una experta en esto. Y bueno, el bebé suma más puntos a tu favor, él parece un hombre de familia.

—Sí —confirmé recordando la cena en casa de su madre.

—Entonces date una oportunidad, si algo sale mal, no serán los primeros criando un niño sin ser pareja.

—No es lo que quiero para mi bebé, por eso opté por la inseminación, sin padre, no tendría que preocuparme por una relación que podría o no funcionar, solo seríamos él y yo.

—¿Dices que preferirías que Mark no estuviera en el mapa? —inquirió sin reproche, era simple curiosidad, y no tuve que pensarlo para responder. Era algo que había estado en mi mente durante un tiempo.

—No, lo que digo es que quiero que en verdad funcione, odiaría tener que criar a nuestro hijo teniendo el corazón roto por Mark —revelé con un nudo en el estómago. Había aceptado llamarlo nuestro hijo, sin importar si llevaba o no su ADN. Él estaba dispuesto a criarlo como suyo aún si no lo fuera.

—¿Lo amas?

—No, pero tengo fuertes sentimientos por él que han ido aumentando cada día, y hay una gran posibilidad de que todo esto que me hace sentir me lleve a enamorarme de él.

—Bueno, no gana el que no arriesga, Lau.

—Ya he tomado el riesgo, le dije sí cuando me pidió ser su novia. —Sonó tan cursi como fue, pero no estaba cerca de sentirme apenada por ello, al contrario, estaba completamente encantada.

—¡Ainss! Es un romántico, Lau. Tiene el paquete completo.

—Sí, eso parece —murmuré con reserva, seguía siendo un poco escéptica, no quería poner todas mis esperanzas en alguien, así evitaba la decepción.

—Créelo, Laurel, o no va a funcionar. Ya diste un paso de fe, no retrocedas ahora.

—Quiero creer, pero tengo tanto miedo que mis pensamientos van de un lugar a otro.

—Entonces no pienses, solo siente.

—¿Es lo que haces tú? —La miré con una ceja en alto. Ella asintió—. Ahora tiene más sentido que sigas dando vueltas en círculos con Kevin.

—Ya no más —Me sorprendió al decir.

—¿No?

—No, y esta vez es verdad, terminé con él para siempre, quiero un nuevo comienzo, pensar en mí sobre cualquiera —dijo más decidida de lo que alguna vez la vi.

—Me alegra escuchar eso, Claire. Muchísimo.

—Lo sé. Y gracias, Lau. Has sido la voz de mi razón cuando no he tenido una. Lamento no haber prestado más atención. —Me miró con una disculpa en sus ojos.

—Me sentí frustrada tantas veces... —suspiré.

—Lo sé —hizo un mohín.

—¿Estás bien?

—Sí, ya él había roto mi corazón una vez, no fui tan estúpida como para dejar que lo hiciera de nuevo. Yo rompí el suyo esta vez, y no porque buscara venganza...

—¿Cómo es eso?

—Fui honesta, él no estaba listo para escucharlo.

—¿Qué le dijiste?

—Que no lo necesito, que nunca hice, que puedo hacerme cargo por mí misma y sentirme mucho mejor que con él.

—Oh, chica. Heriste su ego masculino. —Me reí imaginando la cara de Kevin.

—Créeme, no mentí. Él no me dio muchos más orgasmos que Max.

—No comiences —rechisté girando los ojos. Ella tenía una fijación muy seria con su vibrador.

Claire se rio y me llamó mojígata, burlándose de mí como siempre que sacaba temas de sexo. Decidí ignorarla, era mejor que intentar explicarle que no me gustaba dar detalles de mi vida sexual. Eso no me hacía mojígata, solo reservada.

En eso, la pantalla de mi móvil se encendió y la burbuja del *WhatsApp* apareció mostrando un mensaje de Mark.

**«Encontré mi teléfono en el auto. Estoy en casa extrañándote. No veo la hora de verte de nuevo. Buenas noches, preciosa. Qué descanses».**

Sonreí mientras leí y el gesto permaneció en mi cara mientras respondía.

—¿Es él? —preguntó Claire, emocionada.

Asentí escribiendo.

*«También te extraño. Descansa, espero mañana despiertes con buenas noticias».*

**«Ansío despertar a tu lado».**

*Yo también, pensé, pero no me atreví a escribirlo, era como hacerle una invitación a entrar a mi cama.*

*¿Y qué?, reprochó una voz en mi mente, lo quieres en tu cama, no te hagas la tonta.*

«**No digo que sea mañana, cuando estés lista**» escribió al pasar un minuto y mi cara se puso pálida.

*Dios... ¿qué clase de tonta va a pensar que soy?*

—¿Qué pasa? —cuestionó Claire notando mi cambio de expresión.

—Lee. —Le pasé el móvil.

—No va a huir, si eso te preocupa —aseguró regresándome mi *Smartphone*.

—¿Tú crees?

—Estoy segura, pero si lo hace, entonces no te merecía.

—¿Cuándo te hiciste tan sabia?

—Equivocándome demasiadas veces. —Frunció los labios—. Pero no hablemos más de mí, enfoquémonos en ti. Vas a decirle cómo te sientes y él va a estar de acuerdo con darte todo el tiempo que necesites.

—Se lo dije, por eso su segundo mensaje.

—Bien, entonces deja de preocuparte. Lo mejor que puedes hacer es meterte en la cama y jugar un poco con él en mente, eso te relajará lo suficiente para que liberes estrés.

—¡Claire! —Le reñí abriendo mucho los ojos.

—No seas tonta, Lau. Nos conocemos lo suficiente para hablar de esto, no deberías escandalizarte. —Puso los ojos en blanco—. Has lo que te digo y verás lo bien que funciona. —Se levantó y caminó hacia la puerta—. Buenos orgasmos, Lau. —Me mostró un guiño y cerró la puerta al salir. Y tan pronto estuve sola con mis pensamientos, tomé una decisión que respondía más a mis instintos que a mi razón.

*«Puedes quedarte a pasar la noche cuando quieras».* Le di enviar, con el corazón latiendo en mis sienes, y me senté literalmente al borde del sofá cuando las palabras escribiendo aparecieron en la pantalla.

«**Las horas no pasarán lo suficientemente rápido hasta entonces**».

Apenas me dio tiempo de leer el mensaje cuando entró una llamada suya. No sabía si podía hablar con él, era muy distinto escribir textos a oír su voz mientras teníamos una conversación como esa. Pero no era como si tuviera opción, él sabía que estaba despierta.

—Hola —contesté con un revuelo en mi estómago.

—Hola. Pensé que podía esperar hasta mañana para oír tu voz, pero no he podido sacarte de mi mente ni un segundo —pronunció con voz ronca y luego dijo algo que me hizo alucinar—. Estoy tumbado en mi cama con una dolorosa erección que tiene tu nombre. —*Él estaba proponiéndome tener sexo telefónico. No necesité que me lo pidiera para saberlo. ¿Qué se suponía que tenía que decir?*—. Lo siento, fui demasiado lejos. Yo solo...

—No, está bien. Quiero intentarlo. —El corazón me latía arduamente y me sentí un poco mareada. Nunca hice nada parecido, pero quería hacerlo.

—¿Dónde estás ahora? —Su voz se escuchó más grave, más varonil, y me resultó excitante.

—Sentada en el sofá, donde estuviste durmiendo. —Mi corazón retumbaba más fuerte, expectante de lo que sucedería a partir de ese momento.

—Quítate las bragas y acuéstate en el sofá —pidió con voz gutural. Y electricidad recorrió mis poros, deteniéndose raudamente en el vértice de mis muslos.

Puse mi móvil en el altavoz y lo dejé sobre la mesita. Me levanté, me quité las bragas y me acosté en el sofá, con el pulso acelerado y la garganta seca.

*Un trago de vino me vendría bien este momento.*

—Ya estoy acostada —pronuncié con un hilo en mi voz, mi respiración haciéndose más

pesada, mi corazón latiendo más fuerte...

—Alza tu vestido y separa tus piernas —susurró en el tono más seductor e indecoroso que había escuchado alguna vez, excitándose tan mal que estaba ansiosa por comenzar a tocarme—. Laurel ¿sigues conmigo?

—Sí, sí —dije sin aliento.

—Bien, amor. Quiero escucharte mientras lo haces, dímelo todo, habla conmigo.

—Okey, okey —suscitó nerviosamente—. Doblo lentamente mis piernas y me apoyo en mis talones. Alcanzo el dobladillo de mi vestido y lo elevo a través de mis muslos, enrollándolo hasta la cintura —relaté con cierta vacilación y mucha vergüenza, temiendo que no estuviera siendo lo que él esperaba.

Claire tenía razón, era una mojigata. Cualquiera hubiera pensado que nunca había tenido sexo.

—Perfecto, nena. Lo haces muy bien —alentó, su voz cada vez más ronca, evidenciando su excitación—. Ahora lleva tu mano a tu entrada, tócate los labios suavemente. Separa tus pliegues con tus dedos, siente la textura de tus labios internos, la suave viscosidad en tus yemas brotando de tu interior. —Me toqué tal como él dijo, con su sexy y atractiva voz derrumbado los cimientos de mis inhibiciones, y me escuché jadear cuando sentí lo empapada que estaba por él—. Eso es, nena. Sigue tocándote, hazlo pensando que son mis dedos acariciándote, dándote placer... —Me incitó y acaté su instrucción al pie de la letra—. Tengo mi mano envuelta en mi miembro ahora, imagino tu suave y pequeña mano sujetándolo, subiendo y bajando hasta la empuñadura, masajeando mi glándula con la otra mano con movimientos suaves y cortos.

»Estoy tan jodidamente duro, Laurel, y todo es por ti, por esos delirantes jadeos que escucho mientras te tocas. Recuerdo tu olor, recuerdo lo mojada que estabas cuando te acaricié, y me pongo más duro. —Su voz era cada vez más profunda—. Te toco el clítoris y sofocas un grito. Tú amasas mis pelotas y gruño. Vuelvo a rozar la hinchada carne entre tus labios, froto con el pulgar y el índice con un movimiento constante y rítmico, tu espalda arqueándose por el placer que es cada vez más sólido y deliciosamente insoportable. Tú sigues masajeando mi polla, el líquido preseminal derramándose cálidamente, tu lengua lamiendo cada gota, tu boca envolviendo mi virilidad como un suave y tibio guante. Yo me bebo tu esencia, saboreándolo como el más exquisito de los dulces, pasando mi lengua por tus tiernos pliegues y colisionando en el pequeño y poderoso bulto que te hace gritar de éxtasis cuando lo succiono. Nos devoramos el uno al otro, desinhibidos, hambrientos...

—Mark —canturreé con dos dedos embistiendo con rápidos movimientos mi sexo y el pulgar rozándome el clítoris, la oleada del orgasmo construyéndose ávidamente...

—Espérame, nena. Solo un poco —pronunció forzosamente, sabiendo de alguna forma que estaba por dejarme ir.

—No sé. Si. Pueda —susurré jadeante, cerca del inicio del final.

—Ahora, Laurel, córrete conmigo —concedió con un aullido áspero que me envió directo a la cúspide, elevándose como un globo lleno de helio que me llevó a tocar las nubes. Su nombre presente en mi boca, sin vergüenza, entregada al éxtasis del orgasmo que me había llevado a alcanzar, porque nunca me corrí tan fuerte como entonces. Y él dijo el mío, solemne, dándome un mérito innecesario, porque apenas había abierto la boca. Cuando los espasmos se fueron debilitando, comencé a descender, suave como una pluma, desplomándome contra el mullido sofá que ahora olía a su perfume y a mi esencia.

—Eso fue nuevo —dijo tras un silencio en el que solo se escuchaban nuestras respiraciones entrecortadas.

—¿Fue tu primera vez también? —pregunté sin poder creerlo. Habló con tanta naturalidad y dominio que pensé que lo había hecho otras veces.

—Sí, y ha sido una gran revelación. Saber que te tocabas mientras yo te hablaba, escuchar tus jadeos roncós y tus dulces quejidos, me puso cerca del borde más de una vez —desveló con voz grave, la voz que me enloqueció con cada palabra que pronunciaba.

—Lo disfrute también —murmuré mordiéndome la esquina del labio, regresando en mi mente a aquel dulce momento en el que todo se centraba en el placer.

Me levanté y recompuse mi vestido, esperando terminar nuestra llamada para ir a asearme.

—Estoy fascinado con saber que fui tu primero en esto, amor. Espero ir descubriendo que hay más de ti que nadie ha tenido nunca.

—Llevo a tu hijo dentro de mí, eso es más de lo que cualquiera alguna vez tuvo.

—Es verdad, pero no hablo de eso.

—Uh, ya. Te refieres a marcar el territorio como un macho alfa. No sabía que eras sí.

—No lo soy. O no lo era. Nunca quise reclamar a ninguna mujer como mía hasta que te conocí. Jamás, Laurel.

—Eso suena bastante neandertal. —Me reí.

—Sí, lo sé. No pretendo ser tu dueño, lo que realmente deseo es compartir mi vida contigo.

*Oh, eso es de lo más dulce que he escuchado alguna vez. Él es dulce, también apasionado y tan seguro de sí mismo... ¿Quién se resiste a semejante combinación?*

—Yo también estoy deseándolo, Mark —admití sin reservas. Antes estaba demasiado preocupada por lo que podía salir mal, pero ya había dejado los miedos atrás. Quería esto, lo quería con tanta fuerza que ya no podía esperar para que nuestra vida juntos iniciara.

—Cuanto quisiera poder estar contigo ahora —pronunció con cadencia—, solo la certeza de que al reencontrarnos podré llevarte a mis brazos y besarte como ansío me da el valor de soportar la espera. —Habría pensado que estaba exagerando si no me hubiera sentido de la misma manera.

*¿Qué estás haciendo conmigo, Mark Pierce?*

—Te estaré esperando —aseguré bostezando—. Lo siento.

—No te disculpes, imagino que a esta hora ya estarías durmiendo.

—Sí, desde que estoy embarazada, no puedo quedarme despierta hasta tarde, el sueño me vence con facilidad

—Entonces ve a la cama. Te veré mañana.

—Mis mejores deseos para tu madre.

—Gracias —dijo solemne—. Buenas noches, nena.

—Buenas noches, Mark. —Me despedí sin muchas ganas. Quería seguir escuchándolo, pero mi cuerpo estaba pidiendo descanso en cama, preferiblemente, junto a un atractivo hombre de un metro noventa y dos envolviéndome en sus brazos.



## Capítulo 16

Después de terminar la llamada con Mark, me aseé, me puse un camisón de algodón y me metí en la cama, con la remembranza de la llamada más erótica que había tenido alguna vez haciendo eco en mi mente. El recuerdo era tan vívido que podía escuchara Mark hablándome, y la sensación de escozor entre mis piernas se hizo presente con descaro y avidez, lo que me llevó a tener un encuentro con el aparatito a pilas que no había usado en mucho tiempo. Pero hacerlo sola no era remotamente igual de bueno que cuando él estaba al otro lado de la línea.

Después de aquel triste intento de revivir el orgasmo más intenso que tuve alguna vez, me quedé dormida en algún momento de la noche, para despertarme más tarde con un terrible malestar en el estómago que me obligó a doblarme sobre mis rodillas frente al sanitario para vomitar. Y ahí permanecí más de lo que hubiera querido. Devolví todo lo que comí, incluso lo que no comí, y cuando finalmente dejé de tener arcadas, estaba tan cansada que no podía levantarme del suelo.

*Ojalá Mark estuviera aquí, él me llevaría en sus brazos y me ayudaría a sentirme mejor, pero él no está y debo arreglármelas yo sola, como se suponía que sería.*

Arrastrándome en el suelo, me apoyé en la pared y cerré los ojos, tomando aire por la boca y liberándolo lentamente. Cuando sentí que tenía fuerzas suficientes para ponerme en pie, lo intenté y logré llegar hasta el lavabo, encontrándome con un desalentador reflejo, cabello desordenado, rostro pálido y grandes manchas violáceas debajo de mis ojos; entonces agradecí que Mark no estuviera ahí, me veía de espanto. Me cepillé los dientes hasta acabar con el mal sabor en mi boca, salí del baño y caminé fastidiosamente lento hasta la cocina, haciéndome de unas galletas saladas y una botella con agua, que llevé conmigo hasta la habitación. Una vez sentada sobre el colchón, comí un poco de galleta y bebí la mitad del agua en la botella. Miré la hora en mi reloj de mesa, 4:25. Esperé unos minutos que todo se asentara y luego me acosté en posición fetal, quedándome dormida a los pocos minutos.

Al llegar el amanecer, estaba abrazando una vez más el sanitario, pero en compañía de Claire, a quien llamé cuando sentí el malestar de vuelta. No iba a arriesgarme a quedar inconsciente en el baño sin ningún apoyo.

—Deberías llamar a Mark —dijo ayudándome acostar en la cama.

—No, él necesita estar con su mamá.

—Pero tiene que saber que te has sentido mal, queda de su parte decidir si viene o no.

—Vendrá si sabe, no quiero molestarlo —murmuré sintiéndome aletargada. Estaba muy cansada.

—¿Molestarlo? No seas tonta, Lau. Casi dejas las entrañas en ese baño, lo menos que harías es molestarlo si viene. Están en esto juntos ¿no?

—Sí —suscité con los ojos cerrados—, pero estaré bien. No le avises.

\*\*\*

—Hola —escuché decir cuando comenzaba a despertar, mi corazón acelerándose en reconocimiento. Era Mark. Estaba acostado a mi lado, en mi cama. Su mano reposaba gentilmente en mi cadera, sus ojos color almizcle me veían con expectación.

*¿Cuándo llegó? ¿Cómo no me he dado cuenta?*

*¡Dios! Debo verme horrible, recuerdo muy bien la imagen que me devolvió el espejo en mi primera ronda de arcadas y no era nada alentadora.*

*¡Voy a matar a Claire!*

—¿Cómo te sientes? —preguntó moviendo su mano hasta mi cara, acunándola con un gesto cariñoso.

—¿Qué... qué haces aquí? —balbuceé sorprendida, mi voz era más ronca de lo que solía ser cuando despertaba, me dolía un poco la garganta y la sentía arenosa, también los labios. Intenté mojarlos con mi lengua, pero se encontraba tan seca como mi boca.

—Vine a verte tan pronto supe que te sentías mal. Debiste llamarme —reprobó levantándose de la cama, tomó una botella con agua de la mesita de noche y regresó conmigo—. Ten, bebe. Necesitas hidratarte.

Me senté en la cama y me pasé las manos por el cabello, descubriendo que lo tenía recogido en una cola baja. *Claire debió peinarme*. Ya no tenía tantas ganas de matarla. Tomé la botella que Mark me ofreció y bebí solo la mitad del contenido en pequeños sorbos para evitar las arcadas. No quería volver a vomitar, apenas estaba recuperándome de todas las veces que estuve doblada delante del inodoro.

—Gracias por venir, pero le dije a Claire que no te avisara, tu mamá te necesita.

—Mi mamá está bien, tú me necesitas más que ella en este momento —dijo decidido y no voy a mentir, me emocionó que estuviera a mi lado, una parte de mí temía que no viniera si le decía. Nunca fui tan insegura, o nadie me importó lo suficiente como para llevarme a sentirme de esta manera—. ¿Qué te gustaría comer? Puedo conseguirte cualquier cosa que se te antoje.

—No creo que sea buena idea comer, no quiero estar de regreso en el baño.

—Pero necesitas alimentarte. Anna me recomendó un medicamento que te ayudará a reducir las náuseas y el vómito, ya lo pedí, deben estar trayéndolo en cualquier momento. —Miró la hora en su reloj, evitando mis ojos tras la revelación de haber pedido ayuda de su hermana. Lo dejé pasar esa vez porque aún no estaba en control con la doctora Silverstone, pero después, cualquier cosa que se relacionara con mi embarazo, lo consultaría con ella. Deseaba no tener ese sentimiento adverso hacia Anna, pero no lo podía evitar. Debía trabajar en ello, tratar de hallar la forma de perdonarla antes de la llegada del bebé, aunque ella no había hecho ningún esfuerzo por disculparse. La noche que nos vimos en su casa, pudo intentarlo y no lo hizo—. Lo siento, no sabía a quién más llamar. —Se disculpó, discerniendo mis pensamientos con demasiada facilidad. No era algo que pasaba con mucha frecuencia, solía ocultar muy bien mis emociones, pero Mark parecía leerme sin ningún problema.

—Está bien, entiendo que lo hicieras —dije sin ningún reproche. Pensándolo bien, que llamara a su hermana era de lo más normal, al menos para él, mis conflictos con ella no debían interferir en su relación. Era difícil no cruzar algunas líneas. Era bastante complicado, de hecho.

—Bien, entonces, ¿qué te provoca desayunar? —insistió, genuinamente preocupado por mi alimentación, algo totalmente nuevo para mí. Barry ni una sola vez fue así de atento conmigo cuando me sentí mal.

—La verdad, no me provoca nada. Quizás cuando tome el medicamento me dé hambre.

—Entiendo que te sientas mal, amor, pero debes comer aunque sea un poco. Podemos probar

algo sencillo, como frutas y cereal —propuso, llevando su mano sobre la mía y acariciándome suavemente, gesto que provocó una deliciosa tensión entre mis muslos. No creí que esa fuera su intención, pero mi reacción fue instantánea.

—No hay nada de eso en mi despensa.

—Tranquila, yo me haré cargo. —Acordó con uno de sus seductores guiños, sin saber los estragos que causaba en mí. Era fácil recordar lo bien que me hizo sentir la noche anterior cuando, a través de una llamada, me llevó a la cima del cielo—. Ya han traído el medicamento, voy por él, vuelvo enseguida —anunció dándome un cálido beso en la sien para luego abandonar la cama y salir del cuarto.

Suspirando, me recosté contra la cabecera de la cama y abracé la almohada que Mark estuvo usando mientras me veía dormir, olía a él, a su perfume delirantemente embriagador.

El sonido de mi teléfono timbrando me sacó de la fantasía que estaba teniendo con Mark, estábamos en esa misma cama, desnudos, haciendo el amor... Tan. Maravillosamente. Bueno.

Era mi secretaria. Le había escrito un mensaje diciéndole que me sentía mal de salud, que se lo hiciera saber a mi jefe.

—Buenos días, señorita Moore. Solo llamaba para saber cómo sigue de salud, recibí su mensaje y le informé al señor Wright que se ausentaría de la oficina el día de hoy.

—Buenos días, Jenny. Aún estoy en cama recuperándome. Gracias por avisarle al señor Wright, dile que estaré de regreso mañana y, por favor, manténme al tanto de cualquier avance que tenga Joel del caso Davis.

—Sí, le informaré a la brevedad posible.

—Muchas gracias, Jenny. No sé qué haría sin ti.

—Es un gusto apoyarla en lo que necesite. Sabe que puede contar conmigo.

—Lo sé. Eres muy amable, Jenny. Gracias.

*Pero no te necesito esta vez, tengo a Mark ahora.*

Tiempo atrás, tuve una fuerte infección en la garganta que ameritó una noche en la clínica y cuatro días de reposo. Estaba sola cuando la fiebre inició, Claire había salido de viaje y no iba a regresar en varios días. Llamé a Jenny y ella no dudó en ir a mi apartamento y llevarme a la clínica. Hubiera preferido que ella no se enterara de lo sola que estaba, pero agradecí contar con su apoyo en ese momento.

—Le deseo una pronta recuperación.

—Gracias, Jenny. Cuento con que así sea. —Me despedí y colgué el teléfono, centrando mi atención en el atractivo caballero que cruzaba mi puerta en ese instante, su sonrisa caliente bragsas presente en su cara.

—Te ves más animada. —Su sonrisa se hizo más amplia mientras se acercaba a mí, trayendo en su mano una bolsa de papel. La dejó en la mesa de noche, se sentó a mi lado y envolvió suavemente mi cuello con su mano, dejando tenues caricias en el contorno de mi cara, su expresión cambiando a nostálgica—. No parecía venir lo suficientemente rápido cuando Claire me llamó. Y cuando llegué y te vi tendida en la cama, débil y pálida, me asusté tanto... pero ella me dijo que te dejara descansar y me acosté a tu lado esperando que despertaras.

—Le dije que no te llamara —murmuré tragando saliva, sentir su tacto me estaba desquiciado un poco—, pero me alegro que no me escuchara.

—¿Por qué no? Estamos en esto juntos, Laurel. Necesito saber si te sientes mal. ¿Prometes decirme la próxima vez? —Asentí dos veces ante su cruda mirada, la ansiedad dándole paso al sosiego—. Gracias. Ahora debes tomarte el medicamento para que puedas comer algo que voy a

prepararte. —Alcanzó la bolsa en la mesa y sacó del interior un envase con el medicamento, lo destapó y me dio una pastilla.

—¿Tú? Pensé que no sabías cocinar. —Alcé una ceja en señalamiento.

—No hay que ser un experto para poner cereal con frutas en una taza o preparar un *sándwich* de pavo.

—Eso no es cocinar. —Me burlé girando los ojos.

—No, pero hice un trato con alguien y prometió enseñarme —dijo con voz ronca, sus ojos detenidos en los míos, con pasión fulgurando en sus irises. Me deseaba, sin importarle mi apariencia y mi condición, me veía con lujuria. Y si no me hubiera sentido tan débil, me habría lanzado a sus brazos y besado hasta que mis labios pidieran clemencia—. Toma la pastilla ahora para que vaya haciendo efecto. —Me tomé la pastilla con el agua que quedaba en la botella—. Debes tomarla cada seis horas si tienes náuseas. La próxima dosis sería a las dos de la tarde, pondré un recordatorio en mi teléfono. —Sacó su *Smartphone* del bolsillo delantero de su jeans y movió sus dedos rápidamente por la pantalla—. Listo, así no lo olvidaré. Estaré en la cocina, llámame si me necesitas. —Me miró brevemente y luego caminó hacia la puerta abierta.

—No quemes mi cocina —advertí bromista y escuché su risa haciendo eco fuera de la habitación. Liberé un suspiro y me acosté en la cama, sonriendo. Me encantaba que me consintiera y se preocupara por mí. Era tan afortunada. Los dos lo éramos. Me toqué el vientre con ambas manos y sonreí aún más, lágrimas de dicha inundando mis ojos—. No estamos solos, bebé —susurré con un nudo en la garganta y el corazón colmado de alegría.

## Capítulo 17

**Espero no estés enojada, hice lo creí mejor para ti. ¿Cómo te sientes?** Me escribió Claire por *WhatsApp*.

*Lo estuve, pero ya te he perdonado. Débil, pero sin náuseas. Mark está haciéndome desayuno. ¿No es lindo?*

**Si, y también muy atractivo. Mi sobrino o sobrina será el bebé más hermoso que se haya visto.**

*Siiii. ¿Dónde estás?*

**En la sala de espera de Lockart, tengo mucha mierda que resolver.**

*¿En serio? Estoy orgullosa de ti, Claire.*

**Gracias, no estaría aquí de no ser por ti. Te quiero. Voy a entrar, diviértete con Mark.**

*Yo también te quiero. Estoy enferma, no va a pasar nada .* Incluí un *emoji* de ojos en blanco.

Claire no leyó el último mensaje, debía estar ya con Lindsay, mi terapeuta. Se la recomendé hacía un tiempo y finalmente se animó a ir con ella, esperaba fuera de ayuda, a mí me ayudó muchísimo con mis sentimientos no resueltos sobre mi padre, aunque no lo había superado de un todo, seguíamos trabajando en ello. Quizás debía tratar con ella lo que me pasaba con Anna.

Dejé de hablar con Claire y leí los mensajes que me estuvo enviando Nicole. Claire le contó que la estaba pasando mal y ella enseguida se preocupó por mí y me escribió, dándome algunos consejos útiles para conllevar los malestares comunes del primer trimestre. Ella la pasó terrible con el embarazo de Matheo, sufrió de náuseas y vómitos hasta el final del segundo trimestre, esperaba no correr con la misma suerte, odiaba estar enferma. Su último mensaje fue una hora antes, me preguntó cómo me sentía, le contesté que mucho mejor y omití a Mark, aún no le había contado de él y de todo el asunto de la inseminación errónea... Debía hacerlo pronto.

**¡Me alegro por ti! Sé lo horrible que es sufrir arcadas. Estuve la mitad de mi embarazo teniéndolas. ¿Ya comiste algo? Puede que no te apetezca, pero debes alimentarte. Te envié el nombre de un medicamento que me ayudó a reducir las náuseas, le dije a Claire también, espero te las haya comprado.**

*«Sí, ya estoy tomando el medicamento y estoy por comer también, gracias, Nicole».*

**«Perfecto. Tengo planeado ir a verte en unas semanas, Matheo y yo te extrañamos».**

*«¡Sí! Me muero por abrazar al pequeño Matt y también a ti. Ojalá no se hubieran mudado».*

**«Sí, lo sé. Espero que en unos meses trasladen a Josh de regreso a Chicago».**

*«Lo tendré en mis oraciones».*

**«Te hablo ahora, Matt despebró y tiene hambre, como siempre . Te quiero, Law».**

*«Yyo a ti. Besos a mi consentimiento, dile que tía Laurel lo ama con todo el corazón».*

Después de un rato sin hablar con nadie, me aburrí y decidí unirme a Mark en la cocina. Intenté levantarme, pero apenas me puse en pie, todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor y debí volver a la cama. Me quedé sentada y respiré hondo, exhalando suavemente con los ojos cerrados. Un

sudor frío me recorrió la sien y me temblaban las manos. ¿Debía llamar a Mark? No quería preocuparlo, pero sería peor si me encontraba desmayada, que era lo que temía que podía pasar en cualquier momento.

*Quizás si me acuesto como estaba antes, se me pase.*

Me recosté lentamente y me puse en posición fetal, inhalando y exhalando a un ritmo pausado y constante durante varios minutos hasta que el mareo se transformó en una leve molestia.

—Trayendo un desayuno especial para una mujer especial —anunció Mark en ese momento, entrando a la habitación. Sonreí mientras se acercaba a mi cama con una bandeja en la mano. Con cuidado, me senté en la cama y recosté en el espaldar, agradeciendo en silencio no padecer de nuevo esa horrible sensación de mareo que tuve antes—. Cereal con trozos de frutas, zumo manzana y un *sándwich* de pavo recién tostado —describió sacando dos patas de debajo de la bandeja que trajo y colocándola entre mis piernas. No recordaba tener una bandeja como esa.

*¡Qué lindo que se tomara tantas molestias!*

Esa era la primera vez que me traían el desayuno a la cama y también la primera vez que alguien preparaba algo para mí. Estaba encantada y tan contenta que no podía ocultarlo, tampoco tenía que hacerlo, con Mark podía ser yo, sin máscaras ni muros. Era el tipo de relación que siempre merecí tener, ahora lo veía con claridad. Me conformé durante mucho tiempo con migajas pensando que era suficiente, pero no lo era, ni remotamente cercano a bueno.

—Estoy sorprendida —dije mirándolo con admiración, él era el tipo de hombre por el que valía la pena el riesgo de un corazón roto—. Muchas gracias, Mark. Eres increíble. —Un cúmulo de emociones bombardeó mi pecho. Estaba muy conmovida y a la vez eufórica, me lo hubiera comido a besos de poder levantarme, lo que sin duda haría en cuanto me sintiera mejor.

—Espera a que lo pruebes antes de agradecerme, puede que no esté tan bueno como se ve. —Habló sin pretensión alguna, más bien, parecía ansioso. Era importante para él ser aprobado por mí. Pero para mí no era importante si sabía mal o bien, ya con haberlo intentado era suficiente, no todos los hombres se tomarían la molestia de preparar comida para su novia embarazada, muchos optarían por el *delivery*. ¿Dije cuán afortunada era? Sí, lo hice. Pero estaba bien, podía mencionarlo todas las veces que fuera, podía ser todo lo cursi que nunca fui.

—No creo que haga algo mal. —Lo adulé mordiéndome la esquina del labio.

Mark tragó saliva. Sabía de lo que hablaba.

Seguía sintiéndome un poco débil, pero mi malestar no afectaba de ningún modo mi atracción por él y lo mucho que lo deseaba. Esperaba que, más temprano que tarde, pudiera hacer realidad cada fantasía que había tenido con él.

Acerqué la bandeja un poco más hacia mí y tomé un trozo de manzana, llevándola a mi boca y masticando sin mucho afán. El sabor de la fruta inundó mis papilas gustativas y de pronto me dio mucha hambre. Alcancé un tenedor y pinché un trozo de banana, uno frambuesa, uno de kiwi y añadí una porción de manzana verde y lo devoré tan pronto estuvo en mi boca. Mark sonrió y se sentó en la cama, a mis pies, mirándome mientras comía si no hubiera mañana. Terminé con las frutas y la mitad del cereal *Muslie* y fui por el *sándwich*, que tenía muy buena pinta. Le di una mordida y lo saboreé con detenimiento, ante la mirada expectante de Mark.

—Está buenísimo, Mark. Es el mejor *sándwich* que he probado en mucho tiempo —alabé, sin tener que recurrir al engaño. Desde un principio, pensé que no estaría mal, pero no imaginé que estaría así de bueno.

—¿En serio te gustó? —Me miró sorprendido—. Puedo preparar otro si quieres más.

—No, apenas tengo espacio para la mitad de este. ¿Y tú no piensas comer?

—Después, primero quiero que te alimentes tú y estar disponible si la comida no te sienta bien en el estómago.

—Ahh, estoy bien. Ese medicamento es milagroso, puedes comer si quieres.

—Esperaré, no quiero arriesgarme a que te sientas mal y no estar a tu lado.

—Gracias —sonreí. Que se preocupara de esa forma por mí era de lo más lindo y considerado. Cada pequeño detalle lograba que mis sentimientos por él se hicieran más fuertes, solo era cuestión de tiempo para que me enamorara de Mark, si no era que ya lo había hecho. No podía pensar razonablemente teniéndolo tan cerca, me enloquecía y causaba que mis hormonas se revolucionaran. Él tenía un poderoso e inexplicable efecto sobre mí, pero ya había dejado de intentar encontrarle sentido, lo único que quería era tenerlo conmigo, sin razones ni porqués.

—No me las des, amor —dijo colocando su mano sobre mi rodilla, la tela de mi pijama impidió el contacto piel con piel. Lamenté no llevar puesto algo menos discreto, estaba hambrienta de él, me moría de ganas de que me llenara de caricias, de que me besara y que tomara mi cuerpo con la misma intensidad que estaba apropiándose de mi corazón—. Lo hago con todo gusto. Estoy aquí para ti y todo lo que necesites. Tú solo pide y lo haré realidad.

*Te quiero a ti, sobre mí, haciéndome retorcer de puro placer.*

—Eres mi genio liberado —bromeé, conteniendo en mi mente lo que no me atrevía a admitir.

—Algo así —sonreí—, pero con más de tres deseos por conceder. —Había picardía en su mirada e insinuación en su voz. Tal parecía que sus pensamientos eran tan obscenos como los míos, no había razón para sentirme avergonzada entonces—. Voy a... —Se aclaró la garganta, pues la voz le había sonado ronca, y se levantó de la cama—. Voy a lavar los platos, dejé un desastre en la cocina.

—Déjalo, puedes hacerlo después.

—No tardaré, lo prometo. —Tan pronto terminó de hablar, salió de la habitación, huyendo de la tentación, supuse.

Perdiendo el apetito, dejé el resto del *sándwich* en el plato y tomé un poco de agua del vaso que trajo Mark en la bandeja. Me quedé sentada esperando que la comida se asentara en mi estómago un momento antes de intentar levantarme para ir al baño, tenía ganas de orinar y arreglarme un poco para Mark. Esperaba que no volviera tan pronto.

Escuché una llamada al *interphone* y, tras tres repiques, dejó de sonar. Mark debió contestar. ¿Quién sería? No tenía teléfono auxiliar en la habitación y no pude escuchar con quien hablaba.

—Barry Sawyer pregunta por ti, dice que necesita hablar contigo. ¿Qué le digo? —No me preguntó quién era Barry, pero sabía que quería hacerlo.

—No he visto a Barry en más de un año, desde que terminé con él —contesté, enfatizando en la palabra *terminé* para que entendiera que fui yo quien lo dejó.

—¿Barry es tu ex? —inquirió con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Vas a recibirlo?

Estaba molesto. ¿O quizás celoso?

No debía estarlo, a Barry nunca lo amé, lo que sentí por él no era comparable con lo que sentía por Mark. Estuve con Barry durante años y jamás se trató de amor. Ojalá me hubiera dado cuenta mucho antes, pero una parte de mí se negaba a aceptar que había perdido tantos años a su lado y me dediqué a ignorar todas las señales hasta que, una noche, en una cena benéfica, alguien preguntó si planeábamos tener hijos y él respondió con un rotundo “no” antes de que yo pudiera decir algo. Cuando llegamos a casa, le pregunté que si hablaba en serio de no tener hijos y dijo

que estábamos perfectamente bien solos, que un hijo arruinaría las cosas para ambos, el resto es historia...

—No. ¿Para qué? No tengo nada que hablar con él —contesté sin necesitar pensarlo, no tenía ningún interés en Barry, aunque sí me produjo curiosidad. Él no me buscó de nuevo desde que terminamos hasta ese día. ¿Por qué hacerlo después de tanto tiempo?

—Bien, se lo diré —dijo sin poder ocultar el alivio en su voz. ¿En serio pensaba que lo iba a recibir estando él aquí? No sería así de imprudente, pero Mark no me conocía lo suficiente para pensarlo. Eso era algo que iríamos remediando con la convivencia.

Mark salió una vez más de la habitación dejándome en vilo, podía que Barry no se tomara bien mi rechazo y se pusiera impertinente. Y, tomando en cuenta la postura de Mark cuando supo que Barry era mi ex, podía que las cosas se pusieran feas.

Me mordí la uña del dedo pulgar mientras esperaba el retorno de Mark. Se había demorado lo suficiente como para estar discutiendo con Barry por teléfono. Incluso, para haber bajado al *lobby* y tener una pelea.

—¡Mark! —Lo llamé esperando que viniera a la habitación para comprobar que seguía allí. No obtuve respuesta—. ¡Mark! ¿Estás ahí? —Volví a llamarlo, alzando más la voz, y respondió diciendo «sí, enseguida estoy contigo», lo que me produjo un enorme alivio.

—¿Estás bien?, ¿tienes náuseas? —preguntó alarmado, entrando a la habitación como una ráfaga y apresurándose a venir a mi lado. Tocó mi frente con una mano y con la otra presionó mi pulso, mirándome con preocupación. Fue un error procurararlo, lo asusté sin necesidad.

—Estoy bien, siento haberte asustado. Solo comprobaba que siguieras aquí.

Mark volvió a fruncir el ceño, su mirada tornándose dura.

—¿Te preocupaba que estuviera abajo peleando con él?

¿De verdad cree que me importa Barry en lo absoluto?

—Barry salió de mi vida hace mucho tiempo, Mark. No tengo ningún asunto pendiente ni sentimientos no resueltos por él de los que debas preocuparte. —Le hice saber, esperando que fuera suficiente para que dejara de sentirse inseguro.

—Lo siento, no debí comportarme como lo hice, pero él habló de ti como si le pertenecieras y la ira se apoderó de mí. Te quiero, Laurel, y no puedo imaginarte con nadie más que no sea yo. —Su mirada era reflejo de la batalla que peleaba, la razón contra el demonio de los celos y la inseguridad.

—Entre Barry y yo no hay nada. Incluso cuando estábamos juntos, no tuvimos algo cercano a una relación significativa. Nunca lo amé y creo que él tampoco me amó a mí —dije con certeza y sin rastro de rencor. Ya lo había superado, Barry era mi pasado y no tenía interés en volver atrás—. Estoy realmente sorprendida de que esté buscándome.

—Pues insiste en verte, dice que estará hospedado en el *Hilton*, que no se irá de la ciudad hasta que hables con él.

—Que haga lo que quiera, no voy a reunirme con él —establecí segura, y no por complacerlo a él, realmente no me interesaba nada de lo que Barry quisiera hablar conmigo—. ¿Tienes noticias de tu mamá? —Cambié de tema, porque no quería hablar más de Barry.

—Sí, está bien, un poco adolorida por la caída, pero va a recuperarse. Pasará otro día en el hospital y luego irá a casa.

—Deberías ir a verla, yo estoy mucho mejor ahora, todo gracias a mi magnífico novio —sonreí y la mirada de Mark se iluminó. Le gustó escuchar que lo llamara novio.

—No quiero dejarte sola, esperaré que Claire esté de vuelta para ir. ¿Terminaste con eso? —



Miró la bandeja a mi lado, quedó un poco menos de la mitad del emparedado y algunos trozos de frutas.

—Sí, estoy repleta. ¿Puedes guardarme el emparedado para después, por favor?

—O puedo prepararte otro cuando vuelva de ver a mamá, aunque antes tengo que pasar por mi casa y darle de comer a Rocky.

—¿Rocky? —Alcé una ceja, interrogativa.

—Cierto, no te he contado de él. Rocky es mi perro, es un Boxer Americano, lo adopté cuando era un cachorro, hace tres años. Es él. —Me pasó su teléfono y vi a Rocky en la pantalla. Estaba echado sobre la grama, apoyado en sus patas delanteras, con el ceño fruncido y las orejas paradas. Su pelaje era marrón arenoso con una franja blanca en el pecho. Sus ojos eran oscuros, de un negro similar al de su hocico.

—Me gusta, tiene actitud —comenté, regresándole su teléfono.

—Sí, pero es inofensivo. Te llevaré a conocerlo tan pronto te sientas mejor, si quieres.

—Sí, sí quiero. Amo a los animales, tuve un *Schnauzer* de niña y una gata *Ragdoll* que estuvo conmigo seis años. Era de mi tía abuela, me la dio cuando se hizo demasiado mayor para cuidarla. Era muy cariñosa, se llamaba Emperatriz —recordé con nostalgia.

—Lo siento, sé lo que significa tener que decirle adiós a una mascota, los llegas a querer como a alguien más de la familia. Antes de Rocky, tuve dos perros, machos también, Bruce y Beatle, un Labrador y un Beagle. Crecieron conmigo, es una lástima que no vivan tanto como nosotros.

—Sí, es la parte más difícil de tener mascotas. Lloré mucho cuando Emperatriz me dejó, no sé si pueda pasar por lo mismo de nuevo.

—Me sucedió cuando perdí a Bruce y Beatle, me tomó un montón de tiempo estar listo para adoptar a Rocky —me estaba contando cuando sonó su teléfono—. Disculpa, mi hermana está llamándome. Hola, Anna. ¿Está todo bien? —contestó delante de mí, su ceño ligeramente fruncido, pero su expresión cambió a entusiasta mientras escuchaba—. Dile que iré a verla pronto, le llevaré una porción de la tarta de queso de Louisa. —Anna le dijo algo y él rio—. Está bien, incluiré una para ti también. Adiós. —Terminó la llamada y me miró para hablarme—. Mamá tiene un episodio de lucidez, ha preguntado por mí.

—¡Oh, Mark! Deberías estar allá con ella. Ve, yo estaré bien. Me siento mucho mejor y no he vuelto a tener náuseas.

—No sé, no quiero dejarte sola. Mejor espero que Claire regrese, debe estar por volver. —Miró la hora en su reloj de muñeca mostrándose ansioso.

—Ve, Mark. Lo de tu mamá no puede esperar. Te llamaré si vuelvo a sentirme mal.

—¿Seguro lo harás? —Me miró con los ojos entrecerrados, dudando de mi palabra. Y no lo culpaba, le dije a Claire que no le avisara cuando estuve tan débil que apenas podía hablar.

—Sí, lo prometo.

—¿Y puedes levantarte? Quiero asegurarme de que puedas ir al baño o a la cocina si tienes sed o hambre.

—Estás exagerando —rechisté girando los ojos. Pero tenía un punto, sufrí un fuerte mareo cuando intenté levantarme antes, pero en aquel momento estaba débil y no había comido.

—Puede que sí, pero no me iré de aquí sin estar seguro de que puedes valerte de ti misma.

—Está bien, *señor sobreprotector* —giré los ojos con histrionismo y me levanté de la cama, logrando mantenerme en pie sin ninguna sensación de mareo—. ¿Lo ves? Estoy perfectamente, puedes irte tranquilo.

—¿Intentas deshacerte de mí? —Frunció el entrecejo brevemente y caminó hacia mí, mi pulso

acelerándose a medida que se iba acercando—. Me iré, pero voy a volver y dormiré contigo esta noche, abrazándote, velando tus sueños... ¿Eso te gustaría? —Estaba a centímetros de mí cuando lo preguntó y en mi interior grité: *Sí, sí. ¡Claro que me gustaría!* Pero como no quería parecer una loca desesperada, me limité a decir «sí», que salió entre mis labios como un murmullo ronco—. Esa es mi chica —murmuró con una sonrisa satisfecha, me rodeó la cintura con sus fuertes y cálidas manos y me atrajo hacia él con un movimiento suave y precavido.

Lentamente, rozó sus labios sobre los míos, provocándome, hasta que finalmente me concedió el beso que había estado ansiando desde que desperté con él a mi lado. Sus labios tomaron los míos, uno a uno, lamiendo y tirando de ellos a voluntad. Su lengua recorrió el interior de mi boca con apetito insaciable, tan necesitado de mí como yo de él.

—No quiero irme —murmuró con el aliento entrecortado, y me abrazó, hundiendo su cara entre mi cuello y mi clavícula, respirando profundamente. Su aliento escapó de sus labios como una suave ráfaga de aire caliente, provocando una deliciosa tensión entre mis muslos. *No te vayas*, quise pedirle. Pero no lo hice, no me atrevía a ponerlo en esa posición. Sabía cuán importante era su madre para él y no quería convertirme en una excusa que afectara su relación—. Estaré aquí lo más pronto posible, no me separaría de ti si esto no fuera importante.

—Lo sé —suscitó con un asentimiento—. Ve con ella y vuelve cuando puedas, no te preocupes por mí, estaré bien —dijo comprensiva, no quería que me dejara, pero entendía la razón por la que debía hacerlo.

—Laurel —me acunó el rostro con sus cálidas, fuertes y anchas manos—, pienso en ti cada momento del día, estaré preocupado cada segundo que no esté a tu lado. Cada Segundo. Eres parte de mí ahora, si sufres, yo sufro; si ríes, yo río; si lloras, lloraré contigo... No hay nada que no esté dispuesto a hacer por ti, porque estoy perdida e irremediabilmente enamorado de ti —confesó con tanta certeza, dulzura y pasión que destruyó cualquier rastro de duda que pudiera haber tenido. Y no solo fueron sus palabras, también sus gestos, su manera de tratarme, su preocupación por mí... Debí decirle “yo también estoy enamorada de ti”, debía sentirme de esa forma, pero, aunque sentía muchas cosas por él, sentimientos fuertes y significativos, todavía no estaba segura de poder llamarlo amor—. No tienes que decir nada, no me debes retribución, solo quería que lo supieras. Debo irme ahora, pero volveré —prometió una vez más, besándome castamente en los labios, y me soltó, dejándome con una insólita sensación de vacío que me tomó por sorpresa.

—Casi olvidaba la bandeja. —Caminó hacia la cama y la recogió, regresando en sus pasos hacia la puerta.

—Mark —lo llamé antes de que saliera, mi corazón vibrando en mi pecho con rapidez—, te echaré de menos.

—Yo también, amor —respondió sonriéndome, sus ojos mostraron la misma simpatía. Después de eso, se fue. Escuché sus pasos hacia la cocina y de regreso y luego el sonido de la puerta principal cerrándose. Se había ido y ya lo extrañaba. Lo bueno era que, estando sola, podría darme la ducha que necesitaba y ponerme linda para cuando él regresara.

## Capítulo 18

Estaba acostada en el sofá de la sala viendo *Las Chicas del Cable* en *Netflix* cuando llegó Claire. Ya me había duchado, vestido y secado el cabello para entonces. Lo que más tiempo me tomó fue elegir el atuendo correcto y, luego de un rato moviendo la ropa en mi armario de un lado al otro, elegí *jeans* raídos y una camiseta blanca de tirantes cuello en v, metida dentro del pantalón. Mi vientre era plano aún, en algunas semanas no podría usar ropa tan ajustada. Me calcé con unas sandalias bajas de tirantes, algo que me pudiera quitar y poner rápido. También me maquillé un poco: colorete, brillo labial y máscara en las pestañas. Ella lo notó y sonrió con picardía, sabía que era por Mark, nunca me maquillaba cuando estaba en casa.

Hablando de él... me escribió un mensaje cuando llegó al hospital, me contó que su madre lo reconoció y que se veía muy bien, que tal vez volvería a casa esa misma noche. Se escuchaba muy contento. Le dije que me alegraba muchísimo oír tan buenas noticias, sabía cuánto quería a su madre y lo importante que era para él.

—Te ves estupendamente, Lau. Nadie pensaría que pasaste la noche dejando las entrañas en el sanitario. ¿Qué hizo Mark para que te recuperaras tan rápido? —preguntó en tono insinuante y se sentó a mi lado mostrando una sonrisa pícaro.

—No pasó nada, si es lo que está pensando esa mente perversa tuya. Me trajo un medicamento y no he vuelto a sentirme enferma. Me hizo el desayuno, comí y luego tuvo que irse.

—¿Nada más? —Alzó una ceja. Obvio que no iba a quedarse tranquila con tan pocos detalles, su curiosidad era insaciable.

—Me besó y abrazó, dijo un montón de cosas dulces y románticas, volverá más tarde y se quedará conmigo esta noche. Puede que mañana tenga más para contar —resumí mordiéndome la esquina del labio y Claire celebró como si le hubiera dicho que le regalaría un millón de dólares.

—Nada de puede, Lau, esta noche es LA NOCHE. Ese hombre se muere por ti, la forma en la que te mira es esperanzadora. Había mandado el amor a la mierda hasta que lo vi mirarte. Si no fueras mi hermana, lo conquistaría.

—Dijo que está enamorado de mí. —Le conté sin poder ocultar la sonrisa tonta en mi cara.

—¡Lo sabía! Es que se le nota, Lau. Cuando llegó y te vio en la cama, se preocupó muchísimo. Quería llevarte a urgencias, pero habló con su hermana y se calmó.

—Sí, así me dijo —murmuró haciendo una mueca.

—¿Sigues molesta con ella?

—Decepcionada, más que todo. Defraudó mi confianza —admití frunciendo los labios, hablar de Anna me bajaba el ánimo.

—Sí, quedó en una posición difícil, pero es la tía de tu hijo, tendrás que encontrar la forma de superarlo.

—Oh, pero mírate. Vas a una sesión con Lindsay y ya te escuchas como ella.

—¿Sí? —Se rio a carcajadas—. Ella es estupenda. Ojalá hubiera ido antes, tendré una nueva

sesión en dos días. Pensé que ir a terapia era una tontería, pero estaba equivocada. Creo que, con su ayuda y mi voluntad, dejaré de caer en relaciones tóxicas que terminan lastimándome.

—Verás que sí, Claire. Solo debes ser paciente y perseverante. Cada paso que des, por muy pequeño que parezca, te llevará más cerca de la meta que te has trazado. El primer paso es reconocer que tenemos un problema.

—Siempre lo he sabido, pero no quería aceptarlo. Por cada mala decisión, tuve una excusa para justificarlo, pero ya no más. Ahora veo las cosas distintas, me siento distinta... Kevin me llamó esta mañana y le dije que se olvidara de mí, que lo había dejado atrás, que es parte de mi pasado. Y por mucho que insistió, no pudo convencerme de regresar con él, y no lo hará. Ya he tomado una decisión y nada me hará retroceder.

—Debes sentirte orgullosa, yo lo estoy —sonreí. Claire era una de las personas más importantes en mi vida, era la hermana que nunca tuve, mi mejor amiga, en quien podía confiar a ojos cerrados...

—Gracias por soportar mi mierda. Sé que te he causado más de un dolor de cabeza, pero nunca has dejado de apoyarme.

—Y nunca lo haré.

—Tan linda, Lau. Estaría tan perdida sin ti... —Sonríó y después cambió de tema drásticamente—. ¿Qué lencería estás usando? Espero que unas bragas *sexys* de encaje. Tienes que lucirte esta noche con Mark.

—No te lo diré —giré los ojos, arrepentida de haberle hablado de lo que podía pasar esa noche. Ahora querría que le contara hasta el más mínimo detalle.

—No seas tonta, Lau. He visto tu ropa interior, he estado contigo cuando la compras, sé que tienes modelitos super *hot*.

En ese momento, recibí una llamada de Mark y lo tomé como un escape. Claire se ponía bastante pesada cuando se lo proponía.

—¿Cómo te sientes, amor? ¿Claire ya está contigo?

—Estoy bien, no he tenido más malestar. Y sí, Claire ya está aquí.

—¡Hola, Mark! —Saludó Claire en voz alta y él se rio.

—Es hora de tu medicamento, no olvides tomarlo. Lo dejé en la mesita de tu habitación, puedes tomarlo con zumo de naranja o de manzana que dejé en el refrigerador.

—Sí, doctor —bromeé riéndome—. ¿Cómo está tu madre?

—Muy bien. Está de buen humor y quiere irse a casa, pero todavía no le darán el alta. Puede que mañana.

—Me alegra escucharlo. Dile que le envío saludos y que espero que se recupere pronto.

—Con gusto, amor. Volveré a llamarte más tarde, tengo que regresar con mamá. Cuídate ¿sí? Y avísame si llegas a sentirte mal.

—Lo haré, no te preocupes.

Tan pronto terminé de hablar con Mark, fui a la habitación por el medicamento y me lo tomé con un poco de agua que quedaba en la botella. De regreso a la sala, vi que Claire se había quedado dormida en el sofá. Me senté en el sillón y me entretuve leyendo un libro que había dejado sin terminar. Nina. ¿Le Temes a la Oscuridad? De la autora Loli Deen.

Me mantuve enganchada a la lectura hasta terminar el libro. Una historia fuerte y desgarradora, donde la oscuridad de Nina te va devorando página a página, donde la luz de la esperanza invitaba a continuar leyendo para saber más de la protagonista. Una narración con varios puntos de vista, como la vida de Nina. La autora va de uno en otro con una cadencia impecable, que logró

envolverme y hacer que viviera en carne propia su historia. Sin duda, leería más de Loli.

Como Claire seguía dormida, decidí tomar una siesta también. Me fui a la habitación y me acosté en la cama, quedándome dormida con Mark en mis pensamientos. Quizás fue por eso que soñé con él. Estábamos en la playa, en el mar, besándonos desnudos. Mi piel ardía de deseo, sentía tantas ansias que pensaba que no resistiría más. Su miembro estaba en mi sexo, entre mis labios, duro y caliente, listo para penetrarme. Me acariciaba la espalda mientras su lengua bailaba en el interior de mi boca con poderío y avidez, llevándome al borde del delirio.

—Mark, por favor —le rogué, queriendo que terminara con aquella tortura, y él me pidió con voz ronca que abriera los ojos, que lo mirara cuando entrara en mí, y entonces me desperté y volví a la realidad. Tenía el corazón agitado y el cuerpo caliente cuando cobré la conciencia. Yacía en mi cama sola y muy deseosa. Bajé mis pantalones y llevé mis dedos a mi sexo. Me toqué pensando en él, recordando cada palabra que me dijo a través de la línea, imaginando que eran sus dedos y los míos los que me daban placer.

Su nombre estuvo en mi boca cuando alcancé el orgasmo.

Al recobrar el aliento, fui al baño, me asexé y volví a la habitación, encontrando a Claire en el borde de la cama comiéndose mi sándwich. Si hubiera entrado unos minutos antes... Dios me habría muerto de la vergüenza.

—Eso era mío.

—Era, ya lo dijiste —habló con la boca llena—. Está tan bueno...

—Lo sé, esperaba terminarlo cuando me diera hambre.

—Lo siento. Pediré una *pizza*.

—No quería *pizza*, quería mi *sándwich* —repliqué como si estuviera disgustada, pero no lo estaba. Mark podía prepararme otro después.

—Entonces no la pido.

—Sí, pídelo. Tengo hambre.

—Bueno. —Se levantó y salió de la habitación. En eso, Mark me llamó. Mi corazón dio un brinco y contesté con un animado *hola*.

*Si supieras lo que estuve haciendo.*

—Hola, amor. ¿Cómo te sientes? Te estuve escribiendo y no me respondías.

—Estoy bien, me había quedado dormida. —*Y tuve sueños calientes contigo, después me corrí pensando en ti.*

—Lo siento. ¿Te he despertado?

—No, no. Estaba despierta. —*Muy despierta.*

—Te llamaba para avisarte que no podré ir esta noche, mamá tuvo una crisis de nervios y tengo que estar con ella.

—Oh, Mark. Cuanto lo siento. ¿Qué ha pasado?

—Recordó que papá había fallecido, volvió a ese día, y no paraba de llorar. Pero ya está calmada, la sedaron. Quiero estar para cuando despierte.

—Sí, claro. Quédate a su lado, yo lo entiendo.

—Gracias por ser tan comprensiva, amor. Te prometo que te lo recompensaré. ¿Sigue Claire contigo? Estaré más tranquilo si sé que no estás sola.

—Sí, aquí está. Pero no debes preocuparte, me siento muy bien y Claire vive a un piso del mío. La llamaré si la necesito.

—Bueno. Igual quiero que me escribas si algo se presenta, por favor.

—Sí, lo prometo.

—Gracias, nena. Te llamaré más tarde para desearte buenas noches, aunque me habría gustado más decírtelo en persona, abrazada a mí, y dormir a tu lado.

*Yo igual.*

—Tal vez mañana —dije, esforzándome en no sonar desilusionada. Estuve esperando que llegara la noche para dormir con él, pero no se podía y tenía que resignarme.

—Tal vez mañana —repitió solemne y después nos despedimos. Cuando terminé de hablar con Mark, salí a la sala.

—Ya pedí la *pizza*, debe llegar en cualquier momento.

—Mark me llamó, no vendrá esta noche —dije suspirando y me dejé caer en el sillón.

—Qué pena —hizo un mohín—, pero tienen toda la vida por delante, ya tendrán oportunidad de estar juntos.

—Sí, tienes razón.

Más tarde, comimos *pizza* en la sala viendo por millonésima vez *Como si Fuera la Primera Vez*. Amábamos esa peli. Verla me hizo pensar en la señora Pierce. En la trama, la protagonista no es capaz de mantener los recuerdos de corto plazo y el protagonista debe enamorarla cada día. Ella perdía todos los recuerdos de las últimas veinticuatro horas, como si nada hubiera pasado. El Alzheimer, en cambio, es una enfermedad progresiva que afecta la memoria y otras importantes funciones mentales. Tristemente, llegaría el día en el que Abby no tendría ningún recuerdo.

Eran las diez de la noche cuando Claire se fue. Me cambié la ropa por un pijama y me metí a la cama esperando poder quedarme dormida rápido, tenía que levantarme temprano para ir a trabajar.

«¿Estás dormida?». Me escribió Mark al momento que programaba la alarma a las seis de la mañana.

«No, recién estoy acostando apenas». Respondí y unos segundos después él estaba llamándome. Dijo que quería escuchar mi voz y desearme buenas noches, que no veía la hora de estar conmigo, que me extrañaba y que lamentaba que no pudiéramos estar juntos. Le dije que también lo extrañaba y que esperaba verlo en unas horas.

—Y yo, no soportaría pasar un día entero sin verte.

—¡Qué exagerado! —Me burlé sintiendo cosquillas en el estómago. Me encantaba que me dijera esas cosas.

—Es en serio. Eres como una droga, estar sin ti es como vivir en abstinencia.

—Dios mío. —Me reí más fuerte.

—Me encanta tu risa, inventaré mil maneras para siempre escucharte reír.

—Y a mí me gusta mucho que me hagas reír.

—¿Y yo también te gusto mucho? —preguntó con expectativa.

—Sí, me gustas mucho, Mark.

—Es que soy irresistible —bromeó riéndose. Pero tenía razón, lo era, al menos para mí.

Después de hablar un rato más, nos despedimos con la promesa de vernos al día siguiente. Ambos anhelábamos ese momento.

\*\*\*

Estaba llegando a la oficina cuando Mark me llamó para darme los buenos días y saber cómo estaba. Le dije que había dormido bien y que solo tenía un poco de náuseas, pero que era normal en las mañanas. Le pregunté por su madre y contestó que pasó una buena noche y que lo más seguro era que la darían de alta en la tarde. Me alegré al saberlo y prometí que iría a visitarla más

tarde, cuando saliera del trabajo. Él estuvo de acuerdo y me dijo que estaba de camino a su casa, que tomaría una ducha y descansaría antes de volver al hospital. Nos despedimos y estacioné el auto frente al edificio donde trabajaba.

Una vez en la oficina, tuve una reunión con Joel, quien vino a informarme de los avances del caso que investigaba. Él era muy bueno en su trabajo, pero nunca perdía oportunidad de insinuármeme. Era atractivo, alto, fornido, de piel canela y ojos color cielo, el hombre era un total deleite para la vista, pero hasta ahí llegaba su encanto, porque era demasiado pretencioso para mi gusto.

Joel había hallado a una nueva sospechosa, Helen Marin, la compañera de habitación de Emily. Ella había sido descartada por la policía porque tenía una coartada, fue vista en una fiesta a la misma hora que se determinó la muerte de Emily, pero Helen tenía una gemela idéntica, y Joel sospechaba que era ella quien se encontraba en la fiesta en su lugar. Su motivo, ambas eran candidatas para ser pasantes de la doctora Marie Stevenson, una genetista destacada que trabaja actualmente en una posible cura para la enfermedad de Huntington; Stevenson elegía cada año a un estudiante para trabajar junto a ella en su laboratorio de investigación. Helen y Emily resultaron finalistas entre treinta estudiantes que optaron al puesto. La doctora Stevenson daría los resultados en unos días.

—Buen trabajo, Joel. Solo necesitamos probarlo.

—Trabajo en ello, te informaré tan pronto tenga noticias —dijo antes de marcharse.

Al mediodía, salí almorzar y regresé a la oficina. Terminé lo que tenía pendiente y llamé a Mark para saber si podía ir a ver su madre. Él estuvo encantado con que fuera y dijo que me estaría esperando.

Antes de ir, fui a mi apartamento para cambiarme la ropa. Me puse unos jeans y una camisa blanca de lino con cuello tipo Polo, con estampado de lunares negros, manga corta. Era el *look* adecuado para visitar a la madre de Mark. No quería dar la impresión equivocada en esa ocasión, aunque ella no hizo distinción cuando me conoció, fue amable y atenta conmigo. Recordaba esa noche y me daban ganas de matar a Mark. Me tendió una emboscada a la que no pude negarme, su madre no tuvo la culpa de la insensatez de su hijo. Pero no todo fue malo, disfruté de la mejor lasaña de mi vida y conocí a una mujer encantadora a la que le tomé mucho cariño, quien además era la abuela de mi hijo, la única que podría conocer. Se me colmaron los ojos de lágrima al pensar en mi mamá. Me hacía mucha falta. Cuánto hubiera dado por un abrazo suyo, cálido y amoroso, como solían ser. Sin poder evitarlo, las lágrimas se me desbordaron. Pensar en mamá siempre me ponía nostálgica, más desde el embarazo. Me hubiera gustado tenerla junto a mí durante esa etapa, también cuando mi hijo naciera y a través de su crecimiento. Me había hecho falta más veces de las que podía contar. Crecí odiando haberla perdido tan pronto, lo que forjó mi carácter. Tal como dijo Claire, me costaba abrirme a las personas, mi círculo de confianza era reducido, pero, con la llegada de Mark a mi vida, eso iba a comenzar a cambiar.

Me sequé las lágrimas y retoqué mi maquillaje, solo me apliqué un poco de polvo compacto y labial. Elegí un bolso pequeño donde entraran las llaves y mi celular y salí del apartamento.

Cuando llegué al hospital, vi a Mark esperándome en la entrada, causando que mi corazón se acelerara de la emoción.

—Ahí está mi chica —dijo cuando me bajé del auto, había venido a mi encuentro. Estaba sonriendo de manera dulce y apasionada. Lo abracé y lo besé como moría de ganas por hacer, como él también deseaba. Cualquiera habría pensado que nos habíamos reencontrado después de mucho tiempo, cuando solo nos habíamos separado algunas horas—. Estaba destinado a

encontrarte —pronunció con una emoción tan genuina que traspasó sus palabras y se reflejó en su mirada. Y volvió a besarme cándida y apasionadamente, como si no existiera nadie más que nosotros en aquel lugar y momento. Pero pronto nos dimos cuenta de que no estamos solos, las sirenas de una ambulancia acercándose nos recordaron donde nos encontrábamos y recuperamos el decoro y la razón. Dejamos de besarnos, mirándonos a los ojos con la promesa de continuar después, en íntimo.

De camino a la habitación, Mark me dijo que su madre tal vez no me recordara, que había despertado ese día con recuerdos de una época diferente de su vida, cuando su esposo aún vivía. Me causó tristeza saberlo, pero no demostré mis sentimientos, Mark necesitaba que fuera fuerte.

Al entrar, ella me miró y le preguntó a su hijo quién era yo. Estaba recostada en la cama, arrojada hasta la cintura con una sábana blanca. Vestía una blusa de seda muy fina en lugar de la bata hospitalaria, su cabello estaba perfectamente peinado y se había maquillado, colorete en los pómulos y carmín en los labios. Se veía regia, no parecía una paciente hospitalizada.

—Mamá, ella es Laurel, mi novia. ¿Recuerdas que te hablé de ella?

—Oh, sí. Tú eres Laurel, la novia de Mark que está embarazada de mi nieto. Estoy tan contenta. Me muero de ganas por tener a mi nieto o nieta ya en mis brazos.

—Un placer conocerla, señora Pierce. —Hice un esfuerzo por sonreír, aunque por dentro lloraba. No me recordaba ni un poco. Si yo me sentía así, no podía imaginar cómo era para Mark y Anna.

—Nada de señora, somos familia ahora. Dime Abby —dijo con amabilidad—. Estoy tan alegre de que al fin encontraras una buena mujer con quien compartir tu vida. Les deseo toda la felicidad del mundo, que el amor, la comprensión y la pasión sea una llama que logren mantener siempre viva —dijo con sentimiento. Y supe de quién heredó Mark su lado romántico.

—Gracias, Abby. Le prometo que pondré todo de mi parte para que así sea.

—Y yo prometo que la amaré, cuidaré y protegeré sobre cualquier cosa.

—¡Oh, pero qué bonito, amor mío! Siento que estamos en su ceremonia nupcial —dijo secándose las lágrimas que no había notado en su cara. A mí se me formó un nudo en el estómago. Hablar de una boda era demasiado pronto, apenas habíamos iniciado una relación de noviazgo, estábamos lejos de casarnos.

En ese momento, entró una enfermera para anunciar que Abby estaba de alta y el tema de la ceremonia quedó en segundo plano, gracias al cielo.

—¡Ya era hora! Aquí me han tratado muy bien, pero no hay como estar en mi casa.

—No se preocupe, Abby. Siempre nos alegramos de que los pacientes regresen a casa con buena salud. —Le habló la enfermera con amabilidad—. Voy a retirarle la vía, luego el médico vendrá a hablar con usted y su hijo para que pueda irse.

Mark y yo nos movimos hacia el fondo de la habitación para que la enfermera hiciera su trabajo. Cuando terminó y salió, volvimos a acercarnos a Abby.

—Ya quiero estar en casa y hornear una tarta para Laurel. ¿Te gustan las tartas, cariño? También puedo hacer unos *brownies* que me quedan divinos.

—Mamá, no creo que puedas cocinar todavía, tienes que guardar reposo. Sufriste una caída y una contusión ¿recuerdas? —Le preguntó Mark con cautela, poniendo su mano sobre la de ella.

—Por supuesto que recuerdo, Mark, pero me siento bien.

—Lo sé, pero por el momento, no puedes entrar a la cocina. Más adelante le harás a Laurel todos los postres que desees.

—Sí, Mark tiene razón. Yo estaré encantada de ir a su casa el día que quiera.



—¿En serio? ¡Qué alegría! Tú eres la nuera que siempre quise tener, no eres para nada como esa mezquina de Deborah. Nunca me gustó, vi a través de sus supuestos encantos y su sonrisa fingida, y se lo dije a Mark, pero él no me escuchó.

—Mamá —rió Mark en tono de advertencia.

—Solo digo la verdad —dijo sin disculparse.

Después de escuchar la historia de Mark con esa mujer, entendía la aversión que sentía Abby por ella y porque a Mark no le gustaba que hablaran de ella.

—¿Y ya han pensado en algún nombre para mi nieto o nieta?

—Sí —asentí sonriéndole, me hacía mucha ilusión darle nombre a mi bebé—. Me gusta Brandon si es niño y Amy si es niña.

—Oh, Amy es dulce. Pero si es niño, puedes ponerle Mark, como su padre —dijo con una gran ilusión. Y no fue hasta que lo dijo que consideré ese pequeño gran detalle: elegir el nombre del bebé ya no era solo cosa mía. Pero no quería que se llamara Mark. ¿Cómo se lo decía a Abby sin herirla? ¿Y si Mark tenía la misma ilusión de nombrarlo como él? No quería decepcionar a ninguno.

—Aún hay tiempo para elegir un nombre, mamá. No tenemos que decidirlo ahora. Cuando Laurel y yo lo sepamos, serás la primera en enterarte. Lo prometo —respondió Mark antes que yo pudiera contestar. Lo sabía, sabía que no quería ponerle su nombre a nuestro hijo, pero no parecía triste ni disgustado.

—Está bien, cariño. Seguro le darán un nombre precioso, como seguro va a ser mi nieto o nieta, teniéndolos a ustedes como padres. Tú eres guapísimo, igual que tu padre. Y Laurel es tan hermosa y dulce...

—Gracias, Abby —dije con pena, no estaba acostumbrada a escuchar ese tipo de elogios. Sabía que era bonita y que tenía atributos que llamaban la atención de los hombres, pero era lindo que alguien me lo dijera con tanta amabilidad y afecto.

—Es la verdad, cariño. Pensé que mi Mark exageraba cuando dijo que eras la mujer más bella que había conocido, pero cuando te vi, le di la razón. Eres hermosa en el exterior y más aún en el interior, la nobleza no es algo que se pueda fingir —sonrió con calidez—. No he necesitado más que un poco de tiempo contigo para saber cómo eres y no puedo estar más feliz por mi Mark, siempre he querido lo mejor para mis hijos. Ninguna madre quiere que sus hijos sufran nunca, mucho menos que alguien los lastime. Confío en que tú lo sabrás apreciar como hombre y como el padre de tu hijo, sin importar lo que traiga el futuro.

—Lo hago, Abby. Estoy segura de que Mark es el hombre de mi vida —aseguré con certeza, sintiendo como si un enorme agujero se abriera en mi estómago.

Mark se me acercó, entrelazó nuestros dedos y me besó el dorso con dulzura. Lo miré y vi en sus ojos la emoción que mis palabras le habían inspirado.

—Bésala ya, cariño. Sé que quieres hacerlo —pidió Abby a su hijo, pero ni él ni yo queríamos dar un espectáculo delante de ella, así que solo nos miramos y sonreímos, sabiendo que, cuando estuviéramos solos, nos daríamos todos los besos que nos debíamos.

—Iré a hablar con el médico para que podamos llevarte a casa —dijo Mark caminando hacia la puerta—. Y no interrogues a Laurel en mi ausencia —advirtió antes de salir, mirándola con las cejas alzadas. Su madre se rio, lo hizo hasta que él cerró la puerta murmurando algo que no alcanzamos a entender.

—Nunca lo vi tan feliz que ahora. Estuvo amargado durante mucho tiempo, pero no creo que haya amado a Deborah, ella no es una mujer que los hombres amen, es alguien a quien codician, es

un trofeo —dijo tomando seriedad, estuvo esperando este momento—. No creas nada de lo que ella pudiera decirte. Porque volverá, cuando se entere que Mark está contigo, que es feliz, querrá arruinarlo. Deborah es manipuladora, es mentirosa, es la peor persona que he conocido en toda mi vida. —El desdén estaba presente en su voz, sembrando en mí la misma aversión hacia esa mujer. Mucho daño debió haber hecho para ganarse el desprecio de alguien como Abby—. No le digas a Mark que te he dicho esto, él no quiere que sea mencionada, piensa que exagero, pero sé muy bien lo que digo.

—No se preocupe, estaré atenta y no le mencionaré nada a Mark.

—Bueno, me quedo más tranquila —suspiró pareciendo aliviada—. Entonces... ¿qué tan seria es esta relación para ti?, ¿te casarías con mi hijo si te lo propone? —preguntó sin rodeos, tomándome por sorpresa. *¿Le dijo que pensaba proponerme matrimonio?*—. No es el que me haya dicho nada —aclaró interpretando la expresión en mi cara. Mark debió heredar de ella su capacidad de intuición—, pero sé que te lo pedirá, Mark te quiere, es un hombre de familia, esperan un hijo...

*¿¿Lo está diciendo en serio!?*

*No diré que no me emociona la idea de casarme con Mark, pero pensar en matrimonio es muy prematuro. Además, no somos una pareja convencional, espero un hijo suyo, sí, pero eso no significa que deba pedirme matrimonio. Si quiere hacerlo, que sea porque me ama, no porque piense que es su deber.*

Mark volvió a la habitación y Abby cambió de tema.

—Le estaba contando a Laurel de Stella y lo mucho que he extrañado. Es una gata encantadora ¿verdad que sí, amor? —Mark asintió melancólico y después sonrió.

## Capítulo 19

Abby me invitó a su casa cuando fue momento de salir del hospital. Acepté encantada, pese a que sabía que Anna estaría presente. Pensé en tomarlo como una oportunidad para intentar hacer las paces con ella, pero no tuvimos ocasión de hablar, porque tan pronto llegamos, la llamaron por una emergencia con una paciente y tuvo que marcharse. Se disculpó antes de salir, no sin antes darles un beso y un abrazo a su madre y a Mark. De mí, se despidió con un gesto y una sonrisa.

No pude evitar sentir añoranza. Confiaba en ella como obstetra y como persona, le hablé de mis miedos y mis temores, y ella me dio palabras de aliento que me otorgaron el valor que necesitaba para tomar la decisión más trascendental de mi vida. Por eso, cuando me enteré de lo que había pasado de boca de un desconocido, lo que vi como una vil emboscada, me sentí traicionada, aún lo hacía, y aunque tenía toda la intención de pasar página y seguir adelante, no podía hacer como si nada hubiera pasado, como aparentemente había hecho Anna.

Tal vez estaba siendo muy dura, pero así me sentía y no encontraba la forma de subsanar esa herida. A pesar de mi malestar, supe disimularlo y actué con normalidad durante el tiempo que estuve con Abby y Mark, cerca de tres horas.

Abby tomó el baño que tanto ansiaba, en compañía de Linda, una de las enfermeras que siempre la atendía. Había mantenido la lucidez casi todo el día, lo que tenía muy contento a Mark. Mientras tanto, Mark y yo disfrutamos un momento a solas en la sala familiar, donde compartimos los besos que nos habían negado las circunstancias, aunque quedando insatisfechos porque pronto Abby estaba de regreso y muy dispuesta a alargar la velada hasta altas horas de la noche.

Pedimos comida china y cenamos alrededor de la mesa, Mark su madre y yo, en medio de una charla amena y tranquila, dirigida por Abby, quien estuvo hablando la mayor parte del tiempo de Mark cuando era un niño. Me encantó escuchar todas las anécdotas que tenía para contar, como cuando se vestía con la ropa de su padre y jugaba a ser abogado. O de las veces que defendió a Anna de los niños que se burlaban de ella por usar gafas y frenillos.

Eran casi las once de la noche cuando Abby se despidió para ir a dormir. Le dio un fuerte abrazo a su hijo, junto con un beso, y le dijo que lo amaba muchísimo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Tal vez iba a pasar mucho tiempo antes de que pudiera recordarlo y darle un abrazo igual. También me abrazó a mí, me besó y expresó con emoción lo contenta que estaba de que fuera su nuera. Ya no me pude contener, lloré como una magdalena y Abby me abrazó tan fuerte que, por un instante, sentí que era mi mamá abrazándome. Fue un momento agri dulce. Cuando logré serenarme, Abby me secó las lágrimas con sus manos y me besó la frente, tan amorosamente como lo haría una madre con su hija.

Tan pronto ella se fue, Mark se acercó a mí y me preguntó si estaba bien. Asentí y sonreí, sin querer hablar por temor a que mi voz sonara rota.

Antes de irnos, Mark habló con la enfermera y le dio algunas indicaciones. Ella prometió cuidar bien de su madre e informarle si llegaba a sentirse mal. Anna seguía en el hospital, su paciente se complicó y debía mantenerse cerca de ella. Tras despedirse de Linda, Mark tomó mi mano y caminamos juntos hasta la puerta principal. Volvió a preguntarme si me encontraba bien, me acunó el rostro y me miró a los ojos.

—Extraño a mi mamá —murmuré con un hilo en mi voz, las lágrimas ya cayendo por mis mejillas.

—Lo siento mucho —dijo enternecido y me envolvió con un abrazo fuerte que me llegó al alma. Me aferré a él y sollocé la pérdida de mi madre como si fuera reciente, era la primera vez que la lloraba con alguien que me hacía sentir segura—. Sé que nada de lo que diga te hará sentir mejor, pero ten la certeza de que siempre estaré para ti. Pase lo que pase, cuentas conmigo.

—Gracias —balbuceé con la cara escondida en su pecho, aun llorando, pero encontrando la calma poco después. Fue liberador compartir ese momento con Mark. No dejaría de añorar a mi madre por mucho que pasaran los años, por muchas lágrimas que derramara, pero ahora había alguien que podía entender cuánto dolía perder a alguien que llevas metido en el corazón.

—Déjame verte —pidió con mesura. Suspiré y me sequé las lágrimas con los dedos antes de alzar mi rostro hacia el suyo y encontrarme con su cálida mirada—. No hay nada que debas agradecerme. Tu dolor es el mío. Tu alegría, la mía. Eres parte de mí, Laurel. Ha sido así desde la primera vez que te tuve en mis brazos y nada en este mundo hará que me aparte de tu lado. Tenlo muy presente porque planeo estar junto a ti hasta que dé mi último aliento.

—Dios, Mark. ¿Cómo dices cosas tan bonitas? —pregunté sintiendo una felicidad repentina que cambió mi llanto en sonrisa. Mark se encogió de hombros y ladeó la cabeza como diciendo *no tengo ninguna idea*—. No importa, solo no dejes de hacerlo. —Me paré en las puntas de mis pies, acercando mis labios sobre los suyos, y lo besé con pasión y delirio, completamente perdida en la lujuria que el candor de su boca y la cadencia de sus caricias desataron en mí. Lo deseaba más que a mi próximo aliento, no quería esperar más.

—Mi casa queda más cerca que tu apartamento —propuso con voz ronca, respirando con dificultad.

—Llévame —dije vehemente.

Él envolvió mi mano con la suya y me condujo al exterior de la vivienda de su madre, el frío helado de la noche colisionó con nuestros cuerpos ardientes. No nos importó. Pronto, estuvimos en su auto, él tras el volante y yo en el puesto del copiloto. La voz Sting sonaba en los altavoces mientras Mark conducía a la máxima velocidad permitida rumbo a su casa, donde finalmente estaríamos a solas y podríamos darle rienda suelta a nuestra pasión.

Cuando Mark detuvo el auto frente a su casa, mi corazón comenzó a latir ferozmente. Me temblaban las manos y sentía el pecho oprimido. Era presa de los nervios, de las emociones que a duras penas podía ocultar. No sabía qué me pasaba, no era una adolescente inexperta, era una mujer, había estado con otros hombres antes, pero con Mark todo se sentía diferente, más emocionante, más excitante. Además, se trataba del padre de mi hijo, no era alguien que podía dejar atrás si no funcionaba, él estaría alrededor siempre.

Mark envolvió mi mano con la suya y electricidad recorrió mis dedos y se reflejó entre mis muslos vigorosamente, nublando mis pensamientos. Ya no era una sorpresa para mí que mi cuerpo reaccionara de esa manera, a veces, solo bastaba una mirada suya para incitarme. En silencio, alzó nuestras manos unidas y me besó los nudillos con toques suaves, amables, mientras con el

dedo pulgar me acariciaba el dorso, provocándome aún más. Volteé a mirarlo y sentí un vuelco en el estómago cuando vi en sus irises reflejado el mismo fuego que a mí me consumía.

—Te quiero, Laurel, más de lo que podría expresar con palabras, más de lo que pudiera demostrarte —dijo mirándome con embeleso y devoción, haciéndome sentir especial, querida... Él llenó el vacío que no sabía que existía dentro de mí, se convirtió en el complemento que había estado esperando, aún sin saberlo.

—También te quiero —expresé sin temor, sintiéndolo en mi corazón, en todo mi ser...

Mark me acunó el rostro y me besó con ímpetu y fervor, afirmando con cada roce de sus labios sobre los míos el deseo que sentía por mí y los sentimientos que segundos antes había declarado.

—Ya no creía en el amor, me hice un cretino, pero te conocí y me recordaste quién era, me regresaste la fe —dijo mirándome a los ojos, con sus manos aún en mi rostro—. Eres lo mejor que me ha pasado, Laurel. No veo mi vida sin ti, no quiero una vida sin ti —pronunció con aquella dulzura que a mí me enamoraba. Era un hombre romántico y apasionado.

—Ni yo sin ti, Mark. Deseo de todo mi corazón que nuestra historia sea tan larga como los años que podamos sumar.

—Entonces hagamos que cada minuto cuente —dijo apartando suavemente sus manos de mi rostro, se bajó del auto y vino por mí, abriéndome la puerta con caballerosidad. Me ofreció su mano, le tendí la mía y me ayudó a bajar.

El aire frío de la noche me envolvió rápidamente y me estremecí. Mark, al darse cuenta, me abrazó y, caminando juntos, transitamos el sendero de adoquines que nos condujo al pórtico de su vivienda. Tuvimos que separarnos cuando estuvimos frente a las escaleras, eran solo cuatro peldaños, pero iba a ser difícil subir abrazados. Primero subí yo y luego Mark.

Ya tenía las llaves de su casa en las manos cuando se paró a mi lado. Se acercó a la puerta, la abrió rápidamente y me invitó a pasar, manteniéndola abierta para mí. Caminé delante de él y entré al vestíbulo, notando el moderno recibidor ubicado a la derecha, compuesto por un mueble con tres cajones y espejo, con acabado lacado, color blanco. Sobre la mesa, se encontraban tres portarretratos de marco de acero. En uno, había una fotografía de Mark luciendo su toga de juez con mucho orgullo, la expresión de su cara mostraba su emoción. En otro, había una de él y su madre con un hermoso paisaje de arbustos verdes en el fondo, ambos sonriendo. Mark pasó su brazo por encima del hombro de Abby, atrayéndola a él. No debía tener más que unos años de antigüedad, tanto él como su madre lucían casi igual que en la actualidad. Quizás para entonces ella aún no había sido diagnosticada. Aquel pensamiento me entristeció, Abby era una mujer alegre y vivaz, no merecía pasar por una enfermedad tan cruel que le robaría los mejores recuerdos de su vida. Miré aquella foto un breve momento más antes de observar la última, un retrato familiar en el que estaba presente el señor Pierce junto a su esposa.

—Papá murió unos meses después de ese día —dijo Mark detrás de mí, causando que mi corazón se acelerara. No sabía que estaba detrás de mí.

—Lo siento —susurré frunciendo los labios. Había perdido a mi madre a muy temprana edad, sabía lo que se sentía.

—Gracias —pronunció solemne y se acercó a mí, abrazándome por la espalda. Sus fuertes manos rodearon mi cintura y me atrajeron hacia él, pegándose a su cuerpo. Me estremecí al sentir su erección tallándome la espalda y su respiración en mi cuello—. Realmente está pasando, estás aquí —susurró en mi oído, causándome calosfríos, y me besó en un punto sensible detrás de mi oreja que reavivó la flama de mi libido.

Ansioso, me giró hacia él y me devoró los labios, lamiendo y succionándolos con apetito

insaciable, penetrándome la boca con su lengua mientras me acariciaba la espalda suavemente. Yo le tocaba el pecho, el cuello, el pelo... Mis manos se movían tanto como podía, inquietas, ávidas, mientras sentía su dureza frotándose sobre mi vientre, no donde lo quería, porque él era más alto que yo. Tuve el impulso de subirme a sus caderas y cabalgarlo, pero fue solo una idea que rápidamente se esfumó. Estaba embarazada, debía ser cuidadosa, ambos debíamos serlo.

—Mark —susurré dejando de besarlo—. ¿Crees que será seguro para el bebé si hacemos esto? —pregunté inquieta, no quería correr ningún riesgo.

—Sí, estuve investigando y leí que el sexo durante el embarazo es saludable y seguro. Nuestro bebé está protegido por el líquido amniótico y también por los músculos del útero. Pero podemos esperar a que lo hables con tu doctora, si eso te hace sentir más tranquila —dijo comprensivo, lo que sin duda se ganó mi admiración.

—Confío en ti, Mark. No tenemos que esperar —aseguré convencida. Mark había dicho las palabras adecuadas para darme seguridad.

Me acerqué a él, crucé mis manos por encima de sus hombros y lo besé con pasión, adorando sus labios con el mismo ímpetu que él había tomado los míos.

Mark me envolvió entre sus brazos y me atrajo más a su cuerpo, penetrándome la boca con la lengua mientras me acariciaba la espalda y el pelo. Segundo a segundo, el beso se hacía más intenso, más exigente, y lo escuché decir con voz ronca que quería llevarme a su habitación.

Me separé de él y, mirándolo, le dije que me llevara.

Me tomó de la mano y subimos las escaleras juntos. Mi corazón latió desahogado desde que comenzamos a subir, e intensificó sus latidos cuando llegamos al piso superior. Su habitación se encontraba a nuestra derecha, la puerta estaba abierta y la luz apagada. Con su mano aún envuelta en la mía, Mark me invitó a entrar y las luces se encendieron automáticamente. Recorrí el espacio rápidamente con la mirada y distinguí color gris claro de las paredes, cortinas negras y blancas cubriendo un ventanal de suelo a techo y una cama tamaño *king* ubicada en el centro, cubierta con sabanas negras de algodón. A cada lado de la cama, había dos mesitas de noche de *Ikea*, de dos cajones, color gris oscuro. En cada mesa, había una lámpara moderna plateada con soporte de porcelana, que combinaba con toda la decoración. Frente a la cama, contra la pared, estaba un mueble flotante para televisión que sostenía una gran pantalla de televisión.

Cuando Mark movió su dedo pulgar sobre el dorso de mi mano, lo miré y el entorno se desvaneció. Nada más me importaba. Se paró delante de mí y me acarició los brazos con ambas manos, recorriendo mis hombros y mi clavícula, y sosteniendo mi cara entre sus manos para besarme de la forma que lo hacía en el vestíbulo, como si solo hubiéramos hecho una pausa y retomáramos el beso justo donde lo dejamos. No pasó mucho antes de que comenzara a quitarme la blusa, lo que no supuso mayor esfuerzo. Era una blusa holgada, sin botones, que salía fácilmente por encima de mi cabeza. Después, se deshizo de mi camiseta de tirantes y, por último, de mi sostén, desabrochándolo con una habilidad formidable. La delicada prenda de encaje terminó en el suelo, sobre el resto de la ropa, y mis pechos quedaron expuestos delante de él.

—Eres tan hermosa, tan perfecta —susurró acunando mis pechos en sus palmas, los amasó suavemente y rozó con sus pulgares mis pezones sensibles, que se endurecieron bajo su tacto. Un segundo después, los adoraba con su lengua y labios, succionando, lamiendo y pellizcando mis protuberancias con sus dientes, con la misma dosis de lujuria y devoción.

Jadeé extasiada ante la más deliciosa de las torturas, que combinaba placer y dolor. No sé cuánto tiempo estuvo perdido en mis pechos, solo sé que lo disfruté como jamás en la vida lo había hecho. Incluso, puedo decir con plena certeza, que nadie nunca fue capaz de hacerme excitar

tanto con solo besarme los pechos.

—Vamos a la cama —dijo en tono imperativo, con los ojos llenos de lujuria y el aliento cortado.

Caminé hacia la cama, me tumbé en ella, de espaldas, y él se arrodilló en el suelo para quitarme las sandalias. Desabrochó la correa de la una y la dejó caer contra el suelo. El mismo destino tuvo la segunda. Cuando mis pies estuvieron desnudos, los masajeó suavemente y me besó los tobillos. Me gustó, todo lo que él me hacía, me fascinaba. Luego, se levantó del suelo y se inclinó sobre mí, llevando sus dedos a la pretina de mis jeans, haciendo un rápido contacto con mi piel que envió electricidad a mi pelvis. Estaba tan sensible, tan necesitada, que cualquier contacto estimulaba cada zona erógena de mi cuerpo. Desabrochó el botón, bajó el cierre y me quitó el pantalón, tirando suavemente de él hacia abajo

—Eres preciosa, amor —pronunció deslumbrado, admirando mi cuerpo como si fuera el más hermoso que sus ojos hubieran visto. Inclinandose una vez más, me quitó las bragas y las deslizó a través de mis piernas con parsimonia, mirándome en todo momento.

Ya desnuda, se arrodilló una vez más en el suelo, me acercó a él, posicionando mis nalgas al borde del colchón y mis piernas sobre sus hombros, y sentí su respiración sobre mi pubis.

Contuve el aliento.

*Hazlo, Mark. Bésame.*

Y como si hubiera tenido una conexión extrasensorial que le otorgara la capacidad leerme la mente, llevó sus labios a mi zona más sensible y me besó los labios externos, succionando y lamiendo los internos como un hambriento.

Yo me estremecía con cada roce, con cada caricia de sus labios y lengua en mi femineidad, y jadeaba su nombre constantemente, pidiendo más, queriendo más... Y eso obtuve. Su lengua golpeó mi nudo de nervios hinchado una y otra vez e introdujo dos dedos en mi abertura, penetrándome y estimulándome el clítoris al mismo tiempo, llevándome a alcanzar el orgasmo más poderoso que alguna vez haya experimentado.

Cuando me recuperé, Mark bajó mis piernas de sus hombros y sitió mi boca con un beso demandante y febril, el cual correspondí. Probé mi esencia en sus labios y en su lengua y fui poseída por la pasión, que dominaba cada uno de mis sentidos y mis pensamientos. No tenía vergüenza ni pudor, aun cuando solamente yo estaba desnuda. Deslicé mi mano hasta el borde de su suéter y tiré de él hacia arriba, dejando claras mis intenciones. Mark me ayudó a quitárselo y lo lanzó en el suelo cuando la sacó por encima de su cabeza, concediéndome lo que sin palabras había pedido. Todavía conservaba sus pantalones y el calzado, pero solo era cuestión de tiempo para que estuviera tan desnudo como yo. Se puso en pie y se despojó del resto de la ropa, incluso del bóxer, exponiendo su desnudez.

Quedé sin aliento cuando vi su miembro completamente erecto apuntando hacia mí, era el más grande que había visto. Mi pelvis se tensó. No quería esperar más, estaba impaciente. No tenía miedo, sabía que él no haría nada que lastimara a nuestro bebé. Él lo amaba como yo.

Mark trepó a la cama, separó mis piernas y llevó su glande a mi abertura, que se hallaba empapada. Y mirándome a los ojos, me penetró lentamente mientras me ajustaba a su tamaño.

Su nombre escapó de mi boca con un sinuoso jadeo una vez estuvo plenamente unido a mí.

—Te sientes tan bien, tan perfecta para mí —murmuró sin moverse, sus ojos exudaban lujuria y fascinación mientras me observaban quedamente. Pero aquella calma solo perduró un breve momento, porque, tan ansiosa como estaba yo, se encontraba él, y pronto comenzó a moverse dentro y fuera de mí, con un vaivén acompasado y enloquecedoramente lento que me robaba el

aliento y la voluntad.

Estaba a su merced, enajenada en las sublimes sensaciones que me producía con cada embestida.

—Te amo, Laurel. Soy tuyo, en cuerpo y alma —recitó segundos antes de penetrarme más profundamente, tocando un punto sensible en mi interior que me hizo gritar de puro placer.

No me dio tiempo de recobrar el aliento antes que volviera a penetrarme de la misma forma, pero esta vez, tocándome el clítoris con el dedo pulgar, lo que me empujó dentro de un bucle de completo frenesí que no se cesó hasta que, juntos, nos dejamos llevar por la más exquisita y sublime de las sensaciones.

Permaneciendo unidos, se aceró y me besó castamente, consumiendo los pequeños jadeos que seguían saliendo de mi boca, dándome los suyos... Cuando ambos estuvimos en calma, se retiró de mí, se bajó de la cama y se dirigió al baño, desnudo. Mis ojos estuvieron fijos en su fornido trasero hasta que lo perdí de vista.

Exhalando, me dejé caer en el colchón y luego sonreí. Me sentía sumamente feliz, más de lo que hubiera imaginado.

No pasó mucho antes de Mark regresara, con una toalla envuelta en sus caderas. Acercándose a la cama, me elevó en sus brazos sin ninguna dificultad y me llevó al baño.

—Voy a asearte —dijo con un susurro ronco que incitó cada parte sensible de mi cuerpo. Lo deseaba más que antes, porque ahora sabía cuánto placer me podía hacer sentir. Ansiosa, envolví su cuello con mis brazos y le arrebaté un beso que él bien supo corresponder, un beso que dijo “no he tenido suficiente de ti, quiero más”. Y a los breves segundos, estaba contra la pared del baño, mis piernas rodeando sus caderas, su miembro entrando y saliendo de mí y mis labios pronunciando incesantemente su nombre con cada embestida, que continuaron inclementes, dentro y fuera, hasta que alcanzó su liberación entre gemidos y exhalaciones guturales.

—Mi vida nunca más será la misma, no después de hoy, no después de ti —pronunció en voz baja, sin romper nuestra conexión, abrazándome, en tanto su pecho oscilaba al ritmo de su respiración.

—La mía tampoco —susurré devolviéndole el abrazo, feliz, complacida y emocionada hasta los huesos por lo que el futuro nos traería. La vida es más bonita cuando tienes con quien compartirla, aunque uno diga lo contrario cuando se siente herida, y esperaba no equivocarme al darle a Mark la oportunidad de ser parte de la mía.

Después de un tiempo, Mark me bajó al suelo y le pedí, muy apenada, que me dejara sola para hacer pis. Él se rio y dijo que ya me había visto desnuda, que no tenía que sentir vergüenza, pero simplemente no podía orinar con él viéndome. Cuando salió, me senté en el wáter y, mientras orinaba, me fijé en lo lujoso y amplio que era el baño. Recubierto con paredes y pisos de mármol, con una lujosa tina de porcelana en forma ovalada en la que perfectamente cabían dos personas. Estaba llenándose, Mark debió abrir las llaves cuando entró. En el extremo opuesto, se encontraba la ducha, un espacio resguardado por paneles de vidrio esmerilado que ocupaba al menos tres metros cuadrados de la sala de baño.

El sistema automático de bombeo se activó cuando terminé de orinar, me limpié con papel higiénico y caminé hacia el área de lavabo. Una gran pieza de mármol contenía sobre ella un moderno óvalo de vidrio esmerilado y, contra la pared, había un gran espejo de al menos dos metros de ancho y uno de largo, en el que pude observar que tenía el cabello revuelto y los labios hinchados, resultado de los besos que compartí con Mark, cuando, dominados por la pasión, hicimos una vez más el amor.



Mordiéndome la esquina del labio ante el recuerdo, me peiné un poco el cabello y me lavé las manos. Estaba por secármelas con una toalla cuando Mark preguntó si podía entrar. Dije que sí, pasó y me abrazó por la espalda. Su miembro semierecto me rozó las nalgas, un impulso eléctrico recorrió mi espina y halló su final entre mis muslos.

Estaba excitada de nuevo.

Mark también, podía sentirlo.

El espejo delante de nosotros reflejaba parte de nuestros cuerpos desnudos. Nuestras miradas coincidieron en él y mi interior se llenó con una rauda emoción. Lo quería, sin importar lo pronto que fuera, lo quería más de lo que me había permitido admitir.

Mark tomó mi mano y me condujo hasta la tina que estaba casi llena, espuma blanca flotaba sobre la superficie y contenía sales aromáticas que olían divino. Él entró primero y luego lo hice yo, sosteniéndome de su mano. Se sentó y apoyó la espalda en un extremo y yo me metí entre sus piernas, recostándome contra su pecho. Sentí su erección en mi espalda y mi vientre se tensó. Estaba lista para hacer el amor otra vez con él, pero no pasó nada más esa noche.

Después del baño, me puse una camiseta de Mark, él un bóxer, y nos acostamos acurrucándonos juntos, en posición cucharita, y nos quedamos dormidos sin mucho esfuerzo.

Las últimas horas habían sido duras y el cansancio nos venció.

## Capítulo 20

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado desde que me quedé dormida bajo el cobijo de Mark. Estuve encantada de que me tuviera entre sus brazos, pero después de algunas horas en la misma posición, me sentía un poco entumecida. Acostumbraba a dormir sola, a mis anchas, y desde que estaba embarazada, me levantaba más de una vez a orinar. Eso fue lo que realmente me despertó. Debía ir al baño, urgente. Intenté salir de debajo de Mark sin despertarlo, pero apenas me moví, me apretó más a él y susurró que no me fuera.

—Mark, cariño. Necesito levantarme un momento —hablé con urgencia, sentía que me haría pis en la cama si no iba justo en ese instante.

—No, quédate conmigo, amor.

—Lo haría encantada, pero me urge ir al baño, Mark.

—Está bien, nena, te estaré esperando. —La voz le salió más ronca por el tiempo que llevaba dormido y me pareció de lo más *sexy*. Ese hombre me tenía embobada y suspirando de amor.

Me bajé rápidamente de la cama cuando me soltó y corrí al baño, cerrando la puerta tras pasar. Después de vaciar mi vejiga, me lavé las manos en el lavabo y me peiné el cabello con los dedos. Lo tenía todo revuelto y un poco enredado. Cuando estuve conforme con mi aspecto, saqué enjuague bucal de la alacena detrás del espejo y me asesé la boca.

Mark estaba sentado en la cama para cuando salí del baño, se levantó y caminó hacia mí sonriendo

—Buenos días, preciosa. —Me tomó por la cintura y me dio un beso casto en los labios—. ¿Dormiste bien?

—De maravilla.

—Igual yo, me ha encantado tenerte entre mis brazos, ha sido una fantasía cumplida. Ojalá pudiera pasar todo el día contigo metido en la cama, pero debo ir al juzgado hoy.

—Y yo al bufete, hay un caso importante que debo atender. —Hice un puchero, la idea de pasar el día juntos era tentadora

—Aunque es temprano todavía. —Me acarició la espalda y desplazó lentamente sus manos hacia mis nalgas desnudas, acunándolas suavemente por debajo del dobladillo de su camiseta. Mi pelvis se tensó placenteramente respondiendo a su incitación.

Sin pensarlo dos veces, me colgué de él envolviendo sus caderas con mis piernas y jadeé cuando sentí su erección entre mis labios húmedos. Estaba lista para recibirlo dentro de mí tanto como él estaba preparado para complacerme.

—El mejor amanecer de toda mi jodida vida —dijo caminando conmigo colgando de él hasta la cama, me dejó caer suavemente contra el colchón y vino sobre mí, apoyándose en sus manos—. ¿Cómo te sientes? —Acomodó un mechón de mi pelo detrás de mi oreja con una mano y me acarició suavemente el rostro. Parecía preocupado.

—Estupenda —respondí confiada. No había tenido ningún tipo de molestia, todo estaba en orden.

Mark suspiró aliviado y continuó acariciándome la cara con delicadeza.

—Quería pasar toda la noche amándote, adorando ese hermoso cuerpo tuyo, pero quiero ser cauteloso hasta que nuestro bebé nazca. Después, te haré el amor una y otra vez, cada día, el resto de mis días... —dijo con denuedo. Se inclinó y me rozó los labios con los suyos, propiciando un beso que pronto se tornó febril, ávido, como nuestra pasión, que no se saciaba. Sus manos cálidas recorrieron mi piel desnuda por debajo de la camiseta, me tocó las caderas, la cintura, las costillas, y cobijó mis senos en sus palmas al final del recorrido, suavizando gentilmente mis pechos e incitando mis pezones con la yema de sus dedos.

—Mark —jadeé dominada por las sensaciones que despertaba en mí con cada roce, que se reflejaba en mi sexo, donde lo añoraba con ansías. Solo habíamos tenido intimidad dos veces y ya me había declarado adicta a él.

Mark continuó adorando mis senos un tiempo más, deleitándose con los gemidos que se escapaban entre mis labios, y después me desnudó, empleando una mano para quitarme la camiseta y otra para apoyar el peso de su cuerpo, cuidando de no aplastarme.

—Nunca dejaré de sorprenderme tu belleza —dijo levantándose de la cama, sus ojos mostraban arrojo y excitación y se paseaban ávidos por mi cuerpo, haciéndome sentir deseada y preciosa. Mientras me observaba con absoluta devoción, se quitó el bóxer y su miembro erecto, en toda su gloria, apuntó hacia mí, provocándome un espasmo estremecedor en el vientre. Recordaba cuán bien se sentía cuando me penetraba con aquel vaivén enloquecedor que me hizo llegar al éxtasis. Un instante después, sujetó mi pierna izquierda y me repartió besos desde el tobillo hasta el interior del muslo, tan peligrosamente cerca que se me atascó la respiración y mi corazón palpitó en mi garganta—. Hueles tan bien, tu esencia es adictiva —susurró entre mis labios antes de devorar mi sexo con deleite, lamiendo y succionando mis labios como si se tratara de manjar exquisito, el cual consumía con apetito insaciable, hasta llevarme a la cúspide del placer.

Mark esperó a que recobrará el aliento, se acostó a mi lado y me instó a que me subiera sobre él. Su miembro apuntaba firmemente hacia arriba, preparado para recibirme.

De mil amores, me levanté de la cama y me monté sobre él, uniéndome a él lentamente, ajustándome a su tamaño.

Exhalamos a la vez y nos miramos a los ojos con fervor, diciéndonos sin palabras lo que latía ferozmente en nuestros corazones. Sus manos se aferraron a mis caderas y me elevó suavemente, bajándome de regreso con cadencia, estableciendo el ritmo que llevaríamos. Pero no estaba sobre él para ser una sumisa, yo tomaría el control. Cabalgué sus muslos y meneé las caderas a un ritmo que a él lo estaba enloqueciendo, lo notaba en su expresión y por los excitantes gruñidos guturales que sonaban en su garganta. Mi nombre estuvo presente en su boca y el suyo en mis labios, entregados, pasionales...

Después de un tiempo, Mark me sujetó de las caderas y tomó el control de mis movimientos, logrando penetraciones más profundas y veloces que nos catapultaron a ambos al espiral del placer.

Sin romper nuestra unión, me acosté sobre él, le besé el rostro y lo abracé, hundiendo mi cara en su pecho, que subía y bajaba al ritmo de su respiración. El latido de su corazón retumbaba fuerte, igual que el mío. Me acarició la espalda y me besó el hombro, manteniéndome encima de su cuerpo tan cariñosamente que no quería despegarme de su lado. Pero debía hacerlo si quería llegar a tiempo al trabajo, ya había faltado el día anterior y no podía ausentarme otra vez, mucho

menos con un caso en las manos.

—Quédate un momento más, solo un poco más —pidió con voz gentil cuando intenté pararme, y no pude decirle que no, tampoco deseaba ir a ningún lado. Después de un tiempo, abandonamos la cama y decidimos tomar una ducha juntos en el baño. Mark me enjabonó desde los hombros hasta los pies, provocando que me excitara una vez más. Cuando tomé mi turno de enjabonarlo y estuve de rodillas delante de él, no resistí la tentación de tomar su miembro y llevarlo a mi boca. Lo chupé con delirio hasta que sentí su semen tibio derramándose dentro de mí. Nunca había dejado que alguien acabara en mi boca y me contentó haber esperado hasta Mark para hacerlo. Sentí que había logrado un nuevo grado de intimidad, sucedía cada vez que hacíamos el amor.

Al salir de la ducha, él se puso un pantalón de chándal y una camiseta, prometió prepararme el desayuno antes de llevarme a casa. Yo me vestí con la ropa que usaba cuando llegué, prescindiendo de las bragas, que estaban sucias. Bajamos las escaleras y me dio un rápido recorrido de la casa, que estaba conformada por un recibidor, una sala de estar, una oficina, un comedor y la cocina. Todo se hallaba ordenado y limpio, tenía a alguien que lo ayudaba con la limpieza una vez por semana, y también se encargaba de lavarle la ropa y llevar sus trajes a la tintorería. Norma, ese era su nombre. Fue una empleada de confianza que trabajó para su madre hacía unos años atrás, según me contó.

—Ven, hay alguien que quiero que conozcas —dijo caminando hacia una puerta, al fondo de la cocina. Sonreí suponiendo de a quien se refería y lo seguí. Mark abrió la puerta y salió primero, después lo hice yo, y vi a Rocky corriendo en su dirección, meneando la cola. Era un perro enorme, pero muy amigable—. Hola, amigo. Siento no haber venido anoche —le habló acariciándole las orejas—. Ella es Laurel, mi novia. Vino a conocerte. —Miró por encima de su hombro y me pidió que me acercara.

Di varios pasos hacia el perro y me hincué en el suelo para saludarlo. Él meneó la cola y lamió mi cara como respuesta. Me reí, ese había sido un buen inicio.

—Le gustas —mencionó Mark sonriendo.

—Sí, es un perro muy cariñoso. —Lo acaricié un rato y después se fue a comer. Mark estuvo llenando una taza con comida y otra con agua mientras yo estaba con el can.

Dejamos a Rocky en el patio trasero de la casa y volvimos a la cocina.

Mark se lavó las manos y me invitó a sentarme en un taburete detrás del desayunador, en tanto se encargaba de preparar la comida. Pero en lugar de sentarme, fui a buscar mi teléfono en la habitación, lo había dejado dentro del bolso. Debía tener un montón de mensajes de Claire y Nicole, siempre hablábamos en la noche y nos poníamos al día. Yo tenía mucho para contar.

Cuando volví a la cocina, puse mi bolso sobre el desayunador y me senté en el taburete más cercano a Mark. Él estaba ocupado en la estufa, pero se tomó un segundo para ver en mi dirección y sonreírme, gesto que provocó un alboroto en mi estómago. Estaba perdidamente enamorada de él, ya no había duda alguna.

Chasquéé la lengua cuando la pantalla no se encendió. Estaba sin batería.

—¿Me prestas un cargador?

—Sí, voy por él. —Salió de la cocina y volvió un par de minutos después, me indicó donde conectarlo y siguió cocinando. Cuando finalmente mi teléfono se encendió, comenzó a vibrar y a sonar con las notificaciones de *WhatsApp* y de mis *emails*. Claire había escrito en privado preguntando dónde estaba. Respondí que había pasado la noche con Mark y después leí la conversación que tuvo con Nicole en el grupo que teníamos. Mi prima preguntó por mí, que por qué no respondía los mensajes, y ella le dijo que tenía un problema con mi celular, que escribiría

cuando lo hubiera arreglado. Me sentí mal porque Claire tuviera que mentir por mí y prometí llamar a Nicole esa noche para contarle de Mark y del bebé. Ninguna estaba en línea en ese momento. Revisé los *emails* y no vi nada importante, así que bloqueé el teléfono y lo dejé en la mesa, centrándome en el atractivo hombre que me preparaba un desayuno que olía divino.

—Pensé que habías dicho que no sabías cocinar —mencioné recordando nuestra conversación.

—No sé, estoy improvisando —respondió de buen humor.

—Umm, huele muy bien. Seguro me encantará, como todo lo que haces —dije sugestivamente.

—Siempre intentaré estar a la altura de lo que mereces —dijo volteándose a verme con una mirada gentil.

—No necesitas esforzarte mucho, ya has superado mis expectativas.

—¿Sí? Entonces puedo dejar que todo esto se queme —bromeó guiñando un ojo—. Está casi listo. Lo que no sé es qué ofrecerte de beber, creo que solo hay cervezas y agua. Norma hará mercado mañana, le pediré que compre algunas cosas para ti. ¿Qué te gusta? Quiero que haya todo lo que se te antoje para cuando vengas.

—No te preocupes, estaré bien lo que puedas ofrecerme.

—Sé que sí, pero me gusta complacerte. Tú escribe una lista con todo lo que te gusta comer y yo me aseguraré de conseguirlo para ti.

—Bueno —accedí poniendo los ojos en blanco. Él no iba a dejar de insistir hasta obtener un sí. Además, me gustaba la idea de regresar a su casa.

No pasó mucho antes de que sirviera en dos platos nuestro desayuno, que consistió en *omellette* y pan tostado. El pan se le quemó un poco, pero no le di importancia, él había hecho un esfuerzo y debía darle crédito por ello.

—Umm, Mark, esto está muy bueno. De veras. Y no soy muy fan de los *omelettes*, o no lo era hasta hoy.

—Te haré más si quieres.

—No, con uno es suficiente, las porciones pequeñas en las mañanas me ayudan a evitar las náuseas.

—Anotado. ¿Qué más funciona? Sé tanto de embarazos como de física cuántica —bromeó.

—Las mentas me alivian cuando tengo acidez, que ha pasado muy poco. Y chupar hielo reduce la fatiga, algo que me ha estado molestando los últimos días. Por ahora, eso es todo, y cuento con que el resto del embarazo sea tranquilo, quiero mantenerlo en secreto en el bufete lo más que pueda.

—¿Por qué quieres ocultarlo? —Me miró confundido.

—Porque no quiero que comiencen a dejarme fuera de casos importantes solo porque estoy embarazada, que es lo que harán. Pretendo trabajar al menos hasta las veinte semanas.

—No deberían. Y si lo hacen, puedes demandarlos.

—No quiero llegar a esas instancias, Mark. Pretendo conservar mi puesto y no iniciar una disputa legal.

—Podrías tener tu propia firma si quieres, Laurel, eres una abogada excelente.

—Gracias, pero no es lo que quiero, me gusta mi trabajo. Y si en algún momento tengo que dejar la firma, entonces pensaré en un plan b.

—Bien —musitó asintiendo y comenzó a comer en silencio. Todo iba tan bien y el momento se arruinó por completo. Era normal que existieran desacuerdos, y más cuando había tantas cosas que no sabíamos el uno del otro, pero esperaba que nos fuéramos amoldando sobre la marcha.

—Agradezco que te preocupes por mí, Mark. No estoy acostumbrada a que alguien lo haga,

siempre he sido una mujer independiente, nunca había tenido a nadie que se interesara en mí como tú lo haces.

—Pues ahora lo tienes —dijo sonriéndome.

—Sí.

Tan pronto nuestros platos estuvieron vacíos, Mark se fue a cambiar de ropa y yo me quedé en la sala esperándolo. Cuando lo vi regresar, sentí mariposas en el estómago. Se veía guapísimo con un traje hecho a su medida. Se había peinado el pelo hacia atrás y perfumado con una fragancia divina y muy masculina que me puso a delirar.

¡Cómo me encantaba ese hombre!

Se acercó y me besó, sin otra intención que demostrarme cariño, y luego nos fuimos. Estábamos sobre la hora.

Mark me dejó en el sótano de mi edificio a las siete de la mañana. Nos despedimos en su auto con un beso corto y me dijo que me llamaría tan pronto estuviera libre. Subí a mi apartamento y me apresuré a arreglarme para el trabajo. Elegí un vestido negro entallado y un par de *Jimmy Shoes* negros. Me peiné, maquillé y perfumé rápido. Luego elegí un bolso acorde con mi vestimenta, donde guardé mi celular, las llaves del auto y de la casa, maquillaje para retoque y unas galletas saladas por si me daba hambre en la oficina. Salí de mi apartamento veinte minutos después, un tiempo récord, considerando que siempre me tomaba una hora estar lista. Una vez en mi auto, conduje escuchando en la radio *Feeling Good* de Michael Bublé, y llegué a la oficina diez minutos más tarde.

—Buenos días, Jenny —saludé sonriendo a mi secretaria y vi como ella alzaba las cejas. Nunca sonreía.

—Buenos días, señorita Moore. En el escritorio está su café y un sobre con la información que obtuvo Joel para el caso Davis.

—Gracias, Jenny —Le sonreí de nuevo y luego entré a mi oficina. Le escribí un *WhatsApp* a Mark diciéndole que ya estaba en el trabajo, que saludara a su madre de mi parte. Iba a pasar a verla antes de ir al juzgado, donde probablemente estaría toda la mañana celebrando un juicio.

Tenía un mensaje de Nicole, decía que vendría a visitarme pronto, que finalmente su esposo había hecho espacio para traerla. Le escribí que la esperaría de mil amores. Le pregunté por Matheo y envié una foto donde él aparecía jugando en una alfombra con tacos de colores. Era una monada. Deseaba abrazarlo y llenarlo de besos. Escribí y respondí varios mensajes más y después nos despedimos. Ella tenía que hacerle el desayuno a Matheo y yo leer la información que me dejó Joel.

Abrí el sobre y vacié su contenido. Había algunas fotografías y un informe detallado que explicaba porque Helen Marin era la verdadera culpable del asesinato de Emily.

Había resuelto el caso, solo debía enseñarle las pruebas al fiscal que llevaba el caso.

Alcé el teléfono de la oficina y le pedí a Jenny que se comunicara con el señor Davis. Colgué y releí el informe para asegurarme que todo fuera correcto. El teléfono emitió un sonido y contesté la llamada que Jenny había enlazado.

—Buenos días, señor Davis. Le tengo excelentes noticias. Hemos encontrado pruebas suficientes para sacar a su hijo de la cárcel. Iré ahora mismo a la fiscalía para tramitar su liberación.

—Gracias, sabía que mi hijo no era un asesino. —Se escuchó aliviado.

—Estaré en la fiscalía en media hora, nos vemos allá —acordé. Él respondió que ahí estaría. Colgué y guardé mi celular en el bolso para marcharme. Cuando me puse en pie, vi a Jenny parada

en el umbral de la puerta de la oficina sosteniendo un jarrón de cristal, con un ramo de flores dentro.

—Son para usted —anunció con una sonrisa destellante.

El corazón me dio un salto de emoción. Eran de Mark.

—Ponlas en mi escritorio, por favor —pedí sin mostrar ninguna emoción, no quería que Jenny se pusiera cotilla y quisiera saber quién las había enviado. Ella pasó a mi oficina, puso el jarrón a un lado de mi *notebook* y luego se fue. Me levanté de la silla y tomé la tarjeta que se encontraba entre las flores. La abrí y leí sonriendo lo que Mark había escrito.

«Las horas serán eternas hasta que te vuelva a ver. Recuérdame, estaré pensando en ti. Con amor, Mark».

Suspirando, y con una sonrisa en los labios por tan bonito detalle, guardé la tarjeta en mi bolso y salí de la oficina. Debía ir ante el fiscal que llevaba el caso de Marcus Davis y pedir su liberación. Le dije a Jenny a dónde me dirigía y luego me fui.

Para la hora del almuerzo, ya había logrado que el fiscal autorizara la liberación de Marcus. Revisé mi celular y se me alborotó el corazón cuando leí un mensaje de Mark. Me invitaba a comer con él en un *restaurant* de la ciudad. Me había escrito diez minutos antes y la palabra *en línea* aparecía debajo de su nombre en el chat.

—Hola, acabo de salir de la comisaría. ¿Dónde nos vemos?

—Hola, amor. Te envío la dirección por mensaje.

—Perfecto. Nos vemos pronto. —Me subí a mi auto y conduje hasta *Chelsea*. Mark me esperaba en la entrada cuando llegué. Caminó hacia mí y me abrazó fuerte, como si me hubiera echado mucho de menos. Yo también lo había extrañado. Nos dimos un beso y después entramos a *Mario's Restaurant*, un lugar pequeño pero acogedor, en el que servían la más deliciosa comida italiana, según Mark. Un mesonero nos dio la bienvenida y saludó a Mark como quien saluda a un viejo amigo, después nos guio hasta nuestra mesa y nos ofreció los menús. Mark me ayudó con la elección de la comida y pronto el mesonero tomó nuestras órdenes.

Mientras esperábamos, me contó con notable tristeza que su madre no lo había reconocido cuando fue a verla, que su momento de lucidez había pasado. Por lo demás, gozaba de buena salud. Me dijo que esa noche se quedaría con ella porque su hermana tenía que trabajar y la enfermera que la atendía iba a ausentarse dos días por un problema familiar, lo que significaba que no dormiría conmigo. Me entristecí, pero no se lo hice saber, debía ser comprensiva, su madre lo necesitaba más que yo.

Le conté del caso en el que estuve trabajando y lo bien que me sentía de haber logrado la liberación de mi cliente. Él comentó que extrañaba esos días, que ser juez era difícil y, muchas veces, le producía impotencia; más que todo, en los casos que el jurado había llegado a un veredicto distinto a lo que él pensaba. Pero así funcionaba la ley, aunque no nos pareciera justo.

En ese momento, apareció el mesonero y puso el plato de entrada delante de mí, una ensalada con una vinagreta que me encantó. Después, probé unos exquisitos raviolos con langosta, seguido de un canoli con un relleno especial muy rico. Todo estuvo divino y lo devoré sin remordimiento. Siempre trataba de cuidarme con la alimentación, ya que no tenía tiempo de ejercitarme, pero decidí darme algunas libertades durante el embarazo. Estaba repleta, no dejé espacio para el postre, aunque quería comerlo. Mark lo pidió para llevar, era un gran trozo de tarta de chocolate con cubierta de *Nutella* y fresas. Lo pusieron en una bonita cajita y lo llevé conmigo para disfrutarlo más tarde. Nos fuimos después que Mark pagó. Él me acompañó hasta mi vehículo y se despidió de mí con un beso lleno de pasión y promesas. No nos veríamos hasta el día siguiente,

debía cuidar a su madre. Antes de ir con ella, pasaría por su casa por ropa y para alimentar a Rocky. Conduje de vuelta a la oficina en compañía de Céline. Ni bien entré, Jenny se paró de detrás de su escritorio y me abordó.

—Se ha armado un lío tremendo. Una mujer vino aquí hecha una furia y discutió con Judith, acusándola de haberse acostado con su marido. No sé si sea verdad, pero los socios principales están reunidos y puede que despidan a Judith de la firma.

—Por Dios, Jenny. ¿No podías esperar que entrara a mi oficina para decirme? Sabes que no me gustan los chismes de pasillo, es de muy mal gusto. Espero que no hayas ventilado por ahí que recibí flores, me conoces, soy muy celosa con mi privacidad.

—Lo siento, señorita Moore. No volverá a pasar. Y no se preocupe, no le he comentado a nadie de las flores.

—Bueno, cuento con tu prudencia —advertí alzando una ceja—. En cuanto a Judith, es lamentable su situación, espero que no pierda su puesto por esto.

—Sí, sería una pena —hizo un mohín y luego caminó de regreso a su escritorio. Yo también lo esperaba, Judith había trabajado duro por su posición como para perderlo por un escándalo de infidelidad, lo que me parecía raro, ella aún guardaba luto por su esposo fallecido. Quizás se trataba de una confusión, ella no parecía el tipo de mujer que se involucrara con alguien casado. Aunque no la conocía suficiente como para estar segura.

Estaba por pasar a mi oficina cuando escuché a alguien llamarme. No sabía quién era, pero por su voz, era un hombre. Me giré y vi a Barry parado a dos metros de mí.

—Barry. ¿Qué haces aquí? —pregunté inquisitiva. Lucía exactamente igual que la última vez que lo vi, como si hubiera pasado solo unos días en lugar de más de un año. El mismo estilo clásico de corte de cabello, más alto arriba que en los lados, moldeado a su gusto con gel fijador; la misma barba tipo candado, perfecta y cuidada. Recordaba todo el tiempo que empleaba en peinarse y afeitarse. Su obsesión con su aspecto siempre me pareció ridícula, se preocupaba por lo que iba a ponerse y si combinaba o no con su calzado. Entiendo que los hombres también quieren verse bien, pero lo de Barry era exagerado. Por lo visto, nada había cambiado. De la cabeza a los pies, lucía impoluto. Vestía un jersey gris oscuro, jeans lavados y mocasines.

Él se acercó hasta mí y me miró obscenamente, de arriba abajo, y sentí la necesidad de cubrirme

—Estás tan preciosa como te recuerdo, incluso más que antes.

—¿Por qué has venido? —Crucé mis brazos sobre mi pecho, mis ojos afilados, igual que el tono de mi voz.

—Estoy en problemas. Necesito una abogada.

—¿Qué hiciste, Barry? —La confianza que mostraba cuando llegó se había drenado de su expresión, todo lo que veía en su cara era una profunda preocupación.

—Nada, lo juro. Me están inculcando, yo no lastimé a esa chica, no le haría daño a nadie. Me conoces, sabes que no haría nada como eso —habló nerviosa y rápidamente, despeinándose el cabello al pasarse la mano por cabeza. Y su mirada, su mirada era de pánico puro, estaba muerto de miedo, como nunca antes lo vi.

—Vamos a mi oficina —dije sabiendo que no podíamos seguir esa conversación en el pasillo. Entré a mi oficina y él me siguió. Me senté en mi silla y lo invité a tomar asiento—. ¿Por qué yo? Puedes tener al abogado que quieras.

—Sí, pero no pondría mi futuro en manos de cualquiera. Te quiero a ti, Laurel. Por favor. —Me miró suplicante. Jamás lo vi tan vulnerable como entonces. No odiaba a Barry, pero estuve



resentida con él durante un largo tiempo y pensaba que si lo volvía a ver no le daría ni la hora, pero ahí estaba, a punto de convertirme en su defensora.

—Dime lo que pasó.

—Está bien —asintió nervioso—. Kendall es pasante en la empresa de mi padre, tiene veinte años. Sentí atracción por ella desde que la vi, fue recíproco. Todo comenzó como algo muy casual, tuvimos un par de citas y luego comenzamos a tener sexo, mucho sexo. Pero ella se obsesionó, me llamaba a todas horas, me seguía y me celaba con cualquier mujer que se me acercara. Se volvió asfixiante y decidí dejar de verla.

»Kendall se disgustó y me amenazó con acusarme de acoso si no regresaba a su lado, me negué y le ofrecí una compensación monetaria jugosa para que se fuera de la empresa y me dejara en paz. Ella tomó el dinero, pero igual me denunció y me llevaron detenido. Los abogados de mi padre intentaron que retirara la denuncia, pero no aceptó. Salí bajo fianza, el juicio iniciará en dos semanas. ¿Crees que puedes ayudarme? —preguntó con una mirada temerosa, y no era para menos, corría el riesgo de terminar en prisión.

—Tendría que cotejar la información, ver cuáles son las pruebas que ella presentó para acusarte y estudiar las pruebas que tú puedas tener para demostrar que su relación fue consensuada. ¿Hiciste alguna declaración donde aceptaras que tuviste una relación con ella?

—Sí, dije todo lo que realmente pasó.

—¿Incluso lo del dinero?

—No —negó tragando saliva—, le di efectivo, no creo que pueda probar nada.

—Siempre se puede —repliqué frunciendo los labios—. Es un caso complicado, Kendall es menor de edad, el fiscal va a pedir la pena máxima, seguramente. —Él asintió, estaba enterado. Y tan pronto fui consciente de la importancia de ese caso, tomé la decisión más conveniente—. Lo siento, Barry, pero no es prudente que sea tu abogada, la relación que tuvimos en el pasado puede ser contraproducente para tu caso. Puedo recomendarte un excelente abogado...

—No, quiero que seas tú. Por favor, Laurel. Defiéndeme —pidió suplicante, pero la verdad, no quería que tomar su caso se convirtiera en un problema en mi relación con Mark. Había cientos de abogados que podían defenderlo, no tenía que ser yo.

—Lo siento, pero no puedo. De verdad espero que todo resulte a tu favor.

—¿Es porque no quería hijos? —recriminó frunciendo el ceño—. Fui un idiota, tenía algo bueno contigo y lo jodí por egoísta. Pero todavía estamos a tiempo, podemos volver e intentar tener ese hijo que deseas.

—No, Barry, esto no tiene que ver con nada. Al contrario, agradezco que se acabara todo entre nosotros. No te amaba, tú tampoco a mí, éramos compañeros de piso que teníamos sexo ocasional, nada más. Tus metas y las mías siempre fueron distintas. Lo siguen siendo. No me necesitas, tu padre puede hallar al mejor abogado que su dinero puede pagar.

—Él no va a ayudarme esta vez, bloqueó todas mis cuentas y me dijo que me las arreglara solo. No tengo cómo pagar un abogado, Laurel, tú eres mi única opción.

—Eso tiene más sentido —murmuré asintiendo—. Lamento tu situación, Barry, pero no voy a aceptar tu caso. Como te dije antes, te puedo recomendar un abogado que podría defenderte pro bono, pero...

—¿Olvidas quién te ayudó cuando no tenías para pagar la matrícula?

—¿Y tú olvidas que te pagué cada jodido centavo con intereses? —repliqué enfurecida.

—Sí, me pagaste, pero no serías abogada si no te hubiera hecho ese préstamo, lo menos que deberías hacer es defenderme.

—Estás equivocado, yo no tengo que hacer nada por ti, no tengo ninguna deuda contigo por la que sienta que debo pagarte. Ahora vete o tendré que llamar a seguridad para que te saque.

—No hace falta, me iré —dijo levantándose de la silla. Caminó hacia la puerta y se aseguró de decir la última frase en voz alta, para que lo escucharan—. Debí suponer que no me ayudarías, eres una maldita desagradecida. —Y después se fue, como el jodido cobarde que era.

¿Cómo carajos pude tener algo que un imbécil de su clase? Era algo que jamás iba a entender.

Estuve de malhumor lo que restó de la tarde, Barry me había arruinado el día. Tan contenta que estaba yo... Pero tenía pendiente la revisión de los detalles de un caso de apelación en el que estuve trabajando y ocupé mi mente en ello. El cliente había sido hallado culpable, pero él juraba que era inocente y yo le creía. Quería ayudarlo a probarlo, pero no iba a ser un camino fácil. Sus huellas estaban en el arma homicida y no hallaron más que las suyas en el revólver calibre veintidós que había accionado tres veces, hiriendo a la víctima gravemente. Según su testimonio, él tomó el arma para apartarla del cuerpo de su esposa, a quien encontró moribunda en la cocina de su casa en un charco de sangre, y así sus huellas terminaron en el arma.

Para el final de la tarde, Mark me llamó y mi corazón dio saltos de alegría cuando vi su nombre en la pantalla. Contesté sonriendo.

—Hola, amor. Tengo buenas noticias, encontré un reemplazo para que se quede esta noche con mamá. ¿Puedo ir a tu casa cuando llegues del trabajo? Quiero verte, no he dejado de pensar en ti desde que nos despedimos.

*¡Ahh! ¿No es lindo?*

—Claro, ve. Llegaré a las seis. Yo también he pensado en ti —dije melosa. Era cierto, lo había tenido presente todo el día y estuve lamentando que no lo vería más tarde.

—Te veré pronto entonces. Te amo, cielo —pronunció con dulzura y se me estrujó el corazón.

Él era un encanto. Y era mío.

—Y yo a ti, Mark.

Antes de irme, supe que Judith no perdería su puesto en la firma. Me alegré por ella, no me parecía justo que la hicieran irse por algo así.

## Capítulo 21

Vimos al bebé juntos por primera vez cuando cumplí dieciocho semanas y nos emocionamos hasta las lágrimas. Todo iba muy bien, nuestro bebé estaba creciendo sano y fuerte.

La madre de Mark se encontraba muy bien de la caída que había sufrido, pero no había vuelto a estar lúcida. Eso entristecía a Mark, también a mí. Queríamos mostrarle la ecografía del bebé y estaba esperando que ella pudiese reconocerlo para hacerlo. Esperaba que sucediera pronto.

La noche que cumplimos nuestro primer mes juntos, Mark me llevó a cenar y me obsequió un bolso precioso *Hermes*. Claire debió decirle que lo quería porque yo no lo había comentado nada. Yo le regalé un par de gemelos y una corbata gris claro, con líneas blancas, que combinaba con su camisa favorita. Mi vientre se veía casi igual, el embarazo no era notable, pero sí los molestos síntomas que conllevaba tener un bebé formándose en el interior. Lo que más me aquejaba eran las náuseas y la necesidad excesiva de ir al baño a hacer pis.

Viajé a Bloomington en varias oportunidades para acudir a las audiencias del caso Marshall. Su juicio había sido fijado para el catorce de agosto. Mark dijo que iría conmigo y se quedaría en la ciudad hasta que concluyera. Joel y yo seguíamos trabajando en el caso, aún no encontrábamos pruebas de su inocencia, pero esperábamos hacerlo pronto.

Las semanas fueron pasando y mis sentimientos por Mark se hicieron más fuertes. Me había hecho adicta a él y a su compañía. Perdí la cuenta de las veces que habíamos hecho el amor. Estar sin él parecía un recuerdo lejano, me gustaba dormir entre sus brazos y despertar bajo su cobijo. Adoraba ver su sonrisa cada mañana y esa mirada enamorada que siempre me mostraban sus ojos avellana. No tenía memoria de que alguien me hubiera mirado de la forma que él lo hacía.

—Te ves preciosa, amor —dijo Mark abrazándome por la espalda. Acaba de ponerme el vestido que había elegido para ir a la fiesta de cumpleaños de Paul, uno de sus mejores amigos, a quien conocí hacía varias semanas, en un almuerzo, en el que también asistió su esposa. Esa noche finalmente me presentaría a Jake, otro de sus amigos. Él estaba fuera de la ciudad la tarde que nos reunimos con Paul y había llegado hacía unos días. El cumpleaños de Paul era la ocasión perfecta para coincidir. Mark me había hablado de él, dijo que era un gran tipo, aunque con una enorme debilidad por las mujeres.

—Y tú muy guapo. Me encanta ese color en ti, resalta tus ojos —comenté viéndolo a través del espejo. Se había puesto una jersey color vino, jeans oscuros y botas *Timberland*. Aquel atuendo le restaba algunos años, aunque en realidad él no aparentaba la edad que tenía.

Me giré y lo besé en los labios. Él me sujetó de las caderas, atrayéndome a su cuerpo, y tomó mis labios con ímpetu, con codicia y necesidad. Pronto estuvimos desnudos haciendo el amor sobre el sofá que se encontraba en mi vestidor, sentados, yo sobre él. Con su mano, amasaba mi pecho y con la otra frotaba mi clítoris, haciéndome jadear con completo delirio. Ya habíamos compartido un sinnúmero de momentos íntimos y, cada vez, lo vivía distinto. Ninguno se comparaba con otro. Pero siempre finalizaba de la misma forma, sintiéndome plenamente satisfecha.

—Llegaremos tarde —susurré derrapada sobre él, con el aliento entrecortado.

—A Paul no le importará. —Me besó el hombro y luego se levantó conmigo colgando de su cintura. Salió del vestidor y me llevó al baño. Me sentó en la tapa wáter y se encargó de asearme con una toalla húmeda. Podíamos ducharnos, pero ya me había secado el cabello y el agua lo hubiera arruinado. Él lo sabía. Mark era demasiado atento, todo lo que hacía, lo hacía pensando en mi bienestar, y eso lo convertía en el hombre perfecto, al menos, según mi percepción.

Más tarde, ya vestidos y arreglados para la fiesta, viajamos en el *Audi* de Mark escuchando el álbum *Blackout* de *Scorpions*, una de sus bandas favoritas. No los escuchaba antes, pero él me había hecho apreciar su música. El viaje no duró más de quince minutos, la fiesta sería en un *pub* bastante exclusivo que contaba con áreas privadas. Paul había rentado la mitad del lugar para celebrar la fiesta. El *valet* abrió la puerta en cuanto Mark detuvo el vehículo frente al local, me ayudó a bajar y luego rodeó el auto para encargarse de aparcarlo.

Pronto, Mark estuvo a mi lado y, tomándome de la mano, me guió hasta la entrada del *pub*, donde se encontraba un portero que medía al menos dos metros de alto, era corpulento y temerario, el tipo de persona que buscas para que te proteja. Mark le dio su nombre, él lo ubicó en la lista y nos hizo pasar.

Transitamos un pasillo y subimos un tramo de escaleras que nos llevó a un reservado en el primer piso, lejos del ruido y la multitud. No me gustaban esos sitios, se lo había dicho a Mark, pero él me explicó que el área de la pista se encontraba insonorizado y que estaríamos en un espacio privado donde solo entrarían los invitados de Paul.

—Ahí está —susurró Mark en mi oído cuando llegamos al reservado—. Feliz cumpleaños, hermano —le dijo cuando estuvo delante de él, le dio un abrazo y dos palmadas en la espalda. Lo saludé con un abrazo y un beso en la mejilla y le deseé un feliz cumpleaños. Después, saludé a su esposa, que se encontraba de pie a su lado.

—Hola, hola... llegó el alma de la fiesta —anunció un hombre entrando al lugar con animosidad. Jake, asumí. Su rostro se me hizo familiar y todo encajó cuando vi a su lado a Claire. Él era el mismo hombre que la ayudó cuando fue atacada hacía un tiempo—. Te conozco —dijo Jake viéndome—. Es tu amiga —le habló a Claire—. ¿Tu amiga es la novia de mi amigo? Vaya, qué coincidencia.

—¿Sales con Claire? —preguntó Mark frunciendo el ceño—. No me habías contado.

—Ni a mí —intervino Paul, alzando una ceja.

—Yo tampoco sabía —dije mirando a Claire. ¿Por qué no me contó que estaba saliendo con alguien?

Ella frunció los labios y se tocó los dedos, como hacía cuando estaba nerviosa.

—Bueno, ahora todos lo saben —dijo Jake riendo y luego se acercó a Paul, lo abrazó y felicitó, como hizo Mark.

Claire se quedó atrás y él llamó para que se acercara.

Ella se disculpó y se marchó huyendo.

—Iré yo —dije cuando él la iba a seguir. Jacob asintió y se quedó con los chicos mientras yo iba a hablar con mi amiga.

Claire estaba por cruzar la puerta cuando la alcancé. Se detuvo al escuchar mi voz.

—¿Por qué no me hablaste de él? —cuestioné inquisitiva. Pensé que nos contábamos todo, no entendía por qué ocultó que estaba viendo a Jake. O Jacob, como se había presentado aquella noche en el hospital.

—Porque no era nada —respondió enfrentándome. Tenía la nariz roja como si hubiera estado

llorando—. Empezó como una aventura como cualquier otra, creo que para él siguiendo siéndolo, y no quería decepcionarte.

—¿Decepcionarme?, ¿por qué? ¿Acaso él te trata como Kevin lo hacía?

—No, él es no es como Kevin. Pero no le interesa comprometerse, ha sido brutalmente honesto, y yo estuve de acuerdo con tener una relación abierta.

—Claire —murmuré haciendo un mohín.

—¿Ves? Te he decepcionado.

—No. Te lo dije antes. No tienes que demostrarme nada, no puedo decirte cómo vivir tu vida. Si eres feliz de esta forma, está bien.

—No soy feliz, Lau. Soy una estúpida. Siempre cometo el mismo error, me enamoro de hombres que lo único que quieren es follarme o mostrarme como un maldito trofeo.

—¿Te has enamorado de él?

—Sí, lo hice —admitió asintiendo.

—Joder —escuché detrás de mí. Volteé y vi a Jacob parado a dos metros de nosotras. Había escuchado todo.

—¡Oh, Jesús! —exclamó ella con la cara pálida, dio media vuelta y salió del bar. Jacob la siguió y yo volví con Mark. Ellos necesitaban hablar.

\*\*\*

Mark y yo decidimos mudarnos juntos a su casa para cuando tenía veinte semanas de embarazo, el mismo día que nos enteramos que nuestro bebé era un niño. Ambos estábamos felices con la noticia, nos abrazamos, reímos, lloramos... Éramos un lío de emociones.

De camino a casa de la madre de Mark, hablamos de los posibles nombres para nuestro bebé, pero no habíamos elegido ninguno aún. Cuando llegamos, le contamos la noticia a Abby, aunque ella no tuviera idea de que Mark era su hijo. Lo trataba como un conocido al azar, con cariño, eso sí, porque el *Alzheimer* no había cambiado su personalidad, solo se había llevado sus recuerdos. Anna y yo nos tratábamos cordialmente, ya no estaba enojada con ella, la había perdonado, pero seguía pensando que era mejor que me atendiera la doctora Silverstone.

Claire no quería que me mudara, rogó que no me fuera y hasta prometió hacerme *brownies* cada día si me quedaba, pero Mark y yo estábamos listos para dar el siguiente paso.

El doce de agosto, viajamos a Bloomington para el juicio de Steven Marshall. Creí que todo estaba perdido, que no podría evitar que mi cliente fuera condenado, pero

encontró una prueba de último minuto que cambió todo. Resultó que, en la investigación inicial, establecieron que ninguna cámara fue capaz de capturar imágenes del crimen, pero de hecho no fue así; la cámara de una tienda de antigüedades registró todo, siendo esta prueba suficiente de la inocencia de mi cliente. Según Joel, en el video se podía apreciar el *Honda* que Steven mencionó y también al sujeto disparándole a su esposa. Steven Marshall era inocente y teníamos como probarlo. El juicio duró un solo día y el jurado llegó a un veredicto esa misma tarde. Lo declararon inocente. Fue una gran victoria, más de Joel que mía. Steven estaba más que agradecido y el señor Wright, impresionado.

Mi embarazo aún no era notable, no tenía una panza enorme, pero decidí decírselo al señor Wright, después se lo conté a Jenny y ella se encargó de esparcir la noticia. Yo le pedí que lo hiciera. Ya todos sabían que estaba saliendo con Mark, alguien nos vio juntos en un restaurant y el chisme se regó como pólvora, por lo que asumieron que mi hijo era de él. Tomaría mi licencia de embarazo pronto y no volvería al trabajo hasta que el bebé cumpliera al menos seis meses.

Nicole vino a visitarme finalmente en los días siguientes. Le había contado todo el asunto de la inseminación hacía un tiempo. Primero se enojó por haberle ocultado algo tan importante, pero después dijo que le alegraba que hubiera hallado a Mark. Pasamos la mayor parte del tiempo en tiendas de bebé comprando todo lo que iba a necesitar, incluso más. También adquirí un nuevo guardarropa, mis atuendos ya no me cerraban. Opté por ropa holgada, *leggings* y vestidos sueltos. Claire también estuvo presente y se encariñó muchísimo con Matheo, hasta dijo que podía imaginarse teniendo un bebé. Hubiera querido ver la cara de Jacob cuando lo dijo. Si, seguían juntos. Claire no tenía idea de que él también se había enamorado de ella. Se lo dijo la noche de la fiesta de Paul y, desde entonces, su relación pasó de ser libre, a exclusiva. No era que ella estuviera viendo a alguien más, ni él, según le había dicho.

Volvía de la oficina cuando recibí una llamada inesperada. Era mi padre. Tenía años sin escuchar su voz y se me llenaron los ojos de lágrimas. Culpé a las hormonas, pero en el fondo sabía que el motivo de mis lágrimas provenía de los sentimientos que había enterrado en lo profundo de mi corazón.

—Hola, tesoro. —Me llamaba así cuando mamá estaba viva, pero nunca fui un tesoro para él, no me apreciaba como uno, me dejó a un lado, como un objeto sin valor.

—Hola. —Fue lo único que pude decir. No quería llamarlo papá, aquel título le quedaba inmenso. Y usar su nombre me parecía demasiado frío, aunque un simple *hola* también lo era.

—Hija, lo siento muchísimo. Sé que te abandoné, que no merezco ni que me estés escuchando, pero estoy muriendo y no quiero irme sin pedirte antes perdón.

Más lágrimas salieron de mis ojos cuando le escuché decir aquello y tuve que detener el vehículo porque no podía conducir con la vista nublada.

—¿Dónde te encuentras? Quiero ir a verte —dijo con un nudo en la garganta.

—No quiero que me veas así, quiero que me recuerdes como el hombre que era cuando ella vivía, quiero que pienses en mí como el padre atento y amoroso que alguna vez fui. Recuerda la mejor versión de mí, Laurel. No olvides jamás que te amé, que te amo y que siempre te amaré. Nunca dejé de quererte, solo fui un cobarde que no supo manejar el dolor de haber perdido al amor de su vida. —Para ese momento, estaba llorando a mares. Sus palabras me habían conmovido muchísimo.

—Déjame despedirme de ti. Por favor, papá. Quiero verte.

—Está bien, tesoro. Te voy a esperar —dijo con voz frágil y supe que ya era demasiado tarde, que no llegaría a tiempo.

—Te perdono, papá. Y te amo, nunca he dejado de amarte.

—Gracias, hija. Te amo también —murmuró con voz apenas audible y comenzó a toser. Después se escucharon varias voces, una persona decía que le pusieran oxígeno y otra dijo que lo dejaran ir, que esa había sido su voluntad. No sabía quiénes eran esas personas, pero al menos no estaba solo y eso me dio un poco de consuelo.

Corté la llamada y me comuniqué con Mark, le dije que necesitaba que viniera por mí. No podía conducir, estaba ahogada en llanto. A duras penas, pude explicarle lo que había pasado. Le envié mi localización por mensaje y no tardó mucho en encontrarme.

Alguien se encargó de conducir mi auto y yo me fui con él a casa. Mi padre había fallecido y yo me encontraba devastada. Lloré en los brazos de Mark hasta que me quedé dormida. Cuando desperté, le dije que quería ir al sepelio y Mark se encargó de hacer todos los arreglos para que pudiera asistir. Viajamos ese mismo día, en primera clase.

Su última esposa me recibió cuando llegué, me dio las condolencias y dijo que mi padre habría

estado feliz de verme. Hubiera deseado despedirme de él en vida. ¿Por qué no intentó hablar conmigo antes? Mucha gente se acercó a saludarme, personas que no conocía, y yo solo asentía y decía gracias.

Era de noche cuando nos fuimos a descansar al hotel. Me cambié la ropa por un pijama, me cepillé los dientes y me acosté en la cama. Mark me hizo compañía a los minutos, me abrazó, me besó la mejilla y me dijo que descansara. Lo amé más por eso.

Temprano en la mañana, el cuerpo de mi padre fue enterrado junto a la tumba de mi madre. Solo asistimos nosotros, Cristal —la esposa de papá— y un obispo.

Volvimos a Chicago en la tarde. Antes de partir, Cristal me entregó un sobre que tenía mi nombre escrito con la letra de mi padre. Él lo había dejado para mí. Lo guardé en mi bolso y no lo abrí hasta que estuve en casa de Mark. Había una carta extensa donde él me hablaba de su amor por mí y de todos los errores que había cometido. Me pedía perdón y repetía que quería que lo recordara como el padre que fue cuando mamá vivía. En el sobre, había incluido su testamento. Una pequeña parte de su fortuna fue destinada a su esposa, el resto era para mí, incluyendo nuestra casa familiar y la mayoría de sus bienes y sus vehículos. Pero nada de lo que me había dejado me devolvería todo lo que perdimos.

\*\*\*

—¡Mark! ¡Mark! ¡He sentido al bebé! —grité eufórica una mañana desde la ducha. Fue la sensación más maravillosa de la vida. Dentro de mí, se formaba un pequeño ser que llenaría mi vida de alegría. A veces me parecía un sueño, incluso cuando lo veía en el monitor cuando me hacían alguna ecografía. Pero ese mañana, cuando finalmente lo sentí moverse en mi interior, supe que era real.

Mark entró a la ducha al siguiente minuto y puso sus manos en mi vientre.

—Hola, pequeñín. Muévete para papá, quiero sentirte. —Le habló de cerca, como hacía cada noche, entonces lo volví a sentir, Mark también, y los dos reímos—. Ahí está mi pequeño campeón —dijo orgulloso y nuestro hijo se movió de nuevo, haciendo que nos emocionáramos tanto que no podíamos dejar de sonreír.

—Quiero elegir un nombre —dije decidida cuando salí del vestidor usando *leggings* y una blusa holgada, nuestro plan de esa noche era ver una peli, comer palomitas y una enorme *pizza* napolitana que habíamos pedido. Ya tenía veintidós semanas de embarazo y seguíamos sin decidirnos.

—Bueno, ya te he dado mis opciones, pero ninguna te gusta —respondió Mark mientras ponía delante de la mesa de centro un gran cuenco de palomitas recién hechas.

—Es que quiero que cuando lo diga, me emocione, pero ninguno de los que has dicho lo hace. —Me incliné hacia adelante y tomé un gran puñado de palomitas, en tanto Mark iba por las bebidas.

—¿Qué opinas de llamarlo Harry? —sugirió volviendo al sofá con nuestras bebidas, cerveza para él y una Coca-Cola de dieta para mí.

—¡Harry me encanta, Mark! Harry James Pierce —pronuncié para saber cómo se escuchaba y sonaba simplemente perfecto. Les escribí a las chicas al grupo y ambas respondieron con un montón de *emojis* de celebración, besos y aplausos. Hablamos un rato hasta que el repartidor trajo mi *pizza*. ¡Moría de hambre! Había ganado unos seis kilos desde el embarazo por mi adicción a la *pizza* y a todas las golosinas que consumía a diario. Iba a rodar como una pelota antes que Harry naciera. Mark se reía cuando lo decía y aseguraba que me veía preciosa, pero el espejo era más

sincero que él, mis ojos cada vez se veían más pequeños y mi cara más redonda. ¡Tenía que parar de comer de ese modo! Pero no esa noche, iniciaría al día siguiente.



## Capítulo 22

—¿A dónde vamos? —Le pregunté a Mark cuando tomó un camino distinto a su casa. Veníamos de visitar a su madre y no teníamos otros planes para ese día, por lo que yo sabía.

—Es una sorpresa —respondió mirándome con una sonrisa pícaro que yo conocía muy bien. Algo estaba tramando y la curiosidad me mataba.

—Dame una pista —pedí, pasados unos minutos.

—Estamos cerca de llegar.

—Esa no es una pista real —reñí cruzándome de brazos.

Mark se rio como si fuera gracioso.

No lo era.

—No te enojés, amor. Prometo que no falta nada. —Y decía la verdad. Menos de un minuto después, detuvo el auto frente a una casa preciosa, con fachada de piedra y ventanas francesas, que recordaba haber visto a través de fotografías en una página de bienes raíces. Mark y yo estuvimos hablando de comprar una casa más grande para mudarnos y esa me había encantado.

—Es nuestra —dijo él antes de que pudiera preguntarle nada—, hice una oferta esta mañana por ella.

—Mark —murmuré con un nudo en la garganta y un montón de lágrimas en los ojos. Lloraba de felicidad y emoción. Mark no dejaba de sorprenderme. Cada día, daba gracias por tenerlo a mi lado. Él tomó mi rostro en sus manos, secó mis lágrimas y me besó en los labios, un beso casto y lleno de amor—. ¿Quieres entrar a verla?

—Sí, sí —respondí entusiasmada. Había visto el interior en fotografías, pero no era comparable a entrar y recorrer el interior de aquella preciosa vivienda, que ahora nos pertenecía. ¡No podía creerlo!

Mark se bajó primero del auto y yo quedé a la espera de que viniera por mí. A él le gustaba de ese modo y yo encantada con su trato. Con el corazón desbordando de alegría, caminamos de la mano hasta la entrada de la vivienda. Tras subir varios peldaños, nos encontramos frente a la puerta. Mark la abrió y me pidió que pasara. Le sonreí y entré primero, encontrándome con algo totalmente inesperado que me dejó boquiabierto. Ante mis ojos, había un enorme arreglo de globos rojos y blancos y un vistoso listón que tenía escrito en letra cursiva “¿Quieres casarte conmigo?”

Mark se paró delante de mí y postró una de sus rodillas en el suelo, sosteniendo una elegante caja de terciopelo rojo que contenía el más hermoso anillo de compromiso que había visto jamás.

—No hay nada de lo que esté más seguro en el mundo que del amor que siento por ti. Eres la mujer de mis sueños, la que deseo con fervor y quien domina cada uno de mis pensamientos. Lo que más quiero es que estés a mi lado el resto de nuestros días —pronunció con evidente emoción. Yo estaba que no cabía dentro de mí—. Laurel Moore... ¿Me concederías el honor de poder llamarte mi esposa?

—Sí, Mark. Sí quiero —respondí con el corazón anegado de una inmensa e inequívoca convicción: amaba a ese hombre.

Mark puso el anillo de esmeralda en mi dedo anular y, parándose, me abrazó y besó como jamás lo había hecho antes. Y habíamos compartido un montón de besos, pero ese, ese fue... incomparable. Lo sentí en mis labios y también en el corazón.

El amor que compartíamos era hermoso, verdadero y poderoso. Una fuerza que nos atraía hacia el otro. A veces creía que soñaba, que no podía ser real tanta felicidad, pero sí lo era.

—Te amo, Laurel, y estoy sumamente agradecido de tenerte en mi vida —dijo abrazándome.

—Yo también te amo, Mark. Y amo esta casa, es preciosa.

—Es menos de lo mereces, mi vida. —Envolvió mi mano en la suya y la acercó a sus labios para darme un beso.

—¿Sí? Yo creo que es demasiado, podríamos estar perfectamente en un espacio más pequeño.

—No si planeamos tener más hijos. A mí me gustaría al menos tres.

—¿¡Tres!?! —gritó con los ojos absortos.

—Solo si tú quieres. No es algo que te vaya a imponer —dijo con un guiño, no parecía molesto.

—No estoy cerrada a la posibilidad, pero por el momento, uno es un buen número.

—Sí, estoy de acuerdo —sonrió y me besó una vez la mano—. ¿Quieres ver el resto de la casa?

—Sí, sí —respondí emocionada y comenzamos el *tour* por la casa que haríamos un hogar. Era amplia y muy elegante. En el salón principal, podíamos recibir al menos treinta invitados. Tenía techos altos, abovedados y decorados en yeso. Pasamos del salón a la sala de entretenimiento, que tampoco estaba amoblado, y pude imaginar a Harry jugando sobre una bonita alfombra con un montón de juguetes alrededor.

Después, fuimos a la cocina, era preciosa, muy lujosa y con decoración moderna. Solo debía agregar los electrodomésticos y estaba lista para usarse. De la cocina, pasamos al comedor. No había ningún mueble, cuadro ni ningún tipo de decoración, lo que nos daría oportunidad de diseñarlo desde cero. Imaginé una gran mesa con puesto para diez personas en donde pudiéramos reunirnos a comer con nuestros familiares más cercanos y nuestros amigos. Subimos a la primera planta y recurrimos las habitaciones, había cuatro, una principal, que era la más amplia, y tres de tamaño regular. Elegí la continua a la nuestra para Harry.

—Me encanta, Mark. Solo debemos amoblarla y convertirla en un hogar.

—Sí, pedí que la desocuparan para que la decoraras a tu gusto.

—¡Ay, gracias! Ashley enloquecerá cuando le diga. —Ashley era una magnífica decoradora que se había hecho cargo de mi apartamento y a quien había contratado para decorar la habitación del bebé, el boceto que me había enviado me dejó alucinando. Nuestro hijo tendría una habitación de ensueño.

—Llámala entonces, quiero que la casa esté lista antes del nacimiento de Harry.

—Perfecto, mañana a primera hora me comunicaré con ella. Ahora aliméntame, muero de hambre.

—Sus deseos son ordenes —sonrió y me besó en los labios antes de llevarme a comer en otro de sus restaurantes favoritos, habíamos ido un par de veces y la comida siempre estuvo exquisita.

—Es hermoso, Claire y Nicole se morirán cuando lo vean —dije admirando la fina joya que adornaba mi dedo mientras viajamos en el auto hacia el *restaurant*.

—No fue una elección fácil, quería impresionarte —respondió paseando mi dedo pulgar por su

muñeca.

—Créeme, lo hiciste.

—Amor.... ¿estarías de acuerdo con celebrar nuestra boda antes del nacimiento de Harry? Es que no puedo esperar para que seas mi esposa.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? —La sorpresa en mi voz fue inevitable—. ¿Cómo crees que me veré con un vestido de novia con esta enorme panza?

—Hermosa, mi amor.

Giré los ojos. Obvio que diría eso.

—Hablo en serio, Mark. Parezco carpa de circo. —Él se rio—. No te burles —reñí cruzándome de brazos.

—No me burlo, nena. Para mí, luces hermosa. Esa “enorme panza” es la prueba de que dentro de ti crece nuestro pequeño gran milagro.

—Eso piensas tú, pero los demás no.

—No invitemos a nadie, seamos solo tú, Harry y yo.

—Y Claire, Nicole, Matt, Anna y Abby.

—¿Y Paul y Jacob?

—Sí, solo nuestros familiares y amigos más cercanos.

—Lo que tú quieras, amor. Lo único que quiero es que seas mi esposa —dijo sonriendo—. ¿Qué opinas que nos casemos el 20 de octubre?

—Madre mía. ¡Eso es en tres semanas! Creo que es imposible organizar una boda en tan poco tiempo —dije sintiéndome ansiosa.

—Nada es imposible. Sé que, con ayuda de Claire y una buena *wedding planner*, podemos lograrlo.

—¿Lo crees? —inquirí alzando una ceja.

—Estoy seguro que sí. Juntos podemos lograr cualquier cosa, nena —dijo confiado, y le di la razón, juntos éramos invencibles.

—De acuerdo, nos casaremos el 20 de octubre. —Mark sonrió y acercó mi mano a sus labios para darme un beso.

Una semana después, estaba inmersa en un sinfín de toma decisiones. Por un lado, estaba Ashley decorando nuestro hogar. Y por el otro, Laila con la organización de la boda. Llegué a estar tan estresada que a veces me provocaba cancelar todo, pero Mark siempre aparecía y hacía que cada decisión se hiciera más fácil.

Diez días después de la propuesta, la casa estaba lista para recibirnos. Ashley hizo un trabajo maravilloso con la habitación de Harry, la amé. Las paredes estaban pintadas de blanco y decoradas con hermosas figuras náuticas, en madera, con tonalidades roja, azul, celeste y blanco. La cuna estaba en el centro de la habitación, era blanca, de madera, también. Añadió un cómodo sofá color azul con cojines rojos y una mecedora con asientos acolchonados, color blanco. Su nombre fue tallado en madera y se me saltaron las lágrimas cuando las vi. Estaba muy emocionada, no veía la hora de tener a mi bebé en mis brazos.

La casa lucía acogedora, decorada con muebles estilo *vintage* en el recibidor, la sala y las habitaciones, combinando el estilo clásico con el minimalista.

Nos mudamos esa misma semana. Rocky estaba muy contento con la mudanza, tenía un gran patio trasero donde correr y jugar.

El fin de semana después de mudarnos, celebramos una fiesta de inauguración en la que asistieron nuestros amigos más cercanos, la hermana de Mark y su esposo Austin. A todos les

encantó la casa, quedó realmente preciosa. La habitación de Harry fue la que más amaron. Igual que yo.

Los preparativos de la boda estaban bastante adelantados, solo faltaban algunos detalles que la *wedding planner* estaba ultimando. Lo más difícil fue encontrar un vestido que me gustara. La verdad, casarme con una gran panza jamás pasó por mi mente, pero quería complacer a Mark, él merecía que hiciera una excepción, no había sido nada menos que maravilloso conmigo desde que nuestra relación inició. A veces discutíamos, pero nunca trascendió a más que eso, nada que no pudiéramos arreglar.

Volviendo a la boda... La ceremonia sería en la iglesia *Arlington Street Church*, a la que Abby había asistido. Mark y yo éramos creyentes, aunque no seguíamos ninguna tendencia religiosa. Elegimos realizar la ceremonia en una iglesia por su madre. La celebración sería en el salón del Hotel *Four Season*. Fue una suerte encontrar cupo para ese día, Mark conocía al gerente y usó sus influencias.

—Hola, amor —saludé a mi pequeño remolino, quien retozaba en mi vientre con inquietud. Cada vez era más activo, sobre todo en las noches, cuando intentaba dormir. Le pasaba igual a las demás mamás, era lo que escuchaba decirle a las que asistían a clases de preparación prenatal. Iba con Mark los sábados, quería aprender todo lo que pudiera antes de la llegada de Harry. Mientras más se aproximaba la fecha, mi ansiedad aumentaba, temía que no fuera lo suficiente fuerte para traer a mi hijo al mundo de forma natural, pero Nicole siempre decía que, llegado el momento, lo haría. Esperaba que así fuera.

Estaba terminando de arreglarme para asistir al *baby shower* de Harry, evento que organizó Claire. Escogí un vestido precioso color celeste, de encaje, con cuello redondo y mangas largas que llegaban por encima de los codos; ceñido en el busto y suelto en la falda. Terminaba por encima de mis rodillas. Opté por sandalias de cuña blancas y ondulé mi cabello con la pinza, dejándomelo suelto, como a Mark le gustaba. Mi maquillaje era suave, con un poco de color en los párpados, máscara para alargar mis pestañas, colorete en las mejillas y brillo labial.

—¡Lauuuu! ¿Estás lista? Los invitados comenzarán a llegar en cualquier momento —preguntó Claire desde la habitación, yo estaba en el vestidor.

—¡Sí, ya salgo! —Alcancé mi teléfono de la mesa y me paré de la silla con la rapidez que una panza de casi ocho meses me permitió. Al parecer, Harry heredaría la estatura de su padre.

—Pero qué linda estás, Lau. El embarazo te ha sentado de maravilla —dijo cuando me vio—. A ver, déjame capturar este momento —pidió apuntando la cámara de su teléfono hacia mí.

—Ay, no. Sabes que no me gustan las fotos.

—¿En serio? —Ironizó—. Anda, Lau. No seas así. Todas las fotos de la sesión que no querías hacerte quedaron espectaculares ¿o no?

—Bueno, tómala —accedí girando los ojos—. Pero no la publiques en ningún lado, sabes que no me gusta ventilar mi vida en las redes sociales.

—Aguafiestas, yo que quería presumir de mi preciosa amiga. —Hizo un puchero de lo más ridículo.

—Tonta. —Sonreí y ella aprovechó ese momento para capturar la fotografía.

—Quedó hermosa, debí ser fotógrafa en mi otra vida. —Presumió—. Ahora una *selfie*.

—Dios —puse los ojos en blanco—. Una sola y bajamos —advertí alzando una ceja.

—Ajam. —Instaló su teléfono en el *selfie stick* y vino a mi lado, colocando su mano libre en mi vientre y juntando nuestras caras—. Sonríe, Lau. —Sonreí y ella tomó una fotografía, y otra y otra, hasta que le dije que ya era suficiente. Siempre hacía lo mismo

—¿Y Mark? Ya debería estar aquí —comentó cuando nos disponíamos a bajar las escaleras.

—Sí, voy a llamarlo. —Marqué su número con la opción de discado rápido y fruncí el ceño cuando saltó al buzón de mensajes directamente. Volví a marcar y de nuevo me envió al buzón. Le dejé un mensaje preguntándole dónde estaba. Se había retrasado para el *baby shower*. Él nunca dejaba que su teléfono quedara sin batería.

En ese momento, el timbre sonó y Lucy —la chica del servicio— abrió la puerta. La primera invitada acababa de llegar, Jenny, mi secretaria. La vi desde el barandal y bajé a recibirla. La saludé con un beso en la mejilla y ella me entregó el obsequio que traía para Harry. Compartí una palabra de agradecimiento y la invité a pasar al salón, donde tendría lugar la pequeña reunión que Claire había organizado.

—¡Oh, mi Dios! Pero qué hermoso te quedó todo, Claire. ¡Me encanta! —dije cuando entré a la sala y vi el grandioso trabajo que había hecho con la decoración, olvidando por un momento que Mark no había llegado. El tema que escogió fue de osito de peluche, tan tierno como precioso.

—¡Ay, qué alegría! Estaba tan nerviosa, quería sorprenderte.

—Y lo has logrado, es simplemente encantador —dije sonriendo. Me daba mucha ilusión todo lo que tuviera que ver con mi bebé.

—Sí, está muy bonito —comentó Jenny a mi lado. La miré, conservando la sonrisa, y le dije que podía tomar asiento en el lugar de su elección.

Ella asintió, sonriendo también, y caminó hacia el sofá, entretanto, yo llevaba el regalo que me había dado a la mesa de los obsequios. Cuando volteé, vi a Nicole cruzando el umbral de la puerta y di un grito de emoción. ¡Pensaba que no asistiría! Me había dicho que no podía venir. Caminé en su dirección y nos encontramos a mitad de camino. Nos abrazamos un momento y después me tocó el vientre, sorprendida de cuanto había crecido desde la última vez que nos vimos.

—Dios, sí. Y pensar que aún seguirá creciendo.

—Las últimas semanas son las más duras, pero todo será compensado cuando tengas a Harry en tus brazos y lo veas por primera vez. Ya verás —aseguró con una sonrisa amorosa. Le brillaban los ojos cuando hablaba de maternidad.

—¿Y mi Matt?

—Está con su papá, tendrán una tarde de chicos.

—Tan lindo Oliver, es un papá genial.

—Sí, ama a Matt con todo su corazón —sonrió al decirlo—. Y hablando de papás... ¿dónde está Mark?

—No sé, pero ya debería estar aquí —respondí frunciendo los labios. Se suponía que iba a llegar antes de que iniciara el *baby shower*. ¿Dónde estaba?

—Ya llegará, Lau. Tranquila.

—Eso espero.

—Y bien ¿qué tal lo he hecho? —preguntó Claire reuniéndose con nosotras.

—Todo está hermoso, Claire. Hiciste un estupendo trabajo. Ha sido tu secreto mejor guardado. No quisiste revelar ningún detalle, aunque insistí.

—El trío fue una oferta tentadora, pero estoy en una relación monógama, cariño. Tendrás que recurrir a alguien más si quieres avivar la pasión en la tuya —bromeó ganándose una mirada letal de Nicole. A Claire le encantaba sacarla de sus casillas.

Anna entró en ese momento a la sala y la discusión no trascendió. Le di la bienvenida y la saludé con un beso en la mejilla, habíamos logrado limar las asperezas y nos tratábamos con

cordialidad. Detrás, entró su esposo Austin cargando una caja grande y, al parecer, pesada. Me saludó a la distancia y preguntó dónde debía dejar el obsequio.

—Sígueme. —Le indicó Claire.

Él caminó detrás de ella hasta la mesa de obsequios y dejó la caja a un lado, en el suelo. Cuando estuvo de regreso, besó a Anna en los labios como despedida, nos dijo adiós con la mano a nosotras y se fue.

Enseguida, mi cuñada halagó la decoración, comentando que estaba preciosa, y Claire no cabía en sí misma de la emoción. Yo también estaba muy contenta con lo bonito que se veía todo, pero seguía intranquila por no saber de Mark. Le pedí a Anna que me acompañara un momento y, en privado, le pregunté si había visto o hablado con su hermano, a lo que ella contestó que él estuvo hasta hacía unas horas en su casa, pero que se marchó apresurado después de recibir una llamada; no sabía con quién habló y Mark no dijo a dónde iba. Me pareció de lo más extraño que se fuera así y, más aún, que no se comunicara conmigo.

—Debe ser algo importante, de otra forma, estaría aquí.

—Sí, pero no creo que falte, tú y Harry se han convertido en su mayor alegría —dijo sonriendo. Ella y Mark eran muy unidos, se amaban y apoyaban en todos los momentos importantes de su vida. Él estuvo para ella cuando su relación con Austin sufrió una fractura tan importante que estuvieron a punto de separarse y Anna no se apartó de su lado a través de su enfermedad y recuperación. Mark siempre me hablaba de Anna, de su padre y de su madre, recordando los buenos y los malos momentos que había vivido junto a ellos.

\*\*\*

Mark nunca llegó. Estaba tan furiosa como preocupada. Deseaba que no le hubiera pasado nada malo, pero si no era así, no podía pensar en una buena razón para que no viniera al *baby shower* que con tanto amor Claire organizó para nuestro hijo. Todos los invitados asistieron, sus amistades y las mías, trajeron obsequios y participaron en los juegos que preparó mi amiga. Todos preguntaron por él y tuve que inventar excusas.

Cuando la reunión terminó, solo se quedaron conmigo Claire, Nicole y Anna. Mi cuñada estaba intentando hallar el auto de Mark mediante la empresa de seguridad para ver si daba con su paradero.

—Ni Paul ni Jacob saben de él. Llamé a su asistente y me dijo que no había hablado con Mark en todo el día. Siento que me volveré loca si no tengo noticias tuyas pronto —dije histérica, aferrada a mi teléfono móvil y caminando de un lado al otro de la sala sin poder quedarme quieta. Había pasado del enojo a la angustia. Mark era juez penalista, sentenció a muchos asesinos a pasar años en prisión y alguno pudo buscar venganza. El Estado proveía protección para los jueces, pero él no lo venía necesario, decía que era dinero desperdiciado.

—Lau, sé que estás preocupada, pero todo ese estrés no es bueno para ti ni para Harry. Intenta calmarte, inhala oscuro y exhala rosa —dijo Claire y la fusilé con la mirada—. Lo siento, solo intento ayudar.

—Lo sé, pero no estoy para bromitas, Claire —reñí de malhumor. Estaba demasiado estresada con todo lo que pasaba, solo quería ver a Mark entrando a casa, sano y salvo. O, al menos, tener la certeza de que estaba bien.

—Ya tengo la ubicación de su auto. —Entró diciendo Anna y mi corazón retumbó con fuerza en mi pecho. Al fin había un indicio—. Austin viene por mí para ir a verificar si Mark se encuentra en ese lugar.

—Yo también voy.

—No creo que sea prudente, Laurel. Mejor espera aquí y yo te llamo en cuanto sepa algo —instó hablándome como a una chiquilla a la que debía convencer. Pero yo no iba a esperar nada, iría a como fuera lugar.

—No necesito tu permiso. Iré, así tenga que seguirte todo el camino. —Me impuse. Nadie me iba a decir qué hacer, mucho menos ella.

—No hace falta que lo hagas, te daré la dirección. Pero, como doctora, te recomiendo que te quedes aquí, ese no es un buen lugar para ti en tu estado. —Su tono de voz fue imperativo y tuve que controlarme para no gritarle que ella no era mi doctora y que no estaba pidiendo su opinión.

—¿Qué lugar? —inquirí exasperada.

—En un bar, por eso te digo que lo mejor es que te quedes —dijo insistente.

*¿En un bar? ¿Qué haría Mark en un bar? No tenía sentido que fuera a un bar en lugar de venir a casa con nosotros.*

—No importa, tengo que ir —dije decidida. Y así hice. Me subí al auto con Anna cuando Austin llegó. Claire y Nicole se quedaron en casa por si Mark aparecía. Durante el viaje, me comí la cabeza preguntándome porqué iría Mark a ese bar, porque no me llamó, por qué no había llegado... — Ahí está su auto. —Señalé con el dedo sintiendo mi corazón deteniéndose un segundo. Luego comenzó a palpar fuerte, estaba por enterarme si se encontraba en ese bar o no.

—Voy yo, espérenme aquí —indicó Austin antes de bajarse de su vehículo. Cerró la puerta y caminó hasta el *Audi* de Mark. Miró por las ventanillas y por el parabrisas comprobando si se encontraba dentro. Negó con la cabeza. No estaba. Siguió avanzando hasta el bar y lo perdimos de vista cuando entró. Comencé a mordeme las uñas por la ansiedad y miré constantemente la hora en mi teléfono para saber cuánto tiempo había pasado desde que Austin se fue. Un minuto, dos... cinco... diez—. ¿Por qué tarda tanto? —pregunté impaciente, aunque Anna sabía tanto como yo—. Veo a Austin —dije cuando vi salir a Austin, solo. ¿Dónde estaba Mark entonces? ¿Se fue y dejó el auto abandonado? Eso no tenía sentido. Ya no tenía uñas cuando Austin abrió la puerta del piloto y se subió en un silencio sepulcral que me crispó la piel.

—Mark estuvo aquí un par de horas —comenzó diciendo—, bebió varios tragos en compañía de... de una mujer y se fue con ella.

Mi corazón se apretó y se me formó un nudo en la garganta. No podía creer lo que Austin estaba diciendo. Mark no me haría eso, él no.

—¿Cómo era ella? —preguntó Anna. Él la describió y escuché a Anna murmurar el nombre de Deborah.

—¿Deborah? ¿Mark estaba con Deborah? —Mi entonación denotó asombro y reticencia. Y un dolor crudo se anidó en mi pecho, el dolor de mi corazón quebrándose en pedazos. Sentía unas ganas inmensas de llorar y de gritar de rabia e impotencia. Siempre temí que Mark me hiciera daño, pero no tenía idea de la sensación desgarradora que iba a sentir, no sabía que podía doler tanto. Pero me tragué mis lágrimas y tomé cada gramo de mi voluntad para pronunciar una frase—. Llévame a casa, por favor. —No iba a quebrarme frente a ellos, podía aguantar hasta encontrarme sola.

Austin puso en marcha el vehículo con dirección a la casa que, hasta esa noche, habitaría. Regresaría a mi apartamento, de donde nunca debí salir.

El viaje de retorno estuvo plagado de tristeza e incertidumbre. Los cimientos de mi vida fueron conmovidos, pero tenía un enorme motivo para seguir adelante, mi hijo. Mark había roto cada promesa que me hizo al irse de ese bar con Deborah, la mujer que lo traicionó y lo abandonó en el

momento más duro de su vida. Si prefería estar con ella que nosotros, entonces no era el hombre que pensé, él solo fue un engaño, una ilusión...

—Debe haber una explicación, Mark te ama con locura, él no te engañaría con Deborah nunca —dijo Anna con incredulidad y angustia. Se encontraba consternada, no podía ni creer que su hermano volviera a los brazos de la mujer que tanto daño le había hecho. Yo tampoco quería hacerlo, una parte de mí estaba aferrada a la esperanza de que no hubiera llegado tan lejos con ella, pero él había faltado al *baby shower* de Harry por estar con ella, eligió a Deborah y no a nosotros.

No dije nada porque apenas podía contener las lágrimas, me callé porque no estaba segura de poder hablar, y Anna respetó mi silencio.

Tan pronto Austin detuvo el auto frente a la casa, me bajé y entré a toda prisa, ignorando las preguntas de Nicole y Claire. Subí las escaleras, entré a mi habitación y tomé mis pertenencias más importantes: mi bolso con mis documentos de identidad, las llaves de mi apartamento, las de mi auto.

Mis amigas estaban en el pasillo cuando abandoné la habitación.

—Me voy —dije sin hacer contacto visual con ninguna, rompería a llorar si lo hacía.

—¿A dónde? —inquirió Claire al tiempo que Nicole preguntó qué había pasado. No respondí. Bajé las escaleras y caminé a la salida, dejando atrás el lugar que pensé sería mi hogar, donde viviría con mi familia, pero ahora el futuro era incierto, una dolorosa incógnita que me pasaba en el alma.

Dando una última mirada, salí de la casa, con el corazón dolorido. Nicole volvió a preguntarme qué estaba pasando.

—Volveré a mi apartamento. —Me subí a mi auto y me marché sin detenerme a pensar en nada, tenía que irme ese instante o perdería el valor de hacerlo.

Conduje de forma automática hasta el edificio donde vivía, estacioné el auto en mi puesto de siempre y me subí en el ascensor sintiéndome derrotada. Cuando el ascensor se abrió en mi planta, caminé por el pasillo y abrí la puerta con la llave, dejándola abierta tras pasar. Mi apartamento se encontraba tal como lo había dejado, limpio y ordenado, como si nunca me hubiera ausentado. Me senté en el sofá y entonces me permití llorar, dejé que el dolor tomara el control de mis emociones y me hundí en la tristeza, asumiendo lo peor, sin esperar que Mark me diera una explicación, porque su ausencia me había hablado más fuerte de lo que sus palabras podrían hacerlo.

No pasó mucho tiempo para que Claire y Nicole cruzaran la puerta y se sentaran junto a mí, en silencio, esperando que estuviera lista para hablar. Cuando logré calmarme, les conté todo y les dije quién era Deborah y lo que significó en la vida de Mark. Claire fue la primera en reaccionar, dijo que iba a castrarlo por imbécil. Nicole fue más racional y me aconsejó que esperara hablar con él.

—Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario ¿no es así? —dijo Nicole.

—Pero hay pruebas que lo señalan como culpable. Mark estuvo en ese bar bebiendo con ella y luego se fueron juntos. No ha respondido ninguna de mis llamadas o mensajes, faltó al *baby shower* por estar con ella, dejó el auto abandonado... ¿Qué más puedo pensar?

—Sí, todo lo señala, pero no sabes lo que está pasando. ¿Es la primera vez que desaparece así? —preguntó Nicole. Asentí—. ¿Alguna vez llegó ebrio a casa?

—No. —Mi labio inferior tembló y lo apreté entre mis dientes. No quería volver a llorar, debía ser fuerte por Harry. Me acaricié el vientre y le prometí en silencio que todo estaría bien, que estaríamos bien.



—Entonces debes escucharlo, no lo condenes sin darle la oportunidad de explicarse.

—¿Y si me dice que está con ella?, ¿y si confiesa que nunca la dejó de amar y que lo nuestro fue falso? —El dolor en mi pecho se hizo más agudo y tuve que inhalar profundamente por la nariz para recobrar el aliento.

—¿En verdad crees eso? Tú misma me has contado que Mark te adora, que no ha hecho más que demostrarte devoción y amor. Nadie puede fingir sentimientos que no son reales.

—Sí, Lau. Mark te ama, ve a través de tus ojos. No sé qué jodidos pasó para que se fuera con esa mujer, pero de que te quiere, te quiere. No he visto un hombre más enamorado de alguien como él de ti —dijo Claire cambiando de postura.

—Me siento abrumada, chicas. Es cierto que él me ha demostrado amor, que ha sido cariñoso y gentil, pero no paro de pensar en lo que puede estar haciendo con Deborah en este momento, me envenena la sangre imaginarlos juntos. —Tragué el nudo en mi garganta y suspiré—. Siento que estoy viviendo una pesadilla y quiero que acabe.

—Puedo imaginarlo, Lau, y de verás siento que estés pasando por esto. De corazón, espero que todo sea solo un gran malentendido.

—Yo también lo espero, Nicole. —Sujeté su mano y le di un suave apretón. Contar con ella en ese momento era un regalo que valoraba con el corazón.

—Estamos contigo, Lau, hasta el fin de los tiempos —dijo Claire a mi izquierda, siendo el segundo pilar que me daba fuerzas en aquel momento difícil. Ellas me conocían como nadie, sabían que no estaba siendo dramática. Mark fue el primer hombre que amé, con quien dejé caer la coraza que había construido a mi alrededor, quién ganó mi confianza y mi corazón.

—Gracias, Claire —murmuré sintiendo el pecho apretado. Tenerlas a mi lado apoyándome valía el mundo.

Era casi medianoche cuando me fui a la cama. Estuve esperando que Mark se comunicara conmigo, o que se apareciera en mi puerta, pero nada de eso sucedió, y la desesperanza me abrazó con fuerza, haciéndome su presa. A pesar de ello, no lloré, no iba a derramar otra lágrima por él. Sería valiente, saldría adelante como la mujer fuerte y decidida que siempre fui. Estuve bien sola durante años, ahora tendría a Harry conmigo y sería todo lo que necesitaría en mi vida para ser feliz.

## Capítulo 23

Me costó mucho conciliar el sueño, me había acostumbrado a dormir pegada a Mark, sintiendo su cuerpo tibio contra el mío. Lo extrañé a morir, pero en algún momento de la noche, cedí ante el cansancio. Nicole se había ido hotel donde se hospedaba y Claire se quedó conmigo. La pobre no debió descansar nada conmigo moviéndome gran parte de la noche.

Eran casi las ocho de la mañana cuando me desperté, el olor a magdalenas recién horneadas llegó a mí antes de abrir los ojos. No me di cuenta en qué momento se levantó Claire de la cama, pero debió suceder hacía mucho si ya había horneado. Me levanté de la cama, fui al baño, hice mis necesidades, me asee los dientes y después me uní a Claire en la cocina.

—Buenos días, dormilona. Mira todo lo que he hecho para ti —señaló la mesada repleta de *donuts* y pastelitos.

—Madre mía, Claire. ¿En qué momento hiciste todo esto?

—Mientras dormías —respondió con energía por el efecto de toda la azúcar que estuvo consumiendo mientras preparaba todo aquello—. Toma asiento y sírvete lo que gustes.

Puso un plato vacío en el poco espacio que había en la mesada y siguió decorando magdalenas con glaseado rosa.

—Exageraste un poco con la cantidad, tardaría semanas en comer todo esto. —Me senté en el taburete de la esquina, alcancé una donuts con glaseado de chocolate y le di una mordida. Estaba deliciosa.

—Sí, solo un poco.

—¿Jacob te dijo algo de Mark? —Pronunciar su nombre dolió, pero me esforcé por ignorar el pellizco en mi corazón.

—No, según él, no sabe nada. Pero no le creo, es uno de sus mejores amigos, tiene que saber qué está pasando —dijo con discordia—. Le exigí que me dijera la verdad y se enojó conmigo, entonces lo mandé a la mierda y rompí con él.

—Dios, Claire. ¿Por qué eres tan impulsiva? Lo que pasa entre Mark y yo no tiene por qué causar problemas en tu relación con Jacob, esto es entre nosotros. Habla con él. Arregla lo que hiciste.

—Es que me dio coraje con él. Si no sabe nada, debería estar tratando de enterarse, al menos.

—Bueno, pero él no tiene culpa de lo que haya hecho Mark.

—Tienes razón, iré a hablar con él cuando Nicole venga a relevarme.

—No necesito una niñera —bufé poniendo los ojos en blanco

—Sé que no, pero no queremos que dejarte sola.

—Estoy bien, con el corazón roto, pero bien.

—Jodido idiota. ¿Cómo vino a hacerte esto cuando estás por tener a su bebé? —dijo con ira y se me formó un nudo apretado en la garganta. Fue duro escuchar aquellas palabras, pero más duro fue afrontar que Mark no solo se había alejado de mí, también de Harry—. A él es a quien debería

ir a buscar para exigirle que sea hombre y dé la cara.

—No, déjalo. Él debe tomar sus propias decisiones. Si quiere hablar conmigo, sabe dónde encontrarme.

—Te juro que no lo entiendo. Él te ha tratado con tanto amor, ha sido romántico y tierno, no entiendo cómo pudo alejarse así, de la noche a la mañana.

—Tampoco tiene sentido para mí, Claire. Todo lo deseo es que vuelva y me diga que nada ha pasado, que todo fue un gran malentendido, que acabe con esta incertidumbre que me quema por dentro. ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué no me ha llamado, al menos? —respiré hondo y suspiré. No iba a llorar, no quería.

—Adiós a mi plan de distraerte con gluten y azúcar —dijo con un puchero.

—Nada de eso, pásame una magdalena de esas. —Señalé una con glaseado blanco y una cereza sobre ella.

Claire sonrió y puso la magdalena en mi plato.

—Tengo chocolate caliente para que acompañes la magdalena, ya te lo sirvo. —Buscó una taza en el cajón, la llenó con espumoso chocolate tibio y la puso junto a mi plato. Olía divino y sabía mucho mejor. La ansiedad me había producido un apetito insaciable. Consumí al menos una porción de cada cosa que Claire preparó y me bebí todo el chocolate.

—Me excedí con el azúcar, Harry no para de moverse —dije más tarde tocándome el vientre. Estaba recostada en el sofá mientras Claire se tomaba *selfies* “sensuales” con una *donut* sin glaseado.

—Es que mis postres son divinos. Uno nunca es suficiente. —Aduló moviendo las cejas. En eso, el *interphone* timbró y Claire saltó del sillón para contestar pensando que era Nicole, pero quien estaba en la entrada era Anna.

Claire desbloqueó la puerta de entrada para que pasara y Anna demoró unos cinco minutos en llegar a mi apartamento. Una vez entró, se reunió conmigo en la sala. Tras saludarme, ocupó el sillón a mi izquierda.

—Las dejaré solas para que hablen —dijo Claire dirigiéndose luego a mi habitación. Anna se removió en el asiento y me miró de una manera que detesté. No quería su lastima ni su condescendencia.

—Está con ella, volvió con Deborah. ¿Es eso lo que has venido a decirme? —confronté con coraje, encubriendo lo que en verdad sentía: desilusión. Su respuesta fue un asentimiento, un gesto que confirmó mis más temibles sospechas. Las lágrimas se me escaparon solas cuando hablé—. ¿Por qué? No entiendo. Estábamos comprometidos, íbamos a casarnos, ¿por qué se fue con ella? —Las manos me temblaban, todo el cuerpo. Me faltaba el aire. El peso de la verdad me aplastó como una gran bola de demolición cayendo sobre mí. Su amor fue falso, cada demostración de afecto, cada vez que tomó mi cuerpo, cada estúpida promesa, había sido una gran mentira.

—No lo sé, Laurel. No me dio ninguna explicación cuando lo confronté, lo que puedo asegurarte es que no está actuando como él mismo, esa mujer le ha hecho algo, no sé qué, pero voy a averiguarlo. No dejaré que Deborah le arruine la vida a mi hermano.

—Nadie cambia a nadie, Anna. Él tomó una decisión, eligió estar con ella —dije con dureza. Me sequé las lágrimas y suspiré fuerte con los ojos cerrados, repitiendo en mi mente como un mantra «no llores más». Mi llanto poco a poco se fue apagando, aunque no mi tristeza, esa permanecía intacta, escociendo mi interior.

—Me ha dicho que te deja la casa, que se llevará sus cosas hoy y que puedes volver mañana —pronunció cabizbaja, odiando pronunciar cada palabra.

—No la quiero —negué—. No necesito nada de él.

—Imaginé que eso dirías —murmuró entristecida—. Él te amaba, Laurel, se lo veía en los ojos, lo notaba en la forma que hablaba de ti. El día que iba a proponerte matrimonio, me llamó y me dijo lo nervioso que estaba, se moría de miedo de pensar que dijeras que no. Y después volvió a llamarme emocionado con la noticia de que aceptaste ser su esposa. Me niego a creer que te ha dejado para estar con ella.

—Que lo niegues no cambia la verdad, Anna. Está con ella, no conmigo —confronté sintiendo otra grieta abriéndose en mi corazón.

—Pero él tiene que recapacitar, darse cuenta de su error y volver con ustedes —dijo empecinada y me vi negando con la cabeza, no creía que lo hiciera, para mí, ya todo estaba perdido.

—Si vuelve, que sea por Harry, entre nosotros, todo acabó —enuncié sin que me flaqueara la voz. Había decidido salir adelante por mi cuenta, como había hecho toda mi vida. Tenía que ser fuerte, no podía derrumbarme por un hombre que no valoró mi amor.

—¿No le darías otra oportunidad si vuelve a ti? —preguntó con expresión dolida.

—¿Se la darías tú a Austin? —repliqué a la defensiva.

—Lo siento, no debí preguntarte eso. —Se disculpó mostrando arrepentimiento—. Tengo que irme a estar con mamá —dijo levantándose del sillón—. Cuídate mucho, Laurel. Si experimentas cualquier síntoma fuera de lo normal, llámame o consulta a tu doctora.

—Gracias, Anna. —Hice una mueca que simuló una sonrisa y ella me devolvió el gesto.

Apenas salió de mi apartamento, Claire vino conmigo y se sentó a mi lado. No hizo ninguna pregunta, lo había escuchado todo, y lo agradecí en el alma. No quería hablar, no quería sentir, solo quería que el dolor cesara, que el nudo apretado de mi pecho y estómago se desvaneciera.

\*\*\*

Había pasado una semana desde Mark se fue con Deborah y cada día me dolía más. Quería odiarlo, pero mi corazón no me obedecía, seguía empecinado en amarlo con cada uno sus latidos. Pese a todo, no lamentaba haberme enamorado de él, no lo hacía porque a su lado viví un romance precioso, épico, intenso y apasionado, lleno de momentos significativos que atesoraría el resto de mi vida. Debía seguir adelante, sin él, pero no sola. Tenía a Claire y a Nicole, ellas siempre serían una constante en mi vida; sin importar el tiempo o la distancia, podía contar siempre con su apoyo.

Nicole pasó cinco días más en la ciudad antes de volver a casa. Me tocó decirle adiós a ella y a mi dulce Matheo. Los extrañaría un montón. El pequeño llenó grandes espacios de mis días con sus risas y ocurrencias, momentos que me dieron felicidad. Lo consentí a más no poder, sobre todo, cuando su mamá no estaba cerca. Ella insistía en que los niños necesitan reglas y una rutina, y sabía que era verdad, pero eso era cosa de padres, yo estaba en mi papel de la tía *cool* a la que echaría de menos cuando se fuera. A ella le tendría siempre, a mí, solo por momentos. «Deja que tengas a Harry para que entiendas el daño que causa la falta de normas», advirtió una de las veces que lo mimé. No dudé que así sería, pero me preocuparía de todo el asunto cuando llegara el momento.

Los siguientes días, Claire y yo los dedicamos a decorar la habitación de Harry. Decidimos todo desde cero, sin imitar en nada lo que hizo Ashley en la otra casa. Era un nuevo comienzo, todo debía ser distinto, y el resultado fue encantador. Claire cubrió las paredes con un papel de franjas blancas y verde claro hasta la mitad y el resto lo pintó de un color blanco hueso. En una pared, colgó unos bonitos cuadros con base marrón y figuras blancas en relieve de un trencito, un

caballito de madera, un auto y una cometa. Y en otra, cada letra del nombre de Harry, también hecho en madera y pintada de blanco. Para la ventana, elegimos una cortina de lino beis y otra de tela de poliéster, color chocolate, que combinaba con los detalles de las sábanas de la cunita, las fundas de las almohadas y los cojines del sillón orejero verde agua, ubicado al lado de la ventana.

En el centro de la habitación, dispusimos una butaca mecedora con reposabrazos color marfil, sobre una alfombra felpuda gris claro. Jacob ayudó a cargar y movilizar los muebles. Subió las cajas, armó la cuna y ubicó todo en el lugar que le indicábamos. Fue un poco incómodo al principio tenerlo alrededor con todo lo que había pasado, se trataba de uno de los mejores amigos de Mark, pero hasta de ellos se había alejado. Ambos estaban tan sorprendidos como el resto. Que se fuera con Deborah fue totalmente inesperado.

Mark solo había hablado con su hermana y no le dio ninguna explicación.

Anna me escribía a diario para asegurarse de que estuviera físicamente bien. Lo estaba, todo salió normal en mi último chequeo, el primero al que iba sin Mark. Tuve que mentir cuando la doctora preguntó por él, era más fácil que admitir la verdad. Pero nada me libró del doloroso e incómodo momento de tener que hablar con la *wedding planner* para informarle que la boda no se llevaría a cabo, que estaba cancelada. En momentos como esos, me dominaba la rabia y un deseo ardiente de enfrentar a Mark y reclamarle por todas las promesas que rompió cuando la eligió a ella sobre nosotros; reprocharle por haberme dado su amor para luego arrebatármelo con la crueldad de un verdugo. Jugar con los sentimientos debería ser penado por la ley. Pero la culpa fue mía por dejarme convencer con todas las palabras bonitas que me dijo, por dejarme seducir con sus encantos, por confiar en él...

Mi único aliento era mi hijo, él me daría un amor sincero, un amor que valdría más que cualquier cosa en el mundo. Mi hijo sería todo para mí.

Estaba recostada en el sofá esperando a Claire para ver un maratón de la última temporada de *The Big Bang Theory*, una de nuestras series de humor favoritas de la TV. El sofá era donde más me sentía cómoda. Tenía una panza enorme que me causaba muchos dolores de espalda. Levantarme de cualquier lugar era cada vez más difícil. También me dolía horrores los ligamentos de la pelvis, era parte del proceso de preparación del cuerpo para el parto, según explicó la doctora Silverstone. Pasé por un montón cambios físicos y emocionales a través del embarazo, y todavía no terminaba, en solo unas semanas, enfrentaría la parte más difícil.

Me sentía tan abrumada como emocionada.

Pensé que Mark estaría conmigo, que sostendría mi mano cuando lo necesitara y pronunciaría palabras de aliento que me motivaran a esforzarme más, pero debía afrontar la realidad, aceptar que no tendría su apoyo ni su amor, que solo seríamos Harry y yo.

Algunas veces, una voz dentro de mí intentara convencerme de que volvería, al menos por su hijo. Él siempre lo llamó un milagro, le hablaba y se emocionaba con cualquier movimiento que sintiera al poner sus manos en mi vientre y lloraba de felicidad cuando lo veía en la pantalla, al momento de hacerme las ecografías.

Mi teléfono móvil sonó con la tonadilla de una llamada, no tenía el número registrado. No sabía si contestar, pero al final lo hice, podía ser Mark.

—Hola —dije con un hilo en mi voz. Solo de imaginar que podía ser él se me alteraron los latidos.

—Pobrecilla, pensaste que era Mark —pronunció en tono burlón una mujer que rápidamente reconocí. Deborah. Mi ira fue instantánea, la despreciaba con fervor, aunque sabía que aquel sentimiento era un gasto de energía que en nada me favorecía. Pero no podía evitar odiarla—. No

vayas a colgar antes de escuchar lo que quiero decirte —ordenó como si tuviera alguna autoridad sobre mí.

—No hay nada que quiera oír viniendo de ti, no vuelvas a llamarme —advertí con furia y colgué. No le daría lugar a sus insultos ni ocasión de destilar su veneno sobre mí, porque eso era, una víbora.

Aún estaba alterada cuando llegó Claire. Al verme, se dio cuenta de que algo había pasado y le conté de la llamada de Deborah.

—Dame el teléfono, voy a decirle a esa perra de todo menos bonito. No se atreverá ni a pensar en hablar de ti después que me escuche.

—No, déjala. No vamos a darle la atención que desea. No quiero hablar más de ella ni de Mark, es contraproducente y una total pérdida de tiempo. —Quería dejar a un lado todo el drama de mi vida.

—Está bien —murmuró, no muy convencida, y se levantó del sofá—. ¿Quieres palomitas? —ofreció amablemente.

—¡Sí! Y también un vaso de *Pepsi* con mucho hielo, por favor —pedí batiendo las pestañas. Ella rio diciendo, de camino a la cocina, que me estaba consintiendo demasiado. Y sí, lo hacía. Era una muy buena amiga y le estaría agradecida toda la vida por su solidaridad, paciencia y, sobre todo, por su compañía.

Pasamos la noche, y parte de la madrugada, viendo a los científicos más divertidos de la televisión. Quería terminar toda la temporada, pero me moría de sueño. Me fui a la cama cerca de las tres de la mañana, Claire se quedó en la sala y se durmió en el sofá con el televisor encendido. Lo apagué cuando me desperté en la mañana.

Ese día, nos fuimos un *spa* y dejé que me mimaran como nunca. Me arreglé el cabello y las uñas y me dieron un masaje increíble que me relajó todo lo que una mujer, próxima a dar a luz, podía rehacerlo.

Esa noche, dormí plácidamente, como no había dormido en mucho tiempo, un gusto que no me podría dar una vez que Harry llegara al mundo. Según Nicole, los recién nacidos son unos chiquillos “come vidas” que consumen cada gramo de tu energía. Me reí cuando lo leí, pero sabía que no exageraba.

Los siguientes días pasaron terriblemente lentos. Estaba sola en casa y muerta de aburrimiento. Claire se fue de vacaciones con su hermano en *Saint Thomas* y no volvería hasta el domingo. Apenas era viernes. Ella no quería dejarme sola, pero insistí en que fuera, la necesitaría conmigo cuando Harry naciera y merecía un tiempo de descanso antes del todo estrés que conllevaría ayudar a cuidar a un recién nacido. Las dos éramos inexpertas, pero tenía a Nicole a la distancia de una llamada para consultarle cualquier duda.

El sábado en la mañana, decidí salir de casa, no soportaba más el encierro y la soledad. Conduje mi auto escuchando *3:00 A.M.* de *Finding Hope*, una canción que me llegaba directo al corazón por lo que estaba pasando con Mark. Lo tenía presente todo el tiempo, aunque intentara no pensar en él, aunque me repitiera que debía olvidarlo.

Mi primera parada fue en *Molly's*, tenía tiempo sin visitarla y creí que me haría bien un rostro familiar. Las campanillas de la puerta tintinaron cuando la empujé para pasar. Molly alzó la vista desde detrás de la barra y sonrió ampliamente al verme.

—¡Laurel! —dijo con entusiasmo y se acercó hasta donde yo estaba, saludándome con una abrazo y un beso en la mejilla—. ¿De cuánto estás ya? —preguntó tocándome el vientre.

—Treinta y cinco semanas. Es un niño —respondí sin poder contener la sonrisa. Hablar de mi

bebé siempre me emocionaba.

—Aww, ya te falta muy poco. ¿Viniste sola? —Miró detrás de mí buscando a Mark. Se puso tan contenta cuando fui con él y lo presenté como mi novio. Y su alegría fue mayor cuando le conté que esperábamos un hijo. Recordar aquel momento me produjo tanta nostalgia que se me apretó el corazón.

—Sí, Mark está en el trabajo. —No quería contarle lo que estaba pasando. Fingí una sonrisa y pronto me ubicó en una mesa. Le dije lo que quería comer y ella misma lo preparó y sirvió. Me hizo compañía en la mesa mientras comía y escuché con buen agrado cada consejo que tenía para darme en su experiencia como mamá. Pensé en mi madre y sentí tristeza. Mis recuerdos de ella no eran muchos, pero sí muy significativos. Me hizo mucha falta a lo largo de mi crecimiento y, ahora, que me convertiría en madre, aún más.

Una hora más tarde, me despedí de Molly con un abrazo y un beso lleno de afecto. Le tenía mucho cariño y ella a mí. Me pidió que la llamara tan pronto estuviera en casa para ir a conocer a Harry y le dije que así lo haría.

Caminaba hacia mi vehículo cuando un hombre salió de una SUV negra, interceptándome. Usaba gorra, lentes y una sudadera azul. Una barba espesa le cubría la cara, pero pude reconocerlo al instante. Era Mark. Todo mi interior se estremeció en un instante.

Cuánto tiempo había deseado verlo. Cuánto había llorado y sufrido por él.

—Laurel, nena. Tienes que subir al auto, debemos irnos —dijo con premura e intentó tomar mi mano, pero la aparté.

—No, no tengo que hacer nada, Mark. Tú no tienes derecho de decirme lo que debo hacer. Me engañaste con Deborah, abandonaste tu responsabilidad con Harry por estar con ella. ¡Nos dejaste! —grité con rabia e indignación, y también con dolor. Lágrimas mojaban mis mejillas, todas las lágrimas que estuve reprimiendo, negada a llorar por un hombre que no lo merecía. Pero ahí estaba yo, vulnerable, rota...

Mark se quitó los lentes y me dejó ver el dolor en sus ojos, tenía grandes ojeras debajo de los párpados.

—No te he engañado con ella, amor. Nunca podría. Lo juro. Tú y Harry son mi mundo, los amo con todo mi corazón. —Se acercó queriendo tocarme y me alejé una vez más, no podía permitir ningún contacto o perdería la batalla que pugnaba en mi interior. Luchaba contra las enormes ganas de lanzarme a sus brazos, aferrarme a él y rogarle que nunca me dejara otra vez—. Sé que te hice daño, que te defraudé, pero debes confiar en mí —pidió con fervor, su mirada mostraba desesperación y miedo, pero no logró convencerme, le di una oportunidad antes y resulté herida, no dejaría que siguiera haciéndome daño.

—Ya lo hice, ya confié en ti, y me defraudaste —murmuré sintiendo un profundo dolor en el centro de mi pecho, y seguí caminando, pasando de él. Todavía lo quería y deseaba que estuviéramos juntos, pero no creía en él, y ninguna relación podía sostenerse sobre las bases de la desconfianza.

—Es por Harry, es importante que hablemos —dijo cuando comenzaba a alejarme. Me detuve de súbito y lo enfrenté.

—Jamás pensé que serías tan ruin. ¿Usas a mi hijo para manipularme? —Encaré con ganas de abofetearlo. Harry era el único inocente en toda esa historia.

—¡No! —negó rápidamente—. Te lo explicaré todo, solo sube al auto y ven conmigo. Si ella nos encuentra, será demasiado tarde —enunció con urgencia.

—¿Ella? ¿Deborah? —pregunté frunciendo el ceño. Mark asintió—. ¿Tarde para qué?

—Solo sube, amor. Es nuestra única oportunidad. —La zozobra en su mirada y en su voz me resultó alarmante y tomé la decisión que quizás después lamentaría: me fui con él.



## Capítulo 24

Mark se subió al auto y lo puso en marcha sin decirme a dónde íbamos, por más que le pedí que me lo dijera. Y cuando le pregunté qué estaba y qué significaba lo que había dicho de Deborah, me respondió con evasivas.

—Responderé todas tus preguntas tan pronto lleguemos. Ten un poco de paciencia, amor. Por favor. —Me miró a través de del espejo retrovisor y le lancé una mirada furiosa.

—No me digas amor.

—¿Por qué no? Eres mi vida, mi amor, la dueña de mi corazón...

—No te burles de mí, Mark. Nada de eso es verdad. Estabas con Deborah, no soy estúpida para creer que no pasó nada entre ustedes —le reclamé furiosa, dejando que los celos me dominaran.

—Entiendo que no me creas, pero no miento cuando te digo que nada ha pasado entre nosotros. Ni un beso, ni una caricia... Nada. —Me miró una vez más a través del espejo y mi corazón dio un salto en mi pecho. Seguía peleando contra el impulso de ir a su lado y reclamarle cada beso que nos perdimos tras la separación—. Y tampoco miento cuando digo que te amo, porque lo hago, Laurel, te amo con cada latido de mi corazón. Y te he extrañado todos los malditos segundos que estuve lejos de ti. Pensar en el dolor que te estaba causando me consumía por dentro.

—¿Por qué te fuiste entonces? —cuestioné queriendo saberlo de una vez. Había pasado muchas noches preguntándome por qué me dejó, por qué me mintió, necesitaba escuchar una respuesta.

—Desearía no tener que decírtelo —murmuró en tono contrito y se me formó un nudo en el estómago.

—No puedo esperar más, Mark. Solo dímelo, no creo que sea diferente si lo haces aquí o en ese lugar misterioso al que me llevas.

—No tendrás que esperar mucho, ya estamos cerca.

Bufé dejándome caer contra el respaldo del asiento. No quería esperar ni un segundo más, pero él no iba a hablar hasta llegar a su destino.

El resto del camino transcurrió en medio de un silencio incómodo. Tenía muchas preguntas y cuestionamientos que hacerle a Mark, pero todo se reducía a esa gran verdad que se negaba a admitir. Mi mente no dejaba de intentar hacer conjeturas mientras mi corazón latía desbocado por el hombre que estaba tras el volante. El olor de su perfume danzaba en el aire, burlándose de mí. Apenas podía mantenerme lejos de él, a pesar de que aún no me había dado una razón que me llevara a perdonarlo. Dijo que me amaba, que no me había engañado, pero no sabía si era cierto —. Hemos llegado. Espérame para ayudarte a bajar —dijo tan pronto detuvo el auto frente a una vivienda de arquitectura antigua.

—Puedo sola, he estado por mi cuenta desde que te fuiste —dije arisca cuando abrió la puerta. Dolor centelló en sus ojos.

—Lo siento —murmuró tragando saliva y retrocedió dejándome espacio para bajar.

Descendí del vehículo con cuidado, bajo la atenta mirada de Mark, quien me observó de arriba abajo con ojos ávidos, pese a mi enorme panza de embarazo. Sentí calor por todo el cuerpo, especialmente, entre mis muslos. Ansiaba sentir sus labios basándome, su lengua penetrándome, sus dedos moviéndose dentro y fuera de mi sexo hasta hacerme estallar de delirio.

—Era de mi abuelo —dijo sacándome de mis pecaminosos pensamientos—, ha estado sola un tiempo, pero me he asegurado que la mantengan aseada. Anna dice que debería venderla, pero tengo grandes recuerdos de este lugar —explicó con la vista hacia la casa y suspiró audiblemente—. Vamos adentro —dijo con la voz quebrada.

Quise envolverlo en un abrazo y decirle que todo estaría bien. Pero no sabía eso, no tenía idea de nada de lo que estaba por decirme cuando estuviéramos en el interior de la casa y cómo eso afectaría mi vida

Caminé delante de él, esforzándome por parecer indiferente, pero me sentía triste y dolida. Actuábamos como desconocidos, distantes, ajenos, y odiaba esa distancia que nos separaba. Quería volver a la época en la que confiaba en él y en su amor.

Una vez en el pórtico, Mark se encargó de abrir la puerta y sostenerla para mí, como era su costumbre. Evité mirarlo para mantener mi papel de mujer de hielo y crucé la entrada sintiendo mi corazón ardiendo en mi interior. Cada vez era más difícil ocultar mis emociones.

—No puedo soportarlo más —murmuró cuando cerró la puerta. Se acercó a mí y me envolvió en sus brazos, cálida y vigorosamente—. Te amo. Te amo. Te amo. Estar lejos de ti me estaba consumiendo —pronunció con su cara hundida en mi cuello, llorando como lo haría un niño—. No quiero perderte, no soporto pensar en vivir sin ti. Eres mi corazón, Laurel. Mi amor —expresó entre sollozos.

No pude evitar llorar también. Su declaración me llegó al corazón y conmovió mis sentimientos.

—Pero te fuiste. Me. Me dejaste. —balbuceé con lágrimas en las mejillas. Me sentía muy confundida. Sus palabras parecían honestas, pero, si me amaba ¿por qué se había marchado?

Mark me acunó el rostro y me secó las lágrimas con sus dedos.

—Ha sido la decisión más difícil que he tenido que tomar. Jamás quise dejarte ni lastimarte, pero creí que no tenía opción, ella me convenció de que no había salida. —Tragó saliva y cerró brevemente los ojos, se resistía a decirme la verdad, pero había llegado el momento de hacerlo—. No sé cómo hablarte de esto. No quiero. —Se apartó de mí y me dio la espalda, cerrando las manos en dos puños. Quería decirle que no importaba, que lo perdonaba, que dejáramos todo atrás, pero sabía que lo que iba a revelar era importante y no algo que pudiéramos ignorar.

Cambié mi peso de un pie al otro mientras esperaba que Mark estuviera preparado para hablar. La espalda comenzaba a dolerme por el peso de Harry, pero decidí esperar un poco más. Él necesitaba ese tiempo y no quería presionarlo, parecía bastante afectado. Tal vez no merecía ninguna consideración de mi parte después de lo que había hecho, pero algo dentro de mí me decía que no fuera tan dura con él.

—La primera llamada de Deborah fue hace dos meses —dijo volteándose para mirarme, sus ojos nublados de tristeza y dolor, causando que mi corazón se sacudiera—, juró que estaba arrepentida, que fue un error dejarme, que me amaba y que quería volver conmigo. Le dije que era muy tarde para nosotros, que ya no la amaba, que había conocido a alguien y que era feliz. Se puso histérica y aseguró que me arrepentiría de haberla rechazado. No le di importancia a su amenaza y decidí no contarte nada para no causarte un disgusto innecesario. —Negué con la cabeza, aquello

había sido un error. Debió hablar conmigo—. No supe más de ella hasta la tarde del *baby shower*, me dijo que debíamos hablar en privado, que era de suma importancia. No quería hacerlo, pero dijo algo que captó mi atención. —Se mojó los labios y tragó saliva, pasándose los dedos por el cabello. Lo tenía crecido, no se lo había cortado en un tiempo—. Dijo que... —Negó con la cabeza y bajó la mirada a sus pies, necesitando un momento para volver hablar— Que Harry no... Que no es tu hijo.

—¿Qué? ¿Cómo que no es mi hijo? —Solté una carcajada burlona—. Esa mujer está loca. ¿Y tú le creíste? Por Dios, Mark. No puedes ser tan ingenuo.

—No, pensaba que mentía, pero ella tiene pruebas...

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas, Mark? ¡Ella miente!

—Laurel, amor —pronunció en tono cauteloso, acercándose. Negué con la cabeza y fui retrocediendo a medida que él avanzaba. Cuando mi espalda chocó contra la pared, cerré los ojos repitiendo en mi mente que no era posible, que ella mentía, que él mentía, pero la duda comenzaba abrirse paso en mis pensamientos y en mi corazón. ¿Y si era cierto?—. Lo siento, nena. Lo siento mucho. —Tomó mi mano entre la suya y la apretó suavemente, pero la retiré con furia y le grité que se alejara, que no lo quería cerca.

—¿Por qué estás haciéndome esto, Mark? ¿Por qué? —reclamé con un aluvión de lágrimas recorriendo mi cara.

—¿Crees que te mentaría con algo tan importante? Sé cuánto anhelas tener un hijo, sé cuánto amas a Harry, no diría esto si no estuviera seguro —contestó, también llorando.

—No, Mark. No. Harry es mi hijo, mío. No importa lo que diga esa mujer, me vale un carajo las pruebas que pueda tener. Él es mío, soy su mamá. —Me sequé la cara con las manos, respiré hondo y me obligué a dejar de llorar, necesitaba calmarme, pensar con claridad. Y después de pensarlo, le dije que me lo contara.

Mark tragó saliva y frunció los labios, su mirada era más triste que antes.

—No tuviste una inseminación ese día, te hicieron una fecundación in vitro. El... El óvulo fecundado con mi espermatozoide era de... de... Deborah.

—¡Oh, mi Dios! ¿Estás diciendo que...? ¡Ay, no! No, puede ser verdad. —Todo mi alrededor comenzó a girar como si estuviera en un carrusel, perdí las fuerzas en mis piernas y desfallecí, pero Mark me sostuvo antes de que tocara el suelo. Me elevó en sus brazos sin ninguna dificultad y me llevó hasta un sofá, recostándome con cuidado en él, y me preguntó si estaba bien. Pero no tenía ganas de hablar, todo lo que quería era despertar de esa horrenda pesadilla en la que él me había sumergido.

*No puede ser verdad que Harry es hijo de Deborah. ¡No!*

—Dime que es mentira, Mark. Por favor —pedí entre sollozos. Me sentía devastada. Si lo que él dijo era cierto, no sabía qué iba a hacer.

—Lo siento, amor. Lo siento muchísimo, nena —pronunció con tristeza y me arrulló entre sus brazos.

—Yo lo amo, Mark. Él es mi hijo, mío, no importa lo que esas pruebas digan —pronuncié conmovida. Harry fue mi sueño, lo amé desde que supe que crecía en mí, su ADN no cambiaba lo que sentía por él—. No voy a renunciar a Harry, no quiero —le dije, echa un mar de lágrimas. Perder a mi bebé me destrozaría el alma.

—Quería evitarlo —pronunció con voz rota—, pero no pude darle lo que quería. No pude —lamentó con culpabilidad.

—¿Qué quieres decir? —inquirí viéndolo con el ceño fruncido.

—Deborah prometió que solo conservarías a Harry si te dejaba en ese mismo momento y me iba con ella. Dijo que era mi única oportunidad, que sino la elegía a ella sobre ti, llevaría todo ante un juez y solicitaría la custodia completa del niño, que podía hacerlo, que estaba en su derecho de madre.

—Y aceptaste —murmuré con los ojos anegados en lágrimas. No fue una pregunta.

—Sí, porque no quería someterte al escarnio público. —Tragó saliva—. Y porque pensé que perderme a mí sería menos duro que perderlo a él.

—Dios mío, Mark. —Me cubrí la cara con ambas manos—. No puedo creer que esto esté pasando.

—Ni yo, es una maldita pesadilla. Lo que Deborah nos está haciendo es despreciable. Para ella, Harry es solo un objeto para un fin, nada más. Lo usa para retenerme a su lado. —Sentí una punzada en el corazón cuando dijo aquello—. Que los dejara no fue suficiente, ella quería más, y no podía dárselo porque mi pasión y mi amor son tuyos, Laurel. Solo te quiero a ti —declaró con brío. Sentí mariposas volando en mi estómago. Mis sentimientos por él eran tan fuertes como antes. Ni el dolor que me causó al irse ni su ausencia lograron cambiarlos. Pero no pude decirle que también lo amaba, no pude, porque tenía miedo de abrirle de nuevo mi corazón y terminara de destrozarlo.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Ella va a pelear por Harry —respondió con seriedad sepulcral— y tiene una gran posibilidad de ganar.

—No, ella no lo tendrá. Tú lo dijiste, Deborah no lo quiere. Debe haber algo que podamos hacer para evitarlo, Mark.

—Ella está lista para pedir una prueba prenatal genética y, tan solo en diez días, obtendría los resultados. Si logra demostrar que es la madre biológica de Harry, puede pedir su custodia completa.

—No digas más, no puedo seguir escuchándote. —Me levanté del sofá y caminé hacia una ventana con vista a la calle. Llevé mis manos a mi vientre le hablé a Harry, le dije que sin importar nada, siempre lo amaría, que no dejaría que nos alejaran nunca. El dolor que sentía era inmenso, temía que no pudiera cumplir aquella promesa, también me aterrorizaba que un día él me reclamara por haberlo apartado de su madre biológica. ¿Y si estaba cometiendo un error al querer conservarlo conmigo? Me pregunté con un nudo en mi pecho. Pero una voz dentro de mí me dijo que no podía ser un error. Yo lo amaba, yo quería ser su mamá, ella solo lo estaba usando para tener a Mark.

—¿Tienes un plan para evitar que Deborah se lleve a Harry? —pregunté girándome hacia Mark, quien estuvo mirándome en silencio.

—Sí, pero es un poco arriesgado —contestó hundiendo sus manos en los bolsillos de sus *jeans*—. Conozco a alguien que puede ayudarnos a salir del país y conseguirnos una nueva identidad. Deborah no nos encontraría y tampoco a Harry.

—¿Qué? No podemos hacer eso, Mark. Es una locura. Hablas de vivir como fugitivos.

—Lo sé, no es lo ideal, pero he pensado como un loco en las posibilidades y no encuentro otro modo.

—No voy a esconderme como si hubiera cometido un delito. Fue a mí a quien le realizaron un procedimiento equivocado, no tengo que pagar por los errores de otros.

—Tienes razón, pero ellos no tienen forma de enmendar lo que pasó.

—Sé que no, pero debieron decirnos la verdad —reñí colerizada—. Dime que Anna no estaba

enterada, porque si ella sabía...

—No, no tiene idea. Aún no lo sabe.

—¿Y cómo se enteró Deborah?

—Porque ella es una de las propietarias de la clínica de fertilización y cuando se enteró de lo nuestro, descubrió que no nos habían dicho toda la verdad. Pensaron que dejándote creer que era tuyo, no incurrirías en una demanda.

—Dios, tienes que estar bromeando —Me reí nerviosamente—. Esto es un jodido circo, Mark. ¿Entonces lo de Lily Williams fue mentira?

—No, pero falsificaron su letra y te enviaron copias de un diario que no era suyo.

—¿Sabes qué? Voy a solicitar la prueba genética prenatal para salir de dudas. No confío en Deborah ni en nadie de esa clínica. Si resulta que Harry es biológicamente de ella, entonces pelearé por su custodia, pero no voy a huir.

Mark asintió con los labios unidos en una sola línea. No estaba de acuerdo, pero yo había tomado una decisión y él no podía hacer nada para hacerme cambiar de idea.

Caminé de regreso al sofá y me senté suspirando. No podía permanecer de pie mucho tiempo, el peso de Harry me provocaba mucho dolor en la espalda.

—Cometí un error —dijo perturbado—. Debí hablar contigo, decirte lo que pasaba en lugar de tomar una decisión tan importante sin ti.

—No digas que fue por mí. Tomaste la primera oportunidad que tuviste para volver con Deborah. Nunca la dejaste de querer —reproché sintiendo punzadas en el corazón. No paraba de imaginarlos juntos, así Mark jurara que no había sucedido nada entre ellos.

—No, ella no significa nada para mí, es a ti a quien amo, es contigo con quien quiero estar, con nadie más. Solo contigo, Laurel —sostuvo mirándome a los ojos con determinación, pero no fue suficiente para convencerme, lo supo sin que tuviera que decírselo—. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás y tomar la decisión correcta. Ojalá tuviera el poder de cambiar el pasado y evitar que tengas que atravesar por el dolor y la angustia que estás viviendo.

—Pero no puedes, Mark. No se puede volver atrás. —Le eché en cara—. Todo esto es difícil para mí. Creí que todo había sido mentira, me convencí de que debía seguir adelante sin ti, pensaba que seríamos Harry y yo, y ahora me entero que también lo puedo perder a él.

—A mí no me has perdido, sigo siendo tan tuyo como siempre —se apresuró a aclarar—, y a Harry no lo perderás, no dejaré que suceda —prometió con la convicción necesaria para tranquilizarme al menos un poco. Jamás me había sentido tan abrumada y confundida como entonces.

—¿Puedes llevarme a casa? Necesito descansar y tener un tiempo a solas para asimilar todo esto.

—Sí, pero no creo que debas estar sola, me gustaría estar cerca por si me necesitas —dijo esperanzado, sin tener idea de cuanto lo necesitaba. Pero no iba a refugiarme en sus brazos, no podía.

—No hagas esto más difícil, Mark, por favor. No pretendo alejarte de tu hijo, solo pido espacio para poner mis pensamientos en orden, y también mis sentimientos. Me has dado la peor noticia que alguna vez pude imaginar, dame tiempo de afrontarla, déjame recuperarme del impacto que me has causado.

Mark asintió con una mirada desolada y los labios fruncidos. Se veía dolido, yo también lo estaba, sentía como si llevara sobre mí todo el peso del mundo.

—He contratado a alguien para que cuide de ti, se llama Fabricio, es de mi entera confianza.

Deborah pude intentar hacerte daño, hablaba de ti con mucha ira y odio, y quiero evitar que se acerque a ti.

—Gracias, pero puedo contratar a alguien por mi cuenta, también tengo conocidos de mi entera confianza que pueden protegerme —repliqué con inquietante hostilidad, había cuidado sola toda mi vida, podía seguir haciéndolo.

—Solo quiero que estén a salvo, no busco imponerme, Laurel. Jamás lo hice y no lo haré ahora —aseveró con expresión severa.

Actuaba a la defensiva, era mi forma de proteger mi corazón de una nueva desilusión. Poner mis esperanzas en él me haría vulnerable y no quería volver a sufrir de la manera que lo hice.

—Lo sé, Mark. Pero no puedo evitar sentir que debo protegerme de ti, sufrí demasiado cuando te fuiste, así ahora sepa que lo hiciste para evitar que perdiera a Harry.

—Lo entiendo, sabía que mi decisión tendría consecuencias. No te pido que regreses conmigo, aunque sea lo más quiero, solo que no me echés a un lado, que me permitas estar para ti y para Harry. Falta muy poco para que nazca, no debes estar sola.

—No estaré sola, Claire se ha mudado conmigo.

—¿Qué quieres entonces?, ¿que te lleve a casa y me marche?, ¿que no te llame ni te visite? , ¿que no me preocupe por ti?

—No se trata de lo que quiera, sino de lo que necesito. Siento un abismo que nos separa, Mark. Y me duele. Me duele muchísimo.

—A mí también me duele, Laurel. Se me desgarró el corazón sintiéndote tan lejana, viendo tanto dolor en tus ojos —admitió con los ojos cristalinos—. Nunca quise causarte ninguna tristeza, amor. Lo juro.

—Te creo, Mark. Te creo —dije compadeciéndome de él. No soportaba ver esa mirada en sus ojos. Lo seguía amando y quería que estuviéramos juntos, como antes, pero tenía muchas dudas, me ganaba la desconfianza y el miedo de que me volviera a dejar—. Necesito usar el baño. ¿Dónde hay uno? —pregunté levantándome.

—Al final del pasillo, a la derecha.

—Gracias, vuelvo en un momento. — Fui al baño y, al salir, Mark estaba esperándome al final del pasillo, con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados, recordándome aquella vez en casa de su madre. Al verme, sonrió y se separó de la pared. Sus ojos me recorrieron lentamente y se demoraron en mis pechos, que estaban más turgentes que antes. Los sentía pesados y sensibles.

Mi vientre se tensó y sentí calor por todo el cuerpo. ¡Con qué facilidad me seducía! Si Mark me hubiera tocado en aquel momento, no habría opuesto resistencia. Pero no hizo ningún movimiento cuando pasé a su lado, caminó detrás de mí hasta que llegué a la puerta, se adelantó para abrirla y la mantuvo abierta hasta que salí, después salió él y la cerró con llave.

Llevábamos unos minutos viajando en el auto cuando me decidí a hablar, el silencio me estaba abrumando.

—¿Has ido a ver a Abby estos días?

—Una sola vez, Deborah fue conmigo y mi madre se alteró mucho —contestó en breve.

Ya sabía que había ido con ella, pero no lo de Abby.

—¿La reconoció?

—No, ni a mí —murmuró triste.

—No debiste llevarla —reproché odiando que hiciera pasar un mal rato a su madre.

—Ella quería ir, no podía negarme. Además, no me dejaba ni a sol ni a sombra. No quería que

me comunicara contigo, me vigilaba todo el tiempo...

*Dios, esa mujer está enferma.*

—¿Y cómo hiciste para librarte de ella hoy?

—La desmayé con una maniobra. Cuando despierte, estará furiosa y me buscará. Por eso quería quedarme contigo.

Sentí un agujero abriéndose en mi estómago ante la posibilidad de que me hiciera compañía. ¿Qué pasaría si lo dejaba quedarse? Pensaba en ello cuando sentí un tirón en el vientre que me causó un dolor terrible. Una contracción. Un segundo después, sentí cómo el asiento se mojaba y supe que había roto aguas.

—Mark —dije con urgencia—, llévame al hospital. Harry va a nacer.

—¿Qué? Aún faltan unas semanas para que Harry nazca —habló apresuradamente, nervioso y sorprendido, cambiando de carril para tomar el retorno, el hospital quedaba en la dirección opuesta—. Dios, no puedo creer que esté pasando justo ahora.

—Ni yo. Estoy asustada, Mark. No solo por el parto, también por lo que Deborah pueda hacer. Creí que tendríamos tiempo de trazar un plan para evitar que tomara acciones legales, y ahora...

—No te preocupes por eso, de Deborah me encargo yo —dijo en tono tranquilizador—.

¿Cómo te sientes?, ¿has tenido contracciones?

—Solo una, después rompí aguas. Voy a llamar a la doctora Silverstone, tú avísale a Anna —dije sacando mi teléfono del bolso. Gabrielle contestó con el segundo tono y le dije lo que había pasado. Estaba tan nerviosa que apenas me salieron las palabras.

—Tranquila, estoy cerca del hospital, llegaré en unos minutos. —Ya había hecho un plan de parto con ella, no quería dejar nada al azar para cuando llegara el momento de traer a Harry al mundo.

—Gracias. —Colgué la llamada y escuché a Mark hablando con su hermana.

—Sí, sí, va conmigo, ve al hospital tan pronto puedas. —Ella le dijo algo y luego le respondió—. No puedo explicarte ahora, Anna. Hablamos después.

—Hay que ir por mis cosas y las de Harry al apartamento. Si Claire estuviera aquí, le diría que fuera ella, pero se encuentra en Saint Thomas con su hermano.

—Anna puede ir por lo que haga falta.

—Sí, la llave está en mi bolso. ¡Oh, Dios! —pronuncié con un quejido.

—¿Otra contracción? —preguntó Mark preocupado.

—Sí —respondí con un hilo en mi voz.

—Recuerda los ejercicios de respiración, amor, como te enseñó la instructora. Lo haré contigo —propuso, empleando una entonación suave—. Inhala. Exhala —decía, a medida que respiraba, y le seguí el ritmo hasta que la contracción pasó—. ¿Cómo te sientes? ¿Funcionó?

—Sí, fue de mucha ayuda. Gracias, Mark.

—No me las des, amor. Es lo menos que puedo hacer, tú llevas la parte más difícil.

—No por esto, gracias por volver a tiempo. No quería hacerlo sin ti.

—Ni yo habérmelo perdido. No podía conciliar el sueño imaginándote en una sala de parto sin mí, me rompía el corazón. Quería estar a tu lado, sosteniendo tu mano, dándote aliento, apoyándote. —Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras lo oía. Mark era un hombre noble, con grandes virtudes y un montón de defectos, como cualquier persona. Juzgarlo y condenarlo por un solo error era despreciar todo lo bueno que hizo durante nuestra relación. Y más después de escuchar que Deborah lo mantenía asediado como a un prisionero. Yo siempre lo imaginé en sus brazos, tocándola, besándola, nunca pensé que estuviera con ella en contra de su voluntad. Ahora

que lo sabía, y que lo había entendido, debía decirle cómo me sentía, no podía pasar por un momento tan importante como el nacimiento de nuestro hijo sin que lo supiera.

—Te sigo amando, Mark —declaré llorando, con los sentimientos a flor de piel—. Y deseo que volvamos a estar juntos, que seamos la familia que soñamos.

—Yo también te amo, mi amor. La vida no me alcanzará para compensarte —pronunció emocionado y buscó mi mirada a través del retrovisor. Cuando nuestros ojos coincidieron, vi que también lloraba.

—Solo ámame, Mark. No te detengas nunca, no te vayas otra vez, y será suficiente para mí.

—Así será, amor. Te amaré cada día de mi vida y nunca más voy a dejar que nadie me aleje de ti. —Me miró nuevamente por el espejo por un breve momento y volvió su vista a la carretera.

Me recosté en el respaldo del asiento y suspiré sonriendo, con las manos apoyadas en mi vientre.

—Hoy voy a conocerte, mi amor. —Le hablé a Harry y él respondió con una patada. Sonreí más y me acaricié el vientre sabiendo que en unas horas él dejaría de estar dentro de mí para venir a mis brazos.

*Por favor, Dios. No permitas que nadie me lo quite nunca.*

Él era mi hijo porque así lo sentía, lo amaba incondicionalmente, nada podía cambiar lo que durante meses creció en mi corazón.



## Capítulo 25

Mark me llevó en brazos desde el auto hasta la sala de urgencias. Una enfermera buscó una silla de ruedas y le dijo que me sentara en ella. Mark me depositó con cuidado en una silla y dijo que estaría conmigo en cuanto estacionara el auto. Lo había dejado encendido en la entrada del hospital.

—No tardes. —Le pedí sintiendo pánico. No importaba a cuantas clases de preparación prenatal hubiera ido ni todos los libros que de partos que leí, moría de miedo. Cada vez que sentía una contracción, me asustaba más. Hasta el momento, el dolor era soportable porque duraba poco, pero no sería así siempre.

—No tardaré nada, lo prometo. —Me dio un beso casto en los labios y luego le dijo al camillero que tuviera cuidado conmigo. La enfermera me llevó a una sala de examinación y me ayudó a cambiar mi ropa por una bata de hospital. Llamé a Gabrielle y le dije que había llegado. Ella respondió que ya estaba entrando.

—Hola, ya estoy aquí —dijo Gabrielle entrando a la sala. Me hizo algunas preguntas y después me ayudó a subirme a la camilla. Me dijo cómo debía ponerme y luego me examinó.

—Llevas dos centímetros de dilatación, pediré que te ingresen y te pasen a una habitación. ¿Has venido sola?

—No, Mark me trajo, está estacionando el auto.

—Okey, él puede hacerse cargo de tu registro, te llevarán a la habitación cuando todo esté listo.

—¿No es muy pronto para él? ¿Estará bien? —pregunté nerviosa, aún faltaban unas semanas para la fecha de parto que ella había previsto.

—Sí, no debes preocuparte, tu bebé no tendrá ningún problema. Tiene las semanas suficientes para sobrevivir fuera del útero, además, viene muy sano. Estará perfectamente —dijo en tono tranquilizador y se levantó de la silla donde se había sentado para examinarme. Se quitó los guantes y los desechó en la papelera

—Gracias, Gabrielle. Estoy más tranquila ahora que lo sé.

—Es normal estar nerviosa, eres primeriza, puedes hacer todas las preguntas que quieras sin ningún problema, mi trabajo es ayudarte durante todo el proceso de la labor de parto.

—¿Cuánto tiempo crees que tarde en nacer mi bebé?

—Eso depende de lo rápido que dilates. Llevas dos centímetros, debes dilatar hasta diez para iniciar la labor de parto. A algunas le toma muchas horas, a otras solo unas pocas, pero cada parto es distinto, es difícil establecer un tiempo.

—Ojalá sea rápido —dije haciendo una mueca. Tuve tres contracciones de camino allí y la última fue bastante fuerte, tanto, que Mark frenó el vehículo por mis quejidos. Estaba pálido y asustado, pero no duró más que unos segundos.

—Espero que sí. Iré a decirle a Mark que se ocupe del papeleo y pediré que te trasladen a una

habitación. ¿Está bien? —Asentí dos veces, estaba más calmada, pero seguía nerviosa—. Tranquila, todo irá bien —dijo con una sonrisa amable y luego salió de la sala.

Mientras esperaba que me llevaran a la habitación, les escribí a las chicas que me encontraba en el hospital porque había iniciado la labor de parto. No pasó ni un minuto antes de que Nicole me llamara. Estaba eufórica. me hizo un montón de preguntas. Cuando mencioné a Mark, chilló tan fuerte que me dolió el oído.

—¿Qué te dijo?, ¿cómo fue el reencuentro?, ¿se reconciliaron? Quiero saber todo.

—No es el mejor momento para hablar, hay mucho que debo contarte. —Se me estrujó el corazón al recordar mi conversación con Mark. No estaba segura de si podría repetir todo lo que me dijo.

—¡Ay, sí! Tienes razón. Es que me emocioné. ¿Cómo te sientes? ¿Has tenido contracciones?

—Algunas, estoy bien. Solo algo nerviosa, me preocupaba que sea muy pronto para Harry, pero Gabrielle aseguró que no tendrá ningún problema.

—Da muchos nervios, yo estaba tan asustada que no quería soltar la mano de Josh, casi se la fracturo mientras pujaba. —Se rio recordándolo—. Me alegra que Mark esté contigo, odiaría saber que no hay nadie acompañándote.

—Sí, es un alivio que haya aparecido —comenté sin dar detalles. Y ella tuvo la prudencia de no preguntar, aunque sabía que se moría por saber toda la historia de nuestro “reencuentro”—. También quisiera que estuvieras tú y Claire —dije nostálgica. Ellas eran mi única familia y ninguna estaría conmigo en ese momento tan importante.

—Y yo, Lau. Sabes que te quiero muchísimo y que estaría a tu lado si me encontrara más cerca de Chicago, pero nos separan demasiados kilómetros.

—Lo sé. Yo también te quiero. Dale muchos besos a mi niño querido, dile que tía Lau lo ama y que prontito nos veremos.

—Con todo gusto, nena. Te llamo más tarde, estaré orando por ti y Harry. Sé que podrás salir adelante sin ningún problema, no tengas miedo, sé valiente y fuerte como lo has sido siempre.

—Gracias por tus palabras, Nicole. Las tendré muy presentes. Hablamos luego, está entrando una llamada. —Corté con ella y le contesté a Claire, quien estaba completamente eufórica. Me dijo que iba camino al aeropuerto para tomar el primer vuelo que saliera a Chicago, que llegaría para estar conmigo a como diera lugar. Después formuló cuanta pregunta le vino a la mente, sin tomar siquiera un respiro. «¿Cómo estás? ¿Ya estás dilatando? ¿Has tenido contracciones? ¿Estás sola? ¿Quién te llevó?»

—Nicole, por Dios. Deja que responda una pregunta a la vez —intervine antes de la lista siguiera creciendo—. Estoy bien. He roto aguas y... ¡Oh, mi Dios! —exclamé cuando sentí un fuerte tirón en el vientre. Otra contracción.

—¡Lau! ¿Qué pasa? ¿Qué tienes? ¡Sabía que no debía viajar! ¡Tendría que estar ahí contigo!

—Es una... contracción —murmuré en medio del dolor—. Dame un... momento. —Claire aguardó en silencio mientras atravesaba la contracción. Cuando pasó, le conté lo mismo que a Nicole, omitiendo también todo el asunto de Deborah y explicándole que teníamos mucho de qué hablar, pero que no era el momento.

—No sé si llegue a tiempo, pero me tranquiliza saber que Mark está contigo.

—Él está, pero ustedes no. —Se me llenaron los ojos de lágrimas, me encontraba muy susceptible. No solo se trataba de traer a Henry al mundo, sino de tener que enfrentar la posibilidad de perderlo.

—Ay, Lauuu. Yo también quisiera estar contigo. No te imaginas lo mal que me siento de no

poder acompañarte. Pero tranquila, que no me apartaré de tu lado cuando esté de vuelta. Sé valiente, Lau, y recuerda todo lo que te dijeron en el curso. Estás preparada para tener a tu bebé, eres fuerte.

—Eso me dijo Nicole.

—Porque es la verdad. Eres la mujer más valiente y fuerte que conozco. Te quiero de aquí a la luna y de vuelta en tacones.

—Y yo a ti, mi loca. Espero que llegues pronto, saludos a Caleb.

—Ni me hables de Caleb, por su culpa estoy aquí.

—Qué mala eres, Claire. Él solo quería pasar tiempo contigo.

—No, él solo quería alejarme de Jacob porque piensa que está detrás de mi fortuna. ¡Qué ridícula idea! Pero después te cuento, no es un buen lugar ni el mejor momento para hablar del asunto.

—Vaya tela. Me has dejado intrigada.

—Somos dos, me muero por escuchar todo lo que pasó entre Mark y tú. Pero nada, me toca esperar a que nos veamos. Ojalá sea hoy mismo, porque si no vas a tener que decirme por teléfono.

—No, tiene que ser en persona. Tal vez no esté preparada para tener esa conversación hoy, Claire. Por favor, ten un poco de paciencia ¿sí?

—¿Tan malo es? —Su tono expresaba preocupación.

—No tienes ninguna idea —murmuré sintiendo lágrimas agrupándose en mis ojos, pero respiré hondo y me dije que era fuerte, que no lloraría más por causa de Deborah, quien solo quería hacernos daño—. Tengo que colgar ahora, avísame lo que puedas hacer.

—Sí, sí. Tú también mantenme al tanto de todo, en tanto puedas. Sino, me estaré comunicando con Mark. ¿Tiene el mismo número?

—No sé, pero me aseguraré de que tenga el tuyo y el de Nicole.

—Perfecto, nos vemos pronto, Lau. Te quiero.

—Yo más a ti. —Terminando de hablar con ella, entró Mark a la sala, con los ojos entornados. Al verme, caminó hacia donde estaba y me sujetó la mano, suavizándola con una caricia.

—¿Cómo estás? No vine antes porque estaba llenando el papeleo, la doctora me dijo que ya has dilatado dos centímetros y que te va a ingresar —habló rápidamente. Mark se volvía parlanchín cuando estaba nervioso.

—Estoy bien, tuve una contracción cuando hablaba con Claire, pero pasó rápido.

—Siento no haber estado aquí, pero no volveré a dejarte sola. Me tendrás a tu lado todo el tiempo que me lo permitan. —Llevó mi mano a sus labios y me dio un beso—. En un momento, vendrán para llevarte a la habitación, para que estés más cómoda.

No pasaron ni dos minutos antes que entrara un enfermero con una silla de ruedas. Mark me ayudó a bajar de la camilla y a sentarme en la silla, sosteniendo mi mano y no llevándome en brazos como lo hizo la primera vez. No era necesario antes, pero él lo quiso así y decidí no discutirlo. Salimos de la sala y transitamos los pasillos hasta llegar al área de las habitaciones. Mark abrió la puerta y la sostuvo para que el enfermero me llevara dentro. Vi con buen agrado que la habitación era amplia, que había un televisor pantalla plana de 32 pulgadas colgado en la pared, frente a la cama y un refrigerador ejecutivo. Contaba con baño privado, dos sillones orejeros color verde oliva y un sofá cama del mismo color para que el acompañante pasara la noche. Mark se aseguró de que estuviera cómoda en la cama antes de acercar un sillón y sentarse a mi lado, tomó mi mano y siguió acariciándolo de la forma que lo estaba haciendo antes, como si

no hubiéramos sido interrumpidos.

—¿Has hablado con Jacob y Paul? —pregunté intuyendo que no lo había hecho, él se había alejado de todos cuando se marchó.

—No, no los he llamado. Quisiera hacerlo, pero querrán saber porqué me fui y no es el mejor momento para tener esa conversación con ellos —respondió con un suspiro, sin dejar de acariciarme suavemente la mano. A Mark le encantaba tocarme, me sujetaba la mano todo el tiempo, hasta cuando conducía.

—Te entiendo, lo mismo sucedió con las chicas, pero les dije que hablaríamos más adelante y lo comprendieron. Sé que Paul y Jacob tendrán la misma consideración contigo.

Mark asintió pensativo y se empezó a escuchar una canción proveniente de su *Smartphone*. Se lo sacó del bolsillo y entornó los ojos cuando miró la pantalla. Supe que era Deborah por su reacción y se me formó un nudo en el estómago. Declinó la llamada y apagó el teléfono.

—Era ella, ¿verdad?

—Sí —confirmó con una mirada de culpabilidad. Pero yo era consciente de que ella iba a hostigarlo, que no renunciaría a Mark con facilidad. Se había obsesionado con él, recurrió al chantaje para retenerlo a su lado, utilizando a un inocente. Deborah era la única que debía ser señalada, no Mark. No lo entendí en el primer momento, estaba dolida y enojada, pero ahora lo hacía.

—¿Qué crees que haga ahora que sabe que te has marchado? —pregunté mordiéndome la uña pulgar. Era difícil no preocuparse, la posibilidad de perder a Harry era cierta.

—No quiero que pienses en Deborah, yo me ocuparé de ella —afirmó una vez más, apartando gentilmente mi dedo de mi boca. Ya había pasado de morder la uña de mi dedo pulgar al índice.

—Es difícil no pensar en ella cuando puede alejarme de mi bebé.

—Lo sé, amor. Pero necesitas estar tranquila, disfruta de este momento, que es único e invaluable. Piensa en lo hermoso que será ver a Harry por primera vez, escuchar su llanto, darle un beso, sostenerlo en tus brazos... Céntrate en nuestro hijo, mi vida, que yo me encargo de que nadie lo aleje de ti nunca. ¿Está bien? —asentí dos veces mientras él me acunaba la cara y me acariciaba con parsimonia, contemplándome con los ojos colmados de amor. A Mark no le apenaba expresar sus emociones, sus muestras de afecto eran constantes, me decía *te amo* cada vez que se le antojaba, me besaba y acariciaba sin importarle quién nos viera, y siempre me miraba como si no existiera otra mujer en el mundo más que yo. Por eso me dolió tanto cuando se fue con Deborah, sufría pensando que alguien más tenía los besos que solo quería para mí. Pero aquello había quedado atrás, estábamos juntos de nuevo y era todo lo que importaba.

Habían pasado solo unos minutos desde que entró Mark a la habitación cuando Anna llegó. Saludó a su hermano con un abrazo rápido y luego se abocó completamente a mí. Quería saber con qué frecuencia eran mis contracciones y cómo me sentía.

—La doctora Silverstone me está atendiendo, todo va bien, no te preocupes —le dijo Mark antes de que pudiera contestar algo.

—Está bien, Mark. No me molesta tener una segunda opinión.

—¿No? —Él parecía confundido.

—Anna y yo... Eh... Nos acercamos mientras tú no estabas.

—Oh, me alegra saberlo.

—Gabrielle me atenderá, pero no me opondré si Anna quiere estar presente.

—¿En serio? Gracias, Laurel. Me emociona tanto presenciar el nacimiento de mi sobrino.

—Lo sé. —Sonreí y tragué saliva, ella aún no sabía lo de Deborah y no quería que Mark se lo

dijera tampoco, no todavía.

—Dime, por favor, que has dejado a Deborah —le preguntó a Mark sin poder esperar a que estuvieran a solas.

—Ya terminó, es todo lo que puedo decirte ahora —contestó serio y ella asintió entendiendo que no era algo de lo que iba hablarle en ese momento.

Comprendía que tuviera curiosidad, ella estuvo consternada cuando supo que Mark se había ido con Deborah, y fue de gran apoyo para mí a través de aquel momento difícil.

—Dime todo lo que necesito saber del parto. Estoy tan ansiosa y asustada. —Le pedí para acabar con la espesa tensión que flotaba en el aire.

Anna sonrió y me dijo todo lo que había escuchado otras veces, pero de alguna manera me ayudó a estar más tranquila.

Las horas fueron pasando y las contracciones se hicieron más frecuentes y dolorosas. Intenté aplicar los métodos de relajación que había aprendido en el curso, y los que Anna proponía, pero nada funcionaba. Y que Mark sujetara mi mano y me susurrara palabras de ánimo, tampoco hacía una diferencia. El dolor era horrible. Necesitaba la epidural. Le dije a Mark que buscara a Gabrielle para que me administraran el medicamento. Él fue por ella y no tardó mucho en regresar solo. Dijo que la doctora vendría en un momento. No pasó mucho antes de que Gabrielle entrara a la habitación. Anna y ella se conocían y se saludaron con cordialidad. Después me examinó y dijo que tenía seis centímetros de dilatación, que aún no estaba lista.

—Quiero la epidural.

—Bien, pediré que te la administren. Estás avanzando rápido, si sigues así, en unas horas estarás lista para dar a luz.

—¿Horas? Esperaba que fuera más pronto.

—Puede ser antes, pero nada está escrito, cada parto es único. Solo sé paciente ¿sí? Vas a sentirte mejor con la epidural. Volveré en un momento. —Gabrielle salió de la habitación y volvió con la anesthesióloga, quien me administró la epidural. El alivio llegó rápido, por suerte.

—Iré por un café. ¿Quieren que les traiga algo? —preguntó Anna después que Gabrielle y la anesthesióloga se marcharon.

—No, estoy bien. Gracias, Anna.

—Yo quiero un *Mocha*<sup>[4]</sup>, por favor —dijo Mark.

Anna acababa de salir cuando Jacob y Paul entraron a la habitación. No tenía idea que vendrían, Mark no los había llamado, su teléfono estaba apagado y no se había separado de mí desde que me llevaron a la habitación.

*Debió ser Claire.*

Ambos me saludaron con mucho afecto e ignoraron a Mark como si no estuviera presente. Su amistad había sufrido una ruptura cuando él se alejó de todos sin dar ninguna explicación. Incluso, se negó a hablar con ellos todas las veces que lo intentaron.

Miré a Mark y le hice un gesto para que saliera a hablar con ellos. Pero él no hizo ningún movimiento y tuve que intervenir.

—Mark tiene algo importante que decirles ¿no es así? —inquirí enarcando una ceja.

—Sí —asintió tragando saliva—, pero no es una conversación que pueda tener en este momento. Solo puedo decirles que lo siento y que espero puedan perdonarme.

—Pero dime que has entrado en razón y que no volverás a cometer la estupidez de dejar a Laurel —preguntó Jacob en tono de reproche.

—Jacob. —Le reñí entornando los ojos.

—Déjalo, tiene razón. Fue una estupidez, pero no es lo que piensan, no engañé a Laurel. Denme un voto de fe, confíen en mí. Es todo lo que les pido.

—Por mí está bien —dijo Paul.

—Igual yo —aceptó Jacob con recelo. Me causó mucha gracia, se suponía que era amigo y de Mark, pero actuaba como si fuera mi amigo.

\*\*\*

Eran las tres y treinta de la tarde cuando Gabrielle dijo que había dilatado lo suficiente para iniciar el trabajo de parto. La epidural fue de gran ayuda con el dolor, pero aún era capaz de percibir las contracciones, lo que era bueno porque hacía más fácil la labor de parto. Sabía esto porque Anna me lo dijo, de otro modo, no hubiera tenido idea.

Jacob y Paul estaban en la sala de espera en ese momento, salieron cuando la doctora entró a revisarme. Mark y Anna se quedaron conmigo.

—Bien, comencemos —dijo Gabrielle sentándose frente a mis piernas abiertas, cuando todo estuvo listo. Había una enfermera, una pediatra y una residente de obstetricia en la habitación. Al principio, sentí vergüenza, pero todo pasó a segundo plano cuando llegó el momento de pujar. Desde el comienzo, me aferré de la mano de Mark y la apreté con fuerza en cada pujo, pero él ni se inmutaba. Había hecho cuatro o cinco intentos y Harry aún no salía. Estaba exhausta y estresada. ¿Por qué demoraba tanto? Mark decía que lo estaba haciendo bien, que era fuerte, que me amaba, animándome a no rendirme. Tenerlo a mi lado hizo de aquel momento más especial. No podía imaginar que hubiera sucedido distinto—. Lo has hecho muy bien, Laurel. En la próxima contracción, puja con todas tus fuerzas. Falta muy poco, ya ha coronado.

—Sí, lo haré —dije asintiendo.

—Tú puedes, amor. Eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido —afirmó Mark besándome la frente, a pesar de que estaba sudada.

—Ahora, Laurel. Puja —indicó Gabrielle con la siguiente contracción. Pujé lo más que pude hasta que la escuché decir que era suficiente. Un momento después, oí el llanto de Harry y mi corazón se llenó de calidez. Mi hijo había nacido—. ¿Quieres cortar el cordón, papá? —le preguntó a Mark y él estuvo de acuerdo.

Me besó la mano y lo dejé ir.

—Felicidades, hermano. Ya eres papá. ¡Es increíble! —dijo Anna, conmovida, y él sonrió—. Felicidades para ti también, Laurel. Lo has hecho muy bien.

—Gracias, Anna —murmuré con lágrimas en la cara.

—Justo aquí —le señaló Gabrielle a Mark para que cortara el cordón—. Muy bien. En un momento lo llevaran con Laurel.

Escuchaba su llanto, pero no podía verlo. Lo estaban aseando para traerlo conmigo, y haciéndole la revisión de rutina. Escuché a la pediatra diciendo cuanto pesó y midió y después me lo trajeron. Estaba envuelto en una manta. Lo pusieron en mis brazos y finalmente lo conocí, fue el instante más dulce y mágico de mi vida. Harry era precioso, perfecto y precioso. Tres kilos de ternura. Tenía los ojos de Mark y una motita de cabello rojizo cubriendo su cabecita. Tenía labios rojos, como dos frambuesas, mejillas gorditas y una naricita respingona muy bonita. ¡Fue amor a primera vista! Besé su cabecita y le di la bienvenida al mundo, prometiéndole que siempre cuidaría de él y que le daría todo mi amor.

Mark estaba de pie a mi lado mirándonos con un brillo especial en sus ojos, con amor y

ternura.

—Te amo tanto, mi vida. A ti y a nuestro pequeño milagro —recitó con voz aguda. Estaba llorando, eran lágrimas de pura felicidad.

—Te amo también, Mark —correspondí mirándolo.

Él se inclinó y me besó en los labios, un beso casto y breve, pero lleno de significado. Le acarició la cabecita a Harry y lo besó en la frente.

Ahora estábamos completos, éramos una familia. Tenía una familia.

## Capítulo 26

Tuve a Harry en mis brazos solo un breve momento, debían llevarlo a la sala de recién nacidos, donde pasaría algunas horas, después, lo traerían para que lo alimentara y lo atendiera. No quería separarme de él, pero no sería por mucho tiempo.

—Hemos terminado. Ahora descansa un poco para que recobres fuerzas. Lo has hecho muy bien, Laurel. Felicidades a todos —dijo Gabrielle poniéndose en pie.

—Muchas gracias, Gabrielle. —Le sonreí con gratitud. No me había equivocado al elegirla como mi obstetra, era una excelente doctora y un gran ser humano.

—Estoy feliz de ayudar —sonrió también—. Pasaré a verte temprano. ¿Está bien?

Asentí y Gabrielle se fue y el resto del equipo médico con ella. Solo se quedó una enfermera que me aseó y cambió la bata por una limpia mientras que las empleadas de mantenimiento limpiaban la habitación, dejando todo como estaba antes. Nadie sabía que ocurrió un nacimiento en ese lugar.

—Iré a ver a Harry, ya debe estar en su cunita. ¿Quieres ir? —Le preguntó Anna a Mark.

—Después, ve tú y lleva a los chicos, están en la sala de espera.

—Sí, deben estar impacientes —dijo riendo—. Le tomaré unas fotos y se las enviaré a Austin para que lo conozca. No pudo venir porque está resfriado, pero estaba muy emocionado por el nacimiento de nuestro primer sobrino.

—Me las pasas, sí. También quiero las fotos que tomaste cuando nació, quiero enviársela a las chicas. Les dije que les escribiría a través de los avances y lo olvidé por completo. ¿Me pasas mi teléfono? —Mark asintió, lo sacó del bolsillo de su *jeans* y me lo entregó. Lo había silenciado y no tenía idea de que me estuvieron llamando, tenía al menos una docena de llamadas sin contestar —. Dios, las chicas me van a matar. —Abrí la aplicación de *WhatsApp* y escribí que todo había salido bien, que Harry había nacido. Después, envié algunas de las fotografías que me tomó Anna, una del momento que lo pusieron en mis brazos y otra de cuando lo besaba.

«¡Oh, mi Dios! Muero de amor. Es precioso, Laurel». Escribió Claire.

«Felicidades, Laurel. Estoy llorando de emoción. Los amo muchísimo. Harry es tan perfecto...» dijo Nicole añadiendo un montón de *emojis*.

Pasamos al menos media hora hablando hasta que no pude más. Estaba cansada y tenía que dormir mientras tuviera oportunidad. Me despedí de ellas y les prometí escribirles más tarde y enviarles nuevas fotografías. Les había pasado las que Anna le tomó en la sala de recién nacidos y ellas enloquecieron. Yo morí de amor. Mi niño era divino.

—Ven aquí. —le dije a Mark haciéndole espacio en la cama. Él se acostó a mi lado y me acurrugué en su pecho, quedándome dormida rápidamente.

Dormí un par de horas y desperté sintiéndome bastante descansada. Mark estaba mirándome cuando abrí los ojos, me sonrió y me besó en los labios, pronunciando un romántico «te amo» que me derritió el corazón. Amaba a ese hombre con locura.



—¿Dormiste bien? —preguntó acariciándome el pelo.

—Sí, adoro estar en tus brazos. —Mi respuesta lo hizo sonreír y me dio otro beso, uno candente y provocador que esparció calor por todo mi cuerpo. Pero que no trascendió a más que eso porque era todo lo que podíamos tener en ese momento—. Estoy hambrienta, puedes conseguirme algo de comer que no sea comida de hospital, tal vez una jugosa hamburguesa de *Small Cheval* —pedí haciendo un puchero que hizo reír a Mark.

—Lo que quieras, nena. —Se levantó de la cama y escribió un mensaje en su teléfono. Tenía a alguien que hacía posible todos mis antojos. En eso, tocaron la puerta y dije que podían pasar. Eran Jacob y Paul, venían a despedirse de nosotros. No pensé que siguieran en el hospital. Les agradecí por haber ido, también Mark, y ellos quedaron en visitarnos de nuevo cuando estuviéramos en casa.

Anna entró después y dijo que iría a su casa a ver a su madre y volvería más tarde.

Mientras esperaba la hamburguesa, trajeron a Harry a la habitación. Estaba dormido en su cunita, lo habían vestido con un conjunto azul estilo marinero que había elegido en línea hacía muchos meses atrás. Lucía precioso y adorable. Me levanté de la cama y lo estuve mirando embelesada durante mucho tiempo, esperando que despertara para tomarlo en mis brazos, pero no lo hizo hasta mucho después de que lo trajeran. Incluso, me dio tiempo de comer.

—Hola, mi amor. Soy tu mami, te amo muchísimo, bebé. —Le dije teniéndolo en mis brazos cuando finalmente se despertó. Le di suaves besos en la cabecita sintiendo mi corazón rebosando de felicidad. Era una mamá enamorada. Mark estaba de pie a mi lado mirándonos a ambos con una sonrisa—. ¿Quieres cargarlo?

—Quiero, pero me da miedo. Es tan pequeño...

—Lo harás bien, amor. No tengas miedo. —Me levanté de la silla y le expliqué cómo debía sostenerlo. Él parecía un poco espantado por todo el asunto, pero no tuvo ningún problema al momento de tomarlo de mis brazos y llevarlo a los suyos. Lo hizo tan bien que no parecía la primera vez que sostenía a un bebé.

—Hola, campeón. Soy papá. He estado hablando contigo desde hace un tiempo, cuando estabas dentro de tu mamá. ¿Me recuerdas? —Harry emitió un suave gemido, como si le respondiera, y Mark sonrió como nunca antes lo vi hacerlo. Estaba tan enamorado de su hijo como yo. Busqué mi teléfono y capturé aquella preciosa escena en una fotografía. Tenía delante de mí a las dos personas más importantes de mi vida, a los dueños de mi felicidad. Envié la fotografía al grupo de *WhatsApp* que Claire había creado con el nombre *Baby Harry* — incluyó a Jacob, Paul, Nicole, Anna, Austin, Josh, a Mark y a mí— y la lluvia de mensajes no tardó en llegar. Éramos afortunados al poder contar con amistades tan cercanas que podíamos llamar familia.

Mark estaba encantado con Harry, pero tuvo que dármele cuando comenzó a llorar. Tenía hambre y debía amamantarlo. Era la primera vez que lo iba a intentar y fue mi turno de estar nerviosa. Pero no sabía que Mark había contratado a una especialista en puericultura para instruirme con la atención de Harry en sus primeros días, y a lo largo del crecimiento. Ya estaba en el hospital, solo esperaba que Mark le dijera que viniera. Le escribió un mensaje y, a los minutos, ya estaba entrando a la habitación. Su nombre era Elena y me pareció una mujer muy amable y preparada. Sus consejos me facilitaron la tarea de alimentar a Harry, fue sorprendente lo fácil que resultó darle el pecho siguiendo sus instrucciones, pero no tenía idea que dolería tanto. Harry succionaba con fuerza, causándome un gran dolor, pero Elena aseguró que mejoraría con el tiempo. Esperaba que así fuera. Lo tuve en brazos un poco más de una hora hasta que dejó de chupar. Ya se había saciado. Lo puse en mi pecho y golpeé su espalda para que expulsara los

gases y lo llevé a la cunita una vez que eructó, acostándolo bocabajo.

—Es importante que descanses cuando el bebé lo hace, volveré más tarde para seguir orientándote.

—Gracias, Elena —dije tuteándola, porque así lo pidió ella.

—Con gusto. Puede enviarme un mensaje cuando me necesite, estaré cerca —comunicó antes de irse.

—Ya la escuchaste, amor. Debes dormir mientras Harry lo hace.

—Sí, voy a intentarlo. Deberías buscar algo de comer, no he visto que hayas comido.

—No lo he hecho, pero no importa, no quiero dejarte sola con el bebé.

—Ve, Mark, estaremos bien. —Puse los ojos en blanco.

—Bueno, no tardaré mucho. —Me dio un beso en los labios y salió, prometiendo que vendría pronto.

Comprobé que Harry seguía dormido y fui al baño, necesitaba orinar y cambiar mi toalla. No estuve ahí más de cinco minutos, y cuando salí, vi a una mujer en la habitación cargando a Harry. Era esbelta, de piel blanca, cabello rojo y rasgos delicados. Era Deborah.

—¿Qué estás haciendo? —La voz me salió quebrada. Su aparición hizo real mi más gran temor, que alejara a Harry de mi lado.

—Conociendo a mi hijo. Tiene mi nariz y mi color de pelo. Es tan pequeño, tan frágil... — pronunció en un tono que me causó calosfríos.

¿Sería capaz de lastimarlo?

—Dámelo —demandé. No soportaba que lo tuviera, me causaba terror que lo lastimara.

Deborah retrocedió.

—Puedes tenerlo, Laurel. Es tuyo si lo quieres, solo debes alejarte de Mark. Si él será mío, tampoco tuyo —dijo con desprecio, fusilándome con la mirada.

—¿Cómo puedes usar a un inocente para manipularnos? ¿Acaso no tienes alma?

—No hables de mí como si me conocieras, tú no sabes quién soy, no sabes lo que ha sido mi vida. —Su mirada era implacable y su voz dura—. Ningún juez me negará el derecho de llevarme a mi hijo. Mark lo sabe, tú también deberías saberlo. Estoy siendo cordial al ofrecerte una salida.

—¿Por qué lo haces? Mark no te hizo daño, ¿por qué no quieres que sea feliz?

—Porque no puede ser feliz si yo no lo soy, porque estoy sola y él te tiene a ti. No es justo.

—Estás sola porque no valoraste su amor. Él te amaba, Deborah, y lo abandonaste en el momento más difícil.

—¿Crees que no lo sé? —replicó alzando la voz, causando que Harry comenzara a llorar. Me acerqué un paso y le pedí de nuevo que me lo diera. Ella se negó—. Shhh, lo siento, cariño. Todo está bien. —Harry se calmó con su arrullo y ella me miró—. Cometí un error, no debí irme. Dejar a Mark fue la mayor estupidez que hice. Seríamos ahora una familia, sería feliz a su lado.

—Dame al bebé —insistí, pero ella ni se inmutó.

—Podemos ser una familia. Me quedaré con él. Mark verá que soy una buena madre. Me amará otra vez y seremos felices. ¿Por qué no lo pensé antes? Él es mi hijo, nuestro bebé. Él me amará si amo a su bebé, él se dará cuenta —hablaba consigo misma, las palabras fluían de su boca rápidamente. Actuaba de modo extraño, tanto, que sentí terror. ¿Y si salía huyendo con Harry en brazos?

—Deborah, dame a Harry, por favor —pedí con cautela, acercándome lentamente hacia ella.

—Ese no es su nombre, se llama Mark, como su padre —dijo mirándolo—. También se parece a él. Tiene la misma forma de su cara y sus ojos. Nuestro hijo es perfecto.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al escucharla. Harry podía llevar sus genes, pero era mi hijo. Había crecido dentro de mí, lo traje al mundo, lo amé antes de conocerlo... Era mío.

—Deborah ¿qué haces aquí? —preguntó Mark al entrar a la habitación, había ido al cafetín sin esperar que, al volver, se encontraría a Deborah sosteniendo en brazos a Harry.

¿Cómo nos había encontrado?

—Amor, qué bueno que has vuelto. Nuestro bebé es tan hermoso, tiene un poco de ambos, aunque se parece más a ti. Lo he llamado Mark, como tú —dijo con rapidez, estaba eufórica. Eso no podía ser normal.

—Dame al niño. —Le pidió él extendiendo los brazos.

—No, está a gusto conmigo. Él quiere a su mami. ¿Verdad, amorcito? —Vio a Harry con dulzura y una sonrisa en su cara.

Mark y yo nos miramos y le rogué en silencio que hiciera algo. No confiaba en Deborah, ella podía lastimarlo solo para hacernos sufrir.

—Sí, es un bebé precioso. Su nariz es igual a la tuya. —Se acercó un par de pasos mientras le hablaba con tranquilidad, tratando de no alterarla. Y aunque sabía que solo quería recuperar a Harry, fue duro escucharle decir de su parecido con ella. Yo podía decir que él era mío, pero la verdad era que no lo era. Yo quería que fuera mío, pero era de Deborah. De Deborah y Mark.

—Sí, ¿verdad? —Ella sonrió mirando a Mark—. Somos una familia ahora, los tres. Estoy ansioso llevármelo a casa. ¿Crees que podemos llevarlo a casa hoy?

Mark tragó saliva antes de contestar.

—No, tal vez mañana.

—¿Estás seguro? —Su mirada era afilada, no iba a darse por vencida tan fácilmente.

En ese instante, Anna entró a la habitación y entornó los ojos cuando vio Deborah.

—¡Anna! Me alegra mucho verte. ¿Ya conociste a mi bebé? —inclinó el brazo, mostrándoselo.

Anna me miró a mí, luego a Mark, y frunció el ceño.

—¿Qué está pasando? —Anna no estaba enterada de nada y no entendía de qué hablaba Deborah. Pero ella la puso al tanto explicándole todo con una extraña sonrisa en su cara—. No puede ser. No puedes estar hablando en serio.

—Pero si fuiste tú la que dijo que sería mejor preservar los óvulos fecundados, lo has sabido todo este tiempo, Anna. No te hagas la tonta.

—No, no lo sabía. Preservamos su esperma también, no solo tus óvulos fecundados.

—Pero era una posibilidad, sabías eso. —Le echó en cara.

—¿Anna? —dijo Mark, interrogante.

Ella lo miró y luego a mí con expresión culpable.

—Lo siento, Mark. Se me pasó por alto. Me sentía tan abrumada por lo que había sucedido que no pensé...

—No importa ya. Lo único relevante es que todo salió bien. ¿Ya lo viste? Se parece a mí, mira su nariz y su cabello. Pero si tienes dudas, podemos hacerle la prueba de ADN. Llama al pediatra, solicita la prueba...

—No —negó Mark—. No hagas esto, Deborah. Tú no lo quieres, tú solo...

—¡Sí lo quiero! ¡Es mi hijo! ¡Mío! Voy a pelear por él si hace falta. Sabes que ningún juez me negará mis derechos —gritó, despertando a Harry, haciéndolo llorar—. Lo siento, cariño. Mamá lo siente. —Le dijo tratando de calmarlo, pero él no paraba de llorar—. Ya cállate, cállate. ¿Qué es lo que quieres? —dijo impaciente, moviéndose de un lado al otro.

—Dámelo, yo puedo calmarlo. —Le pedí una vez más, pero ella volvió a negarse y me sentí

impotente. Mi bebé me necesitaba y no podía hacer nada para que dejara de llorar.

—No sabes cómo atender a un niño, Deborah. Y realmente no quieres hacerlo, tu único interés es que Mark esté contigo. Piensas que conservando al niño tendrás el amor de Mark —dije llorando, esperando que entrara en razón.

—¿Y qué tiene de malo que lo intente? Tú hiciste lo mismo, él se enamoró de ti porque pensaba que esperabas a su hijo. Él me amará a mí si yo lo crio. Le demostraré que puedo ser una buena madre, haré todo lo que haga falta para que me vuelva a querer. —Hablaba por encima del llanto de Harry. Él no paraba de llorar ni ella de intentar calmarlo. Lo arrullaba y le decía que no llorara más, le gritaba también, y yo quería arrebatárselo de las manos, pero podía lastimarlo.

—Deborah, dale el bebé a Laurel, está hambriento y por eso no para de llorar. Ella le dará el pecho y él...

—No, puede tomar del biberón, no la necesita. Soy su madre y puedo darle un biberón. Búscales uno, yo lo alimentaré.

—No, no eres su madre. Laurel lo es —dijo Mark, exasperado—. Dámelo, Deborah. Por favor. Ella puede calmarlo, puede alimentarlo...

—No, quieres quitármelo, quieres alejarme de él —respondió gritando como una maniaca.

—Todo está bien, Deborah. Buscaré su biberón para que lo alimentes tú ¿sí? Solo espera. —Le habló Anna con cautela.

—Sí —respondió asintiendo.

Anna salió de la habitación y regresó unos minutos después con un biberón y un médico. Harry seguía llorando y Deborah tratando que dejara de hacerlo.

—Aquí tienes. Puedes sentarte para que estés más cómoda —dijo Anna dándole el biberón. Deborah se sentó en una silla, llevó la mamila a la boquita de Harry y él comenzó a succionar ávido, estaba hambriento.

Me cubrí la boca con la mano y lloré en silencio, sintiendo como mi corazón se rompía.

Él no me necesitaba.

Mark me miró y articuló una frase: «Todo estará bien». Pero no estaba segura de que fuera así, ella estaba dispuesta a pelear por Harry y sabía que tenía grandes posibilidades de ganar.

—Hola, Deborah. Soy el doctor Wallace, estoy aquí para hablar contigo. ¿Podemos hablar? —Ella asintió sin mirarlo. Leí en su bata que era psiquiatra y me pregunté por qué Anna llevaría un psiquiatra a la habitación. El doctor Wallace le hizo varias preguntas a Deborah y, al terminar, le pidió a Anna hablar a solas.

Deborah siguió alimentando al bebé hasta que se quedó dormido. Lo llevó a su pecho y golpeó suavemente su espalda para sacarle los gases. Sabía lo que debía hacer, no parecía que fuera la primera vez que atendía a un recién nacido.

—Shhh, duerme, cariño. —Le dijo acostándolo en la cunita—. ¿Ves, Mark? Puedo hacerlo, puedo criar a nuestro hijo. —Esbozó una sonrisa hacia Mark y luego volvió su vista a Harry. Había cambiado totalmente de actitud, se transformó tan rápido que me dejó muchas dudas. Si Anna pensó en un psiquiatra era porque sabía algo que nosotros no.

—Mark, ven un momento —pidió Anna asomándose, pero él no parecía querer dejarme sola con Deborah—. Mark, es importante —insistió y él fue con ella, no sin antes asegurarme que volvería pronto.

—Deborah permaneció en silencio mientras Mark se ausentó, sus ojos estaban fijos en Harry y los míos en ella. Estaba en alerta, dispuesta a proteger a mi pequeño a como fuera lugar. No quería que ella lo tuviera, no quería que ella fuera su mamá. Deseaba con todas mis fuerzas que

fuera solo mío, que no existiera ninguna posibilidad de perderlo.

No pasó mucho antes de que Mark y Anna entraran con una expresión forzada. Conocía la sonrisa de Mark y la que había en su cara no era real.

—Deb, ¿quieres que vamos por algo de comer? En el cafetín sirven un delicioso emparedado de atún —invitó Mark muy cordial, hasta cariñoso.

—Suenan bien, pero no quiero dejar al bebé.

—Anna lo cuidará, él estará bien.

—¿Lo harás? —La miró dudosa.

—Sí, claro, es mi sobrino —respondió ella mostrándole una sonrisa reluciente.

—¡Oh, gracias! Solo serán unos minutos, volveremos pronto. Él me necesitará cuando despierte. —Hablaba como si yo no estuviera presente, no sabía si me ignoraba a propósito o si estaba tan mal de la cabeza que era capaz de bloquear mi presencia.

—¿De qué se trata todo esto? —confronté a Anna en cuando Deborah y Mark salieron.

—Deborah padece un trastorno mental, no estamos seguros de lo grave que puede ser, debe ser valorada por el psiquiatra a solas, tal vez le deban realizar análisis y algunos estudios. Le dije a Mark que necesitábamos sacarla de la habitación, al doctor Wallace le preocupaba que se pusiera violenta, y a mí también. Ahora que ha salido, nos ocuparemos de ella, tú no debes preocuparte por nada.

—Pero ella dijo que pelearía por él, que pediría su custodia.

—Sí, la escuché. Pero ella no está bien, no creo que hablara en serio. Su motivación es Mark y él no la quiere. Harry merece una madre que lo ame, no una que lo utilice como moneda de cambio. Tú tranquila, que no dejaré que ella lo aleje de ti.

—No puedes asegurarlo, ella puede probar que es su madre biológica y ganar su custodia. Si su enfermedad es tratable y se estabiliza, se lo darían. —El corazón me latía con fuerza, el miedo presente en cada palpito. No quería perder a mi hijo, sería como si me quitaran una parte de mí.

—Tienes razón, no te puedo hacer esa promesa. Pero sí te aseguro que haré lo que haga falta por impedir que ella lo tenga. Sé cuánto deseaste convertirte en madre, sé lo importante que es para ti y también sé que amas a Harry —pronunció cada palabra con firmeza y notable emoción, lo que sin duda me conmovió.

—Gracias, Anna. Confío en que lo harás.

—No me las des, es lo que se hace por la familia —sonrió con simpatía y se dirigió a la puerta —. Descansa un poco ¿sí? Mark estará de vuelta pronto.

—Lo intentaré.

Un momento después, estaba sola en la habitación con Harry. Caminé hasta su cunita y lo contemplé con lágrimas en los ojos y una terrible angustia anidada en mi pecho. No quería que Deborah lo alejara de mí, haría lo que fuera por evitarlo, así tuviera que huir con él.

Pensaba en ello cuando Mark volvió a la habitación. Por un instante, se me detuvo el corazón creyendo que era Deborah. Él vino a mi lado y me abrazó fuerte, susurrando que lo sentía, que odiaba que estuviera asustada, que lamentaba que tuviera que pasar por algo tan duro, cuando debía ser el momento más feliz de mi vida. No dije nada, solo lloré sobre él, un llanto silencioso que poco a poco fue disminuyendo hasta que se apagó.

—Todo estará bien, lo prometo. Saldremos adelante —susurró acariciándome la espalda, y le creí, porque debía aferrarme a algo o me volvería loca—. ¿Quieres comer? Puedo conseguir cualquier cosa que desees —preguntó cuando me calmé.

—No, no quiero nada.

—Pero necesitas alimentarte, acabas de tener un bebé, necesitas energía para cuidarlo y amamantarlo.

—Sí, está bien. Consígueme algo —contesté forzando una sonrisa. Mark me besó en la frente y me dijo que me acostara en la cama, pero no quería dormir, necesitaba estar cerca de mi bebé. Me senté en la silla a su lado, la misma que ocupó Deborah.

Mark consiguió para mí *yogurt*, ensalada de frutas y pan tostado. Comí y después atendí a Harry. Se despertó hambriento. Succionaba mi pecho con ansias y tuve la suerte de que estaba lactando suficiente para saciarlo. Cuando terminó de comer, lo puse en mi pecho y golpeé suavemente su espalda hasta escuchar un eructo y el recuerdo de Deborah haciendo lo mismo me hizo estremecer. ¿Y si él un día me reprochaba por haberlo apartado de su madre? No, yo era su madre. Yo, no ella. Todo aquello había sido una actuación para Mark, el más vil acto de manipulación. No podía dejar que Deborah jugara con mi mente.

Acosté a Harry de regreso en la cuna y me metí en la cama. Estaba cansada, más emocionalmente que física. Mark se acostó a mi lado, una vez le puso seguro a la puerta, me acurruqué en su pecho y me quedé dormida.

El sonido del llanto de Harry nos despertó a ambos no mucho después, había ensuciado su pañal y necesitó de un cambio. Mark lo intentó, pero no tenía práctica, a diferencia de mí que había ayudado varias veces a Nicole con el pequeño Matt.

Tenía a Harry en mis brazos cuando Anna entró a la habitación con noticias de Deborah. Los estudios determinaron que tenía un tumor cerebral que debía ser operado, el tumor causaba irritabilidad y cambio de personalidad. Anna pensaba que cuando el tumor fuera extraído y Deborah volviera a ser la de antes, dejaría de insistir en pedir la custodia de Harry. No era algo seguro, pero había una posibilidad. Al menos, por el momento, ella no iba a iniciar acciones legales, debía ser operada y pasar por un proceso de radiación o quimioterapias para luchar en contra del cáncer.

—¿Y ella estará bien? —preguntó Mark mostrándose preocupado. A pesar de todo lo que Deborah hizo, se interesaba por ella. Mark era demasiado bondadoso. Yo tampoco, no quería que falleciera, esperaba que viviera.

—El especialista dice que sí, que el tumor fue detectado a tiempo. Planean operarla mañana. Está asustada, llamé a su madre, dijo que volaría a Chicago para estar con ella —respondió Anna mojándose los labios—. No sé si le dirá del bebé, puede que lo haga.

—Tenemos que esperar lo mejor. Mañana iremos a casa, saldremos de aquí con Harry, y después veremos qué decide Deborah, cuando no esté influenciada por un tumor —dijo queriendo sonar seguro, pero tenía dudas, como yo.

—Volveré ahora con Deborah, está muy inquieta, no debe estar sola.

—Sí, ve. Y gracias, Anna. No hubiera sabido qué hacer con ella.

—Somos familia, hermano, estamos para apoyarnos —respondió esbozando una sonrisa amable y luego salió de la habitación.

Más tarde, Anna volvió para despedirse de nosotros, iría a casa y volvería en la mañana.

Nos contó que la madre de Deborah había llegado y se llevó a su hija a Seattle, dijo que prefería que fuera atendida por médicos de su confianza. Deborah no mencionó en ningún momento a Harry. Ella no había hecho más que llorar desde que supo del tumor, hasta tuvieron que ponerle un calmante. Incluso medicada, solo pudo tranquilizarse cuando su madre llegó.

Ya Deborah había salido del hospital cuando Anna se marchó. Fue un gran alivio saber que ya no estaba cerca. Yo no tenía tanto miedo como antes. Esperaba que nunca más volviera, que nos

dejara ser felices. La posibilidad de que Deborah volviera para intentar tener su custodia nos preocupaba, pero decidimos cruzar ese puente si llegaba el momento.

Mark pasó la noche conmigo y me ayudó a atender a Harry, quien se despertaba cada tres horas a comer. Yo lo amamantaba y Mark le sacaba los gases y lo ponía de regreso en la cuna, ya dormido. No pudimos descansar suficiente y, para el amanecer, estábamos agotados pero felices.

A las siete de la mañana, después de dejar a Harry dormido, tomé una ducha y me puse una bata limpia, la doctora vendría a examinarme y, con suerte, me daría el alta. Ya quería ir a casa. Cuando salí del baño, me conseguí con la sorpresa de que Claire había llegado. Estaba tomándole fotografías a Harry con su celular y una gran sonrisa adornaba su cara.

—¡Felicidades, Lau, es un bebé precioso! —dijo abrazándome, y empecé a llorar, las últimas horas habían sido difíciles y extenuantes. Ella no sabía que, genéticamente, Harry no era mío y no estaba segura de poder decírselo. No hacía falta que le hiciéramos una prueba de ADN para saber que tenía sus genes, se parecía mucho a Deborah. Tampoco me importaba, él era mi hijo porque así lo decidí, porque lo amaba como mío.

—¿Por qué lloras, Lau? ¿Estás bien? —preguntó sin entender lo que me pasaba. No pude decir nada—. ¿Por qué llora, Mark? No debería llorar. ¿Está sufriendo algún síndrome posparto o algo parecido?

—No, no es eso. Yo... Después... —Hablé a través del llanto, incapaz de decir algo más.

—Te lo diré cuanto esté lista —explicó Mark por mí y asentí, aun abrazándola. Cuando paré de llorar, me separé de ella y le pregunté cómo había sido su viaje. Me lo contó rápidamente, más interesada en saber todo a cerca del nacimiento de Harry. Quería detalles y yo le conté lo que recordaba. Mark había salido mientras hablábamos y regresó con comida para mí y Claire. Desayunábamos cuando ingresó Gabrielle a la habitación. Tras revisarme y hacerme algunas preguntas, me dio alta. Harry también fue dado de alta, la pediatra había venido a verlo y nos dijo que estaba muy sano, que estaba listo para ir a casa.

Terminamos de comer, guardamos mis pertenencias en la maleta y las cosas de Harry en su pañalera. Anna se había encargado de traer todo de mi apartamento. Cargué a Harry en brazos y él se removió un poco, pero se volvió a quedar dormido. La enfermera trajo una silla de ruedas y tuve que sentarme en ella para salir, eran políticas del hospital. Mark se encargó de las maletas y Claire de los obsequios que habían enviado para Harry.

Un auto nos esperaba en el estacionamiento. Puse a Harry en el asiento de bebé y viajé a su lado, en compañía de Claire. Mark ocupó el puesto de acompañante mientras Jack conducía, un chófer de confianza de Mark. Tan pronto nos comenzamos a alejar del hospital, sentí que volvía a respirar con normalidad. Todo el tiempo que estuve allí, desde que Deborah apareció, tuve miedo, un crudo y angustiante miedo de que alejaran de mi bebé. Y aunque el futuro era incierto y Deborah podía volver y reclamarlo como suyo, decidí disfrutar cada momento que pudiera tenerlo conmigo. Él era mi hijo, lo amaba incondicionalmente, lo amaría siempre... No podía dejar de mirarlo, cada momento que pasaba, me enamoraba más de él.

Cuando llegamos a casa, Mark llevó a Harry adentro en el asiento de bebé, lo subió a la habitación y yo me encargué de pasarlo a la cuna. No se despertó, solo gimió un poco y siguió durmiendo. Lágrimas de felicidad acudieron a mis ojos. Todavía me resultaba increíble que tuviera un hijo, que me hubiera convertido en mamá, como tanto había anhelado.

—Gracias, mi amor, por darme el mayor de los obsequios. Te amo muchísimo. A tu lado tengo todo lo que anhelaba, incluso más —dijo Mark abrazándome por la espalda. Me besó el cuello y acarició el contorno de mi cara con su nariz.

—También te amo, Mark —declaré mirándolo, sin miedo, deseando con todo mi corazón que nada nunca volviera a separarnos. Lo echaba de menos, pero debíamos esperar antes de tener intimidad, los dos lo sabíamos. Aunque nada impedía que nos besáramos. Me giré hacia él, busqué sus labios y lo besé con cadencia. Mark me correspondió con un roce gentil y amoroso, haciendo que mi corazón saltara felicidad. Sentía su amor con cada toque y caricia que me daba, el mundo dejaba de existir al estar entre sus brazos.

Nuestro amor fue probado por fuego y no fue consumido, era fuerte, era invencible, era para siempre...

**Fin.**



## Epílogo

Harry tenía solo quince días de nacido cuando los resultados de la prueba de ADN estuvieron listos. Pedí que me los enviaran a un casillero postal en lugar de dar la dirección de mi casa, Laurel no sabía que había solicitado las pruebas, no quería causarle angustias innecesarias. Solo Anna estaba enterada, lo hablé con ella en el hospital, mientras esperábamos que llegara el momento del parto. La muestra de Harry la tomaron de las células de madre de su cordón umbilical. La de Deborah, la obtuvo Anna tomando un poco de su cabello. Y yo di un poco de mi sangre para que también fuera analizada.

No me preocupaban los resultados. Si Harry no estaba biológicamente unido a Laurel, daba igual. Ella era su madre. Igual era para mí. Sin importar lo que dijeran los resultados, él era mi hijo.

Anna pensaba que todo lo que hizo Deborah fue producto del tumor, pero no había forma de estar seguros. ¿Y si seguía con la idea de llevarse a Harry? Tenía que estar preparado por si eso pasaba.

Estaba en mi auto, solo, en el estacionamiento de la oficina de correo. Acababa de retirar el sobre con los resultados y lo sostenía en mis manos como si fuera una granada que podía estallar en cualquier momento. Un enorme sentimiento de culpa abordó mi pecho, me sentía mal por ocultárselo a Laurel, lo odiaba. Sentía que traicionaba su confianza, que la defraudaba. Pero más me dolía verla llorando, temiendo que Deborah volviera y reclamara a Harry como suyo.

Con dedos temblorosos, abrí el sobre y desdoblé la primera hoja. Mis ojos se movieron a través de las líneas y me detuve donde decía “coincidencia del 99.99 %”, comprendiendo que Harry era biológicamente mi hijo. Un resultado distinto no hubiera cambiado nada, lo amaba profundamente.

Tomé la segunda hoja, la que contenía los resultados entre Harry y Deborah, y mi corazón se apretó al ver un resultado similar. Harry llevaba los genes de Deborah también, ella era su madre.

¿Cómo iba a decírselo a Laurel?, ¿cómo, sin causarle sufrimiento? No lo sabía, pero debía hacerlo. No planeaba guardarlo como un secreto, me dije que se lo contaría en cuanto lo supiera.

Estuve fuera alrededor de una hora y después volví a casa. Laurel estaba dormida en nuestra cama y Harry se encontraba a su lado, dormido también. Verlos me hizo llorar lágrimas de felicidad y agradecimiento. Era un hombre afortunado, tenía la familia que siempre soñé. Aunque esperaba que creciera en número en un futuro. Amaba ser padre. Amaba a la mujer que había elegido como la madre de mi hijo y de todos los que vinieran después.

Seguía mirándolos cuando Laurel abrió los ojos. Al verme, sonrió. Se levantó de la cama y vino a mi encuentro. Le rodeé la cintura y la acerqué a mí. Ella llevó sus manos a mi nuca y me acarició el cabello. Había una sonrisa en sus labios y una mirada de amor que ponía a mi corazón a latir fuerte.

La besé en los labios con pasión, deseando poder adorarla, como no había podido desde que

cometí la mayor estupidez de mi vida. Mi cuerpo la ansiaba, mi ser la necesitaba, pero la cama no era el único lugar en el que podía demostrarle amor. Un beso suyo, una mirada, una caricia, era igual de valioso para mí que tener su cuerpo.

Cuando nos separamos, sus ojos brillaban de deseo. Ansiaba estar conmigo como yo con ella. Se estremecía con mis caricias y mis besos. Laurel era tan receptiva y apasionada que me enloquecía. Cuando la vi la primera vez, pensé que era inalcanzable, un sueño imposible. Jamás imaginé, ni en mis mejores sueños, que se enamoraría de mí y que terminaríamos juntos.

—Voy a tomar una ducha antes de que Harry despierte. La necesito con urgencia.

—Ve, amor. Yo lo cuido.

Sonrió y me besó rápidamente antes de irse al baño. Atender a Harry le absorbía muchas horas, pero ella no se quejaba, lo hacía con mucho amor. No quería separarse de él en ningún momento.

Cuando Laurel volvió a la habitación, ya nuestro hijo estaba despierto. No lloró, solo abrió sus ojitos y se quedó muy quieto en la cama. Estuve junto a él hablándole mientras ella volvía. A veces parecía que sonreía, pero era muy pequeño para que me sonriera. Eran más gestos involuntarios que sonrisas, pero me gustaba pensar que sí lo eran.

—Ahí está mamá, la mujer más hermosa del mundo y la mejor madre que puedas imaginar. — Le hablé como si pudiera entenderme, aun así supiera que no podía.

—Está muy tranquilo —dijo sonriendo.

—Sí, somos bendecidos. Harry no es un bebé llorón. En eso sale a mí, mamá siempre decía que era muy tranquilo.

—Sí, ya lo imagino —giró los ojos—. ¿Cuándo se lo llevaremos a tu madre? Ya tiene quince días, no va a pasar nada si salimos con él.

—En eso he estado pensando —dije asintiendo mientras me preguntaba si era un buen momento para hablar de todo el asunto de las pruebas de ADN, aunque no creí que existiera algo como un buen momento para decírselo.

—¿Está bien tu madre? ¿Ha pasado algo que no quieres decirme? —preguntó alertada al ver las señales en mi expresión.

—Sí, está bien. No se trata de ella —respondí sintiendo que mi corazón comenzaba a descontrolarse. Iba a decírselo, tenía que hacerlo.

—¿Entonces de quién? ¿Es Deborah? ¿Has sabido algo de ella? —Entornó los ojos y se llevó una mano al pecho, sobre su corazón. Verla tan perturbada me hizo sentir culpable, había prometido no volver a hacerla llorar, pero era inevitable. Debíamos pasar por una prueba más y confiar en que la superaríamos, como lo hicimos cuando todo se desmoronó.

—No, no ha vuelto. Yo... —Tragué saliva y me mojé los labios, sintiendo la necesidad de beber un trago. No quería verla llorar, odiaba que llorara. Prefería sufrir yo antes que ella lo hiciera.

—Mark, habla, por Dios —pidió impaciente.

—Solicité las pruebas de ADN —dije hablando nerviosamente—. Tengo los resultados, Harry es...

—Tuyo y de Deborah. Lo sé. —Me interrumpió antes que pudiera decirlo. Sus ojos se habían tornado rojizos, pero no lloró.

—Sí —confirmé que era eso lo que iba a decir—. ¿Cómo te enteraste?

—No necesito pruebas, Harry tiene rasgos característicos de los dos, es notable —respondió seria—. Pensé que habíamos acordado que seríamos sinceros, así doliera. ¿Por qué no me dijiste?

—cuestionó decepcionada.

La había defraudado una vez más. ¿Alguna vez haría las cosas bien? Debía aprender de mis errores, no volverlos a cometer.

—Lo sé, lo siento. Me equivoqué de nuevo. En mi afán por protegerte, te hiero.

—No necesitas protegerme, Mark. No soy frágil, no me trates como a alguien débil. Puedes hablar conmigo, no me voy a desmoronar —dijo decidida. Mi mujer tenía carácter—. Supe que Harry no tenía mis genes cuando lo vi, pero eso no cambió el amor que sentía por él y cada día lo amo más.

—Lo sé, amor. Sé que amas a Harry. Nunca lo he puesto en duda —afirmé sintiendo la necesidad de aclararlo. Laurel era una madre formidable, se le daba natural.

Ella asintió pensativa y se mordió la esquina del labio.

—¿Qué harás ahora?

—Iré a verla. Tengo que asegurarme de que no será un problema. No podemos vivir con la zozobra de que regrese en cualquier momento queriendo reclamarlo.

—Hazlo, ve a hablar con ella —dijo después de mirar a Harry.

Esperaba que no estuviéramos cometiendo un error, pero una parte de mí creía que podía llegar a un consenso con Deborah. La amé una vez, algo bueno tuve que ver en ella para amarla.

Llamé a Deborah esa misma noche, pero no me respondió ninguna de las veces que lo intenté. Le envié un mensaje diciéndole que necesitaba hablar con ella y recibí una respuesta al día siguiente. Pero no me escribió ella, lo hizo Janice, su madre. Me dijo que Deborah estaba enterada de que quería verla, que se pondría en contacto conmigo cuando estuviera lista para organizar un encuentro, que su condición de salud no era buena aún para recibir visitas. Le dije que lo entendía y que deseaba su pronta recuperación. No recibí un mensaje de regreso.

Pasaron dos meses antes de que Deborah me llamara. Había comenzado a pensar que no lo haría. Tanto Laurel como yo, estábamos ansiosos, necesitábamos una certeza, queríamos saber cuál era la postura de Deb.

Volé a Seattle esa misma semana y me reuní con Deborah en casa de su madre. Me recibió con mucha amabilidad y en ningún momento intentó seducirme, como lo había hecho cuando estuvo en Chicago.

Pasamos a la sala y me contó que le habían extraído el tumor con éxito y que respondía bien a las quimioterapias. Los médicos eran optimistas, pensaban que podía vencer el cáncer.

—Lamento todo lo que hice, Mark. Estoy tan apenada. No era yo misma entonces. No soy una mala persona, hice algo malo, pero no soy una mala persona —dijo cambiando el rumbo de su conversación.

—Lo entiendo, Deborah, no te guardo rencor. Anna me explicó que el tumor alteraba tu personalidad —dije comprensivo, tenía que ser empático con ella, también cauteloso.

—Sé que no, eres un buen hombre, Mark. Te amé de veras, ¿sabes? Pero no estoy hecha para el matrimonio ni para las relaciones monógamas, tampoco para ser madre, y ese pequeño merece crecer en una familia, rodeado de padres amorosos que cuiden de él. Sé que contigo y Laurel lo tendrá. Ustedes son una familia. Así que no te preocupes, Mark. Sé feliz. Lo mereces. —Me mostró una sonrisa amable después de decir todo lo que necesitaba escuchar. No pensé que iba a ser de ese modo, creí que iba a tener que rogarle o dar algo a cambio.

—Tú también lo mereces, Deborah. Deseo de todo corazón que superes el cáncer.

Ella sonrió con los labios unidos.

—Que irónica es la vida, ¿no? Me fui huyendo porque estabas enfermo y ahora soy yo la que

está peleando en contra del cáncer.

—No lo veas como una enfermedad si no como una oportunidad de demostrar cuán fuerte eres. Lucha, Deb. Y celébralo cuando sepas que lo has vencido.

—Gracias, Mark. Vuelve a casa ahora, con tu familia.

—Eso haré.

\*\*\*

Laurel estaba esperándome en el vestíbulo cuando llegué a casa, había expectativa en su mirada. Se veía nerviosa y vulnerable. No quise decirle nada hasta estar con ella, era el momento que tanto estábamos esperando.

No dije ninguna palabra, solo sonreí, y fue suficiente para que supiera que había terminado, que Deborah no era una amenaza. No unimos en un abrazo y lloramos juntos, en un mismo sentir, dejando aquella pesada carga que limitaba nuestra felicidad atrás. Al fin podíamos continuar con nuestras vidas, éramos libres de hacer lo que durante meses habíamos postergado.

—Cásate conmigo, Laurel. Sé mi esposa —dije acunándole el rostro.

—No hay nada que desee más, Mark —dijo con una formidable sonrisa. Amaba verla sonreír, amaba ser el responsable dueño de sus sonrisas.

Mi corazón se inundó de felicidad.

¡Al fin sería mi esposa!

La palabra amor se quedaba corta para expresar todo lo que ella me inspiraba. Laurel era una mujer extraordinaria, era la dueña de mi pasión y de mi corazón. Era mi amante, mi amiga, mi fortaleza, la madre de mi hijo, la mujer de mis sueños. Dedicaría el resto de mis días en hacerla feliz.

## Agradecimientos.

Estoy profundamente agradecida con Dios por acompañarme hasta el día de hoy. Gracias, padre amado, sin ti no tengo nada.

Agradezco a mi madre, Iris Durán, por sus consejos, por estar para mí y siempre impulsarme a salir de adelante. Sin tu apoyo, no lo habría logrado. Te amo, mami.

A mi esposo por hacer todo lo que hace falta cuando estoy escribiendo. Gracias, mi amor.

A mi hermana Iris, por darme aliento y alentarme a continuar, a no rendirme. Te admiro, hermana, y te amo.

A Jull Dawson, por tu gran ayuda al momento de escribir la sinopsis, eres fantástica.

A Kass Finol por su ayuda desinteresada, por sus instrucciones y su amistad. Te quiero, mi loca.

A Liz Rodríguez por responder con paciencia algunas de mis inquietudes y por estar siempre dispuesta a ayudar.

Gracias a ti, que estás leyendo, por darle una oportunidad a esta historia. Espero no haberte defraudado.

A todos los grupos de lectura de Facebook que hacen posible la promoción de los libros.

## *Sobre la autora*

Flor María Urdaneta Durán vive en Venezuela, su país de nacimiento. Es egresada de la Universidad del Zulia de la carrera Comunicación Social y se dedica a la fotografía profesional. Su historia como escritora comenzó en julio de 2015, en Wattpad. Es una lectora adicta que divide su día entre la escritura, el trabajo, atender a su familia y ver todas las series que el tiempo le permita ver. Está felizmente casada y tiene dos hijos hermosos que ama con todo su corazón.

## ***Otros libros de la autora***

### ***Bilología***

*Mía esta noche*

*Mía siempre*

### ***Libros únicos***

*Mi Mejor Canción.*

*Enamorado de una Stripper*

*Nuestra Primera Vez.*

*Mientras Viva*

### ***Serie Cruel Amor***

*#1 Cruel y Divino Amor*

*#2 Llámame Idiota*

*#3 Lexie*

*#4 Less*

*#5 No Debí Quererte. (La historia de Ryan Wilson)*

*#5.1 Keanton (Continuación de No Debí Quererte)*

### ***Serie Flying With Love***

*#1 Di que sí*

*#2 Pretendamos*

### ***Redes sociales***

*Página Web:* <http://florurdaneta87.wix.com/flor>

*Facebook:* [www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts](http://www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts)

*Grupo:* <https://www.facebook.com/groups/sagacruel/?fref=ts>

*Twitter:* @florurdaneta87

*Instagram:* @Flormurdaneta

---

[1] Fragmento de Let Her Go de Passenger

[2] Es una expresión que se emplea para referirse al punto flaco o débil de una persona o cosa.

[3] Frase de Ingrid Bergman.

[4] parecido al latte pero, además de espresso, leche y espuma, lleva también chocolate.